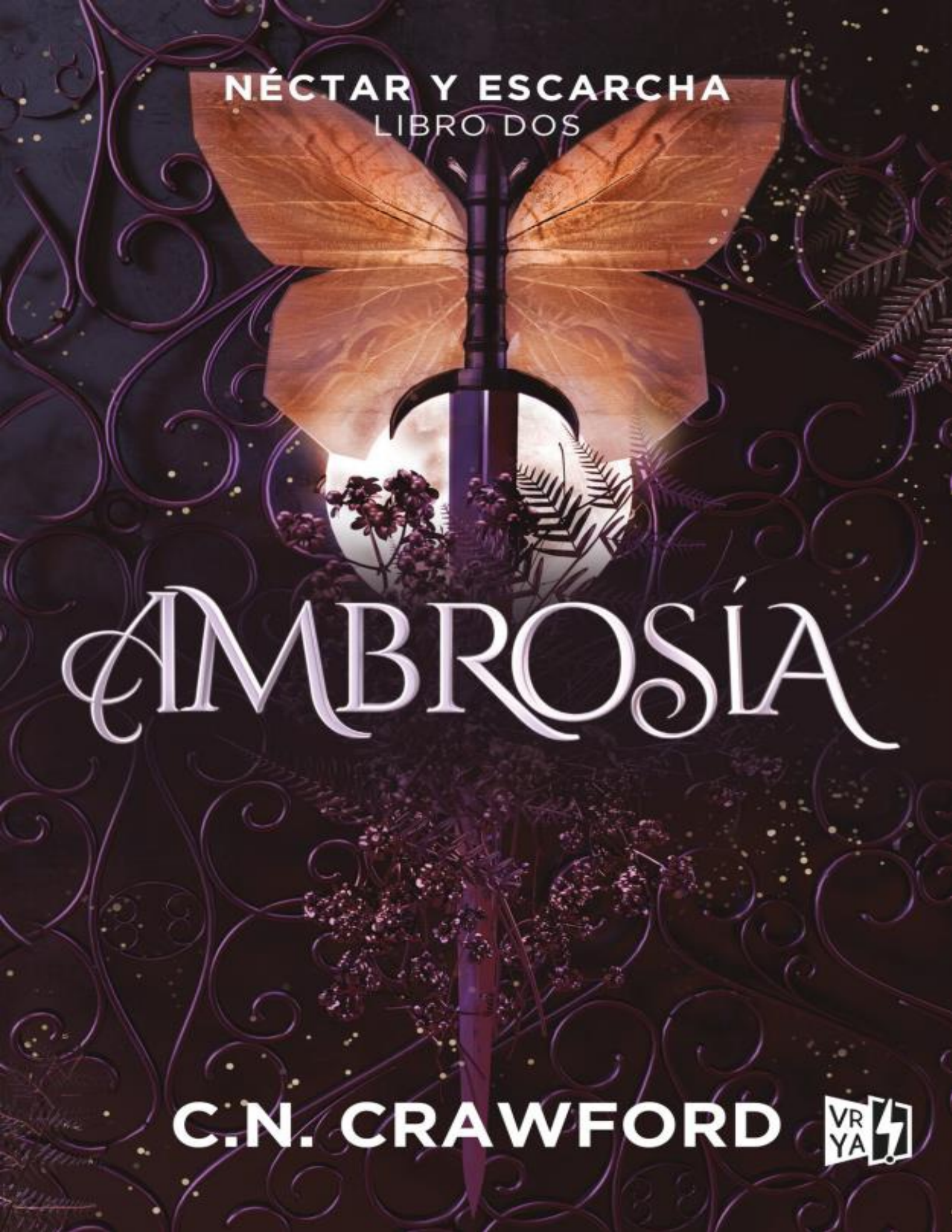
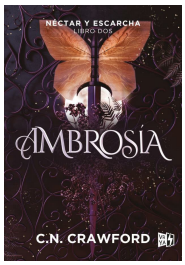
NÉCTAR Y ESCARCHA
LIBRO DOS



AMBROSÍA

C.N. CRAWFORD

VR YA



A UN PASO DE CONVERTIRME EN REINA, FUI TRANSPORTADA A LA CORTE DE LAS ANGUSTIAS.

Cuando el rey Torin me sigue y ve mis nuevos cuernos, rápidamente se da cuenta de que su futura esposa es una enemiga de su reino. De hecho, su nombre para mi especie es “demonio”.

Pero tampoco soy bienvenida en mi verdadero hogar. La reina Mab y sus monstruosos soldados están encantados de atormentarnos y me acusan de ser una traidora. Si queremos salir de la Corte de las Angustias con vida, la única esperanza que tenemos es permanecer tan cerca el uno del otro como sea posible, incluso si eso significa huir a caballo y compartir una cama. Cada momento es agridulce, ya que podría ser el último, y Torin está condenado a matar a cualquiera que él ame.

MIENTRAS EL MUNDO SE CONGELA, EL ÉPICO FINAL DE ESTE FANTASY ROMÁNTICO HARÁ QUE TODO ARDA.

C.N. CRAWFORD

No es una persona, sino dos.

Christine es de Lexington, Massachusetts y toda la vida estuvo interesada en el folklore de Nueva Inglaterra, le gustan especialmente los cementerios viejos y abandonados.

Nick pasó su infancia en los eternos inviernos de Vermont leyendo fantasy y ciencia ficción, lo que lo volvió resistente al frío.

Con dos hijos, se turnan para escribir borradores y hacer revisiones. Son autores *bestseller* de varios libros de fantasía romántica y urbana.

¡Visítalos!

www.cncrawford.com

NÉCTAR Y ESCARCHA
LIBRO DOS

AMBROSÍA

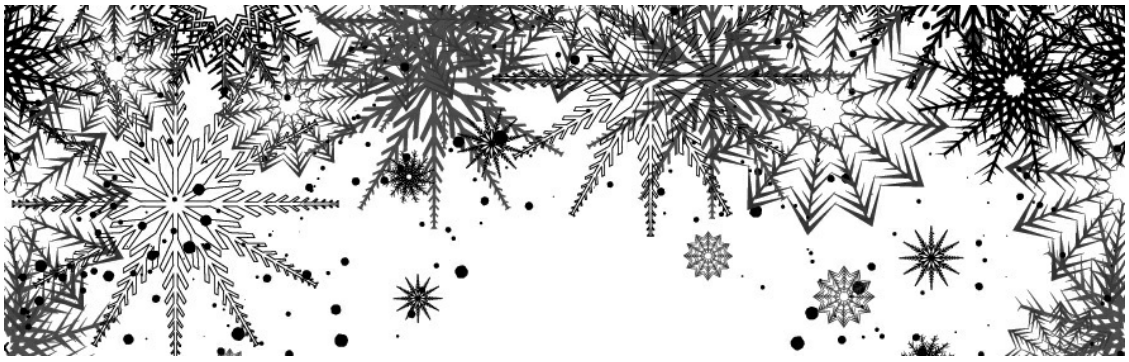
C.N. CRAWFORD

Traducción: Vanesa Fusco



Para aquellos que quieran que las hadas los saquen de este mundo aburrido, y danzar como una llama sobre las montañas.

(También para aquellos a quienes no les importa que le haya robado estas palabras a W. B. Yeats)



1

RESUMEN

Torin es el rey de los seelie, quien está atormentado por distintas maldiciones. En *Frost*, descubrimos que su reino, Feéra, fue maldito por los noseelie hace mucho tiempo. Los seelie les dicen "demonios" a los noseelie porque son sus enemigos y, además, tienen algunas características animales, como cuernos y alas. La maldición tiene a Feéra sumida en extensos inviernos y magia oscura.

Torin debía encontrar una reina para detener el avance del invierno. Según la antigua tradición seelie, la reina debe elegirse mediante una serie de pruebas cargadas de brutal salvajismo.

Pero Torin también tiene otra maldición. Los noseelie lo condenaron a matar a cualquier persona que ame. Lo peor de todo es que no puede contarle a nadie de la maldición, y las candidatas a novia no saben por qué él está buscando una novia que no pueda amar.

Según Torin:

"Los demonios nos habían maldecido. Tras la conquista, nos condenaron a inviernos interminables hasta que aprendimos a mantenerlos a raya con el poder de una reina y un trono. Los demonios volvieron a maldecirnos con los Erlkings, que llegaban cada cien años para sembrar su muerte de hielo.

Y cuando intentamos hacer las paces con ellos una última vez, maldijeron a toda mi familia. Dejaron ciega a Orla. Sentenciaron a mis padres a muerte. Y me condenaron a matar a toda mujer que amara".

Años antes, Torin mató a la única mujer con la que quiso casarse, Milisandia. Debido a la maldición, Torin decidió buscar una novia de la que no pudiera enamorarse. Pensó en Moria, una princesa de pelo bordó, hermana de Milisandia. Por muy bella que fuera, él no la amaba.

Pero cuando conoció a Ava, Torin tramó un nuevo plan.

Ava es una fae a la que encontraron abandonada de bebé. La adoptó y la crio una madre humana, Chloe, y ha vivido toda su vida entre humanos. Su mejor amiga es una humana llamada Shalini, una ingeniera de software que, al no necesitar trabajar más, enseguida se aburrió de su vida sin empleo.

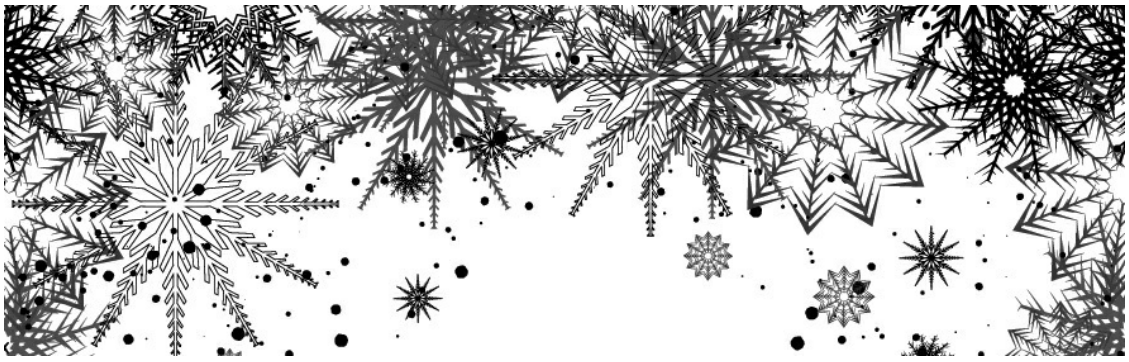
Al comienzo de *Frost*, Ava llegó a su casa y encontró a su prometido humano en la cama con otra mujer. Salió decidida a emborracharse y renunció a los hombres para siempre. Cuando Torin entró al bar a pedir un whisky, ella lo insultó en plena borrachera. Torin decidió que Ava sería la novia perfecta: una mujer que no podría amar. Le ofreció cincuenta millones de dólares para competir en las pruebas y arreglar el resultado con él. A cambio, él también recibiría una enorme suma de dinero de parte del canal de televisión que transmitiría la competencia. Debido a los largos inviernos, el suministro de granos y alimentos de Feéra había disminuido considerablemente, y su pueblo estaba al borde de la hambruna.

Durante la competencia, Torin ayudó a Ava a entrenar para los terribles duelos, perfeccionando su muy buena aptitud para la esgrima. Pero a medida que pasaban tiempo juntos, comenzó a encenderse la pasión entre ambos. A Torin le preocupaba correr el riesgo de enamorarse de Ava, de volver a matar a alguien a quien amaba.

Cuando Ava ganó el último duelo, estalló el desastre. Torin le tocó el brazo, y se activó la maldición, que empezó a congelarla con su escarcha. El estallido de magia de Torin destruyó su propio trono y Ava terminó chocándose con el trono de la reina. Fue la magia del trono de la reina la que la llevó a su hogar.

Solo que no era un hogar que ella reconociera.

Cuando Ava miró su reflejo en el agua, descubrió que unos cuernos de color cobre asomaban de su cabeza. Resultó ser que Ava era noseelie, un demonio, enemiga natural de los seelie.



2

AVA

Me quedé contemplando el charco de agua en el suelo del bosque, con la vista clavada en los cuernos de un intenso color cobre que sobresalían de mi cabeza: pequeños y diabólicos, encorvados hacia afuera, apuntando hacia el cielo. Los ojos estaban oscuros y turbios, del verde opaco de un mar tormentoso. Tenía tierra pegada en una mejilla, y me la quité con una mano temblorosa.

Cuando caí por el portal de hielo a este lugar, mi pelo había pasado de tener las puntas de color lavanda a ser verde claro por completo. También había cambiado mi ropa. Ahora llevaba un vestido verde agua que se me había pegado al cuerpo, empapado por el agua del portal. La tierra húmeda del bosque me había manchado los zapatitos blancos y el dobladillo del vestido, ligero y vaporoso.

Temblando del horror, mis ojos volvieron a los cuernos. Se me disparó el pulso.

Demonio.

Ese era el término con el que los seelie llamaban a los noseelie.

Una vez Torin había dicho: “Se supone que un rey debe demostrar que tiene el poder para derrotar a los demonios”. Había un tapiz colgado en el salón principal de su castillo, y en él se veía al antiguo rey seelie cortándole la cabeza a un demonio de cuernos dorados.

Unos cuernos muy parecidos a los míos…

El pavor hundió las garras en mi corazón. ¿Acaso Torin me atravesaría la garganta con una espada si me viera así?

Ava Jones no tenía estos cuernos. Le pertenecían a mi nuevo yo, a un demonio con un nombre olvidado.

Alcé una mano para tocar una de las curvas y rocé la punta con el dedo. Me asustó lo sensible que era, y sentí un escalofrío que me recorrió por completo. Filoso como la punta de una espada fae. Por un segundo, en mi mente refulgió una imagen de los cuernos destrozando las entrañas de alguien…

Volví a estremecerme. Debajo de la magia glamour de la Ava Jones común y corriente, se despertaba un monstruo.

Cuando aparté el dedo de la punta de mi cuerno, una gota carmesí brillaba en la yema. Me metí el dedo en la boca y sentí el sabor a cobre.

Respiré hondo, tratando de calmarme. El aroma del bosque me llenó las fosas nasales, intenso y primigenio: musgo, tierra y un rastro de almendras dulces. El aroma cosquilleó algo en los recovecos más oscuros de mi memoria. Me envolvió una bruma, que ocultó mi reflejo en el charco de agua.

Se movieron unas hojas, y me sobresalté, recordando el espanto que había olvidado con la distracción: tenía una araña a mis espaldas, una terriblemente grande.

Me di la vuelta. Se iba acercando una araña del tamaño de un mastín, con los seis ojos iridiscentes clavados en mí.

Empecé a retroceder de a poco, con los zapatos empapados por el agua del charco. La araña avanzó, con la boca abierta para mostrarme los colmillos largos y puntiagudos.

Mientras me iba alejando con cautela, maldije en silencio la magia de este lugar por haberme dado un vestido bonito, pero no una espada para defenderme. Tenía los cuernos, claro, pero no estaba preparada para acercarme tanto.

La araña avanzó hacia mí; me di la vuelta y salí disparada en la dirección contraria.

Arremangándome el vestido, corrí entre la bruma. Del suelo húmedo asomaban raíces de árboles retorcidas, por lo que traté de no tropezarme.

Apenas podía ver por dónde iba con tanta niebla y la tupida maleza me raspaba los brazos y las piernas. Atravesé charcos llenos de barro y aparté las ramas que se me ponían delante de la cara.

Por mi mente revoloteaba el terror mientras intentaba encontrarle sentido a mi situación actual. ¿Qué fue lo que había pasado en la última hora?

Se suponía que ya debería ser la reina de los seelie.

Debería estar sentada en el trono, reponiendo la magia del reino, salvándolo de las heladas y el hambre. Debería ser la esposa de Torin, al menos en apariencia. Debería tener cincuenta millones en mi cuenta bancaria. Pero Moria había ido a mi habitación a contarme una historia sobre una hermana asesinada y una premonición de mi muerte. Tenía la certeza de que Torin también me mataría. Y eso la alegraba, en realidad.

El corazón se me hizo añicos.

Tal vez ella tenía razón. Porque según entendí, un rey seelie estaba obligado matar a una noseelie como yo tan solo para conservar su honor.

Iba corriendo por el bosque, con las palabras de Torin resonando en la cabeza: “Monstruos… demonios… incluso hablar de ellos podría atraer su atención retorcida”.

Un ruido bajo y sibilante me hizo sentir un escalofrío de miedo por la espalda. Volteé la mirada. La araña monstruosa me estaba alcanzando. Corrí más rápido entre la bruma, con los pulmones ardiendo. Las espinas me marcaban los brazos desnudos con furiosos rayones rojos. A la distancia, oía el correr del agua del río, y me dirigí hacia el sonido. Si seguía el río, quizá llegaría a una aldea o algún asentamiento.

Esperaba que en cualquier momento la araña se abalanzara y que, después de sentir sus patas peludas en la espalda, se sucediera el dolor intenso de los colmillos clavándose en el cuello.

Me tropecé con una raíz y revoleé los brazos para estabilizarme. Tomé del suelo una roca del tamaño de mi puño, giré y la arrojé a los ojos de la araña. La criatura retrocedió con un chillido, y volví a salir disparada.

Cuando estaba llegando al río estruendoso, el sol poniente teñía la niebla con una luz rosa dorada. El agua blanca corría sobre trozos de madera y bajaba por una pendiente suave que llevaba a un claro. Sentía el rocío de una bruma fresca. Cuando busqué entre la niebla, no vi ningún movimiento.

Seguí el sendero estrecho junto al río. Al adentrarme en el bosque, las tonalidades cambiaron a tonos vibrantes y cautivadores. Las hojas verdes se mezclaban con el granate, luego con el rojo intenso, y los troncos de los árboles oscilaban entre el añil y el azul oscuro. A medida que caía la noche, la luz iba oscureciéndose y adoptando tonos crepusculares de violeta e índigo.

Me apresuré a bordear la orilla del río, sobre piedras resbaladizas y raíces enroscadas. La noche se volvía cada vez más cerrada, las sombras se espesaban y alargaban a mi alrededor. Respiré hondo, tratando de imaginar cómo recorrería aquel lugar en la oscuridad total.

Abriéndome paso por el sendero, llegué a un árbol gigantesco que surgió de entre las tinieblas, con el tronco teñido de azul noche. Sus ramas se arqueaban sobre el río y la luz de la luna iluminaba las hojas carmesís. El enorme árbol bloqueaba el camino, y sus gruesas raíces se retorcían por la ladera hasta llegar al río.

Me resbalé cerca del árbol. Las ramas gruesas ocultaban la luz de la luna y me envolvieron las sombras.

Me estremecí, y alguien me sujetó por detrás y me llevó a la oscuridad, con un brazo rodeándome la cintura y una mano tapándome la boca. El miedo se me disparó por las venas.

Forcejeé, ataqué a codazos a mi agresor e intenté desgarrarle la mandíbula con los cuernos. El olor a roca y tierra húmedas me llenó la nariz y, cuando los ojos se adaptaron a la oscuridad, me di cuenta de que me arrastraban a una cueva.

Mi captor se inclinó y me susurró al oído:

–Por favor, quédate quieta, Ava.

Reconocí el barítono profundo y meloso de su voz peligrosa y a la vez que seductora. El aroma a roble del rey seelie me envolvió, rozando los bordes dentados de mi miedo. Estaba atrapada en las férreas garras del hombre que quizá deseaba mi muerte.

La pregunta seguía rondando en mi cabeza: ¿iba a matarme? Porque ese era el deber de un rey seelie.

–Ava. –Su poderoso brazo me tenía inmovilizada–. Necesito que te calmes. Alguien te estaba siguiendo.

Me quedé quieta, dejé de resistirme, y mis músculos cedieron. Poco a poco, recuperé el aliento y él me quitó la mano de la boca. El corazón aún me latía como el de un colibrí. ¿Era por miedo o era solo el efecto que Torin siempre me provocaba? No estaba segura.

Como fuera, él no me iba a soltar.

–¿Qué haces aquí? –susurré–. ¿Cómo llegaste?

–Te seguí a través del portal –murmuró él–. Y ahora mismo, estoy intentando salvarte de un demonio.

Sentía el aliento cálido de Torin en la oreja, su brazo musculoso quedó aferrado a mí.

–Te ha estado siguiendo –agregó.

¿No se había dado cuenta de que *yo* era un demonio?

El corazón me latía con más fuerza. Sumida en mi pavor, no había visto a los demás noseelie.

–¿Y por qué no me sueltas?

–Porque veo que eres noseelie y en este momento me estoy cuestionando todo. –El filo de una navaja se deslizó por su voz suave, y el miedo me recorrió la espalda–. ¿Te enviaron para destruir mi reino, niña cambiada?

La acusación me hizo enojar y giré para verlo. Pero él no me soltaba, así que me quedé mirándolo fijo a sus penetrantes ojos azules, apretada contra el muro de músculos de su pecho. Su antebrazo seguía firme alrededor de mi espalda baja, como una barra de hierro.

–¿Que si me enviaron con la misión de destruir tu reino? No digas tonterías, Torin. –Salió con un tono cortante y bastante alto que resonó contra las piedras–. Si todo esto fuera parte de un maquiavélico plan maestro, ¿crees que me habrías encontrado en un bar, borracha y manchada de curry?

Torin arqueó una ceja negra y susurró:

–Baja la voz, niña cambiada. Pero si no era tu intención, te has esmerado para destruir mi reino. Mi trono se partió. Mi poder ha desaparecido. Feéra quedó sumida en el hielo, y no tengo reina que pueda curarla. El hambre y el frío se apoderarán de mi reino, y estoy atrapado en la mismísima Corte de las Angustias, donde me espera una ejecución horripilante si me capturan.

Parece un poco conveniente para los demonios, ¿no?

Demonios. Otra vez esa palabra, saliendo de su boca perfecta. Pero ¿cómo podría pensar que yo era una espía?

–No había ningún plan –dije, apretando los dientes–. No te he mentido. –Se me apagó la voz. Todavía estaba intentando hacerme a la idea–. Y quiero los cincuenta millones de dólares que me debes.

A Torin se le curvó la comisura de los labios.

–No lo dirás en serio, niña cambiada.

–Firmamos un contrato. Eres el rey fae y no puedes infringirlo.

–No eres seelie. El contrato es nulo.

Yo seguía mirándolo, presionada contra él.

–Pero esa regla no existe, ¿verdad? No estaba en la letra pequeña.

–¿De verdad te preocupas por esto ahora?

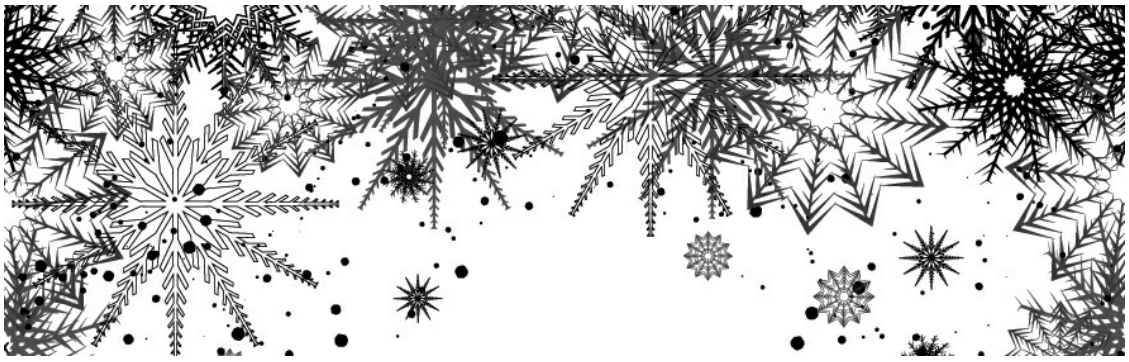
–Tu reino estará bien. Solo búscate una esposa seelie como corresponde. Estoy segura de que te las arreglarás. –Ojalá mi tono no hubiera sonado tan ácido–. Pero sigues en deuda conmigo.

Su brazo me rodeaba con fuerza y podía sentir el latido de su pulso a través de la ropa.

–Sabes, no debería estar cerca de ti.

–Entonces quizá deberías dejarme ir –dije con templanza.

–Así parece.



3

TORIN

Era una locura, pero no quería soltarla. Incluso en la penumbra de la cueva, podía ver las suaves curvas de sus cuernos de cobre. Era una antigua enemiga de los seelie, con cuernos diabólicos y todo: la evidencia estaba ante mis ojos. Y yo la había seguido hasta la Corte de las Angustias.

Lo único positivo era que había sentido cómo se disipaba el peso de la maldición de la reina Mab. En el momento en que salí del portal y respiré el aire del reino noseelie, el maleficio había quitado sus gélidas garras de mi pecho. Fue una extraña sensación de certeza, una ligereza que nunca había sentido.

¿Por qué había desaparecido la maldición? No tenía idea. Pero sin el agobio de su peso, podría ceder a mis deseos... Podría tocar a Ava. Podría besarla profundamente y levantarle el dobladillo del vestido hasta la cintura. Estaba en la naturaleza de los fae ceder a la lujuria, buscar el placer por encima de todo...

Excepto que la persona que ocupaba cada uno de mis pensamientos era un demonio.

¿Acaso me había traído hasta aquí engañado? No lo sabía. En cuanto vi que la seguía un desconocido, un noseelie con cuernos y alas que estaba armado, sentí la necesidad de protegerla.

–No puedo quedarme aquí, Ava –susurré–. Me queda una pequeña cantidad de magia, creo. Tal vez pueda abrir un portal.

Si llegaba a capturarme la reina Mab, me desollaría vivo. Encontraría la forma de provocarme una muerte dolorosa y humillante. Y, sin embargo, mi atención estaba fija en la noseelie que tenía delante. Ella me observaba entre las sombras de la cueva con unos grandes ojos verdes.

–¿Se te ocurre alguna idea de cómo sacarnos? –preguntó.

“Sacarnos”, a los *dos*.

–Tal vez me quede magia suficiente para crear un portal. Pero no puedes venir conmigo a Feéra, Ava.

Aquí, la maldición había desaparecido. Pero ¿en mi hogar? La mataría en cuanto se me acercara.

Ella entrecerró los ojos, luego agitó las largas pestañas negras.

–¿En serio me privarás de la encantadora compañía de Moria?

–Más allá del trato que hayamos hecho, los tuyos no pueden volver a pisar Feéra.

Se había librado una guerra entre mi mente y mi cuerpo, pero sabía que no podía llevarla conmigo por dos razones muy importantes. Uno, estuve a punto de matarla. Sin pensar, por instinto, quise alcanzarla cuando se apartó de mí. La maldición helada se había desprendido de mi cuerpo, y el invierno había empezado a llevársela. Dos, ella era un demonio, y un demonio había maldecido nuestra tierra con heladas brutales e inviernos interminables. Mis súbditos la harían pedazos; destruirían el reino antes de permitir que una noseelie llevara la corona. Y sería entendible. Habíamos sufrido durante siglos.

Eso no impidió que mi cuerpo deseara a este demonio en particular. Su forma actual la hacía más atractiva: salvaje, despiadada y seductora al mismo tiempo. Se me aceleraba el pulso al tenerla cerca. Hacía un momento, había sentido el latido de su corazón contra mi cuerpo a través de la tela delgada y húmeda de su vestido. Una caricia que habría sido mortal en Feéra...

Mis ojos se posaron en su boca perfecta, carnosa y apenas entreabierta. Quería saborear los labios de un demonio, hacerla gemir de placer. *Mierda*.

Se oyó un sonido grave y rítmico afuera, que interrumpió mi batalla mental. El ruido me produjo un escalofrío.

–Es la araña –susurró Ava.

Tomé una piedra y salí por la apertura de la cueva. Seis ojos oscuros brillaban en la penumbra mientras la araña trepaba lentamente por el tronco del enorme árbol, con los colmillos llenos de veneno. La sangre me latía fuerte contra el cráneo. No quería a esa cosa cerca de Ava.

Cuando la araña saltó, me lancé hacia delante y le di un duro golpe en la cabeza con la roca. La criatura cayó al suelo y la sangre me cubrió las manos y el cuerpo. Solté la piedra. Un icor azul noche me salpicó la camisa blanca y me la quité. Crucé hasta el río, me deshice de la camisa y me limpié las manos ensangrentadas con el agua fresca.

Observé el bosque oscuro en busca de movimiento. Aparte del viento que soplaba entre las hojas y el extraño canto de los pájaros, no percibí nada.

Cuando volví a entrar en la cueva, Ava me miró el pecho con el ceño fruncido.

–¿Acaso la araña te ha robado la camisa?

–La mayoría de las mujeres no se quejaría.

–Veo que la pérdida de tu trono no te ha afectado el ego.

Una cruel verdad se apoderó de mis pensamientos a pesar de todos mis intentos de racionalizar la situación. Debería dejar a Ava allí y volver a casa, pero no podía.

–Me aseguraré de que estés a salvo aquí, Ava, pero no puedo llevarte conmigo a Feéra. Y no me queda suficiente magia para abrir dos portales. –Tan solo un destello de magia chisporroteó en mi pecho.

Ava apretó los dientes. Parecía demasiado enojada para hablar, y le brillaban los ojos de color verde oscuro.

–¿Quién me seguía?

–Un noseelie grande con cuernos plateados y alas oscuras, armado con dardos. Pero no lo vi recién. Creo que lo hemos perdido en la niebla y la oscuridad.

Ava se dirigió a la apertura de la cueva y observó las sombras. Al cabo de un momento, se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

–¿Cómo sabrás si estoy a salvo y cuándo?

No tengo ni la más puta idea.

Me pasé una mano por la quijada, con la mente revuelta como el río que rugía afuera. Era posible que los noseelie la recibieran con los brazos abiertos. Era parte de ellos, una hija perdida de la Corte. Entonces yo regresaría a mi reino lo antes posible. Arreglaría mi trono, restauraría mi poder, y me casaría con... *alguien*. Moria, tal vez. De ninguna manera me enamoraría de ella.

Una reina solo necesitaba cumplir con su función: traer la primavera de nuevo. Los graneros estaban casi vacíos, se había sacrificado el ganado a fin de tener carne para comer, y el reino se había quedado sin dinero.

Yo era el rey de los seelie, y mi vida era un caos absoluto.

–Observaré desde la distancia para ver cómo reaccionan los noseelie al verte. Si te aceptan, entonces regresaré a mi reino discretamente e intentaré restaurarlo. Creo que estarás mejor aquí que en Feéra.

Ava respiró hondo y preguntó:

–Entonces, ¿por qué te morías por meterme en una cueva?

Me pasé una mano por el pelo antes de responder:

–Porque ese demonio estaba armado. Sería mejor buscar a alguno inofensivo. Alguien a quien pudiéramos matar con nuestras propias manos si fuera necesario.

–Parece que nos espera una noche interesante –dijo Ava, alzando las cejas.

Se dio la vuelta y salió de la cueva, en dirección a la oscuridad del bosque.

La seguí, observando el contoneo embriagador de sus caderas mientras se internaba entre los árboles. Cuanto más nos adentrábamos en el bosque, más rojas se volvían las hojas. Atravesadas por la luz de la luna, parecían salpicaduras de sangre.

¿Cuánto había enfurecido a los antiguos dioses al meterme en aquel portal por voluntad

propia? El rey ungido de los seelie estaba dejando que su pueblo muriera congelado para proteger a un demonio.

Los antiguos dioses me habían elegido para liderar a los seelie. Antes de mi coronación, el dios astado había transformado a los varones nobles en ciervos, y yo había demostrado mi fuerza derrotando a cada uno de ellos. Luego, cubiertos de sangre, habíamos marchado hasta donde se encontraba la Espada de los Susurros para la prueba final de los dioses.

Solo un alto rey de pura cepa podía levantar la espada. Fue forjada por los antiguos dioses en la tierra de los muertos. Estaba hecha de acero fomoriano y podía cortar la piedra. Si la sostenía contra la garganta de un enemigo, este confesaba sus pecados. Y cuando un alto rey verdadero sujeta su empuñadura, la espada susurra. En el campo de batalla, en manos de un rey, la espada susurra sobre la muerte y el valor, sobre cuerpos devastados y cantos de dioses. Así supe que los antiguos dioses me habían elegido.

Entonces, ¿qué mierda estaba haciendo ahora?

Ava se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

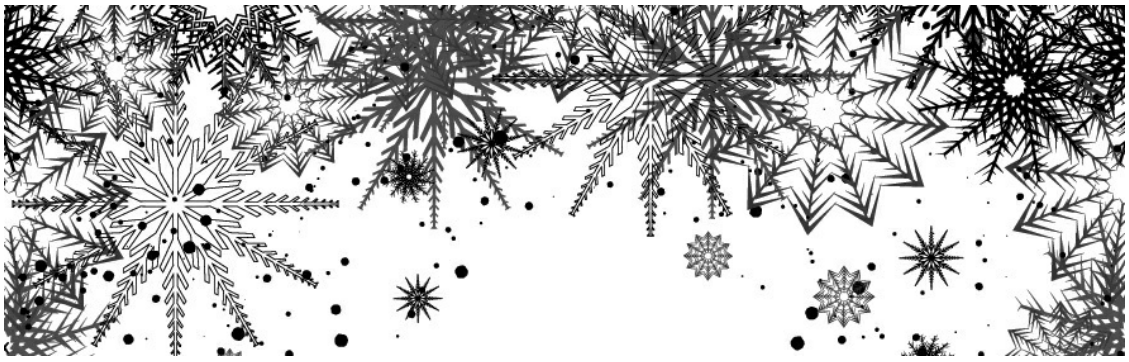
–¿En qué piensas tanto?

–En la Espada de los Susurros –murmuré con aire distraído.

–¿Estás delirando? –suspiró ella.

La comisura de mis labios se crispó. No estaba del todo equivocada. Los reyes que usaban la espada siempre empezaban a oír voces.

Pero lo que pensaba sobre Ava era una locura propia, y ella ya me había hecho perder la cordura.



4

AVA

La luz de las estrellas se colaba entre las ramas de los árboles mientras seguíamos el río que bajaba por la pendiente. Cuanto más caminábamos, más parecía que nos acercábamos a algún tipo de civilización. Entre los troncos nudosos, aparecían arcos de piedra en ruinas, cubiertos de flores rojas trepadoras.

Torin caminaba detrás de mí, y le eché un par de miradas a su torso desnudo y atlético. La luz de la luna se reflejaba en sus tatuajes, que eran como cuchillas. Una pequeña parte de mí agradecía que él estuviera aquí, asegurándose de que no me pasara nada. Pero otra parte de mí, mucho mayor, se rebelaba ante el hecho de que él probablemente se marcharía para casarse con otra. Necesitaba una reina y yo ya no era una opción.

La idea de él sentado en su trono, ya reparado, con alguien como *Moria* a su lado...

A mí no me criaron en estos mundos, no me inculcaron la enemistad entre los reinos. ¿Qué sentido tenía arrastrar ese odio mutuo durante milenios?

Volví a mirarlo, sintiendo una grieta en el corazón al contemplar la perfección de su físico.

–¿Con quién te casarás? –No sabía por qué lo preguntaba si en realidad no quería saberlo.

–La verdad es que no importa con quién me case, Ava. Lo principal es que necesito volver y arreglar mi trono lo antes posible. Si el trono está roto, no tengo poder alguno –dijo en voz baja–. Tal vez Moria o Cleena. Cualquiera de ellas sería perfecta. Aunque, para ser franco, sospecho que mi mayor amor siempre seré yo mismo. Y cómo no serlo, niña cambiada…

Me volteé, interrumpiéndolo al apoyar la mano contra su pecho.

–Con Moria no. Te odia. Te culpa por haber matado a su hermana.

–Sí maté a su hermana.

–*¿Por qué?*

–Se llamaba Milisandia, y la enterré en el Templo de Ostara. –Respiró hondo–. Fue un accidente del que me he arrepentido todos los días desde entonces. No he podido contárselo a nadie hasta ahora. Solo lo sabía mi hermana. –Sus apenados ojos azules buscaron los míos–. La maté, Ava.

Me quedé mirándolo, con el corazón retorciéndose. No me parecía que él entendiera que Moria estaba trastornada y era peligrosa. Había asesinado a Alice, por el amor de Dios.

–Torin, no creo que ella piense que fue un accidente.

A él le destellaron los ojos, y se llevó un dedo a los labios. Su vista se dirigió a algo por encima de mi hombro.

–Puedo oler a otro noseelie.

Inspiré hondo, inhalando un nuevo olor del bosque. Bajo la marga, el musgo y los hongos con un dejo a almendras, flotaba en el viento un aroma salobre. Mientras me concentraba, se oía una canción lejana que recorría el bosque. Aquí, el caudal del río se había vuelto más suave, más borboteo que torrente. En la tranquilidad de la noche, la vida del bosque que me rodeaba emitía una especie de leve zumbido, como una tenue música boscosa.

Volví al sendero. Un débil resplandor azul brillaba entre las bóvedas de piedra en ruinas que se encontraban más adelante.

Me daba la sensación de que la canción me llamaba, acercándome cada vez más. Tomé la delantera mientras Torin se quedaba atrás; sus pisadas eran casi imperceptibles. Nos ocultamos detrás de un denso follaje rojizo, y observé la luz azul a través de las hojas.

Divisé el origen del resplandor: unas grandes luciérnagas azules que flotaban en el aire sobre un arroyo murmurante. Y allí, con los brazos apoyados en la orilla del río, había una mujer noseelie. Su resplandeciente cabello blanco le caía sobre los hombros desnudos del color del bronce. Llevaba un pequeño gorro de plumas rojas y un velo verde sobre el rostro. No parecía muy mala.

Estiré el cuello y vi unas escamas iridiscentes que brillaban sobre sus omóplatos.

Me volví hacia Torin, y él susurró:

–Una merrow. No es peligrosa, creo. No puede salir del agua.

Inhalé hondo, tratando de sentir el olor de alguna otra criatura. No olí nada.

La merrow había empezado a cantar de nuevo, una canción tranquila y hermosa que armonizaba con la melodía embriagadora de la vida que nos rodeaba.

Respiré profundo y me abrí paso entre el follaje, con las hojas resbaladizas que me rozaban la piel. La merrow se volvió hacia mí y guardó silencio. Ladeó la cabeza, con los ojos morados que le brillaban de curiosidad.

–Hola –la saludé, con una sonrisa vacilante.

Ella olfateó el aire y habló en una lengua cadenciosa y desconocida.

–Perdón, no te entiendo.

La merrow volvió a olfatear y dijo:

–Crom. Isavell. –Sonrió–. Mab.

Se veía bastante amistosa. Le devolví la sonrisa y me toqué el pecho.

–Ava. Mab... ¿es la reina? Disculpa, ¿te llamas Isavell?

Me sonrió, con los ojos brillantes, y repitió:

–Isavell.

Por los dioses, me sentía una estúpida. Mi aspecto era el de una noseelie, pero no hablaba ni una palabra de su idioma.

Isavell, si así se llamaba, soltó una risita. Se levantó del agua, revelando un vestido plateado sin mangas que se le pegaba al cuerpo, mojado por el agua del río. Parecía de verdad encantadora. Tal vez los noseelie no eran demoníacos en absoluto. Tal vez habían sido demonizados por sus enemigos durante siglos, pero en realidad eran muy buenos.

Me pregunté si Torin ya habría decidido que no me pasaría nada.

Estaba pensando en qué decir a continuación cuando Isavell señaló un árbol en flor. Me acerqué tímidamente y ella me esbozó una sonrisa alentadora. Entre las flores crecían unas pequeñas bayas moradas. Cuando las señalé y alcé las cejas, Isavell asintió.

¿Quizás ella quería comer algo?

Recogí un puñado de bayas y se las acerqué a la orilla del río, donde me agaché. Isavell se metió una en la boca y me sonrió. Luego hizo un gesto. ¿Quería darme una? Algo más íntimo de lo que estaba acostumbrada a hacer con gente que no conocía, pero tal vez era así como los noseelie hacían amigos.

No parecía que esta fuera la Corte de las Angustias.

Abrí la boca y ella metió una baya. Cuando la mordí, un jugo dulce y ácido explotó en mi lengua. Conocía las advertencias sobre la comida o el vino de los reinos de los fae, pero yo era parte de ellos.

Me quedé agachada junto a la orilla del río, mientras compartíamos el resto del puñado de bayas. Cuando terminamos de comer, tenía la palma de la mano manchada del jugo morado. Me puse de pie, con ganas de preguntarle qué encontraría si seguía caminando. ¿Encontraría un pueblo? ¿Una ciudad llena de bellos fae amantes de las bayas?

Pero no hablaba su idioma, así que señalé hacia el río y alcé las cejas.

La merrow volvió a olfatear el aire y su sonrisa se desvaneció poco a poco. ¿Acaso sentía la presencia del rey seelie? Unas sombras oscuras se deslizaron por sus ojos y se le encorvaron los labios, revelando unos caninos terriblemente afilados.

Me alejé, tambaleándome.

Ella echó la cabeza hacia atrás y el gorro de plumas cayó al agua. Abrió la boca y soltó un canto fuerte, como un gemido, con una palabra que reconocí: “Isavell”, seguida de la palabra “Morgant”.

Se me aceleró el pulso.

Aquella dejó de ser una actitud muy amistosa y volví corriendo al follaje. Desde la otra dirección, unas pisadas y el crujido de las ramas resonaban en la noche. El corazón me dio un vuelco. Me estaban persiguiendo.

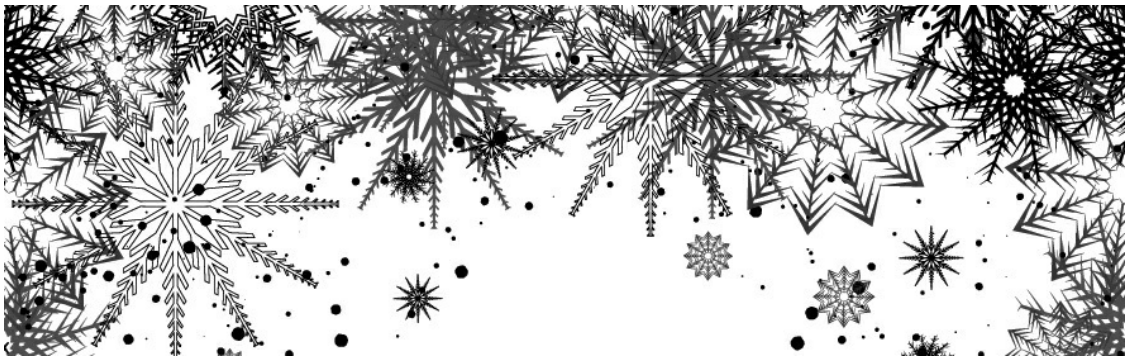
Antes de llegar a comprender el peligro, un dolor intenso me atravesó los hombros y otro se me clavó en la parte baja de la espalda. De inmediato, el aire se me fue de los pulmones a la vez que un dolor atroz me recorría los músculos y los huesos. Oí a Torin gritar mi nombre mientras caía sobre la tierra húmeda. Me tomó entre sus brazos fuertes, me estrechó contra el pecho desnudo y empezó a correr.

Mis músculos sufrían espasmos a medida que me invadía una toxina, y me costaba mantener los brazos alrededor del cuello de Torin. Los dardos me desgarraban la piel.

–Eso fue un error –dijo Torin poniéndose tenso y me apoyó en el suelo.

Me dolía la espalda y rodé sobre la tierra musgosa. Con la vista nublada, busqué a Torin por el suelo del bosque. De su espalda desnuda sobresalían unos dardos como los de San Sebastián, y estaba tratando de levantarse haciendo fuerza con los brazos.

Se arrastró en cuatro patas hacia mí y me arrancó los dardos. Me acerqué para ayudarlo, pero una bota se estampó contra él, inmovilizándolo en el suelo, y alguien me jaló hacia atrás.



5
AVA

Me di la vuelta en el suelo y me quedé observando al hombre cuya bota se clavaba en la espalda de Torin, un fae imponente de hombros anchos cubiertos por una armadura de bronce. Llevaba una corona de escorpiones dorados apoyada contra los cuernos, y una larga cabellera blanca le caía por la espalda.

Tragué saliva.

–Espera. –Se me había secado la boca y ya no podía pensar con claridad–. Suéltalo. Él no debería estar aquí.

¿Acaso entendía algo de lo que le decía?

Unas alas negras se desplegaron tras él. Eran vaporosas y delgadas, como las alas de una mariposa. Podría haber sido hermoso si no fuera por sus gestos. Parecía dispuesto a matar a Torin a golpes.

Me miró, entrecerrando los ojos color ámbar. Poco a poco, levantó la bota de la espalda de Torin.

Torin se dio la vuelta, quebrando los dardos, sujetó la pierna de nuestro atacante con ambas manos y le torció el tobillo para un lado y la rodilla para el otro.

El noseelie de cabello blanco cayó al suelo, y el ruido resonó en el bosque.

Pero el desconocido quedó en el suelo tan solo unos segundos, y ni Torin ni yo podíamos mantenernos en pie. Otros noseelie se acercaron a nosotros. Vestidos con pieles y armaduras, cuero y musgo, gritaban en su extraño idioma.

Un noseelie con cuernos me sujetó los brazos y me levantó de un tirón.

–Morgant –dijo, dirigiéndose al fae de la corona de escorpiones.

Comenzó a embargarme el pavor al pensar en lo que le ocurriría a Torin aquí, en territorio hostil.

El cuerpo me vibraba de dolor por las toxinas, y quería hacerme un ovillo en algún lugar y vomitar. Pero no podía porque Morgant me estaba subiendo a un caballo. Me arrojó boca abajo sobre el lomo del animal, saltó detrás de mí y emprendió la cabalgata por el sendero del bosque.

Levanté la cabeza, miré hacia atrás y el horror me golpeó como un puñetazo. Tenían a Torin atado a una cuerda, y lo arrastraban detrás del caballo.

Ya no me importaba nada, excepto encontrar la forma de sacarlo de aquí. Incapaz de mirarlo, aparté la vista.

El bosque se fue haciendo menos denso y apareció un castillo a la distancia, entre las rocas y la niebla. Se alzaba por las alturas y la base se retorcía como raíces nudosas de árboles que se mezclaban con una fortaleza gótica.

El veneno corría por mis venas, nublándome la vista. Grité hasta quedarme ronca y un puño me golpeó la nuca.



Yacía en un suelo tortuoso, con los músculos doloridos y la cabeza a punto de estallarme. La luz de la luna proyectaba un resplandor frío sobre mi habitación, una especie de celda extraña. La mitad de las paredes parecían estar hechas de una corteza azulada que se elevaba hacia el cielo, a cientos de metros de altura. La otra mitad era de piedra, con una puerta de hierro empotrada en la pared.

Unos puntitos plateados salpicaban la oscuridad que tenía encima, unos rayos de luz muy pequeños para una celda estrecha e increíblemente alta. Aquí solo tenía la compañía de las sombras.

Me pasé los dedos por la parte de la espalda donde me habían clavado los dardos, y sentía un dolor agudo en los músculos cada vez que me movía. Intenté tragar saliva; tenía la garganta seca.

–¿Torin? –La voz me salió ronca.

La única respuesta que obtuve fue el eco de mi propia voz en las paredes.

Apoyé la cabeza entre las manos, tratando de contener las náuseas. No sabía si Torin había llegado con vida.

¿Y si seguía vivo? Quizás había podido abrir un portal para escapar.

Si se quedaba aquí, los noseelie lo harían pedazos.

Con la cabeza entre las manos, sentí ganas de vomitar, pero no salió nada. Si los noseelie eran en verdad monstruos como Torin dijo, ¿qué diablos decía eso de mí?

Tenía la garganta como papel de lija.

–¿Torin? –intenté de nuevo y me dio un ataque de tos.

Me levanté del suelo y fui renqueando hasta la puerta de hierro. Desesperada, azoté la puerta con el puño.

–¿Hola? –grité–. ¿Torin? ¿Alguien? –Cuanto más gritaba, más desesperada estaba por conseguir agua. Sentía la garganta como si hubiera tragado vidrios rotos.

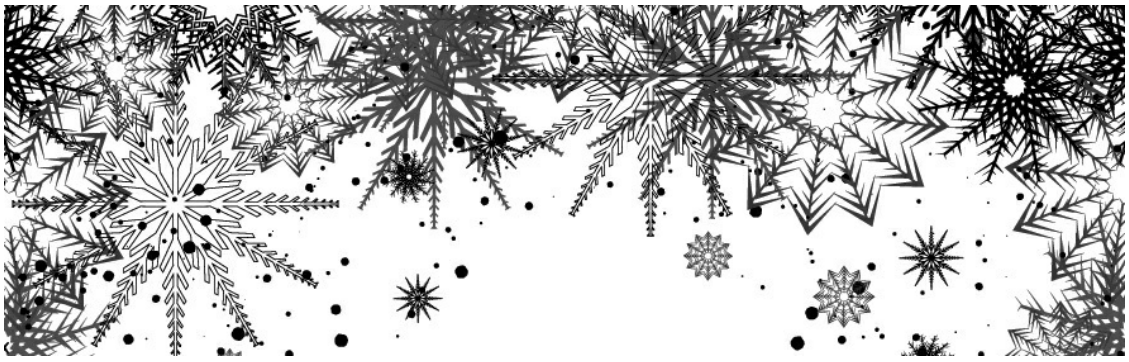
El pánico se apoderó de mí y me volví hacia la celda estrecha y altísima, con los ojos puestos en el dosel atravesado por la luz de la luna. Cuando mis ojos se adaptaron, pude distinguir los tonos rojizos de las hojas.

Si hubiera sido capaz de trepar estos muros, habría podido escapar. Pero la piedra y la corteza eran demasiado lisas para sostenerme.

Me ardía la garganta, y en lo único que podía pensar ahora era en un torrente de agua y en lo bien que se sentiría bajando por mi garganta.

Me desplomé contra la corteza y cerré los ojos. Me lamí los labios resecos y pensé en Torin intentando correr conmigo en brazos; luego nos imaginé zambulléndonos en el río, donde el agua cristalina corría por nuestra boca.

Si no podía tener un alivio real para mi sed, tendría que conformarme con la fantasía.



6

AVA

Me desperté acurrucada en el suelo, iluminada por unos delgados rayos dorados. Me parecía que llevaba días perdiendo y recobrando el conocimiento. Si salía de aquí con vida, nunca volvería a dar por sentados la comida ni el agua. Siempre me asombrarían los milagros modernos, como los supermercados y las duchas.

En todo momento, incluso mientras soñaba, una sola pregunta destellaba como un letrero luminoso de neón: *¿Qué está haciendo Torin?*

Mientras yacía en el suelo de mi celda, mi mente regresaba a la noche en que él me había mostrado la vista de Feéra desde un acantilado cubierto de nieve. Me había dado unos sorbos de whisky de su petaca y nos habíamos quedado contemplando la vista impresionante de un lago helado y las montañas ennegrecidas que lo rodeaban. La nieve había cubierto las laderas opacas y unos castillos oscuros sobresalían de los horizontes rocosos. A lo lejos brillaban unas ventanas doradas, miles de casitas acogedoras. Este recuerdo era ahora mi nueva fantasía. Mi nueva forma de escapar.

Quizás era allí donde estaba sentado ahora, bebiendo whisky. ¿Qué increíble sabor tendría si se deslizara por mi garganta? Y la nieve también. Me arrodillaría y la lamería directamente de la tierra.

Empezaba a dormirme de nuevo, solo por un momento, cuando oí el crujido de hierro contra hierro. Abrí los ojos de golpe y dirigí la vista hacia la puerta. Había estado a punto de saborear la nieve, de sentir cómo se derretía en mi lengua, y ahora la ilusión se había desvanecido. Esperaba que la reemplazaran con agua de verdad.

Cuando la puerta se abrió con un chirrido, se asomó un hilo de miedo en los recovecos de mi

mente. Morgant estaba en el vano de la puerta, vestido de cuero verde oscuro. Un rayo de luz se reflejaba en el oro de su corona de escorpiones.

Llevaba una copa de piedra, pero su gesto gélido me revolvió el estómago. Intenté ponerme de pie, pero mis músculos estaban muy débiles, así que me apoyé contra la corteza.

–Agua –dije con la voz ronca. Hacía días que se había esfumado la escasa capacidad que tenía para seducir o engatusar a una persona.

Si fuera humana, ya estaría muerta.

Morgant me esbozó una sonrisa sombría y se arrodilló a mi lado. Sus ojos color ámbar se entrecerraron.

–Te daré un sorbo si me das la información que quiero. –Me tomó por el cuello–. Tienes un olor espantoso.

Como si el estado asqueroso en el que me encontraba hubiera sido por elección.

–¿Cómo llegaste a estar en compañía del rey seelie? –Hablaba con un acento en el que pronunciaba fuerte las erres.

Aún no sabía si todavía tenían cautivo a Torin, y no iba a confirmar su identidad al hombre que podría desollarlo vivo.

–¿El qué seelie? –pregunté.

Él me apretó la garganta.

–Si quieres agua para vivir, responderás mis preguntas. Los nuestros no mienten.

Levanté la vista hacia la luz que atravesaba las ramas de los árboles. Aquí tenía que llover de vez en cuando. Pero aún no había llovido.

–No sé de qué me hablas.

Con la mano alrededor de mi garganta, Morgant levantó la copa de piedra por encima de mi boca. Dejó caer una sola gota sobre mis labios, y yo la lamí, desesperada por beber más.

–A ver, traidora. La cuestión es que él sí nos está hablando. Y no parece que le importes en absoluto.

Miré fijo a Morgant, con un horror creciente que me laceraba los pensamientos. Todo este tiempo, había imaginado que él se había ido de aquí con su portal.

–Me llamo Ava, no traidora.

¿De verdad estaba Torin en el calabozo o era un engaño? Porque si lo estaban torturando...

Mis pensamientos se sumían en la oscuridad.

A Morgant se le curvaron los labios antes de decir:

–El rey seelie me ha dicho que te detesta, que regresará a su reino y se casará con una hermosa mujer llamada Moria. –Ladeó la cabeza–. No te es leal en absoluto. Creo que te considera repugnante, desaliñada y totalmente falta de disciplina y sofisticación.

Ay.

–Dijo –continuó Morgant– que te eligió para competir en sus pruebas para reina solo porque te odia. Porque no quería una esposa de verdad. Dijo que nunca podría amarte.

Miré al suelo y se me nubló la vista. Desde que volví a casa y encontré a Andrew enroscado con Ashley, el corazón se me había ido helando poco a poco. Ahora, el frío se filtraba hasta mis venas y arterias, extendiendo su manto gélido por mi pecho. Con las palabras de Morgant, el último resplandor de hielo terminó de cubrirme el corazón.

–Pero no es el rey –dije con voz monótona–. Te está mintiendo.

Morgant me soltó el cuello y me golpeó con fuerza la cara. La bofetada me mareó y el dolor me recorrió la sien. Caí al suelo de corteza rugosa de la celda y me quedé echada, sin molestarme en ponerme de pie.

Si alguna vez recuperaba las fuerzas, iba a arrancarle la columna vertebral a ese desgraciado.

–Si intentas proteger a un hombre que te detesta –señaló, por encima de mí–, debo decir que me das bastante... ¿cuál es la palabra en tu lengua? Lástima. También me parece grotesco que seas tan débil. Sin magia. Sin poder. Sin honestidad ni honor. No te pareces en nada a un noseelie de verdad. Nosotros no mentimos. Y sabemos quién es él. La reina sabe quién eres tú.

Desvié mi mirada hacia la suya y dije:

–Entonces solo ella sabe quién soy, porque yo no tengo idea. ¿Te importaría informarme?

–Aún no me lo ha dicho. –Su poderosa mano se aferró a mi nuca con fuerza. Me levantó en el aire, y se formaron magullones debajo de sus potentes dedos. Lancé patadas a mis espaldas, moviendo las piernas con todas mis fuerzas. Era como patear un muro que apenas podía alcanzar.

–¿Dónde está tu magia? –bramó–. Una noseelie no debería estar tan indefensa.

Me soltó y caí al suelo, hecha un ovillo. Antes de poder responder, Morgant me dio una fuerte patada en las costillas, y el dolor me recorrió el costado. La sensación de las costillas magulladas fue cegadora, y mis pensamientos se oscurecieron por un momento.

Me abracé las piernas contra el pecho, intentando proteger mi cuerpo, las costillas.

–No tengo magia. Soy una fae común.

–No existen noseelie comunes. –Su voz retumbó en la celda–. Todos tenemos magia. ¿Y tú? Estás rota. Pasaste demasiado tiempo con ellos.

Mi mente se sintió perseguida. Si estaba “rota” como decía este monstruo, desde luego él no ayudaba a la cuestión si me arrojaba al suelo y me daba patadas en el pecho.

–Si tuviera algo de magia –jadeé–, la usaría. –Sonó como una súplica.

–Y en ese caso, podría respetarte. Pero como no tienes con qué defenderte, debes darme algunas respuestas para sobrevivir. ¿No es así? Porque el rey seelie no me ha dicho qué estaba haciendo aquí. Y me dice que su ejército es fuerte, pero no me da detalles. –Se arrodilló a mi lado y me apartó el pelo de la cara mientras yo me sujetaba las costillas–. No significas nada para

él en absoluto, Ava Jones. No hay razón para que protejas a nuestro rey enemigo. Así que cuéntame de su magia en Feéra. Cuéntame de su ejército. Si lo haces, tendrás comida y agua. Si no, puede que te rompa los brazos. O podría abrir los agujeros donde mis dardos se clavaron en tus hombros. Puedes elegir.

–Tienen legiones de soldados. Y magia poderosa. Vendrán a rescatar a su rey si no lo liberan. Los masacrarán a todos. –No tenía idea de si algo de eso era cierto. Si Torin estaba en el calabozo de la Corte de las Angustias, entonces su reino estaría congelado, sumido en el hambre, medio muerto.

Morgant me mostró los dientes, los caninos afilados.

–¿Intentas amenazarnos? Te aconsejo que no empeores tu situación –dijo en voz baja y grave–. Te aconsejo que obedezcas.

–La verdad es que no sé nada de magia. Me crie entre humanos. Si la reina sabe quién soy, debería saberlo. –El esfuerzo de hablar me estaba agotando.

–¿Cómo llegaste aquí?

Rodé sobre mi espalda y me quedé contemplando las hojas.

–Con alguna magia que no entendí. –Esto, al menos, era cierto.

Morgant levantó la copa de madera.

–Abre la boca si quieres beber.

Odiándome por mi estado lastimoso, abrí la boca y saqué la lengua. Morgant dejó caer una gotita de agua a la vez. Las lamí hasta que él volvió a apartar la copa.

–¿Cómo era? ¿Y cómo se sentía? La magia que te trajo aquí.

Agua.

–Eran... luces parpadeantes... y un hechizo... –El esfuerzo de inventar una mentira convincente me superaba, y Morgant volvió a darme una fuerte bofetada. El dolor fue tan intenso que estalló una luz brillante detrás de mis ojos.

»No vuelvas a tocarme –siseé con toda la ferocidad que pude.

Morgant se puso de pie, con los ojos color ámbar clavados en mí. Sostuvo la copa de piedra en lo alto y la arrojó al suelo de roble junto a mi cabeza.

–Viviste entre los humanos y quizás no sepas lo mucho que pueden resistir los fae. Lo físico, digamos. Tu mente puede quebrarse. Tal vez reces para que venga la muerte mientras pasas hambre. Mientras te vuelves loca de sed. Pero la muerte no vendrá así de fácil.

–Eres un animal –murmuré. Las palabras se me escaparon de la lengua antes de poder contenerme. En cuanto salieron de mi boca, supe que había cometido un terrible error.

Morgant giró y un dolor me atravesó el hombro donde se me había clavado la flecha, pero él ni siquiera me estaba tocando. Me retorcí en el suelo mientras su magia atroz me desgarraba la parte de atrás del hombro.

–¿Sabes con qué dones me ha bendecido Briga? –gruñó–. La diosa de la ceniza me ha elegido para ser sanador. Puedo reconstruir huesos rotos, y piel y músculos desgarrados. Pero la magia que cura también puede desgarrar un cuerpo.

Unos tentáculos afilados de magia me atravesaban los músculos como garras. No podía pronunciar palabra, solo gritos inhumanos.

–Y aquí estoy yo –siseó él–, con un control exquisito sobre mi magia, y tú sin magia alguna, aullando como un animal. Sé que así nos llaman los seelie. Animales. Demonios. Pero aquí respetamos a los animales, las criaturas majestuosas del bosque. En Feéra, se los comen. ¿Y sabes qué pienso yo? Que los seelie no deberían usar la palabra como insulto si son más salvajes que los propios animales, si escupen a fae como tú. Das lástima. Eres incapaz de invocar una pizca de magia.

Cuando quitó de mí su magia atroz, fue como si una bestia depredadora soltara las garras de su presa.

Me temblaba el cuerpo entero y unas náuseas me invadieron el estómago.

–Si quieres salir de aquí con vida –me dijo, cortante–, aprende a usar tu magia. Es el mejor consejo que puedo darte.

Morgant salió de mi campo de visión, y oí el crujido de la puerta al abrirse y luego cerrarse de golpe.

Apreté la cara contra el suelo y temblé sin control. Aquella luz de neón seguía brillando en el fondo de mi mente, parpadeando con pensamientos sobre Torin. Tenía la certeza de que se encontraba encerrado aquí, en alguna parte, más maltratado que yo.

Y tenía la certeza de que la deshidratación me hacía delirar, porque empezaba a ver cosas... a ver las enredaderas y las hojas que se alzaban a mi alrededor, acercándose...

Un golpe interrumpió la visión. ¿Un ruido que retumbaba en mi mente?

Volví a echarme en el suelo, con la cabeza que me estallaba de dolor. El corazón, como el hielo.

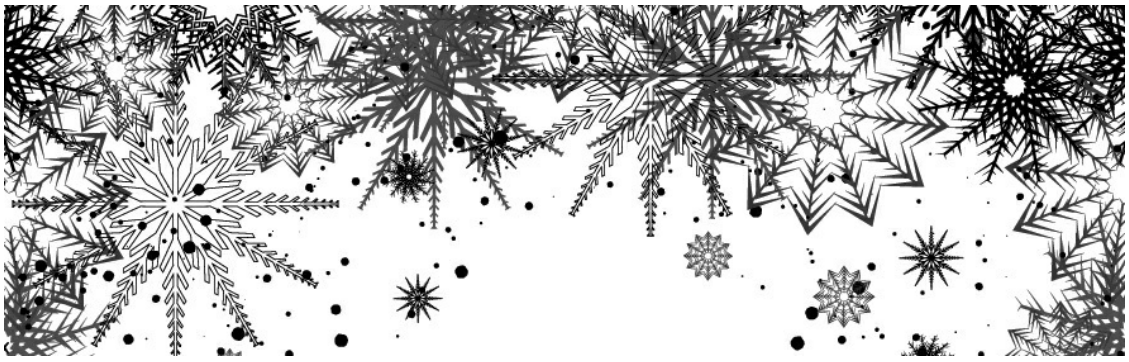
BUM. BUM.

Pero mientras el estruendo continuaba, dejé que se me cerraran los ojos. Primero pensé en el invierno, en una helada que cubría el mundo de blanco. En el hielo que se arrastraba sobre un reino...

Luego soñé con el árbol que cobraba vida y se alejaba de los muros de piedra. Se arrastraba, se movía por el bosque, liberándonos en una sinfonía de crujidos y gemidos de madera. Unas hojas rojas revoloteaban por el mundo a nuestro alrededor como gotas de sangre, y Torin y yo caminábamos libres.

La desesperación y el dolor fragmentaban mi mente.

Y esta era la razón por la que la llamaban la Corte de las Angustias...



7

AVA

Cada vez que me despertaba, el dolor me abrasaba la espalda y me arrepentía de haber recuperado el conocimiento. Así que volvía a dormirme, y soñaba con limonada fría, batidos de fresa y mangos...

Siempre en el fondo de mis sueños, oía a Torin gritar mi nombre, y los sueños se convertían en pesadillas: un paisaje de carámbanos afilados, una tundra helada donde Torin necesitaba mi ayuda y yo no podía encontrarlo.

Abrí los ojos de golpe. El dolor en mi hombro había cambiado, ya no era una punzada intensa sino una sensación de escozor. Estaba hinchado.

Llevé el brazo izquierdo hacia atrás y me estremecí. La piel estaba caliente y dolorida al tacto. Infectada.

Mierda. Aunque los fae sanaran mejor que los humanos, igualmente podíamos morir por una infección.

–¡Ava! –La voz de Torin otra vez.

Una alucinación, pensé.

La sed me rasgaba la garganta, y apenas podía humedecerme los labios lo suficiente para responder, y el "sí" salió más bien como un "¿ehhh?".

–¡Ava! –Un sonido lejano. Apagado, pero no cabía duda de que era Torin.

Se me aceleró el corazón.

–¿Torin? –dije con voz ronca.

Intenté arrastrarme hacia la pared de la que provenía su voz, pero me desplomé.

–¡Ava!

–¡Estoy aquí! –intenté gritar, pero las palabras no me salían, y me di cuenta de que me caían lágrimas por la cara. Me alegré de que Torin no estuviera aquí para ver cómo me derrumbaba por completo.

–¡Estoy aquí! –conseguí decir, con la voz quebrada.

Me gritaba algo a través de la piedra, una y otra vez. Pero las paredes eran demasiado gruesas y no pude entender lo que decía. Las palabras resonaban en mi mente hasta que ya no tenía idea de lo que era real.

–Llevas días gritando –exclamó.

Parpadeé, sorprendida. ¿Días? Habría estado gritando en sueños. ¿Qué era lo que en verdad le preocupaba: yo o que hubiera revelado cada uno de los secretos de estado de Feéra a sus enemigos?

Tragué saliva, con la garganta árida como un desierto.

–¿Por qué sigues aquí? –Mi voz sonaba desgarrada. Me limpié las lágrimas de las mejillas–. Vuelve a casa, Torin.

Se hizo el silencio y volví a oír su voz, pronunciando mi nombre.

Mis pensamientos se desenfocaron, y no pude entender nada de lo que dijo. Cada parte de mi cuerpo estaba demasiado caliente y demasiado fría a la vez.

Miré al suelo y reconocí vagamente el brillo húmedo del agua que se había acumulado entre las raíces retorcidas. ¿Había llovido? Me arrastré un poco hacia delante y lamí el agua de lluvia, mezclada con el sabor de la tierra.



Una puerta crujió a lo lejos. Respiré un aire espeso y lleno de tierra. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba en el suelo, boca abajo.

Giré la cabeza y me encontré con Morgant asomado en la puerta, mirándome fijo. Tenía una copa de peltre, pero dada nuestra relación hasta el momento, dudaba que fuera una fuente de alivio.

Él se arrodilló a mi lado, y sentí una punzada de miedo. ¿Cuánto tiempo más duraría aquí?

Una magia fresca y relajante se derramó sobre mi espalda y luego se deslizó por mis músculos. Parecía agua limpia que entraba en mi cuerpo y lavaba el dolor y las toxinas. Una cataplasma de magia, un bálsamo para mi fiebre.

–Se te infectó la herida –murmuró.

Quise decir algo como “no me jodas”, pero había aprendido la lección sobre hablarle mal.

–No era mi intención.

Solté un largo suspiro de alivio y arqueé un poco la espalda. Por primera vez en mucho tiempo, podía moverme.

–Esperé demasiado para curarlo –dijo–. Te quedará una cicatriz. Pero la infección ha desaparecido. ¿Aprendiste algo de magia?

Cuando quitó su magia de mí, me puse de lado y me incorporé poco a poco. Me llevé la mano a la espalda y las yemas de los dedos rozaron las rugosas crestas de la piel. Tenía una cicatriz, sí, pero ya no me dolía ni se sentía caliente al tacto.

Levanté la vista hacia él, esperando a ver qué nuevo horror me tenía preparado, pero se limitó a entregarme la copa de peltre. Me la llevé a los labios y bebí con desenfreno, luego tomé aire, tratando de ir más lento.

–No bebas muy rápido. Te caerá mal –dijo, como si leyera mi mente.

La luz se colaba entre las ramas de los árboles, rica y melosa, salpicando de oro su pelo blanco. No me había dado cuenta de que era de día. El mundo sí que era bonito cuando no te retorcías de dolor en el suelo de un calabozo.

–¿Ahora es cuando finges ser el policía bueno? –le pregunté.

Sus cejas se fruncieron y me di cuenta de que no tenía idea de lo que le decía.

–Sentí a través del castillo que tu sangre estaba envenenada. Si nadie te curaba, morirías. –Un músculo se crispó en su quijada cuadrada–. Está en mi naturaleza curar, pero a veces, es el deber de un noseelie hacer cosas que lastiman a otros. Y que nos hieren a nosotros. Cuando nos hacemos fuertes, nos quema.

–Mmm.

–¿Ya estás lista para contarnos sobre el rey seelie?

Mientras no admitiera que lo conocía, Morgant no podría presionarme para que le diera detalles.

–¿Quién?

Se puso de pie, mirándome fijo, y sacó un pequeño trozo de pan de una bolsita de cuero que llevaba en la cintura.

–Si quieres vivir, come esto. Pero no muy deprisa. No volveré por un tiempo. –Miró las hojas que había sobre nosotros–. Pronto tendrás más agua.

Se dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Escuché cómo el cerrojo metálico se deslizaba hasta trabarse, y me dejaba encerrada.



Me desperté al oír un estruendo y sentí que retumbaban las paredes. El sonido me hizo

estremecer hasta que me di cuenta de que era algo que necesitaba con urgencia: una tormenta.

Desde arriba, me caían las gotas de agua fría por el cuerpo, empapándome el vestido verde. Abrí los ojos de golpe y la boca por instinto. El agua de lluvia se deslizó por mi garganta, saciando la sed. Una luz destelló en lo alto y un trueno retumbó en los muros de la torre. Ahuequé las manos para recoger el agua de lluvia, y la lamí con avidez.

Seguí llenándome las manos, bebiendo todo lo que podía. La lluvia me empapaba la piel.

Me senté contra la pared, dejando que el agua corriera sobre mí. Temblando, me abracé a mí misma. Pero el agua de lluvia parecía estar arrastrando el hedor de mi celda hasta las raíces del árbol. Deseaba tener una copa o algo para recoger agua, pero Morgant se la había llevado.

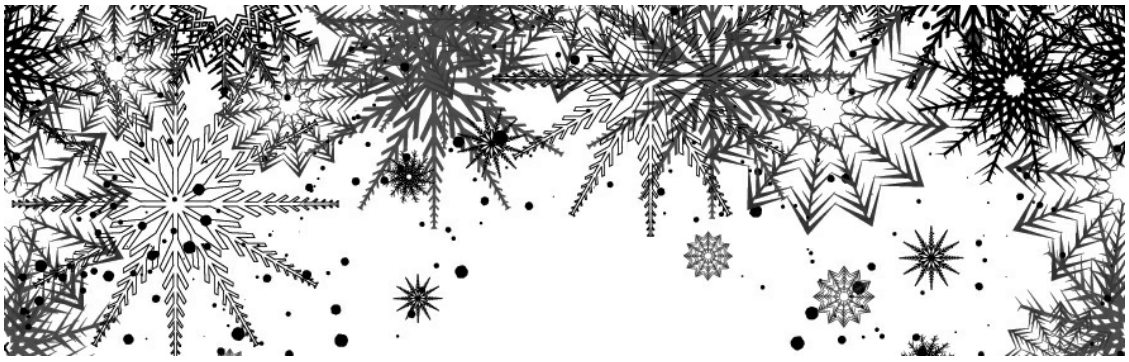
Como esta podría ser mi única oportunidad de ducharme en un futuro cercano, me quité el vestido y la ropa interior. Me restregué bajo la lluvia, luego tomé el vestido y lo limpié lo mejor que pude. Morgant había hecho esto a propósito: me había dejado sin ropa ni jabón, mientras él lucía impoluto con su terciopelo verde y una corona dorada. Otro mecanismo de control, así que tendría que recuperar la dignidad que pudiera.

Cuando terminé de fregarme la ropa, la colgué para que se secara y me acurruqué contra la pared.

Un martilleo resonó en una de las paredes de piedra y me quedé helada. ¿Seguía alucinando?

Las palabras de Morgant sonaron en mi mente, una y otra vez.

"Si intentas proteger a un hombre que te detesta, debo decir que me das bastante lástima".



8

TORIN

Me desplomé contra la pared con la cabeza entre las manos: un rey quebrado. Solo sabía que necesitaba sacar a Ava de aquí.

El agua de lluvia se acumulaba en el suelo, mezclándose con la sangre de mis pies, donde Morgant había utilizado sus poderes “curativos” para desgarrarlos hasta dejarlos irreconocibles.

Desde que me encerraron aquí, con el veneno recorriendo mi cuerpo, no había podido invocar magia suficiente para abrir un portal. Aunque pudiera, no dejaría a Ava.

Al principio, lo peor de mi encierro había sido cuando Morgant me había reventado la garganta con un tubo de hierro, o quizá cuando me había dejado inconsciente y encadenado, y había esperado a que me despertara para desgarrarme los músculos de los pies con su magia. Fue malo, pero no lo peor. Lo peor había sido oír gritar a Ava y no poder hacer nada.

Me toqué la garganta y me palpitó con un dolor sordo.

Las gotas de lluvia seguían cayendo de la copa del árbol y resbalaban por mi pecho desnudo. Dejé caer la cabeza hacia atrás y las gotas me aliviaron como una bendición de los antiguos dioses.

Desde que había hablado con Ava a través de la pared, había intentado llamarla varias veces más, pero parecía que no podía oírme.

Mi mente vagaba a cada rato por una fantasía en la que la llevaba a mi habitación y la acostaba en mi cama. Bajo un amplio techo de cristal, crecía un manzano. Si Ava y yo estuviéramos juntos allí, podríamos comer todas las manzanas que quisiéramos, con su dulce jugo goteando por nuestra garganta. Casi podía saborearlo...

Solté un suspiro largo y lento. Incluso si por algún milagro lograba sacarnos de aquí y

volvíamos por un portal a Feéra y a mi hermosa habitación, podría matarla con solo tocarla.

Vi la cara de mi hermana en los recovecos de mi mente. En los últimos días, había tenido muchas conversaciones con ella. Si viera a Orla ahora en persona, le diría que quería traer a Ava a casa. Ella me recordaría que no podía. Me recordaría que mantuviera a Ava lejos de mí. Me recordaría que ya había estado a punto de matarla con una escarcha que se extendió por su piel.

Hice una mueca de dolor por mi cuerpo destrozado. Miré mi antebrazo. Bajo la piel, los huesos iban sanando lentamente donde el demonio los había roto. Sin mi magia, no sanaba tan rápido como de costumbre.

Con un gruñido, me obligué a levantarme con los pies ensangrentados. Cada vez que tenía energía suficiente, volvía a intentar abrir un portal. Lo que necesitaba con urgencia era la Espada de los Susurros.

Pero era más fácil invocar la magia si estaba parado por completo, y abrir mi pecho al viejo poder de los antiguos dioses.

Flexioné el puño e imaginé la Espada de los Susurros en la mano, atravesando los muros de piedra para llegar hasta Ava. Una gota de agua resbaló por mi sien.

Si los antiguos dioses me habían elegido su rey ungido, no me dejarían morir aquí sin más, ¿verdad?

Me pasé una mano por la boca y recordé a Ava intentando arrastrarse hacia mí cuando nos habían emboscado. Había tratado de sacarme los dardos de la espalda.

Caía la noche, y unos tenues tintes de violeta y oro brillaban en el cielo escarlata. Llamábamos a esta hora el ocaso, cuando un fae podía viajar con más facilidad entre mundos. Era el mejor momento del día para apelar a los antiguos dioses.

Mi magia parpadeó, y se encendió un poco más, del color del crepúsculo.

Me dolía el cuerpo y me recosté contra la pared, apoyando la cabeza. Podía imaginarme a Ava apoyada al otro lado de la misma pared, con sus hermosos cuernos encorvados.

En mis sueños, muchas veces yo tenía las astas de Cernunnos, como antes de la coronación. El ciervo podía viajar entre los mundos. Levanté la vista hacia los destellos de crepúsculo malva entre las hojas rojas, y la llama de mi magia se elevó un poco más.

La magia fría se deslizó por mis venas y la imagen de la Espada de los Susurros se encendió en mi mente como un faro. Solo la había usado una vez, y había grabado su marca permanente en mi alma. No había permitido que me volviera loco.

Siglos atrás, el rey Caerleon había ejecutado él mismo a un traidor tras otro con la Espada de los Susurros. Cuando se le acabaron los traidores, encontró otros, cada vez más, hasta que terminó acechando las calles de Feéra. Había incursionado en la magia oscura, y crio a un dragón feroz conocido como el Sinach de las montañas. Cuando el rey Caerleon se aburrió de matar con la espada, usó al Sinach para asar a la gente, y Feéra se sumió en una época violenta y sangrienta

conocida como “La anarquía”.

Yo nunca había querido usar la espada. ¿Pero ahora? Este era el momento perfecto.

Un viento fresco proveniente de las ramas de arriba sopló por la celda. Aunque todavía hacía calor aquí, la nieve comenzó a arremolinarse en el aire. Sentí que la última magia de los dioses se encendía en mi pecho y susurré las palabras para crear un portal. Como un ciervo, me transportaría a otro reino. El aire frío se deslizó a mi alrededor y la nieve empezó a caer con más fuerza.

Un viento helado arrastró la nieve por el aire y giró delante de mí, un vórtice blanco que se abrió poco a poco para dejar al descubierto un agujero oscuro en el centro. El corazón me latía fuerte contra las costillas.

Mi pecho se abrió. Gracias a los dioses, la abertura medía veinte centímetros de ancho y brillaba con una luz azul pálido, lo bastante grande para lo que necesitaba. Extendí el brazo hacia la abertura y rocé los bordes del portal, duros y fríos como el hielo.

Vislumbré la espada, con empuñadura de obsidiana y vaina de cuero negro. Según la leyenda, la había creado el dios de la muerte, que ocultó una de sus flechas en el pomo y talló a sus perros de caza en la empuñadura de piedra oscura. Cuando la tomé, sentí que me recorría su poder sombrío.

Entré la espada y la vaina a la Corte de las Angustias, y el portal volvió a cerrarse.

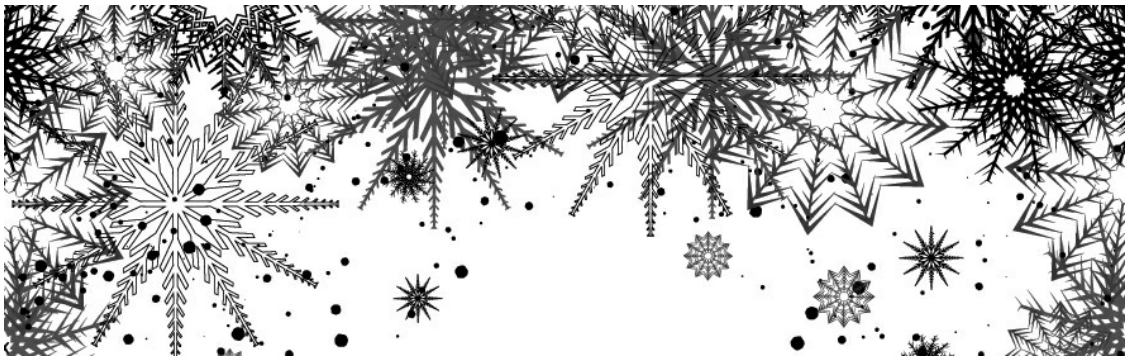
Con la espada en la mano, las voces embriagadoras de los dioses susurraron a mi alrededor en su idioma divino. Cerré los ojos, murmurando un agradecimiento a los antiguos dioses en su lengua nativa, una lengua que solo hablan los dioses y los reyes.

Voy por ti, Ava.

Sujetando la empuñadura con ambas manos, corté los gruesos muros con la espada, uno tras otro. Me abrí puertas. Directo a ella.

Hasta que por fin la vi, despertando de un sueño profundo. Estaba cubierta de polvo de las piedras.

Y nada, nada más.



9

AVA

Estaba segura de que una pesadilla había cobrado vida cuando los muros empezaron a temblar y una hoja afilada atravesó la piedra, cortando el grosor de la pared.

El aire se llenó de escombros, y el sonido del acero contra la roca resonó a mi alrededor.

Entre la polvareda, vislumbré un brazo musculoso de piel dorada, con unos tatuajes que se arremolinaban sobre un bíceps que reconocí.

El corazón me dio un vuelco. ¿Era real?

Torin apareció en la abertura, con el pecho tatuado cubierto de polvo gris. Bajó la vista y me miró, con los ojos claros que le brillaban con una luz sobrenatural.

Tal vez fuera la deshidratación y el delirio general, pero su aspecto de dios imponente que se alzaba frente a mí me hizo contener la respiración. Era un dios magullado y ensangrentado, pero un dios al fin.

¿Cómo conservaba semejante fuerza después de estar en este lugar?

Sus ojos se deslizaron poco a poco sobre mí, y recordé que seguía desnuda por completo. Había dejado el vestido secándose después de lavarlo.

Se me aceleró el corazón, y apreté las rodillas contra el pecho.

El rey seelie envainó su espada.

–Nos vamos de aquí, Ava.

Espada en mano, giró hacia el tronco del árbol y cerró los ojos, rozando reverentemente la hoja de la espada con las yemas de los dedos. Luego, tras empuñar el arma formando un amplio arco, cortó el tronco. Me quedé boquiabierta cuando la espada atravesó las gruesas paredes de roble y resonaron en el aire voces de otro mundo.

Susurros...

Se me hizo un nudo en la garganta y me estremecí. ¿Por qué la imagen de la espada en el árbol me daba la sensación de estar viendo cómo apuñalaban a alguien?

Extendí el brazo para tomar mi vestido, con los músculos temblorosos por la debilidad. Apenas alcancé a sujetarlo con las puntas de los dedos, Torin me levantó y me sacó a la noche.

La impresión de la libertad me revolucionó el pecho, y la adrenalina se me disparó por los nervios. Estaba segura de que moriría allí dentro. No podía creer que estuviéramos bajo las estrellas. Me tapé con el vestido. No había tiempo para ponérmelo.

Desde el castillo, se oía el estruendo de unos cuernos.

–¿Estás bien? –preguntó Torin–. Te oí gritar hace unos días. –Intentaba moverse con rapidez, pero me di cuenta de que su andar se inclinaba un poco a la derecha–. ¿Qué te hizo?

–Estoy bien. Eres tú al que odia de verdad. ¿Estás cojeando, Torin? Puedo correr sola.

–Conseguiremos un caballo del prado –dijo, ignorando mi pregunta. Su mirada volvió a recorrerme el cuerpo.

Levanté la parte superior del vestido, tratando de cubrirme. No lo hacía por pudor; no era el momento ideal para distraerlo.

–Torin. Morgant dice que te parezco repulsiva y mugrienta, pero me da la sensación de que te está costando concentrarte.

–Solo lo dije para que te dejara en paz. No quería que pensara que éramos aliados. Al parecer, no funcionó. –Su respiración se oía agitada y me sujetaba con fuerza–. Ya casi llegamos.

Me volteé y vi un pequeño prado donde pastaban unos caballos rodeados por un cerco de piedra. Una multitud cacofónica de cuervos se cernía sobre nosotros, graznando desaforadamente bajo el cielo nocturno.

–No dejaré que vuelvan a atraparte –dijo Torin, casi para sí mismo. Su voz aterciopelada era como un bálsamo frente a los estragos que había sufrido los últimos días–. Te voy a alejar de estos demonios de mierda.

–Qué mal que yo sea de los suyos –murmuré.

Conmigo en brazos, Torin trepó por el muro de piedra. Por un momento, bajó las pestañas oscuras y me miró a los ojos.

–No parece que ellos piensen lo mismo.

Me bajó y me apoyó en el pasto. Tomé el dobladillo del vestido para ponérmelo, pero Torin me lo quitó de las manos y se volvió hacia el caballo.

–¿Qué estás haciendo? –pregunté entre dientes.

–No tenemos mucho tiempo. –Plegó el vestido y lo puso sobre el lomo de un caballo blanco–. Y te conviene que haya algo entre tú y el caballo cuando nos pongamos a galopar. El vestido es todo lo que tenemos.

Echó un vistazo a la pared, y tomó un ronzal y una correa que había colgados sobre la piedra.

Me abracé a mí misma y eché un vistazo al castillo, con el pulso acelerado. Se veía brillar el acero a la luz de las estrellas. Los soldados ya venían a buscarnos.

Torin le habló al caballo en fae y creó unas riendas con la cuerda. Como si estuviera encantada, la yegua blanca se arrodilló ante él, doblando las patas delanteras.

–Sube –dijo Torin–. Ahora.

Miré hacia el castillo que se alzaba delante de nosotros. Unas torres de piedra oscura atravesaban el cielo, nacidas de raíces retorcidas del color de la noche, mitad piedra y mitad árbol, con ramas oscuras enroscadas en las torres y hojas rojas que caían en cascadas. Era como si un castillo hubiera crecido del suelo y la tierra quisiera arrastrarlo de vuelta hacia abajo. La enormidad del lugar me hizo marear.

Me subí al caballo, a horcajadas sobre mi propio vestido, y me sujeté de las crines blancas. Resultó que Torin tenía razón. Sí quería que hubiera algo entre el pelaje del animal y yo, porque esto ya era bastante raro e incómodo.

No sé si existen las listas de cosas que no se quieren cumplir antes de morir, pero “montar a caballo desnuda” figuraba en la mía. Sin embargo, con solo ver a los soldados que se acercaban, supe que no era el momento de preocuparme por el medio de transporte.

Torin se montó al caballo detrás de mí y deslizó su brazo alrededor de mi cintura. Con la mano libre, sujetó las riendas.

Cuando volvió a hablar en la lengua seelie, el caballo se levantó en toda su altura.

Dio una patada ligera y salimos disparados, galopando por el medio del prado y luego saltando por encima del muro de piedra. Sentía las ráfagas del viento fresco de la noche en el pelo y la piel desnuda.

Mi corazón latía a máxima velocidad mientras me aferraba a las crines de la yegua con todas mis fuerzas. Igualmente, Torin me sujetaba la cintura con la firmeza del hierro. Y pasados unos minutos, empezó a ser excitante. Después de demasiados días marchitándome en un calabozo, me sentía como si hubiera vuelto a la vida.

Aunque también era una situación en la que habría agradecido mucho tener un sujetador deportivo.

Cuando ya no me quedaban dudas de que Torin no me soltaría, de que su poderoso brazo me sostendría como un tornillo de banco, dejé una sola mano en las crines del caballo e intenté mantener los senos en su lugar.

Por los dioses, era increíble estar afuera, libre al fin.

Se oyeron los cuernos del castillo, y el sonido flotó sobre el reino iluminado por las estrellas. Mi mirada recorrió las colinas ondulantes a nuestra izquierda, salpicadas de pequeñas edificaciones de piedra de cuyas ventanas salían motas de luz cálida. A lo lejos, se alzaba un

fuerte de forma circular en lo alto de una ladera, bañado en luz plateada. Y aún más lejos en el horizonte, una oscura cadena montañosa se recortaba contra el cielo, con la cima iluminada de rojo.

El caballo se dirigía a toda velocidad hacia una hilera de árboles. Arriba, la luz de la luna atravesaba las hojas rojas.

A medida que avanzábamos por el camino, el bosque nos envolvía, ocultándonos bajo el dosel. Torin guio el caballo por un estrecho sendero alejado del camino principal. La niebla se enroscaba a nuestro alrededor a medida que nos adentrábamos en el bosque, y él condujo el caballo hacia un sendero que serpenteaba entre los troncos.

–Ay, por los dioses. Lo lograste, Torin. –Todo había sucedido tan rápido que casi me había olvidado de la huida en sí. Parecía parte de un sueño–. ¿Cómo es que conseguiste una espada que podía cortar las paredes?

–Un regalo de los dioses a su rey ungido. Pude abrir un portal del tamaño suficiente para sacarla. No pude mantenerlo abierto para poder pasar nosotros. –Sentí el movimiento de Torin a mis espaldas, y su aliento me entibió el cuello.

–¿Qué mierda te pasó en el hombro? ¿Fue la magia del demonio?

Asentí con la cabeza.

–Sí. Habrá sido en ese momento que me oíste gritar. Después se infectó y Morgant volvió para curarlo.

–¿Te quitó el vestido? –Una violencia férrea se coló en su voz–. Ya quiero arrancarle los pulmones y colgarlo de las puertas del castillo, pero si te forzó, encontraré un método de muerte más lento.

–No. Me quité la ropa para lavarla bajo la lluvia. He estado anhelando un baño. Y comida. Muchísima comida. –Me recosté contra Torin–. Ay, no dejaba de soñar con helado.

–Yo soñaba con manzanas –dijo él con voz tenue.

Volví la cabeza hacia Torin y mi cara rozó la suya. La sensación de su mejilla cálida contra la mía hizo que volviera a ser consciente de mi absoluta desnudez.

Su pulgar se posó justo sobre el hueso de mi cadera, y me rozó la piel una vez, como si intentara calmarme. Con los muslos, me aferré con firmeza al caballo.

–¿Alguna idea de a dónde vamos? –pregunté.

–La verdad es que no. Pero quiero alejarnos del castillo y quizás encontrar algún refugio. Luego quiero buscar a la Vieja del Velo. Y te daré de comer manzanas.

Sonaba un poco delirante, pero a mí se me caía la baba de todos modos.

–Manzanas –repetí–. Espera. ¿Quién es la Vieja del Velo?

Torin inspiró hondo y dijo:

–Según las leyendas, es un oráculo que vive entre los noseelie. La llaman la Vieja del Velo. Es

como la contraparte noseelie de nuestro oráculo, Modron. Modron solo puede ver el pasado, y dicen que la Vieja del Velo puede ver el futuro. Algunos dicen que las viejas brujas son dioses antiguos, o espíritus de la tierra misma. La verdad es que no sé lo que son, pero si alguien puede decirnos cómo salir de aquí, sería ella. El problema es que no tengo idea de dónde encontrarla. Y cuando la encontremos, no sé si querrá matarnos.

–¿Tiene magia poderosa?

–Creo que sí –respondió Torin inhalando de repente.

Me ardían los músculos por el esfuerzo, ya que íbamos a una velocidad vertiginosa.

–¿Ves algún refugio?

–Todavía no me puse a buscar. Si logramos llegar a un río, eso nos ayudará a ocultar nuestro olor a los rastreadores.

Ahora estaba más fresco y se me puso la piel de gallina. Volví a acurrucarme contra Torin para entrar en calor y oí un murmullo bajo salir de su garganta.

Sus dedos me apretaban la cintura.

A nuestro alrededor, la luz de la luna atravesaba las copas de los árboles, descendiendo hasta el suelo oscuro del bosque y salpicándolo con motas plateadas.

Por fin, vimos un río que corría entre los árboles, centelleante de luz.

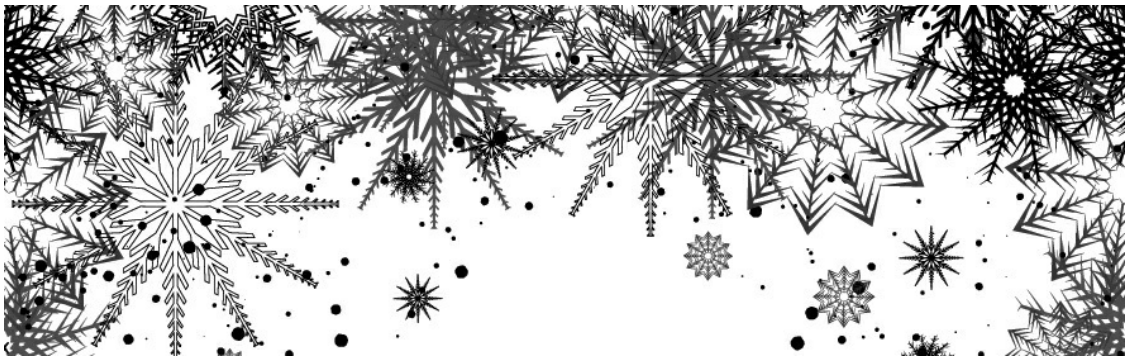
–Aquí estamos –murmuró Torin, guiando el caballo hacia el agua.

El animal entró al galope en las aguas poco profundas del arroyo, y me rociaron unas gotas frías. Me lamí los labios, con la garganta que aún ardía de sed. La lluvia había sido agradable, pero no suficiente. Cada gota de agua del río era una bendición de los dioses.

El pecho firme de Torin me abrigó por detrás. Protegida entre sus brazos, mis músculos empezaron a relajarse poco a poco y fui derritiéndome en él. Por el momento, al menos, me sentía segura con Torin. Pero a fin de cuentas, seguíamos atrapados en este mundo. ¿Qué posibilidades había de encontrar a esa mujer del velo? Y si la encontrábamos, ¿nos ayudaría?

Daba la sensación de que buscábamos algo inexistente.

Pero mientras Torin tuviera esperanzas, me guardaría mis pensamientos oscuros. No soportaría verle la cara si le dijera que pensaba que estábamos atrapados allí.



10
AVA

Un viento salobre nos envolvía, rozándome la piel mientras corríamos por el río. Por el sabor salado del aire, pensé que debíamos de estar cerca del mar. Nos rodeaba una espesa niebla.

Cuando Torin frenó el caballo, el sonido del agua rugió como una cascada cercana.

–Ava, eso de ahí podría ser una casa abandonada.

Una ráfaga de viento marino sopló sobre nosotros, disipando parte de la niebla. Entre los troncos de los árboles, pude distinguir una estructura de piedra que dominaba el acantilado, una cabaña pequeña con las ventanas oscuras.

Torin me ayudó a bajar del caballo y mis pies se hundieron en el agua fresca. Quité el vestido del caballo y me lo puse.

Torin ya estaba arrodillado para beber agua del río, y lo acompañé. Junté las manos y me llevé el agua a la boca. El río vivificante corrió por mi garganta y se derramó por el mentón y el vestido. Ay, por los dioses, con razón la gente adoraba los ríos en los viejos tiempos.

Todavía estaba bebiendo cuando Torin se puso de pie.

–Voy a asegurarme de que esté vacía antes de entrar –dijo–. Acerca el caballo a la casa por si necesitamos huir rápido.

Salí del río después de él, observándolo entrar en el claro, con la espada colgada de la cintura. Cuando bajé la vista a sus pies, se me partió el corazón al ver sus talones lacerados.

La noche se volvía cada vez más fría, y me abracé con fuerza a mí misma mientras sacaba al caballo del río y lo llevaba hacia el claro. Después de haber pasado días en una celda sombría, la casa parecía lo más acogedor del mundo. Era oscura, pero la idea de estar en un lugar con una cama mullida era el paraíso absoluto. Uno de los lados de la casa daba a un abrupto acantilado

que se adentraba en el mar resplandeciente, y el bosque formaba un arco protector sobre la parte trasera. Una puerta redondeada daba un aspecto muy grato a la casa. A la luz de la luna, pude ver que la vivienda se había pintado de azul cielo hacía mucho tiempo, pero la pintura se veía desgastada por el viento proveniente del mar. Las hojas rojas formaban una alfombra de color clarete que cubría el suelo.

Me acerqué un paso más a la casa y vi a Torin desenvainar la espada y subir los escalones hasta la puerta principal.

Me volví y di un vistazo a dos tumbas torcidas que había fuera de la vivienda. A medida que me acercaba, contemplé la hermosura y la crudeza de las tallas en la piedra: unos dibujos retorcidos y entrelazados, unas serpientes enroscadas de color azul y morado. Los nombres de los allí enterrados estaban marcados con runas, pero no podía leerlas. Unas enredaderas de color cobalto con hojas de rojo sangre en las puntas se arrastraban por las tumbas, tan serpenteantes como las tallas. A las personas enterradas aquí alguien las había amado lo suficiente como para sepultarlas con esmero y grabar sus nombres para la eternidad.

A un lado de la casa había unos comederos de hojalata volcados, lo que indicaba que alguna vez hubo animales de granja. También encontré un poste para el caballo y lo até.

En cuanto terminé, un movimiento de las ramas atrajo de nuevo mi atención hacia el bosque.

Se me aceleró el corazón.

De entre las sombras, un enorme insecto con extremidades largas y flacas de un plateado destellante se alzó ante mí. Me quedé boquiabierta. Era tan grande como un caballo. Esta vez no era una araña, pero ¿qué era? Antes de que pudiera verlo bien, saltó al suelo y se adentró de nuevo en el bosque. Solté un suspiro largo y tembloroso, pero la tensión me seguía enroscando los músculos.

El alivio duró poco. Un segundo después, la criatura se levantó sobre las patas traseras, con la cabeza resplandeciente a la luz de la luna. Se me paró el corazón cuando se elevó como una mantis religiosa metálica.

La criatura se abalanzó sobre mí, y con una de sus enormes patas en forma de guadaña intentó cortarme la cabeza. Me quité del medio y rodé para ponerme de pie, alejándome de ella y corriendo en medio del viento salado.

–¡Torin!

Llegué al borde de los acantilados oscuros y escarpados, y ya no tenía adonde correr. Me paré entre las largas hierbas de la pradera marina y giré hacia la criatura. Unos ojos compuestos luminiscentes me miraban fijo, y un par de enormes colmillos se movían y crispaban hambrientos en su boca. Los brazos en forma de cuchilla se flexionaron.

Finalmente, Torin abrió la puerta de golpe y desenvainó su espada.

La mantis dejó de moverse y giró la cabeza para evaluar la nueva amenaza. Cuando Torin le

hizo un tajo en el torso, la criatura saltó, y yo quedé en el borde del acantilado. Por detrás, un viento huracanado me azotaba con el rocío del mar. Miré a mis espaldas, hacia la caída. Abajo, muy lejos, se agitaba el océano. Se me cortó la respiración.

La mantis se abalanzó sobre Torin. Él blandió su espada y cortó una de las patas de la criatura, que chilló de dolor. Me recorrió una ola de terror al preguntarme si los soldados oirían el grito.

Torin volvió a asestar otro golpe y el insecto se alejó como un rayo. El corazón me dio un vuelco. La mantis podría atravesar sin problemas el cuerpo de Torin con la pata que le quedaba.

Mi mente había comenzado a quedarse en blanco; lo único que había era el ruido del mar y el zumbido bajo y musical del bosque cercano. Con el viento azotándome, corrí alrededor de la mantis y me interpuse entre ella y Torin.

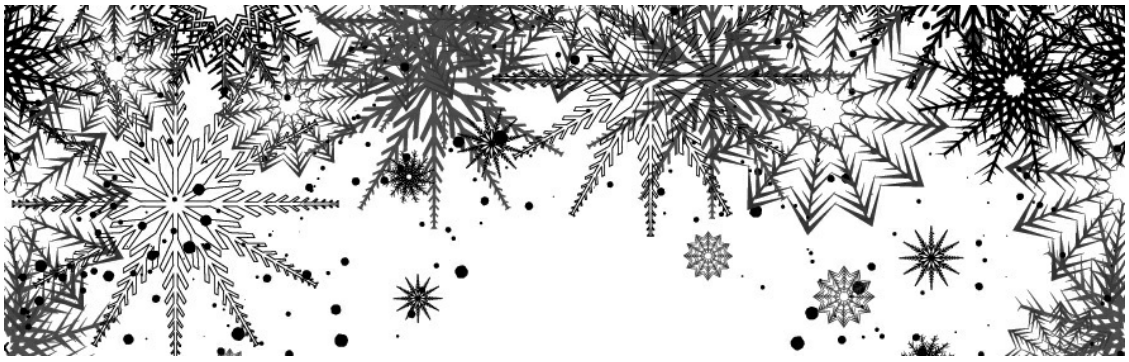
–¡Ava! –gritó él, pero lo ignoré.

Mis instintos se habían cristalizado en torno a una idea: iba a proteger a Torin y el bosque me ayudaría.

Mientras miraba fijo a la mantis, en mi mente surgieron imágenes de la tierra cobrando vida, sometiéndose a mi voluntad. Vi los largos pastos de la pradera marina levantándose y arrastrando a la mantis al mar...

Solté un rugido, un grito furioso desde lo más profundo de mi ser, que el viento atrapó y arrastró sobre las olas. Las hojas rojas se desprendieron de las ramas del árbol, cayeron en el viento huracanado y azotaron la cara de la criatura.

La mantis retrocedió cada vez más y más, hasta que se precipitó por la ladera del acantilado.



11
AVA

Me quedé allí de pie, temblando, mirando por el acantilado rocoso. Un fuerte crujido resonó por encima del ruido de las olas. La mantis se había estrellado abajo.

Torin se quedó mirándome, con el ceño fruncido.

–Eso fue... interesante. ¿Lo echaste por el acantilado a gritos?

El cuerpo me crepitaba de electricidad, pero era tan solo el miedo que me quedaba en los nervios, ¿no? No sabía si había invocado magia o si el propio viento había empujado al monstruo por el acantilado.

Recuperé el aliento, con unas náuseas que me subían por el estómago.

–¿Está vacía la casa?

Él asintió con la cabeza.

La furia de la batalla empezó a abandonar mi cuerpo, pero aún me temblaban las piernas.

–Bien.

–Voy a prepararnos algo de comer –dijo Torin–, y un baño caliente para ti.

Se me hizo un nudo en la garganta. Cuando él atravesó la pared y entró en mi celda, pensé que parecía un dios. Ahora era igual de hermoso, pero mis ojos se deslizaron por sus brazos magullados y los pies ensangrentados. En su piel resaltaban tonos rojos y morados. Inspiré bruscamente y señalé:

–Te sangran los pies. Podemos hacer vendas con mi vestido.

–Los dos estamos bastante maltrechos, ¿no? Pero eso es lo bueno del cuerpo de los fae. Se cura. –Se dio la vuelta y se pasó la mano por el pelo mientras entraba en la casa.

Arqueé una ceja. Un buen rey cuidaba y protegía a su pueblo, y me daba la impresión de que

Torin necesitaba sentirse protector más de lo que necesitaba cuidar de su cuerpo herido. Tenía la clara sensación de que si él no cuidaba de alguien, se sentiría destrozado. Iba a tener que prestar atención a cómo me expresaba.

–¿Torin? –lo llamé.

Cuando él se volvió hacia mí, me llevé la mano a la espalda.

–Morgant me curó el hombro, pero aún siento una pequeña punzada. ¿Viste algo en la casa que pudiera ser una especie de antiséptico o ungüento?

En la puerta, se volvió hacia mí y sus cejas se alzaron.

–¿Sólo una punzada?

–Muy pequeña. Pero no estaría de más desinfectarlo para que no empeore.

–No vi nada dentro. –Señaló los zarcillos morados que trepaban por las tumbas–. Pero las hojas de la hiedra de la noche son prácticamente mágicas. También crecen en Feéra. Si recoges algunas, puedo machacarlas y convertirlas en un aceite antiséptico que hará maravillas con tu hombro.

–Gracias. –Le dediqué una pequeña sonrisa.

Junto a la tumba, arranqué unos puñados de unas brillantes hojas de un azul intenso hasta que no me cupieron más en las manos. Cuando entré, Torin ya estaba arrodillado ante un enorme hogar de piedra, jugueteando con un encendedor metálico. Mientras chisporroteaba, vislumbré un caldero que colgaba de la chimenea, con forma de tetera grande con asa y pico. Junto a él había un gran balde. A un metro y medio de la chimenea había una enorme tina de cobre. Parecía un lugar extraño para una tina, pero supuse que, sin agua corriente, sería el lugar más fácil para darse un baño caliente.

Dejé las hojas sobre la mesa de la cocina y observé el interior oscuro. Aparte de los rayos de luz de la luna que entraban por las ventanas y el resplandor apagado de las pequeñas llamas, no había mucha luz aquí dentro. Aspiré el aroma a hierbas secas. Al cabo de unos instantes, mis ojos se adaptaron a las sombras y pude orientarme un poco.

Mis pisadas crujían contra los tablones del suelo mientras exploraba el espacio. Dos pesadas puertas de madera tallada conducían a otras habitaciones. Una era un cuarto de baño con un retrete de piedra y no mucho más. La otra era un dormitorio en el que había una estrecha cama con dosel. Las paredes blancas estaban entrecruzadas por vigas de madera oscura, y de las ventanas con parteluz colgaban unas cortinas blancas.

Cuando volví a la cocina, Torin había conseguido avivar las llamas del hogar. El fuego lo bañaba en dorado, y la luz temblaba sobre la gigantesca tina de cobre.

Saqué una vela de uno de los candelabros de la pared y me incliné junto a él para encenderla. Con ella, encendí las velas de los demás candelabros, y pronto, la pequeña habitación bailaba con una luz de tono oxidado.

Ahora podía ver el ambiente con más claridad. De una pared sobresalían estanterías de pino con nudos, cada una de ellas con pilas de platos y tazas de barro. Todo estaba cubierto de polvo, pero aun así parecía acogedor y hogareño.

Torin me miró y dijo:

–Siéntate, Ava. Voy a buscar agua al río. Querías un baño.

Un baño sonaba divino, pero me costó no poner los ojos en blanco. La idea de que él entrara y saliera corriendo de la casa con los pies heridos mientras yo me quedaba sentada era absurda.

Se levantó y, por la forma en que caminaba, con la espalda recta y rígida, me di cuenta de que le dolía.

–Tengo que curarme la espalda –le grité, intentando ocultar la irritación en la voz.

Él tomó el balde y salió de todos modos.

Saqué un mortero de piedra de uno de los estantes. Eché las hojas en el mortero y las machaqué hasta convertirlas en una pulpa azulada, sobre la que se formó una capa de aceite brilloso. Vertí el aceite en un cuenco más pequeño.

Torin volvió a entrar por la puerta, duro como un palo, y vertió el agua en el caldero.

Metí el dedo en el aceite. Me manchó el meñique de color zafiro y me lo froté en la espalda, sin sentir nada en absoluto porque mi herida ya se había curado.

–Ahh –dije en voz alta, fingiendo alivio–. Así está mejor. ¿Torin?

Él se detuvo antes de volver a salir por la puerta con el balde y giró hacia mí, con la luz del fuego que le esculpía el pecho con dorado y sombras.

Me aclaré la garganta.

–Queda mucho más por si lo necesitas. No quiero que se desperdicie.

Me acerqué a él y le entregué el aceite. Los ojos claros de Torin brillaron divertidos, y la comisura de los labios se crispó.

–Sé lo que estás haciendo, y he sobrevivido a cosas peores, niña cambiada. No hace falta que te preocupes por mí.

–Lo único que me importa ahora es la comida –mentí–. Y comeremos antes si puedes caminar más rápido. Si no como, podría morir. Y eso sería culpa tuya, rey.

Una pequeña sonrisa compungida le curvó la boca.

–No puedo permitirlo. –Me quitó el aceite de las manos–. Pero ya puedes sentarte. Yo me encargo de ir a buscar agua para el baño.

Me mordí el labio, tratando de poner un poco de urgencia en mi voz.

–En realidad me sentiría mejor si pudiera moverme, Torin. Estuve encerrada tanto tiempo en una celda que lo último que necesito es estar confinada aquí. *Muero* de ganas de sentir mi libertad. Y además, ¿creo que me prometiste comida? Me muero de hambre. Así que preferiría que no la retrasaras perdiendo tiempo de cocina buscando agua.

Antes de que él pudiera objetar algo, tomé el balde de las tablas deformadas del suelo y salí al aire con olor a mar.

Si Torin tuviera sentido común, en este momento estaría limpiando y curando sus pies. Pero tal vez Morgant se lo había quitado a golpes.

En el exterior, mantuve los sentidos alerta, por si oía a soldados que se acercaban, pero solo oí el lúgubre llamado de un búho, las ráfagas de viento entre las ramas y las olas rompiendo contra el acantilado. Me arrodillé a la orilla del río para llenar el balde con el agua borboteante.

Por los dioses, qué increíble era estar afuera de ese calabozo. Ansiaba de verdad la libertad de caminar, aunque me chillaran los músculos.

Me levanté con las piernas doloridas y llevé el balde de vuelta a la casa, con el brazo agobiado por el peso. Cuando me acerqué a la puerta azul descolorida, Torin salió, con un mechón de pelo oscuro cayéndole sobre la cara. Esta vez, parecía tener los músculos relajados, con las manos en los bolsillos de los pantalones sucios. Era evidente que había usado el aceite curativo, y sentí una pizca de orgullo por haberlo ayudado.

–Voy a buscarte comida, niña cambiada. Como dijiste, no quiero que te mueras de hambre estando a mi cargo.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

–Tengo un hambre bestial.

Entré y salí varias veces; llenaba el balde y vertía el agua en la tetera gigante para que hirviera, luego echaba el agua caliente en la tina. Pero no iba a llenarla dos veces, ¿verdad? Tenía tamaño suficiente para meternos los dos.

Mientras entraba y salía de la casa arrastrando los baldes de agua, Torin regresó con un faisán y bayas de enebro. Al tiempo que yo llenaba la tina, él desplumó el ave y saló la carne, luego la untó con hierbas y oporto añejo de uno de los armarios. Ensartó el faisán en una varilla para asarlo en la chimenea.

Por fin, la tina ya estaba llena de agua caliente y salía vapor del baño. El olor del ave asado hacía difícil concentrarse en otra cosa que no fuera su sabor, apetitoso y suculento.

Torin puso el faisán en el asador, con la quijada marcada y los pómulos altos iluminados por el cálido resplandor del hogar.

–Torin –le dije–, te vas a meter en esta tina conmigo.

Él me miró por encima del hombro, con un gesto imposible de interpretar.

–Yo... ¿qué?

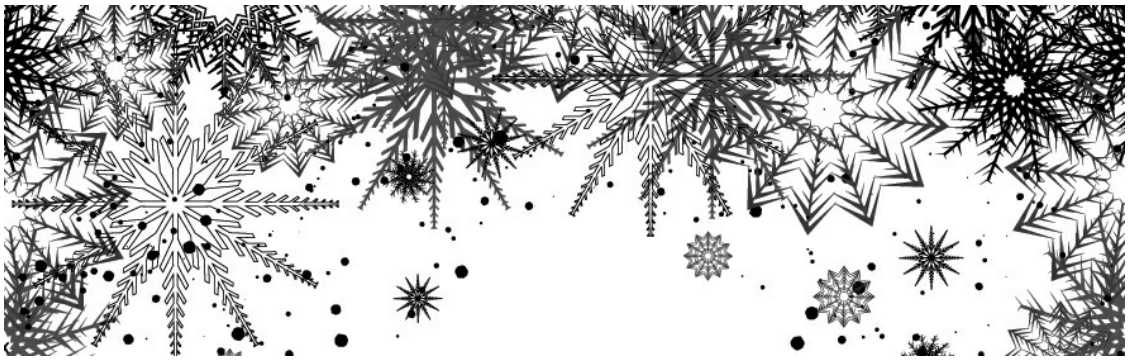
–Eso me llevó más de veinte minutos. No voy a volver a llenarla. Y no voy a cargar con la culpa de haber sido la única en bañarse. Nos torturaron a los dos en esas celdas. Nos bañaremos los dos, mirando uno para cada lado.

A Torin le bailaron los ojos.

–Si de verdad quieres verme desnudo, niña cambiada, podrías pedírmelo.

–No, no es eso. –Cerré los ojos–. Cada uno mirará en direcciones distintas. Yo a la izquierda, tú a la derecha. Es una cuestión de practicidad.

–Como quieras, niña cambiada.



12

AVA

Nos dimos la espalda, y yo tomé el dobladillo de mi vestido. La tela verde estaba más que sucia a esta altura. Aunque ya había estado desnuda frente Torin en todo el viaje hasta aquí, la sensación era muy distinta en la calma y la tranquilidad de la casa. Y cuando me quité el vestido, estaba muy consciente de cada centímetro de mi piel desnuda. La chimenea me daba calor a un lado del cuerpo, y miré la tina detrás de mí.

–No mires –dije, más como un recordatorio para mí misma que para él.

–Así me va a costar meterme en la tina –señaló él con voz tenue.

Detrás de mí, oí el roce de su ropa mientras se desnudaba. Una imagen no solicitada de Torin desnudo apareció en mi mente, y me imaginé cada curva esculpida y dura como el hierro de sus músculos.

Era en verdad difícil encontrar la tina sin mirar, así que eché un vistazo por encima del hombro. Con torpeza, trepé por el borde, felicitándome mentalmente por haber logrado la temperatura exacta: lo bastante caliente como para que la piel se me pusiera rosada, pero no tanto como para que me salieran ampollas. Me deslicé hacia abajo y me senté en el agua con las piernas cruzadas.

Oí a Torin meterse en la tina detrás de mí, con la respiración agitada. El agua humeante subió y me lamió la piel por encima de los senos.

–Por todos los dioses, Ava. ¿Intentas hervirnos vivos? ¿Es el infierno esto?

–¿Saben tus súbditos que eres así de delicado? –Mis músculos se relajaron y crucé los brazos sobre el borde. Debería estar lavándome el pelo y el cuerpo, pero nada más quería disolverme en el agua. Y me distraía tremendamente el hecho de que Torin estuviera metido en la tina cerca de

mí, intentando con *mucho* cuidado que su cuerpo no tocara el mío.

Junto a la tina, había dejado una pila de ropa bien doblada: unos pantalones, unos pares de botas y unas camisas blancas limpias que había encontrado en un armario. Mis ojos pasaron por encima de las prendas y volvieron al rey seelie. Por el rabillo del ojo, vislumbré el cuerpo de un guerrero, los tatuajes oscuros que trepaban como enredaderas por los músculos bien delineados. Los hombros se flexionaban, y las sombras y la luz del fuego esculpían los contornos cincelados de la espalda. Dejé que mis ojos recorrieran los furiosos magullones de color ciruela de su columna, y la furia me invadió el pecho. Morgant le había hecho mucho daño.

Suspirando, Torin se inclinó hacia delante, con los brazos cruzados sobre la tina, como había acomodado los míos momentos antes. El agua caliente era un bálsamo para los músculos doloridos, y el aire sofocante me aliviaba los pulmones.

Tal vez era por la soledad insoportable y desgarradora de aquel tiempo pasado en la celda, pero me costaba apartar los ojos de él.

Con el aroma de la carne asada y el romero en el aire, descubrí que mis deseos primarios se estaban confundiendo. ¿Quería cuidarlo, devorarlo o montarme a horcajadas sobre él? Ya no estaba segura.

Quizás una combinación de las tres cosas.

Él me sorprendió mirándolo y se me encendieron las mejillas.

–Ava –dijo con voz tenue–, pensé que debíamos estar de espaldas el uno del otro.

Me volteé enseguida, con las mejillas hechas un fuego.

–No habrías sabido que te miraba si no hubieras estado mirando. –¿Fue infantil lo que dije? Tal vez.

Detrás de mí, oí el sonido del agua que caía del cuerpo de Torin mientras se lavaba y, luego, sus pies en el suelo de madera. Sentí una punzada de decepción, pero no quería salir del agua. Este baño era el paraíso.

Mantuve los ojos fijos en el suelo mientras él se vestía.

Un minuto después, Torin se arrodilló junto al fuego. La camisa blanca que había encontrado era varios talles más pequeña y le quedaba tirante sobre los músculos. Mientras daba vueltas al faisán en el asador, se me hizo la boca agua, con el estómago hueco por el hambre intensa.

–El faisán ya estará listo, ¿no?

Para ser sincera, me lo habría comido crudo. Completamente crudo. Otra vuelta del asador.

–Todavía no. No hemos comido en días, así que bien podríamos comer algo hecho como corresponde.

–Si me haces esperar más, quizá termine devorándote a ti. Creo que aquí estoy entrando en contacto con mi lado demoníaco, Torin.

–Es raro, pero suena tentador. –Le brillaron los ojos cuando se volvió hacia mí–. *Supongo* que

podría darte algunas bayas, pero el resto lo estoy usando en una salsa de oporto...

Le mostré los caninos.

–Empezaré por tus hombros, Torin. Te voy a arrancar trozos de tus hermosos músculos con los dientes.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y se puso de pie.

–No hace mucho, te preocupabas por el estado de mis pies. Ahora quieres comerme vivo. –Me entregó un pequeño cuenco de madera con bayas moradas.

–Tengo mil y una personalidades. –Me metí una baya en la boca y la mordí. La gloria. ¿Acaso había probado algo tan dulce antes?–. Las compartiría contigo, pero me temo que los seelie y los noseelie son enemigos ancestrales.

–Que bueno que soy totalmente capaz de esperar a la comida de verdad.

El murmullo aterciopelado de su voz hizo que se me calentara la sangre. Las bayas me tiñeron los dedos de morado.

–Si Morgant viene a buscarnos mañana y sufrimos una muerte atroz en sus manos, tenemos que asegurarnos de que esta haya sido una buena noche –señalé.

–Y es por eso que no estoy apresurando las cosas, niña cambiada.

–Entonces, si encontramos a esta mujer del velo, y ella nos dice cómo volver a casa, ¿cuánto tiempo esperarás para consumar tu matrimonio con... quien sea que planees casarte?

Torin me lanzó una mirada penetrante, luego se levantó y cruzó hacia la mesa de la cocina.

–Voy a concentrarme en el importante trabajo de hacer la salsa de oporto.

Mientras machacaba las bayas, parecía inquieto. Me di la vuelta en la tina para verlo mejor. No podía evitarlo. Me gustaba mucho mirarlo.

–Aunque estoy segura de que la salsa de oporto requiere toda la concentración posible de tu linda cabecita –le dije–, vas a necesitar descendencia real. ¿Quién más va a masacrar a las víctimas de los sacrificios en Beltane si no tienes heredero?

A Torin se le crispó la comisura de los labios.

–¿Sabes? De verdad ha pasado mucho tiempo desde que sacrificamos a uno de los tuyos en Beltane. Los clanes estarían encantados.

–Un demonio sería perfecto. Qué criaturas horribles. ¿Puedo recomendar a Morgant para ese papel?

Una sonrisa se dibujó en su boca antes de acotar:

–Creo que es el hijo de la reina. El hijo que le queda, en realidad.

–Esa fue mi impresión.

Terminé las últimas bayas. A esta altura, el baño me había puesto la piel de color rosado.

–Dese la vuelta, su alteza. Voy a salir.

Torin obedeció, desviando la mirada.

No había encontrado toallas, pero había descubierto una manta de lana vieja, así que me sequé y me puse una camisa blanca con botones que me llegaba hasta la mitad de los muslos y unos diminutos pantalones cortos azules. No había encontrado ningún pantalón de mi talla.

Ya vestida, pensé que debía ayudar con la cena, así que saqué unos platos de las estanterías desgastadas y los apoyé en la mesa.

–Voy a servir el oporto. Y lo que sea que esté pasando con ese faisán, nos lo vamos a comer, porque las bayas se acabaron, y el faisán sabría mejor que tu carne musculosa.

Con un suspiro, Torin se dispuso a sacar el faisán de la varilla de metal.

–Debes tener cuidado de no comer demasiado rápido. Después de días de inanición, si te excedes, te va a caer mal.

La luz dorada ondeaba en la acogedora sala y yo me acerqué a la mesa para servir oporto en los vasos.

–Míranos, tan domésticos, un rey seelie amante de los sacrificios humanos y su enemiga demoníaca. Compartiendo el pan como dos viejos amigos.

Afuera, un trueno retumbó en el paisaje.

–Estás muy obsesionada con el tema de los sacrificios humanos, ¿verdad?

–Es una manía mía. –Me di la vuelta y, para mi deleite, estaba contemplando un faisán asado a la perfección, con la piel crujiente de un intenso color mantecoso. Se me caía la baba, y me limpié la boca con el dorso de la mano–. Por esto, te perdono los sacrificios humanos.

Torin deslizó el ave sobre la mesa, y yo me apresuré a sentarme en el banco de madera.

En algún momento de mi vida tuve modales, pero habían muerto en la celda hacía varios días, así que directamente arranqué uno de los muslos y empecé a despedazarlos como una cavernícola.

–Despacio, pequeño demonio.

Nunca en mi vida había probado algo tan divino. Era la comida de los dioses, contundente pero condimentada con delicadeza. ¿Dónde aprendió Torin a cocinar? Hubiera imaginado que un rey nunca tendría que tomarse la molestia. Por supuesto, se notaba que le gustaba cuidar de la gente, y cocinar era la forma perfecta de hacerlo.

El calor me abrasaba la lengua, pero no podía saciarme.

–Ava –dijo Torin con voz tenue, a modo de advertencia.

–Bueno. –Me obligué a comer más lento y le di un sorbo al oporto. Suspiré–. Es casi como estar en casa, ¿no? –Pero algo me sonaba a falso, como si me estuviera esforzando demasiado por ignorar todo lo que había pasado en el calabozo. Y al salir esas palabras de mi boca, todos los horrores de la semana anterior volvieron de golpe a mi mente. La total falta de control. El dolor del hombro infectado y la desesperación absoluta de pensar que iba a morir sola, que nadie vendría a buscarme. Aunque hubiera nacido aquí y esta casita fuera acogedora, este reino

espantoso no se parecía en nada a mi hogar. Las garras afiladas de la nostalgia se instalaron en mi corazón y se clavaron hasta que ya no quise comer casi nada más. Me quedé viendo la mesa, tratando de controlar el gesto de mi rostro. ¿Dónde estaba la alegría de la que había sido capaz hacía unos minutos?

–¿Qué sueles comer en ese bar? –Torin bebió un sorbo de su vino–. Ese en el que te conocí. ¿Es un lugar al que vas seguido?

Parpadeé, sorprendida por la banalidad de la pregunta cuando mis pensamientos se habían ido por la tangente. Al cruzar sus ojos, me dio la impresión de que él había conseguido interpretar con exactitud el gesto de mi rostro o que había detectado el ligero quiebre en mi voz cuando dije "casa". Y debió de darse cuenta de lo mucho que ansiaba algo de normalidad en aquel momento.

Me sorprendió lo fácil que le resultó interpretar lo que yo necesitaba.

–Sí –respondí al fin–. Iba mucho con Shalini. Los martes de tacos, sobre todo. Pero como por lo general tenía poco dinero, comía nachos. Eran más baratos. –Nunca en mi vida habría imaginado que un día mi voz se quebraría de emoción por la palabra "nachos", pero así pasó.

–Nachos –repitió él, despacio. Me parecía que él no tenía idea de lo que eran, pero intentaba seguirme el juego–. ¿Volverás a comer eso cuando vuelvas a tu casa?

–Con Shalini. –Parpadeé, intentando apartar las lágrimas de mis ojos–. Pero esta comida es increíble, Torin. Puedo afirmar con seguridad que es lo mejor que has hecho.

Me chupé los dedos, un hábito asqueroso y algo que nunca habría hecho si no hubiera pasado hambre durante una semana. Destellaron unos relámpagos y, unos instantes después, la lluvia comenzó a golpear contra la ventana. Afuera arreciaba una tormenta.

–Por cierto, ¿dónde piensas dormir? –pregunté.

–Aquí afuera.

–¿En el suelo? –En cuanto salieron las palabras de mi boca, me di cuenta de que tendría que abordar esto con cuidado. La verdad era que no quería cargar con la culpa de que un héroe maltrecho durmiera sobre el suelo de piedra mientras yo me quedaba en la cama acogedora, pero no podía decir sin más que necesitaba que lo cuidaran. Él lo rechazaría de inmediato. Lo miré con el ceño fruncido y dije:

–Me sentiría mejor si tú y yo estuviéramos en la misma habitación. Por un lado, podría necesitar que me protegieras de otro monstruo. Y además, tendré frío.

Sus ojos azules brillaron con más intensidad.

–Primero el baño, ¿y ahora me invitas a la cama?

–Por razones de seguridad. Sé que te estás reservando para el matrimonio, pero estoy segura de que podrás contenerte conmigo.

–En primer lugar, no he dicho tal cosa sobre reservarme. Segundo, puedo contenerme, niña cambiada. –Una sonrisa relajada le curvó los labios–. Pero ¿tú? Vi cómo me mirabas en el baño.

Hermosos músculos, creo que dijiste.

Arranqué otro trozo de carne. No había podido encontrar cubiertos.

–Ay, qué inocente eres. Te miraba como comida. Así como pienso que este faisán tiene unos muslos preciosos.

Torin arqueó una ceja y me clavó los ojos intensos de gruesas pestañas negras. La calidez de la luz danzaba sobre sus pómulos marcados.

–Bien. A la cama entonces.



Me metí bajo las sábanas y me hundí en la cama más cómoda y mullida que había visto en mi vida. Sentía los muslos acalambrados y exhaustos, pero mi cuerpo estaba envuelto en pura suavidad y se iba fundiendo con la cama. La lluvia golpeaba contra la ventana, y mis ojos empezaron a cerrarse.

Pero se abrieron de golpe cuando oí a Torin entrar en la habitación, con el pelo oscuro alborotado. Aun así, bajo la luz plateada se veía perfecto como un modelo. Ya no llevaba puesta la camisa. De hecho, ahora solo llevaba uno de los pantalones cortos que yo había encontrado, unos pantalones *sumamente* ajustados. El tiro le quedaba bajo y dejaba ver cada centímetro de sus marcadísimos abdominales.

¿Acaso lo hacía a propósito para demostrar algo? Dada la mirada diabólica de sus ojos, diría que sí.

Cerré los ojos, y las palabras que me dijo en Feéra resonaron en mi mente: "Porque si estuviéramos tú y yo, en el robledal en Beltane, te tendría gritando mi nombre. Chillando que soy tu rey. Haría que tu cuerpo respondiera a cada una de mis órdenes, estremeciéndose de placer debajo de mí, hasta que olvidaras que el mundo humano existe…".

Se pasó una mano por el pelo mientras se acercaba a la cama, con los ojos clavados en mí de una forma que me hizo sentir calor en el vientre.

Me di la vuelta, decidida a hundirme en la cama y quedarme dormida.

Se me cerraron los ojos, pero sabía la verdad. No iba a dormir ni un segundo con Torin a mi lado, casi desnudo. *Si salimos de aquí, se casará con alguna princesa seelie prejuiciosa*, me recordé.

Traté de imaginarlo caminando hacia el altar con Moria a su lado. Pensé en lo increíbles que se verían juntos.

Subí las sábanas y me tapé hasta el mentón.

En cuanto Torin se metió en la cama, me envolvió su delicioso aroma a roble, y sentí su calor,

el poder que irradiaba de él.

Cuando su bíceps me rozó la espalda, mi pulso entró en un galope a toda velocidad.

Y, por supuesto, el rey seelie se dio cuenta.

–Tienes el corazón acelerado –murmuró.

–La ansiedad.

Para mi sorpresa, me acercó contra él, y sus brazos fornidos me envolvieron con ternura. Podía sentir los latidos de su corazón, un golpeteo rítmico contra la delgada tela de mi camisa.

Era plenamente consciente de lo poco que llevaba puesto y de que cada centímetro de mi piel desnuda ansiaba estar en contacto con la de él.

–Ava, conmigo no te pasará nada. –Me apartó el pelo de la cara y me rozó la sien con las yemas de los dedos–. Ese animal te dejó un magullón.

Me invadió una pizca de culpa porque me estaba tratando con una dulzura sorprendente, y no era la ansiedad lo que me aceleraba el corazón. Habría imaginado que, con lo engreído que era él, se habría dado cuenta de la mentira.

Su cuerpo se curvó alrededor del mío, y mis músculos se ablandaron al apoyarse contra él. Torin inspiró con fuerza y preguntó:

–¿Cómo se sienten?

Mi mente se disparó en mil millones de direcciones, ninguna de ellas apropiada para dos personas que habían acordado sin lugar a duda que nunca podrían estar juntas.

–¿Cómo se siente qué?

–Los cuernos.

–Son un poco sensibles, parece. Con el viento frío.

–¿Qué pasa si toco uno?

–Nada, creo. –Pero en cuanto lo dije, supe que me había equivocado, porque de solo pensarlo me recorrió una ola estremecedora de calor.

Torin sacó un brazo y lo levantó. Una caricia lánguida por la curva de mi cuerno dejó un sensual rastro de calor a su paso que me hizo batir las pestañas. Me invadió un deseo ardiente que evaporó todo pensamiento de mi mente. Mi cadera se apretó contra él, y oí que se le entrecortaba la respiración.

Mi espalda se arqueó y giré para mirarlo.

–¿Me estás seduciendo?

Él acercó su boca a mi oído y susurró:

–Mi demoníaca amiga, si quisiera seducirte, ahora mismo estarías gimiendo mi nombre. Pero no es que lo esté intentando, ¿verdad? Porque eres un bonito demonio que nunca voy a poder tener.

–¿Estaría gimiendo tu nombre ahora mismo? –Lo miré fijo, y mis ojos se deslizaron hasta la

sensual curva de sus labios. Detestaba lo mucho que quería volver a saborearlos–. No sé si lo dices porque te tienes mucha estima o si es parte de tu regio desempeño.

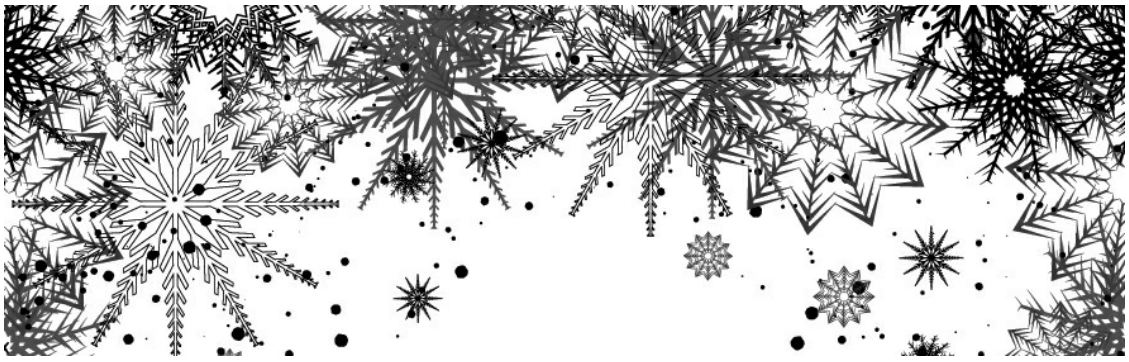
–Ah, es genuino y fue confirmado en cantidad.

Se me crispó la boca.

–Eso es lo que todo el mundo te dice cuando eres rey. Como cuando decían que Enrique VIII era el mejor deportista de la época. –Fruncí el ceño–. ¿Acaso no podría deberse a que todos le tenían demasiado miedo para decirle la verdad, dada su costumbre de cortar cabezas? Tal vez todas esas damas seelie en Beltane no querían hacer enojar al alto rey. Tal vez eres el Enrique VIII del sexo.

Torin se apoyó en un brazo y me esbozó una sonrisa lenta y perversa, con los ojos oscurecidos. Irradiaba un calor sombrío y sensual.

–Bueno –murmuró en el pliegue de mi cuello–, eso me suena a un desafío que voy a gozar, niña cambiada.



13
AVA

–El problema, niña cambiada –susurró Torin, con el aliento tibio sobre mi garganta–, es que si por casualidad no consigo escapar de la Corte de las Angustias, no puedo morir y dejarte pensando que soy el Enrique VIII del sexo. Y te voy a hacer gemir mi nombre.

Su voz grave y aterciopelada me acarició la piel y me provocó un enorme escalofrío.

La luz de la luna entraba por la ventana, iluminando su rostro increíblemente bello. No podía permitirme amarlo, pero lo deseaba. La mirada que me dirigía estaba en llamas, con cierto peligro en el fondo de sus ojos azules sobrenaturales.

Volvió a levantar la mano y me acarició con dulzura el cuerno derecho, desde la punta hasta abajo, poco a poco. Mientras lo hacía, me miró a la cara, observando cómo abría la boca, cómo bajaba los párpados y estos se agitaban por el placer prohibido. Bajo la delgada tela de mi camisa, mis senos se tensaron y un calor me recorrió la columna vertebral.

–Eso es trampa –susurré.

–Pero, ¿cómo podría resistirme a volver a ver ese gesto en tu bello rostro?

Su voz se había vuelto grave. Se inclinó y me rozó el cuello con los labios, luego con los dientes en la garganta. Su lengua me recorrió la piel, saboreándome, y el resto del mundo se desvaneció. Mis pensamientos se limitaron a adorar las caricias de su lengua.

Una de sus manos se deslizó por mi abdomen y luego por debajo de los pantalones cortos. De un hueso de la cadera al otro, sus dedos me rozaron como si estuviera memorizando mis contornos. Ay, *por los dioses*, sus lánguidas caricias me hacían arder el cuerpo de deseo.

Mi respiración se volvió cada vez más entrecortada, y apoyé la cadera contra él. En ese momento, sentí su larga dureza. Su evidente excitación solo hacía que me desesperara más por

él. Sentía que la fina tela de algodón era insoportable y mi cuerpo se calentaba por la tortuosa urgencia de quitármela de encima. Todas mis terminaciones nerviosas estaban a pleno, llenas de deseo por él.

Cuando volví a apretar la cadera contra Torin, él soltó un tenue gemido. Respiró hondo, me tomó los pantalones con el puño y tuve la clara impresión de que estaba a punto de perder el control, que iba a arrancármelos y sumergirse dentro de mí...

Nunca había tenido que contenerse tanto cuando combatíamos. En ese entonces, siempre le había resultado muy fácil mantener el control absoluto, calculando fríamente cada uno de sus movimientos. Pero ahora notaba la tensión de los músculos de sus brazos y el pecho duro como el acero.

Su boca se apartó de mi garganta, con la mano aún apretándome los pantalones con todo su vigor. Sentí su aliento tibio en la espalda, en el exacto lugar donde Morgant me había desgarrado el hombro. Con dulzura, las yemas de los dedos de Torin recorrieron la cicatriz.

–Ya no duele, ¿verdad?

Sus labios reemplazaron las yemas de los dedos, y el beso irradió calor desde donde su boca entró en contacto con mi piel. Entre beso y beso, murmuró:

–Algún día destriparé a ese hombre. ¿Lo sabes?

–Nada de pensar en el futuro.

Sonrojada, me puse boca arriba para poder ver mejor la belleza desgarradora de su rostro.

Conmigo, Torin no era capaz de dejarse llevar por completo. No, porque sabía que se acabaría. Un fantasma de tristeza cruzó sus rasgos perfectos antes de decir:

–Ava. En la celda, pensaba en ti todo el tiempo. En lo mucho que quería tenerte a mi lado, en tu cuerpo entrelazado con el mío.

Sus palabras me dejaron atónita, esta versión de Torin con la guardia baja. Ante la intensidad de su mirada, se me encendió el pecho.

Cuando intenté recordar lo que había pensado en aquella celda del calabozo, todo era una maraña en mi mente. Solo destellos de una desesperación intensa y un atisbo de mi posible aspecto, lamiendo el agua de lluvia del suelo. Me había sentido tan terriblemente indefensa allí, pero ¿con Torin? No importaba si en rigor pertenecíamos a facciones enemigas. Con él, no me pasaría nada.

Le toqué un lado de la cara, recorriendo sus pómulos altos.

Torin debió de ver cómo cambiaba mi expresión porque preguntó:

–¿Qué estás recordando?

Solté un largo suspiro, intentando sonreír. Esto no iba como yo esperaba.

–Nada que yo quiera. Tal vez tu deber sea sacarme ese calabozo de la cabeza.

–Ava, sabes que nunca podremos... –Se oía cierta aspereza en sus palabras.

Torin necesitaba algo de mí, pero yo no sabía bien qué era. Lo único que sabía era que hacía un momento él había estado muy cerca de tocarme exactamente donde yo quería, y ahora yo recordaba cosas que preferiría dejar enterradas. Sentí que el momento se tambaleaba en el filo de una navaja, como si estuviera a punto de perder lo que tanto ansiaba.

–Creo que deberías besarme y ya –le dije–. ¿Por qué preocuparnos por lo que pasará dentro de dos semanas? Podríamos estar muertos mañana.

Una expresión afligida invadió sus rasgos divinos, pero desapareció en un instante, sustituida por una curva seductora de sus labios, un fuego en sus ojos.

Yo había renunciado a los hombres, y a él en concreto. Pero ¿ahora? Moría de ganas por sentir algo que me quebrara el gélido entumecimiento del pecho. Al estar cerca de Torin, me sentía como lava derritiéndose sobre rocas negras.

Respondiendo a mi orden, él se inclinó y reclamó mi boca. Sus labios apenas rozaron los míos, como una pregunta, y mi respuesta fue abrir la boca ante su beso, y mover mi lengua contra la suya. Sus músculos se tensaron y lo sentí por completo: su olor, su cuerpo contra el mío. La forma en que me besaba, como si llevara meses imaginándolo.

Saltaron chispas de mi piel desnuda.

Mientras me besaba, deslizó la mano por debajo del dobladillo de la camisa, acariciándome la cadera y pasando poco a poco por las costillas. Bajo la camisa blanca, mis pezones se tensaron ante la expectativa. Él volvió a deslizar la mano hacia abajo, hasta la cadera. La forma en que me tocaba me hacía contraer los músculos, con la certeza de que sabía precisamente cómo hacerme estremecer de placer.

–Quiero tomarme el tiempo para saborear cada momento, Ava.

Sin prisa, haciéndome desear, deslizó las yemas de los dedos bajo la cintura de mis pantalones. Un ansia desenfrenada crecía en el vértice de mis muslos. Lo deseaba.

Pero él se tomaba su tiempo y trazaba círculos sobre mi cadera con total calma. Se me entrecortó la respiración, y él movió el cuerpo, acomodando la pelvis entre mis muslos. Me besó despacio, saboreándome, deslizando una mano para acariciarme el trasero, y yo apreté la pelvis contra él.

Torin me deslizó los dedos por el pelo, lo sujetó y tiró un poco de él mientras me besaba. Y con cada suave caricia de su lengua, mi cuerpo pedía más. Mordiéndome apenas el labio inferior, puso fin al beso.

–Me encanta tu sabor. –Lo dijo con voz áspera, casi desesperada.

Necesitaba sentirlo más, mi piel desnuda contra la suya. Empecé a desabrocharme la camisa y él bajó la vista para observarme, con los ojos ardientes. Cuando me quité la prenda, su vista me recorrió como una caricia sensual, y se detuvo en mis senos. Se me entrecortó la respiración cuando sus ojos subieron de nuevo y se posaron en mis labios. En aquel azul claro, brillaba una

ferocidad, un deseo primitivo contenido a duras penas. El rey seelie estaba a punto de desarmarse.

Inclinándose de nuevo, me besó con el fervor desesperado de un hombre que pensaba que podría morir al día siguiente y que solo un beso podría salvarlo. Apretó la cadera contra mí, con fuerza y lentitud, y un calor húmedo se acumuló en mi interior. Agitada, le pasé las uñas por la espalda, rozándole el hombro con los dientes, un indicio de la amenaza que le había hecho.

Su mano se deslizó por debajo de la cintura de mis pantalones y los jaló hacia abajo.

–Quítatelos. –Cambió el tono de su voz, el tono grave e imperioso de un rey acostumbrado a conseguir lo que quiere.

Se echó hacia atrás y me miró mientras me los quitaba. Podría habérmelos bajado él mismo, pero quería verme hacerlo, y la sensación de sus ojos clavados en mí me hizo palpitar de deseo.

Algo primitivo brilló en sus ojos, y el calor irradió a nuestro alrededor.

–Si pudiera tenerte siempre desnuda a mi lado, Ava, sería un hombre feliz. –Me miró fijo, contemplándome–. De hecho, es el privilegio de un rey estar rodeado de belleza. Y es el privilegio de un rey satisfacer sus deseos más perversos.

Se deslizó hacia abajo; sentí sus abdominales entre mis muslos. Cerró los labios sobre mi pezón. Su lengua se arremolinó y lamió, dándome ganas de gritar. Apreté la cadera contra él, haciéndole saber cuánto lo deseaba.

–Demonio –murmuró contra mi piel. Pero esta vez me encantó cómo sonaba esa palabra dicha por él, con el timbre reverente y áspero de su voz.

Encorvé la espalda y ahogué un grito mientras me acariciaba y lamía el seno con un ritmo frustrantemente lento. Lo deseaba con urgencia dentro de mí.

Una de sus manos bajó por mi cuerpo, entrelazando suavidad con una oscura actitud posesiva mientras me acariciaba el sexo, húmedo por la excitación.

–Por esta noche –susurró–, esto es mío.

Al oír sus palabras, mis muslos se abrieron más y me apreté contra él, cada vez más ansiosa por dar rienda suelta a mi deseo mientras sus dedos entraban y salían.

–Torin –susurré, volviendo a pasarle las uñas por la espalda–. Te deseo. Ahora.

Él soltó mi pezón y me miró desde abajo. Y para mi inmensa frustración, sus dedos también se detuvieron.

–Un rey seelie no se apresura por nadie. Sobre todo cuando tiene a su cautivante enemiga en la cama, desnuda y mojada por él.

Por los dioses, era un provocador implacable, y no pude evitar moverme contra su mano. Estaba tan cerca, pero necesitaba más de él.

–Quítate la ropa.

Ignorando mi petición, volvió a lamerme el pezón y se me curvaron los dedos de los pies.

Me estaba tocando exactamente donde lo necesitaba, sus dedos se movían con pericia mientras un crescendo de placer se enroscaba en mi interior. El calor me recorrió el pecho y él volvió a acercar su boca a la mía. Me besó con intensidad, acariciando mi lengua con la suya. Gemí contra su boca, al tiempo que mis músculos se tensaron y luego se ablandaron cuando el cuerpo se me estremeció por completo. Mientras el orgasmo me embargaba, se fragmentaban mis pensamientos. Un placer carnal y oscuro me recorría el cuerpo, unas ondas que me llevaban la sangre al centro de mi ser.

Mientras me mecía contra él, en mi mente estalló un color, el azul claro y divino de los ojos de Torin.

Cuando volví a abrir los ojos, lo encontré mirándome, embelesado. Con su mano aún entre mis piernas, me besó una vez más.

Acalorada, recuperé el aliento. Torin me rodeó con los brazos y respiré contra la piel brillante de su garganta.

Torin, sin duda, tenía como misión cuidar de los que le importaban.



Parpadeando, me desperté en mitad de la noche, con frío, echando de menos el calor de Torin.

Cuando me volteé, lo encontré sentado en el borde de la cama. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas y la cabeza gacha.

–¿Torin?

Él se volvió hacia mí, con el lúgubre azul de sus ojos atravesando la oscuridad y el pelo alborotado por el sueño. A la luz de la luna, era puros contrastes: los tatuajes sombríos sobre la piel blanca, los ojos claros y el cabello negro como el azabache.

–Tuve una pesadilla nada más –señaló con vos tenue–. Sabes, Ava, le dije a Morgant que no me importabas porque no quería que te usara en mi contra. Si hubiera sabido que eras importante para mí... la verdad es que no quiero imaginar lo que te habrían hecho.

El primer tinte dorado de calor empezó a descongelar el hielo de mi corazón.

–No sé si te habrá creído. Parece tener una exasperante habilidad para detectar mentiras.

Me quedé sin aliento cuando él me miró a los ojos un minuto más, y luego se apartó. Se pasó una mano por el pelo.

–Cuando entrenábamos en Feéra, me pareció conocer todos tus movimientos, niña cambiada. Cómo pensabas. Cómo respirabas. Y en realidad no eres una noseelie. No eres de este lugar maldito.

–¿De qué se trataba tu pesadilla?

–Soñaba con mi madre. Tengo recuerdos muy vagos de ella cuando estoy despierto. Pero cuando duermo, sueño con ella. Los sueños son muy vívidos, y no sé si se basan en recuerdos o en algo inventado por mi mente. Creo que esto era un recuerdo. –Su voz sonaba desolada–. Esta vez, yo estaba junto a su cama, viéndola morir. La maldición había hecho que unas venas moradas se ramificaran por su piel. Yo la amaba, pero me parecía un monstruo mientras moría. Recuerdo que me enojaba mucho el hecho de que no se levantara para atenderme, porque creo que sabía que ya no iba a cuidarme más. Y no sabía con quién más enojarme. Así que... esos fueron sus últimos momentos conmigo. Portándome como un completo malcriado.

Se me hizo un nudo en la garganta y me acerqué a él. Lo envolví con la manta y deslicé mi mano alrededor de sus hombros anchos para que no se cayera.

–Estoy segura de que ella quería que estuvieras allí. Aunque te portaras como un malcriado.

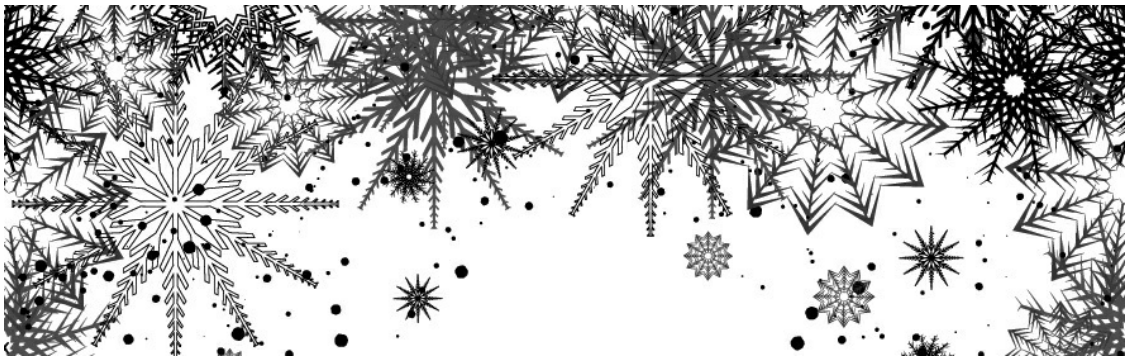
Torin se inclinó contra mí y dijo:

–La cosa es que sé que soy un rey en territorio enemigo. Necesito salir de aquí, y necesito que tú también salgas. Pero *no puedo* dejar de pensar en cómo sería cazar a la reina Mab y a Morgant, y acabar con la vida de ambos.

–¿Y luego qué? –señalé, sacudiendo la cabeza–. Luego mueres en un reino extranjero. Los seelie y los noseelie pasan de una guerra fría a una guerra declarada, y todos mueren.

–Por supuesto, tienes razón, niña mutante.

Se dio la vuelta y volvió a meterse en la cama conmigo. Se abrazó a mí y, cuando su respiración volvió a hacerse pesada y el corazón empezó a latirle más despacio, mi cuerpo se fundió con el suyo.



14

TORIN

La luz de la mañana se colaba por la ventana de la cocina, resaltando el vapor que salía de dos tazas.

Ava había encontrado unos granos de café en la casa, lo que parecía un milagro. Ahora estaba sentada con las manos enroscadas alrededor de una taza y la vista clavada en la chimenea.

–Me gusta estar aquí.

Yo tampoco tenía ganas de irme. Aquí podía tocar a Ava como quisiera. Por otro lado, en cualquier momento podían venir a buscarnos, dispararnos dardos, golpearnos y luego ejecutarnos. A mí me matarían por ser enemigo de los noseelie, y a ella la asesinarían por traicionar a los suyos. No era precisamente una situación perfecta.

Sorbí el café, y la cafeína ya me iba despertando los sentidos. Mis músculos se tensaron por el ansia de moverme, de ponerla a salvo.

Vestido con la ropa robada, me levanté de la mesa y dije:

–Deberíamos ponernos en camino.

Crucé hasta el hogar y vertí una jarra de agua sobre las llamas para extinguirlas.

Me volví hacia Ava, cuyo cabello estaba iluminado por la luz nacarada de la ventana. Con los ojos cerrados, estiró los brazos por encima de la cabeza con un movimiento perezoso y felino.

Se me oprimió el pecho.

¿Había sido un idiota por meterme en la cama con ella anoche? Sí, desde luego. Sin embargo, no creía que hubiera podido rechazar ese llamado.

Ava me miró, parpadeando, y preguntó:

–¿Tienes idea de dónde encontrar a esa Vieja del Velo?

Solo recordaba muy vagamente haber oído hablar de ella. Y, a decir verdad, ni siquiera sabía si era real. Nada más conocía la leyenda: una anciana inmortal y sin ojos que vivía en una montaña nevada y bañada en fuego y predecía el futuro de los noseelie.

¿Nos ayudaría? ¿Seguía en la montaña? ¿Acaso existía?

Ni puta idea.

Un fuerte latigazo de arrepentimiento se enroscó dentro de mí. Debería haber *intentado* llevar a Ava de vuelta a Feéra. Debería haber hecho todo lo posible por abrir un portal cuando aún podía.

–Tenemos que buscar una montaña bañada en fuego –expliqué, restregándome los ojos.

–¿Hablas de un volcán? –dijo ella, alzando las cejas–. Creo que lo he visto a lo lejos. Al este de aquí. Cuando salgamos del bosque, podremos verlo mejor.

–Ava, no puedo prometerte que la encontraremos, ni que consigamos lo que queremos de ella si llegamos a encontrarla.

Ava se encogió de hombros y señaló:

–No se me ocurre otra idea.



A la luz del día, no habíamos tardado mucho en dar con nuestro destino. Desde la cascada, lo habíamos divisado a lo lejos, una montaña oscura y nevada que dominaba un reino de roca y hojas rojas. Desde la distancia, la cima parecía una joya rojiza que descansaba sobre la cumbre. Unas volutas de humo subían hacia el cielo oscuro, teñidas de luz roja.

En cuanto la vi, una brasa de esperanza comenzó a arder en mi mente. Si conseguía llegar a este oráculo, podría sacar a Ava de la Corte de las Angustias.

Ava estaba montada al caballo delante de mí. Se inclinó hacia atrás e inspiré su aroma, el olor del bosque silvestre de los noseelie y del aire después de una tormenta. Cerré los ojos, saboreando el momento. Porque cuando volviera a Feéra, mi niña cambiada no podría irse conmigo.



Habíamos cabalgado durante todo el día. En el camino rocoso, el cielo se oscurecía, morado con vetas de color calabaza, y los rayos moribundos del sol atravesaban el dosel de hojas que se alzaba sobre nosotros.

El aire olía a humo y ceniza, y los cascos del caballo crujían sobre las rocas negras del sendero.

–Ava –susurré–, ¿cómo se sabe si un volcán va a entrar en erupción?

–Esperemos que no pase.

Cuando el sendero se volvió demasiado rocoso y empinado, lleno de rocas negras cubiertas de nieve, nos bajamos del caballo. Dejé a Ava caminar delante de mí por si se caía en la oscuridad, y continuamos a pie.

Cerca de la cima de la montaña, las sombras se arremolinaban a nuestro alrededor y el aire se volvía más frío. Las cenizas y la nieve cubrían las rocas y las oscuras ramas desnudas. Bajo la delgada capa blanca, la lava negra surcaba la montaña.

–¿Te preocupa lo que esté pasando en Feéra? –preguntó Ava mientras trepaba las rocas.

Era extraño lo poco que había pensado en ello. Hasta ahora, toda mi vida había tenido un único propósito: cuidar de mis súbditos y hacer prosperar mi reino. Aquí, en el corazón de la tierra de mi enemigo, estaba claramente distraído. El aire frío me pinchaba las mejillas.

–No puedo imaginar lo que está pasando, pero espero que Orla se haya declarado regente y haya ocupado el trono... –Se me apagó la voz–. Pero nunca creí que fuera lo bastante fuerte para ocuparlo. Tal vez nombró a alguien más como regente en mi ausencia.

–Más vale que no haya sido Moria. –El aliento se hizo bruma alrededor de Ava.

Mi pecho se tensó al oír esas palabras.

–Si no hay reina en el trono, me temo que todos habrán muerto para cuando yo regrese.

A medida que nos acercábamos a la cima de la montaña, los árboles se iban haciendo más pequeños hasta que solo quedaron nieve y cenizas. Desde ese lugar, un sendero estrecho y helado, seguía sin poder ver la cumbre. Pero cuando me volví para mirar montaña abajo, el bosque rojo sangre se extendía muy por debajo de nosotros.

Ava se apoyó en una pared rocosa a nuestra izquierda y seguimos las curvas del sendero que ascendían hasta la cima.

Cuando llegamos al pico de la montaña, unas volutas teñidas de rojo se enroscaban sobre nosotros y un resplandor anaranjado proveniente del cráter calentaba el aire. De las profundidades del volcán brotaban chorros de lava fundida que se disparaban hacia arriba.

Pero mi mirada estaba puesta en la increíble estructura que desafiaba a la gravedad, un estrecho castillo situado sobre una columna escarpada de roca negra. Los fuegos de abajo bañaban de rojo la fortaleza, que parecía una curiosa flor en un tallo de piedra. Unas cuerdas retorcidas hechas de enredaderas conducían hasta la entrada del castillo. Nos azotaba un viento frío.

–Esto es impresionante –susurró Ava, alzando la vista.

Exhalé lentamente mientras la esperanza se encendía cada vez más fuerte en mi pecho. Si algo

de por aquí era el hogar de una extraña bruja de las montañas, debía de ser este castillo singular.

Y ahora mismo, esta era nuestra única oportunidad de escapar y devolver a Ava al reino de los mortales, al que pertenecía.

Todo dependía de lo que sucediera a continuación.

–Ava –dije en voz baja–, déjame entrar primero.

Ella giró hacia mí, con una nube de aliento que se le escapaba de la boca.

–De acuerdo. Yo vigilaré.

Me subí a las enredaderas. El viento helado me azotaba y hacía que la nieve se arremolinara en vórtices a mi alrededor. Se me aceleró el corazón por la expectativa. Me clavé algunas espinas en los dedos, pero no perdí de vista la entrada oscura que me esperaba más arriba. Por fin llegué a la puerta y trepé para entrar. La luz de la luna atravesaba las estrechas ventanas abiertas y el suelo del interior estaba cubierto de una delgada capa de cenizas.

De la pared sobresalían unos candelabros de hierro, con faroles hechos de cráneos de fae que contenían velas apagadas. El centelleo de los relámpagos iluminaba los muros, donde había un bajorrelieve de una mujer con velo y astas, y el cuerpo rodeado de frondosos dibujos llenos de nudos. Me recorrió un escalofrío. Al menos sabía que estaba en el lugar correcto.

Mis ojos se deslizaron sobre las palabras noseelie grabadas en las paredes, una y otra vez. Siempre las mismas, y por un momento creí entender el idioma extranjero. Las palabras resonaron desde algún lugar recóndito de mi alma.

“Soy fuego”.

Me quedé sin aliento y me aparté de ellas, turbado por la magia que bailaba por todo el lugar. Solo necesitaba que apareciera la señora de la casa.

En el centro de la sala había un aljibe. ¿Cómo podía tener un aljibe en este lugar? Me asomé por el borde y vi un vacío que me erizó los vellos de la nuca.

Afuera, el sonido lúgubre de un búho surcaba el cielo. Crucé hacia una escalera y olfateé el aire. Aquí olía a perros. A lobos, tal vez.

–¡Torin! –La voz de Ava hizo que me diera un vuelco el corazón y corrí hacia la puerta.

Cuando me asomé, la encontré tratando de trepar por las enredaderas. Una flecha sobresalía de su espalda. Se me heló la sangre cuando Morgant se alzó detrás de ella, batiendo las alas negras en plena noche.

Espada en mano, di un salto desde la entrada. Cuando aterricé en la roca, se me disparó un intenso dolor por las piernas, pero apenas lo noté. Había llegado tarde. Morgant había capturado a Ava y se la llevaba por los aires.

Mientras corría por el sendero rocoso, me vi rodeado de noseelie, armados con espadas y arcos. El corazón me latía como un tambor de guerra.

Obligué a mi mente a guardar silencio, como un manto de nieve.

Un demonio noseelie con colmillos y pelo negro largo me esperaba en el frente, empuñando su espada.

–¿Adónde creías que ibas? –preguntó–. Nadie entra ni sale si no es por voluntad de la reina, y a ti, perro seelie, te colgarán frente a las puertas del castillo y te destriparán al antojo de ella.

Sujeté con fuerza la Espada de los Susurros, concentrándome en el fae de pelo oscuro. No tenía tiempo de entrar en pánico ni tampoco podía darme el lujo de cometer ni un solo error. Me superaban en número ampliamente. Al menos me había entrenado para esto.

Un noseelie con astas y pelo blanco largo me apuntó con una flecha y ordenó:

–Suelta la espada.

Un tercero dio un paso hacia delante y dijo:

–Si nos la haces fácil, quizás te daremos muerte rápido.

Apreté los dientes. Esa promesa no sonaba muy probable.

El arquero de pelo blanco disparó una flecha que brilló a la luz de la luna mientras volaba hacia mí. El tiempo pareció ralentizarse y la bloqueé con mi espada. El de pelo oscuro gritó y corrió en dirección a mí con la espada en alto, pero su grito de guerra me había dado la oportunidad de prepararme para el ataque. Lo bloqueé con un movimiento de la espada hacia la izquierda, y luego hacia la derecha, atravesándole las tripas. La Espada de los Susurros me cantó mientras la sangre se derramaba sobre la lava negra.

Eres la muerte. El último estertor. Eres las sombras frías y silenciosas del final.

El soldado de pelo blanco arqueó la espada y me apuntó al estómago. De un solo golpe, la Espada de los Susurros atravesó su arma. Un soldado intentó acuchillarme desde arriba y yo le clavé la espada en la ingle, dejándolo inmovilizado. Di una vuelta, girando la espada para sujetar bien la empuñadura y esquivé un hacha de batalla. Cuando volví a enderezarme, atravesé la garganta del hombre con la espada. Él cayó al suelo, y el hacha golpeó contra la roca.

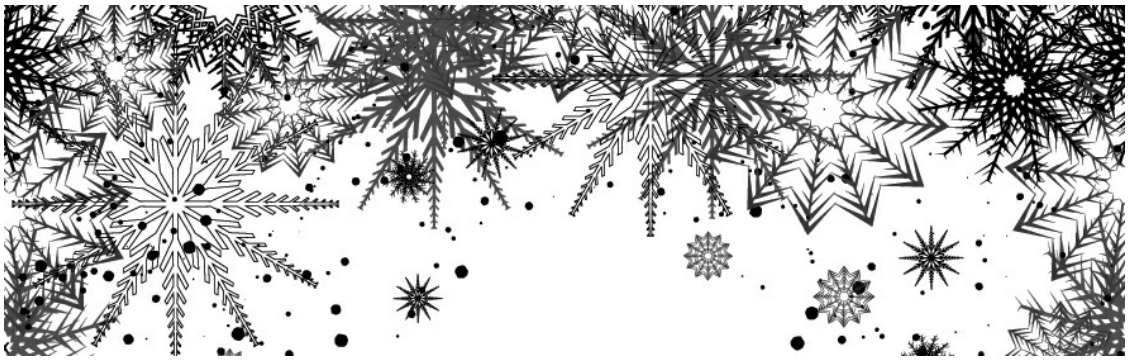
Di otra vuelta, y la Espada de los Susurros atravesó el hombro de un soldado y lo partió por la mitad.

Intentaba no perder de vista al arquero mientras luchaba, pero se había escabullido entre las sombras. Siempre había pensado que los arqueros eran unos cobardes que atacaban desde lejos.

Giré y atravesé con la espada el cuello de mi siguiente atacante, y luego me desplacé para atravesar con ella el pecho de un demonio con astas.

Mientras preparaba la espada para otro ataque, un dolor atroz me golpeó por detrás. Una punta de flecha se clavó en mi cuerpo, junto a la parte inferior de la columna, y caí de rodillas.

La sangre me rugía en los oídos mientras intentaba sujetar la espada. Otra flecha me atravesó el omóplato y caí sobre las manos. Sentí sangre en la boca. Tomé la espada con todas mis fuerzas, pero terminé soltando la empuñadura.



15
AVA

La subida por la montaña había parecido larga y lenta. ¿Y la bajada?

Rápida y brutal, una carrera a caballo por un terreno negro y rocoso. Tendida boca abajo sobre el animal, mis músculos se sacudían con cada pozo del camino. Al menos Morgant tuvo la decencia de sacarme la flecha de la espalda antes de atarme las manos.

Me dolía el lugar donde la flecha me había atravesado. Morgant me sujetaba los brazos con una mano y tomaba las riendas del caballo con la otra.

Dada la cantidad de sangre que manaba de mí, si fuera mortal, ya estaría muerta.

Cerré los ojos, pensando en Torin. Lo había visto salir de un salto de la casa y me arrepentía tremendamente de haberlo llamado. Si se hubiera quedado dentro ¿podría haberse escondido de ellos? Tal vez, pero ese no era su estilo.

Estaba desesperada por saber si había encontrado a la Vieja del Velo. Tal vez ya sabía cómo salir de aquí.

Cuando abrí los ojos, vi aparecer el castillo: piedra y árboles retorcidos bajo una bóveda de estrellas.

–¿De vuelta al calabozo, entonces? –dije, apretando los dientes.

–Si me sacas de quicio.

–¿Y si no te saco de quicio?

En lugar de responder, pateó el caballo, espoleándolo hacia la entrada del castillo.

Por fin, Morgant detuvo al animal. Primero se bajó él y luego me sujetó los brazos amarrados y me tiró al suelo. Me di un golpe fuerte al caer sobre el costado en el que se me había clavado la flecha. No quise darle la satisfacción de un grito, así que conseguí ahogarlo.

Morgant me levantó por las muñecas.

Podía volver a preguntarle a dónde me llevaba, pero sabía que nunca me respondería.

Dentro de la fortaleza había enormes puertas góticas negras que se abrieron con un crujido cuando nos acercamos. Morgant me llevó a los empujones hacia un vestíbulo recubierto de madera oscura tallada. La luz de las velas se retorcía sobre un suelo musgoso y colgaban enredaderas de un techo abovedado de madera.

Morgant se puso delante de mí y se volvió para mirarme con un sombrío regodeo.

–Quiero que sepas que tenemos a tu gran rey seelie. Lo destrozaremos antes de que muera. Le arrancaremos la piel y se la daremos de comer a las arañas. Los reyes seelie siempre dicen que sus antiguos dioses los protegen. Demostraremos que no es así.

Mis pensamientos se oscurecieron hasta quedar reducidos a una imagen de enredaderas espinosas que surgían de la tierra para despedazar a Morgant. Pero el hombre intentaba sacarme una reacción, y yo no iba a darle ese gusto.

Tras unos cien metros, llegamos a una pequeña antecámara con una puerta de madera incrustada de joyas verdes.

Morgant la abrió de un empujón y reveló una escalera de caracol de madera azul oscura que parecía haberse tallado dentro del enorme árbol. Subimos y subimos; yo con los brazos aún atados y los muslos que me temblaban de cansancio.

Todo lo que él había hecho hasta ese momento había sido con el fin de desorientarme y hacerme sentir impotente: la inanición y la deshidratación, el aislamiento. Haberme dicho cómo mataría a Torin. Si yo caía en la desesperación, les diría lo que quisieran.

No tenía forma de saber si habían capturado a Torin.

Morgant presionó un botón pequeño en la pared. La puerta se abrió. La luz de la luna brillaba a través de una torre sin techo, iluminando las ramas oscuras que envolvían un suelo de piedra. En el centro había una larga mesa de roble.

En lo alto del reino, me despeinó una suave brisa. Respiré el aire, con un dejo a hierbas y miel. Miré por el costado y alcancé a ver el dosel rojizo del bosque a cientos de metros más abajo, plateado por la luz de la luna. Por encima del dosel, se movían unas sombras. Cuando observé con más detenimiento, me di cuenta de que eran mariposas gigantes que volaban sobre el bosque.

Un arquero alado de pelo negro y alas blancas surcaba el cielo nocturno. Lo vi a los ojos y me apuntó con una flecha. El corazón me dio un vuelco, pero él no disparó. Pasó otro arquero, apuntándome con otra flecha. Entendí el mensaje, fuerte y claro.

Me volví hacia la torre sin techo, y mi cabeza empezó a llenarse de sombras. Había perdido demasiada sangre y tambaleé.

La mano de Morgant salió disparada y me atajó por el bíceps.

–Estás débil.

Qué observador, Tarzán. Podría tener algo que ver con la flecha que él me había disparado en

la espalda.

Morgant me sujetó del brazo y comenzó a recitar un conjuro con voz áspera y monótona. Su magia se deslizó por mi espalda como agua tibia, aliviando el dolor. Me invadió el calor y se me relajaron los músculos. Cuando terminó, me soltó el brazo y me desató las muñecas. Me masajeé la piel irritada.

Unas sombras treparon por las piedras musgosas que me rodeaban.

–Quédate donde estás –dijo Morgant–. La reina desea hablar contigo. Pero no debes acercarte demasiado a ella. Te están vigilando.

–Me he dado cuenta.

–No te muevas –gritó él, volviéndose hacia la puerta.

No sé a dónde pensaba que iría, considerando que no tengo alas.

Morgant se enderezó, alzó la vista a las estrellas y bramó:

–La emperatriz del bosque, la reina Mab del oscuro Crom, nuestra gran soberana.

Abrió la puerta y salió la reina, irradiando plata y oro de cada centímetro de su cuerpo. El cabello platinado le caía en ondas por la espalda y llevaba una delicada corona de platino con puntas afiladas. La piel blanca emanaba una luz plateada, del mismo color que el vestido que llevaba, largo hasta los pies y adornado con perlas. Solo se destacaban sus ligeras alas negras.

Me recorrió con los ojos dorados claros, examinando mi ropa. Se le curvaron los labios.

–Así que esta es la espía.

Inspiré hondo. La reina de los noseelie estaba ante mí, con un aspecto mucho más joven de lo que hubiera esperado. Estimé que podría tener unos cuarenta años, pero apenas los aparentaba.

–¿Por qué has venido tan mal preparada? –preguntó, entrecerrando los ojos–. ¿Acaso el jefe de los espías seelie quiere que mueras?

–No estoy aquí como espía. Caí en este reino por medio de magia. Nada más.

–¿Y el rey de los seelie justo se cayó después de ti? –preguntó Mab, arqueando una ceja–. ¿Esa es tu versión?

–Sí. Se abrió una grieta mágica entre nuestros mundos, nada más. Y él no es el rey. Se llama Alan.

–El rey de los seelie declara que no le importas en absoluto –señaló la reina con una sonrisita–. Y, sin embargo, se esforzó mucho para ayudarte a escapar. Creo que alguien está mintiendo.

–Si nos dejas volver a casa, no tendrás que preocuparte más por nosotros.

–Alan. –Mab soltó una carcajada–. Eres una embustera. Qué decepción. En el reino noseelie, no mentimos. Si te hubieras criado aquí, habrías aprendido el valor de la honestidad.

Quise preguntarle qué pensaba ella sobre el valor de la bondad, pero no tenía poder en esta situación y me quedé callada.

Mab se acercó a mí y me levantó el mentón para estudiarme la cara. Era casi treinta

centímetros más alta que yo e irradiaba una luz y un poder que me estremecían la piel. Casi podía ver la magia resplandeciente que giraba a su alrededor, electrificando el aire.

Me bajó el mentón.

–Si te hubieras criado aquí, sentirías dolor cada vez que una mentira saliera de tus labios. Aunque si lo amaras, tal vez lo harías igual. El amor nos quema, ¿verdad? Y ese fuego nos hace fuertes. –Dejó escapar un largo suspiro–. ¿Sabes cómo se fortalece una espada? Como la Espada de los Susurros, por ejemplo, que antes estuvo en posesión de tu rey.

La miré fijo. ¿Que *antes* estuvo?

–Aquí, en mi reino, adoramos a la diosa de las cenizas –continuó Mab–. Dicen que la diosa Briga tiene un solo ojo y el cuerpo cubierto de hollín. Se sacrifica por nosotros. Dicen que es una gigante que habita en esa montaña que ustedes subieron, el monte Tienen. La Vieja del Velo hizo su hogar allí.

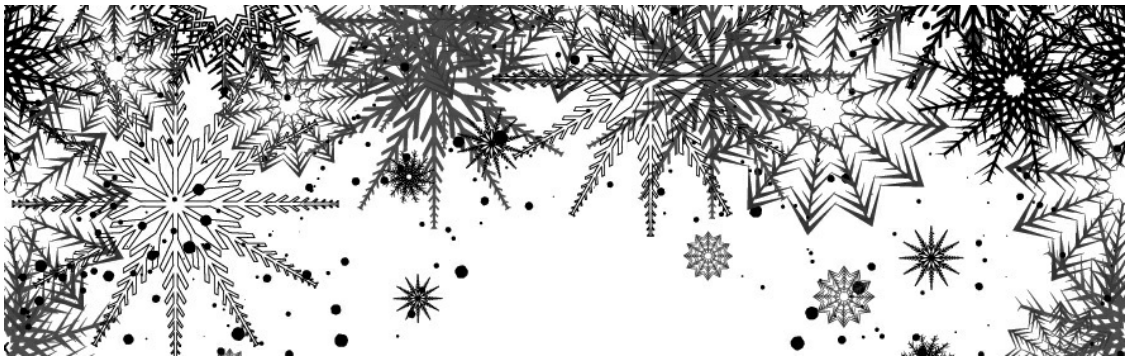
Se me aceleró el corazón. Habíamos estado en el lugar correcto, entonces. ¿Era posible que Torin ya tuviera una respuesta?

Mab sonrió y continuó:

–Las llamas de Briga nos fortalecen y purifican. En su forja sagrada, una espada debe soportar el calor, la presión y el martillo mientras se templa el acero. Solo entonces puede tener el poder suficiente para cumplir su propósito. El amor también es una forja, como nos enseña la diosa de las cenizas. Y de ahí proviene la magia noseelie, Perdida. Del dolor del amor y la pérdida. Así que, tal vez mentirías por tu rey, aunque te duela. Tal vez soportarías las llamas, o te sacrificarías, como ella. Tal vez te volverías más fuerte y vivirías como una noseelie de verdad.

Sus palabras tenían una cualidad fascinante que me hizo preguntarme si me estaba hechizando. Arqueó una ceja antes de decir:

–Pero la pregunta es si él haría lo mismo por ti.



16
AVA

Sentí un escalofrío. Mab intentaba sacarme de quicio, pero no iba a darle ni un solo detalle sobre él.

–No lo conozco, la verdad.

–¿Y quién vienes a ser tú? –murmuró ella.

Otra vez esa pregunta.

–Ava Jones.

–Un nombre humano.

–Me crie entre ellos –agregué, encogiéndome de hombros.

–¿Por qué? ¿Cómo fue que dejaste este reino?

Volví a encogerme de hombros.

–No tengo idea. Alguien me llevó al reino humano y me dejó allí. Pensé que sabías quién era.

Mab me miró fijo a los ojos y sentí como si me estudiara el alma. Como si me analizara.

–Veo que los humanos te enseñaron a ser débil y vaga, como ellos, a ocultar tu gran poder noseelie de tal manera que ni siquiera sabes que existe. –Volvió la cabeza hacia Morgant–. Puedes quedarte tranquilo. No es ninguna amenaza. A esta desdichada la han dejado indefensa por completo. Me sorprende que no te dieras cuenta enseguida. Tal vez eso es lo que pasa cuando una noseelie ni siquiera puede hablar su propio idioma.

Se me disparó la curiosidad. ¿Cuál era ese poder noseelie que yo supuestamente poseía?

La cabeza me dio vueltas y me froté las muñecas, donde me habían atado con una cuerda. La piel estaba irritada y en carne viva.

Mab señaló la mesa y dijo:

–Acompáñame a cenar. No solemos tener muchos invitados extranjeros.

Pero qué raro. Tal vez era porque no les gustaba que los azotaran en un calabozo o algo por el estilo.

Morgant corrió su silla a la cabecera de la mesa y me indicó con un gesto que me sentara a su lado.

Tomé asiento. Me rugió el estómago, y el hambre se apoderó de mí. El faisán había estado delicioso, pero hoy no había comido casi nada.

Mab levantó una mano y ordenó:

–Morgant, que las sirvientas nos traigan comida y ambrosía. –Se volvió hacia mí, apoyó los codos en la mesa y el mentón en las manos.

Parecía una postura muy informal para una reina implacable.

Me lamí los labios. No tenía idea de lo que era la ambrosía, pero ya se me hacía agua la boca. Lo único que arruinaba el momento era el nudo de culpa que sentí en el pecho. Dondequiera que estuviera Torin, dudaba que estuviera a punto de comer.

La reina me miró con los ojos entrecerrados.

–Imagino que el rey Torin seguirá molesto porque maté a sus padres. Fue una maldición lenta y desagradable. –Me sonrió y batió las pestañas–. Y tal vez esté enojado por *su* propia maldición. ¿Te contó cómo funciona?

Tragué saliva. No quería responder ni una sola pregunta sobre él. Mi estrategia era simple: decir lo menos posible.

Mab alzó la vista hacia la luna, y los ojos se oscurecieron hasta adquirir un profundo tono de verde bosque.

–Pero estaba predestinado. Todo esto está escrito en las estrellas. Durante un tiempo perdí la fe en mi destino. Ahora, puedo verlo escrito una vez más. –La comisura de sus labios se curvó y volvió a mirarme–. Y cuando acabe con el rey seelie, tendré lo que quiero. Mis herederos se sentarán en el trono de Feéra por el resto de los tiempos, y volverán a convertirla en el reino de los noseelie. Era nuestra tierra al principio, sabes. Al menos la compartíamos.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Por los dioses, Torin tenía que irse de aquí *rápido*, y solo restaba esperar que ya hubiera conseguido la clave para que pudiéramos huir. Había cierto fanatismo en la forma en que a Mab le brillaron los ojos al hablar del destino.

La puerta crujió al abrirse y unas sirvientas vestidas de negro comenzaron a traer un festín digno de una reina: unos humeantes cuencos de barro llenos de habas, zanahorias, guisantes y salsas de aroma especiado. Una mujer de trenzas negras trajo una bandeja de madera con pequeñas brochetas asadas de queso y tomates y un gran cuenco de arroz. Una tercera mujer trajo una ensalada fresca adornada con pétalos de flores y una hogaza de pan chato y mantecoso.

–Espero que te guste la comida. A diferencia de Feéra, en mi reino no comemos cadáveres.

Tardé un momento en darme cuenta de que se refería a la carne animal. No iba a mencionar el faisán que había comido la noche anterior, entonces.

Tenía la vaga sensación de que había que esperar a una reina antes de comenzar a comer, pero en realidad era culpa suya que yo estuviera hambrienta, así que empecé con el pan. Cuando se tiene mucha hambre, no hay nada mejor que el pan con mantequilla. Mientras comía, alguien llenó nuestros vasos con un líquido azul claro que brillaba bajo la luz de la luna: supuse que sería la ambrosía.

Puse las salsas y las habas en el pan y me lo metí en la boca. Cada momento aquí podía ser el último, así que ¿por qué no llenarme el estómago? El picante me dejó un ardor delicioso en la lengua y lo bajé con ambrosía.

Por los dioses, haría cualquier cosa con tal de matar a esta reina y reemplazarla con Torin. Él se merecía estar aquí con nosotros, comiendo el queso asado. Ay, dioses. El sabor del queso era extraordinario, frotado con jengibre y coco y algo delicioso que me hacía picar la lengua. No sé si eran chiles fantasma o una especia exclusiva del reino de los noseelie, pero el ardor se hacía cada vez más intenso.

Volví a sorber la ambrosía. Estaba fría y fresca, con sabor a bayas. De inmediato, la sensación de ardor en la boca se desvaneció. Pero la reina no bebía la ambrosía, por lo que me pregunté si estaría a punto de emborracharme.

–¿Podría pedir un poco de agua en lugar de esta ambrosía? –consulté, lamiéndome los labios.

Mab me clavó la mirada y respondió:

–No es más que néctar concentrado de orquídea negra.

–¿Y qué efecto tiene eso en alguien que nunca lo ha bebido? –Pinché una hoja de lechuga porque eso no tenía nada de picante.

–Tal vez te afloje la lengua. ¿Qué tiene planeado para nosotros el rey seelie? ¿Una invasión? ¿De eso se trata esta misión de espionaje?

–Mi compañero y yo solo queremos volver a casa, y si pudieras ayudarnos con eso, no necesitarás hablarnos nunca más. –La ambrosía se me había subido a la cabeza. Sentía calor y hormigueo por todos lados, y se me habían calentado las mejillas.

Mab tamborileó con los dedos sobre la madera añeja de la mesa.

–Tu compañero está encadenado en este momento. –Dio un sorbo a su bebida y me miró por encima del borde de la copa–. Y si te estás preguntando si te miento, me gustaría recordarte que nosotros no mentimos. –Volvió a levantar la mano–. ¡Morgant! Trae al rey derrotado.

Se me cayó el alma a los pies, y se me entrecortó la respiración.

Me volví hacia la puerta, y me quedé sin aliento cuando Morgant y un noseelie de cabellos ardientes sacaron a Torin. Le corría sangre por el pecho y le costaba mantener la cabeza erguida.

La oscuridad parpadeó en mi interior, y por un momento me pregunté qué pasaría si le

arrancaba las alas a la reina y la arrojaba por el costado de la torre.

Nos estaba poniendo a prueba, y lo mejor que podía hacer ahora era quedarme callada y no hacer ningún gesto. Ella me lo mostraba por algo, trataba de ver cómo reaccionaría.

Torin levantó la cabeza.

–Ah. Reina Mab. Es un placer volver a verte –dijo con un tono inesperadamente insulso, casi aburrido–. La última vez que te vi, creo que estabas maldiciendo a toda mi familia.

Tragué saliva. Parecía que habíamos dejado de fingir que él era un fae común llamado Alan.

–¿Por eso has venido aquí con esta noseelie? ¿Por venganza? –Los ojos de Mab iban entre Torin y yo, estrechando los ojos color ámbar–. Uno de ustedes morirá primero. Aún no he decidido quién. Morgant, ¿crees que alguno de ellos puede volar?

Morgant, quien intuyó que era una pregunta retórica, se limitó a arquear una ceja.

Con un movimiento brusco, Torin consiguió liberarse los brazos y dijo:

–¿De verdad estás tan desesperada por tener compañía, Mab? No tienes amigos, ¿verdad? –Sus ojos se desviaron hacia el cielo, y supe que había visto a los arqueros.

La luz de la luna brillaba en la piel de Mab, que inspiró hondo y respondió:

–Supongo que necesito que me entretengan. Si fuera una persona netamente práctica, ya estarías muerto. Pero tengo sueños y visiones que me gustaría cumplir.

Mab parecía una gata que jugaba con su presa.

–Su Alteza. –Tenía los dientes apretados, pero intenté mantener un tono amistoso–. ¿Por qué no dejas que el seelie se vaya y me quedo yo? Soy una de ustedes, pero está claro que él no pertenece aquí. Me quedaré, y todo estará donde corresponde. De lo contrario, me temo que el ejército seelie entero se les vendrá encima y quemará todo.

Mab dejó escapar un silbido que sonó como agua que apagaba una fogata.

–Pero en el trono de Feéra no hay reina, ¿verdad? Se encontrará en un estado bastante calamitoso. Helándose. Con dragones dando vueltas como buitres, esperando para darse un festín con los muertos congelados. ¿Sabías que coleccionan cadáveres? –Su gesto cambió cuando, aparentemente, empezó a gustarle la idea, y me esbozó una amplia sonrisa–. Creo que nos quedaremos con los dos para divertirnos. ¿No te parece bien, Morgant?

Apreté las manos en forma de puños.

–Suéltalo.

–Ava –dijo Torin con voz tenue, como si intentara calmar a una bestia salvaje.

Un silencio tenso se extendió entre nosotros hasta que la reina Mab se llevó un dedo a los labios y señaló:

–Creo que ella lo quiere en serio. –Su voz era un vendaval helado que me dio escalofríos–. Una noseelie perdida de verdad, tan tierna y triste a la vez. –Sus ojos se deslizaron por el cuerpo de Torin–. Puedo ver *por qué* le gusta. Puede que te doble la edad, pero no estoy ciega.

Torin se acercó a ella, y aunque estaba destrozado, se movía con gracia y naturalidad.

–Mi querida reina. Sí que estás sola.

¿Acaso estaba coqueteando con ella?

A pesar de la sangre que le corría por el pecho, seguía siendo tan hermoso que se me paró el corazón. ¿Quizás podría salir de esta a fuerza de su encanto?

Mab se llevó un dedo a los labios antes de acotar:

–Se está sola en la cima, como dicen. ¿Me estás ofreciendo tu compañía? Nunca he estado con un seelie, ni con un hombre tan hermoso como tú.

Ay, por los dioses. La comida en mi estómago se puso rancia.

–Su Alteza –comenzó a decir Morgant–. Hay que cuidar la seguridad...

Mab levantó la mano y lo interrumpió:

–Cuando quiera saber tu opinión, te preguntaré. Pero me vendría bien tu fuerza, Morgant. –Se volvió hacia mí–. Sigo pensando en arrojar a esta desdichada desde la torre para ver si puede volar. ¿Creemos que podrá?

–Te aconsejo que no lo hagas. –La voz profunda y suave de Torin cortó el aire nocturno, con una filosa advertencia en su tono.

–Cuando la hayamos quitado a ella del medio, Torin, ¿qué pasaría si te llevara a mi habitación para ver si puedes demostrar que eres digno de una reina?

Torin apretó los dientes.

–Si te llegas a acercar a Ava –respondió el con tono suave pero surcado de violencia–, te arrancaré la columna, alteza.

Volví a mirar a los arqueros que volaban en círculos, con las alas blancas batiéndose en el aire. Una flecha más en el lugar correcto y Torin terminaría muerto.

Los ojos de la reina se abrieron de par en par.

–Así que la *quieres* después de todo. Qué interesante. Un rey seelie encariñado con su amiguita noseelie. –Se cruzó de brazos–. Bueno, si vas a amenazarme, no podrás quedarte en mi habitación sin cadenas. ¿No crees que sería mejor que tuvieras las manos libres?

¿A qué mierda estaba jugando Mab? Me mordí el labio. Formulaba muchas cosas como preguntas, lo que me hizo pensar que quizá de verdad *no podía* decir mentiras y las preguntas eran una forma de evitarlas.

Se acercó a él, pavoneándose, y le pasó un dedo por la clavícula.

–Torin, querido. Cuando llegaste, pensé que sabía cómo quería matarte. –Le rozó el pecho con el dedo–. Pensé que te golpearía hasta dejarte inconsciente y te encerraría dentro de un árbol para que, cuando despertaras, te encontraras enterrado en roble y murieras lentamente de hambre durante unas semanas, devorado por los insectos. Aquí, le retribuimos al bosque.

Unos huesudos dedos de espanto me rodearon el corazón.

–Pero ¿qué problema tienes? –susurré para mis adentros, ya sin poder contenerme.

–Ay, no te preocupes. –Mab bajó el dedo por los abdominales de Torin–. Eso era *antes*.

Giró hacia mí y agregó:

–Pero ¿sabes qué? Nunca he querido estar con un hombre débil. ¿No crees que un devorador de cadáveres debería demostrar su valía? ¿Deberíamos ver su habilidad en el campo de batalla? –Sus mejillas brillaron con una radiante luz plateada–. Esta es mi magnánima oferta. Dejaré que uno de ustedes abandone el reino. –Batió las largas pestañas negras–. Pero solo después de un duelo entre ustedes dos. Torin, querido. –Se acomodó detrás de él, acariciando sus hombros musculosos con una mano–. Mañana, deberás enfrentarte a esta Perdida ante una multitud de mis súbditos y atravesarla con tu espada. Si me demuestras que eres digno de esta forma que te pido, te dejaré volver a tu triste y marchito reino.

Se me apretó el pecho.

–¿Necesitas que me mate?

–No te preocupes, mi pequeña desdichada –dijo con tono tranquilizador–. Si lo apuñalas, te permitiré marcharte. Si quieres. Y ni siquiera necesito más favores de tu parte. De verdad, eres una chica afortunada. –Sus ojos de color ámbar se deslizaron entre Torin y yo–. ¿Saben qué? Mis súbditos se han aburrido bastante últimamente, y me encantaría entretenerlos. Estarán encantados. Ellos no tienen que lidiar con las heladas y el hambre como les pasa a ustedes en Feéra, y llevan una vida tan cómoda que se vuelve tediosa. –Sonrió–. Necesitan ver *sangre*. Así que, mañana, ambos combatirán. Y uno de ustedes deberá clavarle la espada al otro para que termine el duelo.

Mab se mordió el labio con coquetería y le batió las pestañas a Torin.

–Pero nunca me ha gustado compartir. Cuando veo algo que quiero, no me gusta que nadie más lo tenga. Torin, querido, si te sorprendo acercándote a la noseelie perdida, habrá consecuencias. ¿Alguna vez te has preguntado cómo sería si te castraran? ¿Cómo sería si te desmembraran con caballos jalándote los brazos y las piernas en todas direcciones? ¿Te gustaría averiguarlo?

Torin ya no respondía. Se limitó a mirarla fijo, con los ojos que se le oscurecieron hasta adoptar un negro azulado.

La reina se apartó de él con cautela y juntó los dedos en un tamborileo. Se volvió hacia Morgant y dijo:

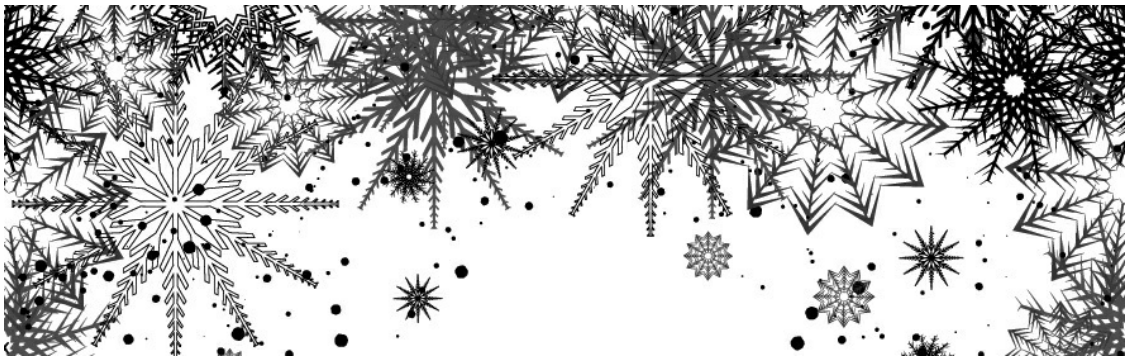
–Antes de llevarlos a sus aposentos, cura al rey seelie. Quiero que esté sano para el combate. Y ya que mañana alguno terminará clavado en una estaca, que se queden en una habitación de la torre esta noche. Separados, por supuesto. –Dirigió a Torin una mirada cortante–. He sido muy clara en ese punto, ¿no? Les ordeno que no se acerquen el uno al otro.

Me sentía mareada, sin aliento.

–¿Y si mañana nos negamos a matarnos?

–Perdida. –Mab ladeó la cabeza, y me miró con un gesto casi maternal–. Planeo arrojarte de la torre. Creo que es misericordioso, de verdad. Eres una traidora, pero también eres noseelie. ¿Torin, sin embargo? Es un enemigo del reino que invadió nuestra tierra y creo que la mayoría de mis súbditos dirían que merece una muerte muy lenta, humillante y atroz. Además, Perdida, ¿no podrías tomarte la molestia de verlo antes de precipitarte desde los muros de la torre? El amor puede doler más que las torturas más espantosas que podamos idear.

Sus palabras, dichas con voz tenue, quedaron flotando en el aire como una sentencia de muerte.



17
AVA

El corazón aún se me salía del pecho mientras Morgant me llevaba por el castillo, a través de pasillos abovedados de piedra y enredaderas.

“Una muerte lenta, humillante y atroz…”.

De las paredes sobresalían candelabros hechos de algo que parecía hueso liso. La cálida luz de las velas danzaba sobre el pelo blanco de Morgant, su enorme porte y las paredes de madera. Si tuviera que hacerlo…

Si tuviera que hacerlo, no sería capaz de derrotarlo en una pelea. Tampoco podría derrotar a Torin, así que tenía exactamente cero planes para mañana. Y aunque pudiera *apuñalar* a Torin, no quería hacerlo.

Al menos habíamos ganado algo de tiempo, supuse. Más tiempo para averiguar si él había encontrado a la Vieja del Velo. Más tiempo para cautivar a la reina, o lo que fuera necesario para salir de aquí con vida.

Las botas de Morgant resonaban en el suelo de piedra y él se volvió hacia mí.

–Tienes suerte de que nuestra misericordiosa reina no te haya arrancado el corazón. Te está regalando una oportunidad. Y la muerte por la espada es preferible a cualquier otra cosa que se le ocurra.

Sentía como si estuviera a punto de vomitar.

–Ya veremos mañana cuánta suerte tengo. Morgant, ¿dónde está Torin?

Me mostró los caninos en señal de agresividad, pero me dio la sensación de que no lo hizo con ganas.

–Ya no hagas más preguntas. Te aconsejo que dejes las cosas como están. La reina ordenó que

estuvieran separados. –Me dirigió una mirada cortante–. Descansa, así podrás matarlo mañana. Puede que seas una traidora, pero alguna vez fuiste de los nuestros. Y quiero verte matar a su rey derrotado.

Se me revolvió el estómago. Yo era buena esgrimista, sí. Pero Torin había entrenado toda la vida con los mejores espadachines de Feéra. Había luchado contra los reyes de los demás reinos y sus hijos durante la mitad de su vida y los había masacrado para defender su trono. Tendría decenas de muertes en sus manos.

Por fin llegamos a una puerta de madera con forma de arco, que Morgant abrió. Respiré el aire húmedo, con aroma a albahaca, limón y caoba. Unos arcos de madera azules se alzaban encima de mí, y unas ventanas puntiagudas con parteluces estaban incrustadas en las paredes, con vista al reino de estrellas y hojas rojas. La luz del fuego en una chimenea de piedra danzaba sobre una cama, y una alfombra de color granate se extendía a lo largo del suelo de piedra.

Era un millón de veces más agradable que el calabozo, excepto por el pesado manto de terror gélido que se cernía sobre mí.

Morgant se quedó de pie en la puerta y cruzó los brazos enormes. Unas sombras bailaban por su cuerpo vestido de cuero y la larga cabellera.

–¿De dónde saliste?

La frustración era cada vez más grande

–Pensé que habías dicho que Mab ya lo sabía.

–Aún no me ha informado.

–Pues no tengo idea. Por lo que sé, mi familia hasta podría haber estado hechizada durante cientos de años en el reino humano. –Me eché sobre la cama y solté un largo suspiro–. Sinceramente, dudo que pueda dormir esta noche.

El hecho de que estuviera hablando con el torturador de la reina daba cuenta de mi desesperación.

Morgant frunció el ceño y apuntó a una tina de cobre cerca de la chimenea.

–Allí hay hierbas para calmarte antes de dormir.

–¿Qué puedes decirme sobre el duelo de mañana?

–Si su alteza quisiera que supieras algún detalle, te lo habría dicho. Ella *siempre* tiene un plan, y no comete errores. Lo único que puedes hacer es descansar esta noche y matar al rey mañana. –Señaló una cómoda de madera oscura–. Allí tienes ropa. La puerta estará custodiada. No intentes salir. –Se acercó y me levantó el mentón; sus ojos penetraron en los míos–. No intentes ver a tu perro seelie, o morirán los dos. Y entonces tendré el placer de poner fin a su sufrimiento. Será peor que la muerte por espada. ¿Entendido?

Una sombra invernal recorrió mi mente e imaginé las enredaderas que nos rodeaban serpenteando sobre él, arrastrándolo.

Le aparté la mano de un golpe.

–No vuelvas a tocarme.

A Morgant se le curvó la comisura de los labios.

–Quizá sí seas de los nuestros.

–¿Por qué odias tanto a Torin?

Una brisa entró en el cuarto y jugueteó con su pelo.

–Nos manda asesinos –respondió–, usando fae que pueden ir de un mundo al otro. Una vez, me desperté y encontré a un asesino seelie en mi habitación. Pude matarlo, pero mi hermano no tuvo tanta suerte. Torin hizo que lo asesinaran mientras dormía.

Ah. Eso explica el recibimiento que nos habían dado.

Morgant se dio la vuelta, y la puerta se cerró de golpe detrás de él.

Me senté en silencio, con el cuerpo zumbando de agotamiento y nervios. Aún me aferraba a un hilo de esperanza: que Torin hubiera conseguido algo de aquella vieja bruja. Si no, tendríamos que encontrar la forma de liberarnos. Volveríamos nuestras espadas contra la reina si era necesario: nos liberaríamos o moriríamos en el intento. ¿O tal vez habría algún tecnicismo que nos permitiría escapar?

"Apuñalar", había dicho ella. "Clavar la espada". ¿Y si la clavaba en un meñique? ¿En el lóbulo de una oreja? Los fae estaban obligados a cumplir sus promesas, ¿no? Ella tendría que liberar a uno de nosotros si apuñalábamos un pedacito de piel. Quien quedara libre podría pedir ayuda a Feéra.

Al cabo de unos minutos, me preparé un baño caliente y me metí en él, respirando el aroma a albahaca y lavanda. Con el fuego crepitando a mi lado, mi mente empezó a divagar y se me nubló la vista. Por un momento, casi parecía que las enredaderas se arrastraban por la piedra, retorciéndose como un ser vivo. Solté un grito ahogado y me incorporé en la tina.

Al parpadear, la visión volvió a desvanecerse.

Apreté los dientes. El estrés me estaba afectando. Salí de la tina, con el agua goteando de mi cuerpo desnudo y formando pequeños riachuelos. La brisa húmeda entró en la habitación y me puso la piel de gallina.

Tomé una toalla, dejando huellas mojadas en las losas mientras me dirigía a la cómoda. Cuando abrí las gavetas, encontré unos camisones blancos perfectamente doblados. Me puse uno y apagué las velas.

Cuando me metí en la cama, me llamó la atención el movimiento de una sombra en el balcón y me incorporé, apretando las sábanas contra el pecho. Una silueta asomaba por la ventana. Un segundo después, reconocí la forma atlética, los ojos azules como el hielo que atravesaban las sombras. Ahora llevaba una impecable camisa blanca.

Torin.

Me rugió el pulso. ¿Acaso se había vuelto loco? Con los ojos clavados en los míos, entró en la habitación con un dedo apoyado en los labios.

Me aparté las sábanas y me acerqué a él de puntillas, acortando la distancia entre nosotros hasta que pude sentir el calor que Torin irradiaba. Llevó mi cabello detrás de la oreja y se inclinó para susurrarme:

–No sé qué va a pasar mañana, Ava, y no sé si será posible. Pero si tenemos una oportunidad de escapar, debemos aprovecharla. Debemos usar nuestras espadas para liberarnos. –Me pasó el pulgar por la mejilla–. No sé cómo. Por primera vez en mi vida, sinceramente no tengo idea de qué hacer.

Se me estrujó el corazón.

–Entonces, ¿supongo que no viste a la Vieja del Velo?

Él negó con la cabeza.

–Por lo que pude ver, la casa parecía vacía.

Inspiré hondo y sugerí:

–¿Qué tal una puñaladita? Tengo la sensación de que ella es *muy* particular a la hora de elegir sus palabras. No dijo que tuviéramos que matarnos, ¿verdad? ¿Qué tal un pinchacito en algún lugar inofensivo? Uno de nosotros podría quedar libre e ir a buscar ayuda.

–Bien. Entonces, apuñálame –aceptó, asintiendo.

Negué con la cabeza. Tenía más sentido que lo liberaran a él, pensé. Era el rey. Pero no teníamos mucho tiempo para discutirlo.

–¿Oíste lo que Mab dijo que iba a hacer si te descubría aquí?

Torin me rozó los pómulos con los nudillos.

–Espero evitar ese destino, niña cambiada. Pero tenía que verte.

–¿Por qué?

–Porque no quiero estar sin ti más de lo necesario.

En lugar de irse, se inclinó y apretó sus labios contra los míos. Me besó con ternura, pero cuando pasé las manos por su camisa blanca, sintiendo los músculos marcados que había debajo, el beso se volvió más intenso. Me fundí en aquel beso lento y agridulce. En ese momento, no me preocupaba el duelo ni su reino, ni pensaba en nada más en el mundo excepto él y la sensación de su lengua acariciando la mía, sus manos deslizándose por mi camisón, apretándome contra él.

El resto del mundo se desvaneció, los seelie y los noseelie, y solo quedamos nosotros dos iluminándonos uno al otro. Amanecía desde adentro.

No podía saciarme de él, y no estaba segura de que alguna vez fuera suficiente.

Un grito atravesó la puerta y sus músculos se tensaron. Mi cuerpo quedó inmóvil, mientras el pánico me trepaba por la espalda.

–Torin –susurré con la respiración agitada–, tienes que irte. Ahora.

Él se acercó y me susurró:

–En Feéra, congelaré a cualquiera que ame, Ava. Mataré a cualquiera que ame. Con eso me maldijo la reina Mab. Y por eso no puedes venir conmigo, mi niña cambiada.

Sus palabras me dejaron sin aliento y, cuando se alejó, sus lúgubres ojos azules brillaron en la oscuridad.

–Como parte de la maldición, no podía decírselo a nadie. Solo Orla lo sabía. Maté a alguien a quien amaba, Ava. No permitiré que vuelva a ocurrir.

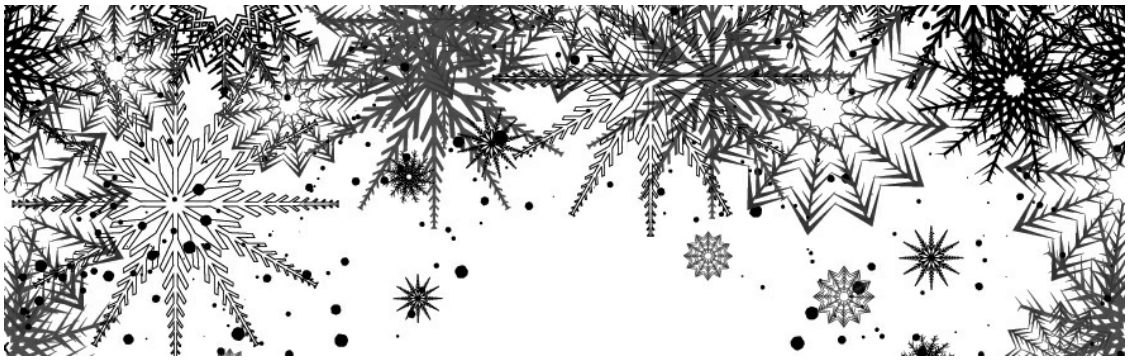
Se dio la vuelta y se escabulló entre las sombras, confundiéndose con la noche.

Me quedé quieta, sintiendo que se me partía el corazón. Apenas oí el sonido del cerrojo de la puerta, o el chirrido de las bisagras al abrirse.

Cuando Morgant entró en la habitación, Torin había desaparecido. Él me miró con el ceño fruncido.

–Sentí que se te aceleraba el corazón. Deberías irte a dormir, Ava.

Pero mi corazón seguía latiendo como el de un animal que huye de un cazador, y no creía que algo me ayudaría a dormir.



18
AVA

Morgant me llevaba por un pasillo con bóvedas musgosas que se elevaban a cientos de metros de altura. Mis pisadas resonaban en las paredes de piedra.

Esa mañana me había levantado al amanecer y me había vestido para el duelo con unas sencillas prendas negras. No sabía si había logrado dormir algo, pero no había dejado de darle vueltas obsesivamente a la posibilidad de que hubiera descubierto algún tecnicismo para poder escapar.

Clavar, no matar... Había estado toda la noche repitiendo esas palabras en la cabeza.

–Morgant –dije–, la reina parece hacer un uso muy preciso del lenguaje.

Él se volvió hacia mí, asintiendo una vez.

–Concéntrate en matar al rey seelie.

No estaba en condiciones para un duelo. Sentía la mente nublada y apagada, y tenía los nervios crispados por el agotamiento y el pavor.

Morgant me condujo a una sala con imponentes columnas de piedra a ambos lados y pasillos llenos de espectadores noseelie. Los rayos color ámbar del sol matinal entraban a raudales por unas ventanas altas y estrechas, cubriendo de dorado a la multitud de fae con cuernos, pezuñas y colas largas. Iban ataviados con prendas verdes, algunas de las mujeres llevaban vestidos de gasa tejidos como telarañas. Todas las miradas se clavaron en mí, y los murmullos se extendieron por todo el salón. Durante unos instantes, me permití contemplar el lugar, asimilando su extraña belleza.

En el otro extremo del salón, Mab estaba sentada en un trono de madera tallada que parecía surgir de las raíces de los árboles, con el vestido perlado que se extendía a los pies. Una corona

clara y delicada brillaba sobre su cabello blanco.

Torin estaba de pie ante ella. Esto podría haber sido una boda extraña, de no ser por los cuatro arqueros que volaban por encima, apuntándolo con flechas. Otros tres tenían las armas apuntando hacia mí.

Una alfombra verde musgo se extendía a lo largo del salón, y las hojas características de color rojo intenso se dispersaban como gotas de sangre sobre las piedras negras azuladas. Brotaban hojas rojizas de unas enredaderas oscuras que se arrastraban por todas las columnas y paredes. Este lugar estaba repleto de una vegetación muy peculiar.

Cuando me adentré en el salón, Morgant desenvainó un estoque y me lo entregó por la empuñadura de bronce. Se apartó, arqueando una ceja hacia mí.

Desde su trono, Mab hizo girar un cetro de madera nudosa que se enroscaba alrededor de una esfera brillante. Se puso de pie y se dirigió a la multitud en la lengua de los noseelie; sus palabras resonaron por todo el salón.

Un guardia pelirrojo tradujo sus palabras al español.

–Mis súbditos. ¿Alguien tiene idea de a quién pertenece esta noseelie perdida?

Sus palabras me pusieron los nervios de punta con la ansiosa esperanza de que alguien hablara y se consiguiera evitar este espectáculo aterrador. El reencuentro de una madre con su hija perdida sería sin duda una distracción, un espectáculo tan reconfortante que nadie necesitaría ver sangre.

Volví la vista a la multitud, buscando con urgencia a alguien que se pareciera a mí. Y cuando mi mirada se posó por fin en unos cuernos cobrizos, se me aceleró el pulso. El hombre, de espalda ancha y porte atlético, parecía tener edad suficiente para ser mi padre y unos cuernos cobrizos como los míos. Cabello negro, ojos oscuros, piel aceitunada y tatuajes: no era exactamente igual a mí, pero...

–¿Papá? –exclamé, desesperada–. ¡Papá!

El hombre frunció el ceño y miró con ojos nerviosos a una mujer con alas que estaba a su derecha. No entendí nada de lo que dijo en el idioma de los noseelie, pero por el tono estaba claro de que aquella mujer era su esposa y que él intentaba defender su fidelidad a toda costa.

Se me cayó el alma a los pies y, tras otro momento de silencio incómodo, el guardia pelirrojo volvió a traducir a la reina.

–Nadie reclama a la Perdida –dijo ella–. Este duelo seguirá nuestras tradiciones de esgrima. Nada de usar la mano no armada, nocorrer en círculos. Si se salen de la franja de musgo, mis arqueros les dispararán. Si no hacen lo que les pido, arrojaré a la noseelie perdida desde los muros de la torre. Encontraré un destino más creativo para el rey seelie.

Este último comentario provocó un inquietante murmullo de placer entre la multitud, a quienes les brillaba la mirada. Cerré los ojos, un poco horrorizada de que los míos fueran unos sádicos

implacables.

Entonces, en español, la reina exclamó:

–Tomen sus posiciones. Al final de este duelo, les exijo que usen su espada para atravesar el corazón, el cuello, el estómago o el ojo de su oponente, hasta que la hoja salga por el otro lado.

El mundo se tambaleó bajo mis pies. No hay tecnicismo posible, entonces.

–Como ya le he explicado a Torin –bramó Mab–, si alguno intenta escapar o cree que puede derrotar a la reina, haré que mis arqueros los derriben. Después arrojaré a Ava desde la torre y ejecutaré al rey seelie. –Esbozó una sonrisa–. ¿Está claro?

Mierda.

La reina acababa de aplastar todas mis esperanzas. Y ahora, mi pulso latía tan fuerte que ya no podía oír ni lo que pensaba. Un sudor frío me brotó en la frente y volví a mirar hacia la puerta, buscando una vía de escape. Pero había toda una fila de guardias frente a las puertas de madera, apuntándonos con flechas.

El pavor me heló el pecho mientras me acercaba a Torin. Para poder encontrar alguna salida, no podíamos dejarnos llevar por el pánico.

La reina Mab sonrió y anunció:

–Cuando suenen los cuernos, será hora de empezar.

Los ojos claros de Torin se clavaron en mí, y él se fue acercando con elegancia. No sé cómo, pero con una ligera curvatura de los labios y una actitud segura, listo para atacar, no parecía estar dominado por el pavor que me robaba el aliento.

Miré por encima de su hombro y me pregunté si sería posible matarla antes de que nos dispararan.

Los latidos de mi corazón parecían resonar en las paredes y los techos abovedados. Sentía que me faltaba el aire, y podía oír cada inhalación y exhalación de mi aliento como el crujido de una bisagra oxidada.

Sonaron los cuernos y no tuve un solo segundo más para pensar. Torin avanzó hacia mí, con el estoque y los ojos azules brillando.

Con qué despreocupación se lanzó a la acción para atacar mi espada. No había perdido el control en absoluto, mientras el horror sombrío de las decisiones que habíamos tomado estallaba en mi cabeza.

Nuestras espadas chocaban mientras lo iba parando, intentando seguirle el ritmo y nada más. ¿Iba lento a propósito por mí?

Al menos estaba acostumbrada a una pista de esgrima, donde siempre había practicado. No había piedras de cementerio en el medio, ni raíces de árboles. Tal vez solo debía concentrarme en mantenerme con vida hasta lograr dominar el pánico.

Torin se abalanzó de nuevo, y yo lo paré. Me estaba poniendo a prueba, tratando de ver cómo

me manejaba en la pista de esgrima, pero todavía no tenía idea de a dónde iba esto.

“Te arrojaré de la torre...”.

Levanté mi espada y esperé de nuevo a que Torin atacara. Él arremetió, y esta vez contraataqué, apartando su espada y abalanzándome yo también. Torin se escabulló y volvimos al ritmo de la esgrima que tan bien conocíamos. Después de pasar tantas horas practicando, aprendiendo los movimientos y las singularidades del otro, aquello era más una danza que un combate.

“Una muerte lenta y atroz...”.

Al concentrarme en nosotros dos, en el bello rostro de Torin y en la gracia con que se movía, en el recuerdo de nuestro beso de la noche anterior, poco a poco mi terror comenzó a desvanecerse. A medida que nos movíamos, atacando, parando, agachándonos, el mundo parecía cobrar vida a nuestro alrededor, las plantas emergían de las piedras y las hojas rojas danzaban en el aire. Cuando él volvía a atacar, yo contraatacaba. Avanzábamos y retrocedíamos: ataque, parada, ataque, parada, ataque, parada; mientras tanto, las hojas rojas se alzaban en el aire y flotaban en la brisa a nuestro alrededor. El mundo era una sinfonía de choques de espadas y hojas revoloteando.

Tal vez podríamos bailar así para siempre y ya.

Pero me costaba combatir, porque la hoja de acero era un poco más rígida de lo que estaba acostumbrada. Podía parar bien los ataques, pero cuando contraatacaba, me sentía lenta.

Cuando Torin saltaba hacia atrás, yo me abalanzaba hacia delante con una serie de estocadas y embestidas, consciente de que Torin tenía la velocidad suficiente para seguir el ritmo de cada movimiento de mi espada. Y así como hizo cuando habíamos practicado juntos, contrarrestó mis ataques con paradas impecables.

–¡Me estoy impacientando! –rugió la reina, cuya voz había dejado de ser un suave susurro–. Quiero que se derrame sangre en mi salón.

Su voz me desconcentró, y me moví más lento. Esta vez, cuando Torin paró mi ataque con fuerza, estrelló su estoque contra el mío y me partió la espada en dos. Las hojas rojas como brasas que nos rodeaban cayeron al suelo, y Torin miró horrorizado mi espada rota.

Clavé la vista en la espada fragmentada, recuperando el aliento. El cuerpo me zumbaba de adrenalina y de algo más: una sensación de poder desconocida.

Torin se volvió hacia la reina. Ella tenía los labios tan apretados que formaban una delgada línea.

–Deben continuar. ¿Está claro? –ordenó.

–Se le rompió la espada. –La voz de Torin retumbó en el salón–. No puedo luchar contra ella así. Eso no es un combate.

Mab se puso de pie, con los labios encorvados y las alas oscuras extendidas detrás de ella.

–¿Así que te rindes? ¿Eliges morir tú de la forma más atroz? ¿Prefieres terminar castrado y descuartizado?

Me quedé sin aire en los pulmones, y una vorágine de hojas rojas se levantó del suelo a nuestro alrededor, azotando el aire. ¿Acaso eso lo causaba mi propio terror? Me di la vuelta, buscando a Morgant mientras el miedo me recorría con furia las venas.

–Tengo otra espada –gritó Morgant.

Me sorprendió que me la ofreciera sin la aprobación de la reina, pero de todos modos se apresuró a entregarme su propia espada. Esta era de un acero más flexible y tenía una empuñadura de oro claro.

–Gracias –susurré.

Él asintió una vez. Yo sabía que solo me había dado el arma porque quería ver morir a Torin, pero se lo agradecí de todos modos.

Giré hacia Torin, con la nueva espada brillando a la luz del sol, afilada como el colmillo de una víbora. Inspiré, llenando los pulmones, tratando de recuperar la sensación de control.

Torin dio un paso adelante, con los ojos clavados en los míos, y la danza comenzó una vez más, un elegante minué de ataques y paradas. El mundo estaba vivo a nuestro alrededor, un ciclón de hojas rojas azotaba el aire.

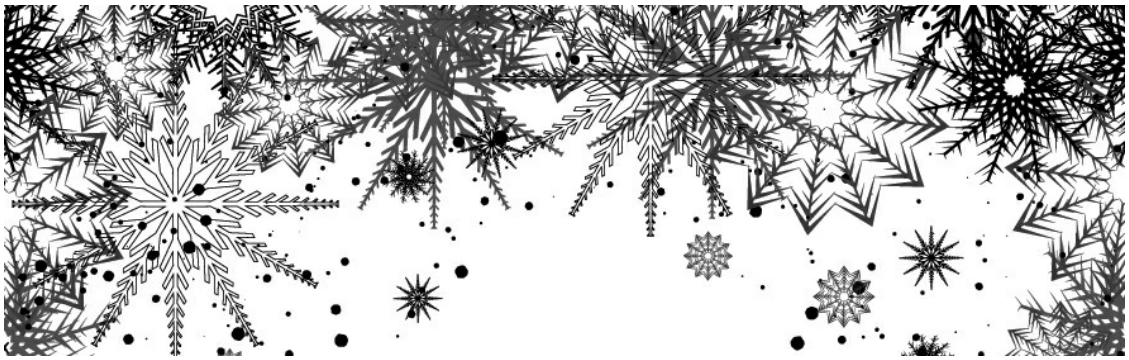
Hasta donde yo sabía, no había ningún plan más allá de alargar esto todo lo posible, más allá de saborear hasta el último aliento, hasta el último momento juntos, hasta el último paso de este extraño vals.

Al menos, eso pensaba yo.

Pero Torin tenía otros planes.

Cuando ataqué con un movimiento que sabía que él podría parar, Torin puso el cuerpo delante de mi espada.

La hoja de acero le atravesó por completo el corazón.



19
AVA

Saqué la espada del pecho de Torin, con el horror que me azotaba las entrañas mientras veía su sangre goteando de mi arma. Retrocedí de nuevo, tambaleándome. Torin yacía tendido sobre las piedras, desangrándose, y sentí que se oscurecía el mundo.

El salón, que momentos antes había estado lleno de entusiasmo, enmudeció y quedó sumido en un horrible silencio. Me había quedado sin mente para pensar. La sangre de Torin brotaba de su pecho y se derramaba sobre el musgo. Miré fijo mi propia espada, mientras mi cabeza se negaba a creer lo que tenía ante mí.

Debía de ser un truco. Mis pensamientos se sumieron en un horrible silencio. No había palabras para explicar el horror absoluto que me embargaba mientras contemplaba su sangre.

Un grito perforó la quietud: alguien le preguntaba por qué había hecho eso. Un grito lejano, apagado por el silencio.

Él no pudo responder.

Por fin comprendí la realidad y corrí a su lado, para apretar mis manos desesperadas contra su pecho en un intento de contener la sangre, pero la espada le había atravesado el corazón y él no se movía. No sentía los latidos. Mis manos temblaban sin control.

Torin lo había hecho a propósito. Yo había visto su mirada durante una milésima de segundo, la intención que había detrás de aquel movimiento. Mi espada se había clavado en su pecho, pero yo la había sentido en mi corazón, una hoja afilada que me impedía respirar o pensar.

Solo entonces me di cuenta de que quien le gritaba era yo, preguntándole por qué diablos se había puesto delante de mi espada. Las lágrimas me nublaron la vista.

Pero yo ya lo sabía, ¿no? Él me lo había dicho. Había vivido con una culpa agobiante por

haber matado a alguien a quien amaba. Solo que...

¿Ahora quería que yo sufriera la misma maldición? Tenía las manos cubiertas de su sangre. Me parecía que el corazón había dejado de latir porque el flujo de sangre iba disminuyendo.

–El amor es una fragua en las ardientes profundidades del monte Tienen. –La voz melodiosa de la reina Mab flotó por el salón–. Nos hace más fuertes, pero el dolor es insoportable. ¿No es cierto, pequeña desdichada?

Cuando miré a la reina Mab, con una sonrisita engreída en la cara, la ira me recorrió como sangre hirviendo. Apreté la mandíbula, y los dedos rodearon con fuerza la espada. A mi alrededor, las hojas se levantaron de las piedras y revolotearon en el aire. El cuerpo me vibraba con una furia ardiente.

La reina Mab estaba exultante, resplandeciente. Se deleitaba con este horror. Su enemigo, el rey seelie, había sido asesinado por la mano de su amante. Qué *victoria* para la Reina de las Angustias.

Un poder oscuro avanzaba en mi interior, proveniente de las piedras que tenía bajo los pies. ¿Cómo se atrevía ella a acabar con la hermosa vida de Torin?

De las piedras que nos rodeaban, cobraron vida unas plantas que empezaron a serpentear hacia la reina. No sabía si era mi magia o la de ella, solo sabía que quería estrangularla hasta matarla.

Pero tenía que matarla rápido. El tiempo parecía volverse cada vez más lento mientras corría por el suelo musgoso. Un paso, dos...

Mi espada, cubierta de la sangre de Torin, estaba destinada a la garganta de Mab. Ya no me importaba lo que me pasara, y estaba segura de que iba a morir de todos modos.

Me iba acercando a Mab cuando una flecha se clavó en mí por detrás, atravesando el hueso.

Oí la voz de ella resonando en el pasillo.

–Perdida, si vas a arremeter contra la reina de los noseelie, más vale que no falles.

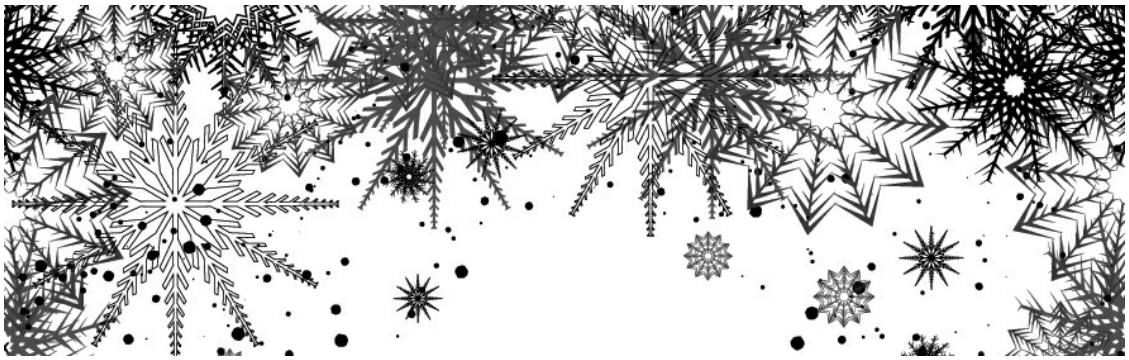


Desperté sobre unas raíces retorcidas, inhalando el aroma a sangre mezclada con tierra y musgo. De nuevo en el calabozo, la oscuridad era casi total.

Me habían crecido demasiado las uñas de las manos. Se encorvaban sobre las raíces de los árboles.

Tenía la extraña sensación de estar desconectada del dolor espantoso de la espalda. Mi mente aún no era capaz de comprender lo que había sucedido: la espada que le había atravesado el pecho, su sangre derramada sobre el musgo… pero la imagen seguía repitiéndose de todos modos, un bucle interminable en mis pensamientos.

Era como si lo viera desde lejos, un horror que se desplegaba al final del túnel.
No podía haber sido yo quien lo había apuñalado.
Me quedé acostada, respirando el olor a tierra.
No se me ocurría ninguna razón para moverme.



20

TORIN

La espada entró, no tan punzante como había pensado, sino como un puñetazo en el pecho, seguido de una especie de vértigo e incredulidad por lo que había hecho.

Con las piedras contra la espalda, sentí que me vaciaba: los huesos, el cráneo. Mi cuerpo se llenó de sombras frías y del cálido aroma de ella, como a cedro quemado.

No iba a poder sobrevivir si mataba a otra mujer a la que amaba. ¿Y qué sentido tenía que muriéramos los dos? La reina Mab nunca me permitiría vivir, a pesar de todas sus promesas.

Una luz entró desde arriba por los arcos, y yo ya no estaba en la Corte de las Angustias, pero vi a Ava ante mí. Allí estaba ella, de pie ante el portal de Feéra cuando era niña, intentando volver a un reino que yo ya gobernaba de niño. A la pequeña Ava le corrían lágrimas por las mejillas rosadas, y sujetaba con fuerza una mochila de Mickey Mouse. Había amado a su madre, Chloe, pero nadie más en el mundo humano creía que ella perteneciera a él.

La voz de mi propia madre resonó en mi mente, y la visión desapareció en medio de unas ondas, como una piedra arrojada a un lago.

“Te estás muriendo, Torin”.

Tenía que morir en algún momento, madre.

Siempre me había enorgullecido de poder cuidar de la gente, anticipándome a sus necesidades y haciéndolos sentir cómodos. Un rey y una reina eran los padres de todo un reino. Un destello de pavor gélido atravesó mis pensamientos, cada vez más embotados, porque ¿quién iba a cuidar de ellos ahora?

Pero Ava estaba a salvo...

Cuando entré por primera vez en el bar y me encontré con una pequeña fae morena

mirándome, borracha y tambaleante, nunca hubiera imaginado que acabaría así.

En algún lugar de mi alma habitaba una vida fantasma, una en la que Ava era mi esposa. Una vida en la que ella dormía entre mis brazos y me besaba el cuello. Una vida en la que me miraba por encima de la taza de café, sentada al otro lado de una mesa iluminada por el sol de la mañana.

En mi vida fantasma, ella se acurrucaba en una cama para leer un libro a mi lado.

Pero eso era tan tangible como el humo.

Ava no podía ser mi esposa. Aunque, mientras mi mente se vaciaba, no podía recordar por qué... era una razón tonta.

¿Eso que oía era Ava gritando?

Mis pensamientos retrocedieron con rapidez, un río caudaloso que se precipitaba hacia diferentes recuerdos grabados en mi mente. Estaba con mi madre, caminando detrás de ella. La nieve cubría los campos, pero Feéra aún tenía reina, así que los carámbanos goteaban sobre el camino. En algunos lugares, la nieve se había derretido y se veían brillantes briznas verdes de pasto. Cuando mi madre se volvió para mirarme, me sentí muy orgulloso de ella por invitar a la primavera y por ser la mujer más bella de Feéra. Pero a medida que nos adentrábamos en el bosque, ella no paraba de toser y yo odiaba aquel ruido. ¿Por qué me parecía que lo hacía a propósito? Nadie se enferma a propósito.

Me estaba derrumbando porque sabía que ella ya no podría cuidarme.

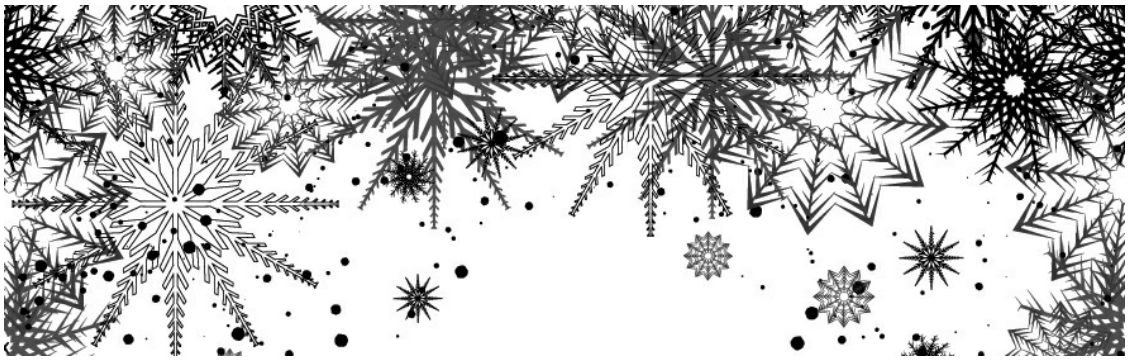
El río de la memoria viró en otra dirección, y yo estaba junto a su cama, haciéndole una tarjeta con lápiz y papel. Alguien me había convencido de que la magia de la sanación podía crearse a través de una tarjeta.

Otra vuelta del río.

Ahora corría por el vestíbulo del castillo, años después de la muerte de mi madre. Orla gritaba, y cuando abrí de golpe la puerta de su habitación, descubrí que el fuego de la chimenea había quemado su vestido. Se suponía que había una enfermera cuidándola, pero debió de quedarse dormida. Recuerdo que sentí que nadie, excepto yo, era capaz de cuidarla.

En la Corte de las Angustias, me quedé observando las hojas rojas que caían sobre mí, sorprendido nuevamente por la realidad de que me estaba muriendo y de que nunca volvería a ver a Ava, ni a Orla. Aunque mis pensamientos estuvieran a punto de detenerse para siempre, tenía la certeza de que las extrañaría muchísimo.

Cuando llevé a Ava al acantilado que dominaba el valle de Feéra y le mostré las montañas y los reinos, jamás habría imaginado que un día me pararía frente a la espada de una noseelie de desgarradora belleza.



21

SHALINI

Unas delicadas telarañas blancas de escarcha se extendían sobre los cristales antiguos, ocultando el nevado mundo exterior. Eché una bocanada de aliento sobre el vidrio para empañarlo y pasé la mano por encima para poder ver el reino.

El frío que se filtraba por el vidrio me hizo estremecer, así que me envolví con la manta para entrar en calor y miré hacia la chimenea. Una vez más, el fuego se había reducido a brasas. No podía mantener esa porquería encendida. La temperatura en el castillo seguía bajando, tanto que llegaba a ver la bruma de mi aliento. Llevaba tres capas de ropa: ropa interior larga, pijama, pantalones de cuero, una camisa, dos suéteres… y una manta encima de todo.

Mi mente retrocedió a dos años antes, cuando trabajaba en una oficina y me ahogaba en un torrente perpetuo de tickets de Jira. Todas las noches trabajaba hasta las nueve y cenaba curry o pizza para llevar. Empecé a aburrirme cada vez más de mi vida, hasta el día en que entré en la oficina de mi jefe y renuncié.

Gerald era un hombre condescendiente de cincuenta y cinco años que una vez se emborrachó en una fiesta de la oficina y afirmó que había hecho una carrera como “doble de pene” en el porno canadiense. Había sido una *enorme* satisfacción decirle que no iba a volver.

No necesitaba el dinero. ¿Quién en su sano juicio trabajaba diez horas al día cuando tenía millones en una cuenta bancaria de la empresa anterior?

Y los primeros meses sin trabajar fueron increíbles. Yoga, almuerzos a solas, una interminable cantidad de libros, un recorrido de viñedos en Sonoma... todo comenzó con una euforia que derivó en satisfacción, luego en complacencia, y finalmente se estancó en el aburrimiento más absoluto. La cantidad de vino que bebía iba en aumento. Me servía las copas cada vez más

temprano, primero a las cinco, luego a las cuatro. ¿Y acaso no era aceptable beber a las dos de la tarde si no se tenía nada más que hacer?

Me desesperaba la necesidad de tener una historia que contar, una aventura.

Y así fue como acabé aquí, en un castillo gélido con temperaturas que, increíblemente, seguían bajando.

Así fue también cómo perdí a mi mejor amiga hacía dos semanas. Y por eso seguía aquí, esperando su regreso.

No me iba a ir sin ella.

Me envolví más fuerte con la manta y mis pensamientos volvieron a vagar por el paisaje de la desaparición de Ava.

Yo no había visto cómo había sucedido, pero Aeron sí. Ava había caído por una especie de portal mágico y Torin la había seguido. En instantes, el portal se había sellado con hielo y luego piedra. El trono del rey se había roto, y una escarcha invernal se había extendido por todo el reino.

Así que ahora, el frío cortante se filtraba en cada piedra de Feéra, en cada trozo de tela y vidrio. Enfriaba el té caliente incluso antes de que se llenaran las tazas y pinchaba las mejillas y los dedos que quedaban al descubierto. Me hacía castañear los dientes cuando me metía en la cama y se deslizaba por mi cuerpo como un fantasma mientras dormía. Aquí, el frío era un invitado no deseado que no se iba más.

Mientras observaba entre los brotes de escarcha de la ventana, un gran dragón negro y rojo surcó los cielos tormentosos a lo lejos, con las alas extendidas bajo el sol poniente. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Sabía que estaba a salvo en el castillo; al menos, *creía* que estaba a salvo aquí. Pero era un terror instintivo, y la imagen del dragón me aceleró el corazón. No creía que los humanos hubieran evolucionado para enfrentarse mentalmente a la imagen de dragones reales.

Por lo que entendía, los dragones tampoco eran normales aquí. Nadie en el castillo parecía querer aventurarse afuera, lo que no ayudaba a calmar mis nervios. Supuestamente, el dragón indicaba que algún tipo de magia oscura había invadido el reino, o tal vez era una señal de que el dragón estaba esperando a que la gente muriera de frío para poder asar nuestros cuerpos y darse un festín. Los dragones acumulaban cosas, y se rumoreaba que este acumulaba cadáveres.

Alguien llamó a la puerta y casi me muero del susto.

–¿Quién es? –pregunté.

–Aeron. –Su voz atravesó la puerta de roble.

Solté un largo suspiro. A lo mejor él sí me hacía entrar en calor. Seguía sin conseguir que compartiera la cama conmigo, no porque no quisiera, sino por un voto de castidad ridículo que no tenía ningún sentido. Pero me di cuenta de que estaba tentado, de que se quedaba más tiempo

conmigo, de que se inclinaba para besarme.

Con los dientes castañeteando, me apresuré hacia la puerta. No lo había visto mucho en las dos semanas anteriores. Aeron había estado trabajando sin parar, repartiendo comida a familias hambrientas, intentando que no se helaran las casas.

Cuando abrí la puerta, lo encontré de pie en el pasillo, con nubes de aliento brotando de los labios azules. Llevaba en la mano un plato con un solo trozo de pan que me estrujó el corazón.

–Ven aquí –le dije–. Te estás congelando.

–Pensé que quizá tendrías hambre. –El estómago me rugió con fuerza, pero no tenía ganas de comer. El estrés me causaba eso.

Me senté en la cama con el plato de pan en el regazo y la manta sobre los hombros.

–Lo que más quiero, más que el pan, es que entres en calor a mi lado. Estuviste todo el día afuera, con este frío, ¿no?

–Tienes que mantener el fuego encendido. –Aeron se acercó a la chimenea–. No quiero que te congeles aquí sola.

–No entiendo cómo todo cambió tan rápido –dije–. Hace apenas unas semanas, comíamos banquetes, y ahora no hay más que ventiscas y comida racionada.

Aeron se arrodilló, intentando avivar el fuego de nuevo.

–Torin no quería casarse hasta que fuera absolutamente necesario. Si Ava se hubiera sentado en el trono, ahora estaríamos disfrutando de la primavera. A Torin le habían prometido dinero con el que íbamos a comprar comida. Los humanos le ofrecieron una suma enorme por filmar las pruebas, pero el contrato también exigía una boda. Sin la boda, no le pagarán. Los graneros están vacíos. Se ha sacrificado el ganado. Hoy he visitado una casa tras otra. Los niños y los ancianos se están enfermando al no tener calefacción ni la nutrición adecuada. La gente se está comiendo todos sus animales de granja. Las gallinas se mueren de frío, no ponen huevos. Hace años que no crece nada en Feéra. Ya estábamos consumiendo las últimas raciones cuando desapareció Torin.

Sentía una opresión en el pecho. Alguien tenía que tomar el control de este lugar.

–¿Qué está haciendo Orla?

–Se niega a ocupar el trono. Está segura de que Torin volverá en cualquier momento. Pero no sé si estará equivocada. Ella es indefectiblemente leal, y Torin nunca quiso que ella ocupara el trono. Pensaba que era muy débil y que la magia la mataría.

Aeron se volvió hacia mí y continuó:

–Las cosas no están nada bien. No tenemos más tiempo que perder. Y sé que Torin no permitiría que esto sucediera si tuviera algún tipo de control. Si pudiera estar aquí, volvería. Solo me preocupa que él... –Aeron se detuvo por un momento–. Que esté atrapado o algo por el estilo.

La preocupación se retorció en mis entrañas. Si Torin estaba en problemas, Ava también.

–¿Qué es el dragón que sigo viendo? –pregunté, apoyando el plato de pan sobre la mesa de

noche.

Aeron comenzó a acercarse a la cama y respondió:

–Es la maldición que los demonios nos echaron hace mucho tiempo. Cuando la escarcha nos invade, la magia oscura se apodera del reino. El dragón ronda como un buitre, esperando para comerse a los muertos, para alimentarse de nuestra destrucción. Nuestro reino no los ha visto durante siglos, pero creo que los atrae el sufrimiento y la desesperación.

Aeron se sentó frente a mí, entonces me quité la manta de encima y la eché alrededor de los dos hasta quedar envueltos en un capullo de lana. Él tomó mis manos frías entre las suyas y las frotó, luego les echó aliento cálido.

Cuando volvió a mirarme, sus cabellos dorados colgaban ante sus ojos y tenía las mejillas sonrosadas por el frío. Incluso con el caos que nos rodeaba, seguía teniendo ese perfecto encanto desenfadado.

–No entiendo lo que pasó –dijo–. Sigo reconstruyendo lo que vi, tratando de encontrarle sentido. Moria había venido hasta aquí para hablar con Ava, pero no me dejó acercarme para oír nada. Ava corrió al salón del trono para hablar con Torin. Y entonces lo vi tocarla, y el hielo se extendió por su cuerpo. Pero no entiendo por qué Torin la congeló con su magia. Supongo que fue un accidente, pero jamás lo había visto perder el control de su magia.

Pasó por mi mente el hilo de un recuerdo perturbador, un fragmento de una conversación que había escuchado.

–¿Cuánto confías en Torin? –le pregunté.

–A decir verdad, le confiaría mi vida. Lo conozco desde que éramos pequeños.

Me acerqué más a él.

–No confío en Moria –comencé a decir–. Ava tampoco confiaba en ella, pero lo que sea que Moria le haya dicho, fue lo bastante creíble como para hacerla enojar. No escuché toda la conversación, pero alcancé a oír un poco. Moria acusó a Torin de matar a su hermana. Creo que la hermana de Moria podría haber sido la persona que escribió el diario que encontramos. Era la novia o amante de Torin o algo así.

–Milisandia –acotó Aaron, mirándome fijo–. ¿Eso es lo que dijo Moria? Milisandia desapareció. Pero es traición acusar a un rey de haber cometido un asesinato ilegal. Y por supuesto, Torin no es un asesino. Él mata legalmente.

–Entonces tal vez Moria mintió. Pero algo en esa conversación hizo que Ava saliera corriendo a hablar con Torin, y ahora ambos han desaparecido. ¿Y si Torin estaba tratando de encubrir lo que hizo?

Aeron se quedó quieto y luego sugirió:

–Tal vez escuchaste mal.

Se encendió la chispa del enojo en mi interior.

–No escuché mal –retruqué, con más brusquedad de la necesaria. ¿Cuándo había comido por última vez? Seguro hacía demasiado tiempo.

Aeron se quedó mirándome, con el entrecejo fruncido.

–Torin nunca habló de Milisandia después de que desapareció, pero yo siempre supuse... bueno, supuse que se había escapado con otra persona, que había empezado una nueva vida con alguien al otro lado de las montañas. Tienes que entenderlo, Shalini. Lo conozco desde que éramos niños. No es un asesino, y no toleraré esa acusación.

Me mordí el labio y dije:

–De acuerdo, pero cuando Ava le preguntó sobre lo que había pasado, Torin la congeló con su magia. –Los dedos de Aeron seguían como cubos de hielo–. ¿No te parece extraño?

–Vivimos en una época extraña.

La tristeza me estrujó el pecho. A la hora de la verdad, Torin parecía un millón de veces más digno de confianza que Moria.

–Entonces, ¿cómo recuperamos a Ava de donde sea que haya ido? –pregunté–. ¿No se puede hacer alguna magia? Aquí deben de tener brujas seelie que puedan saber dónde están o qué le pasó a Ava.

La luz anaranjada ondeaba sobre las piedras del hogar. Aeron había conseguido avivar el fuego a la perfección.

–Orla envió soldados a buscar a una vieja bruja llamada Modron –dijo–. Vive al otro lado del río Avon, que está congelado. Se dice que Modron es tan vieja como Feéra, y quizá también sea la única persona que podría reparar el trono de Torin. Ella siempre dice la verdad, y nos cuenta detalles de lo que sucedió en el pasado.

–¿Tan vieja como Feéra? –Mis cejas se levantaron–. ¿Cómo es que ha vivido tanto tiempo?

–Nadie lo sabe. Algunos dicen que es una diosa o un espíritu de la naturaleza. Yo creo que es una dearg due que invoca a los humanos a Feéra y bebe litros de su sangre. Así mantiene el corazón latiendo.

–¿En serio? –pregunté, curvando los labios.

–Ya nadie hace eso en la corte. Pasó de moda, digamos. Hace décadas que nadie la ve, creo.

Me quedé mirándolo.

–Moria es una dearg due, ¿no? ¿Ha regresado a su reino?

Aeron negó con la cabeza.

–No. –Su rostro palideció–. De hecho, ha estado asesorando a Orla. Si lo que dijiste es cierto, que acusó a Torin de traición, debería avisarle a Orla de inmediato. Los vamos a traer de vuelta –dijo Aeron con más confianza de la que indicaba su ceño fruncido–. Estoy seguro de que Modron nos ayudará a saber la verdad. Y tengo plena fe en el rey.

El frío me punzaba la piel, y asentí con la cabeza.

–Sabes, es imposible entrar en calor aquí, incluso con el fuego. Este frío no es normal. Pero de donde yo vengo, dicen que el calor corporal es la mejor manera de calentar a otra persona.

–¿Ah, sí? –Aeron alzó las cejas, y una chispa sensual se encendió en sus ojos.

Mi mirada bajó hasta sus hermosos labios y volvió a subir. ¿Cómo podía existir alguien tan perfecto? Sus ojos bailaban con una promesa seductora.

–Todos los días pienso en renunciar a mi voto –confesó.

Me rodeó el cuello con la mano y me acercó a él. Con el roce de sus labios contra los míos, las brasas se convirtieron en lava en mi interior, hasta que terminé empujándolo contra la cama.

Él me devolvió el beso, profundamente, y parecía el beso de un hombre que había estado pensando en esto con suma intensidad, cada momento de cada día.

Cuando mi mano se deslizó bajo su uniforme, sintiendo el calor de sus abdominales marcados, él gimió en mi boca.

–Espera –susurró–. No puedo.

Maldito seas, Torin.

Se oyó un fuerte golpe en la entrada de mi habitación y ahogué un grito; dirigí la vista de mala gana hacia la puerta. Intenté reprimir un quejido de exasperación.

Suspirando, noté que alguien había deslizado una carta por debajo de la puerta, lo cual era extraño. No me sentía tan importante como para recibir cartas aquí: no era más que una humana que se había quedado varias semanas más de lo debido.

Aeron me besó la garganta, con los labios calientes contra mi piel.

–¿Vas a abrir la puerta? –murmuró contra mi cuello.

–Espera, Aeron. Enseguida vuelvo contigo.

Por doloroso que fuera, me obligué a alejarme de él, con el corazón acelerado. ¿Y si eran noticias sobre Torin o Ava?

Tomé un sobre color crema escrito con caligrafía granate. Estaba dirigido a “Shalini”. Cuando lo abrí, encontré una invitación, escrita con la misma tinta granate y con arabescos que decoraban los bordes.

Querida Shalini:

Hemos logrado localizar a Modron, y nuestros soldados están trayéndola en este momento. Mientras tanto, nos hemos esforzado para mantener a todas las familias alimentadas y abrigadas durante la helada maldita. Esta terrible tragedia que se ha abatido sobre nuestro reino no es un accidente de la naturaleza, sino el azote de la maléfica maldición de los demonios. Te rogamos que no culpes al rey Torin por su ausencia en este tiempo de necesidad. La culpa se origina en una sola fuente: los demonios que nos han

perseguido y atormentado durante siglos.

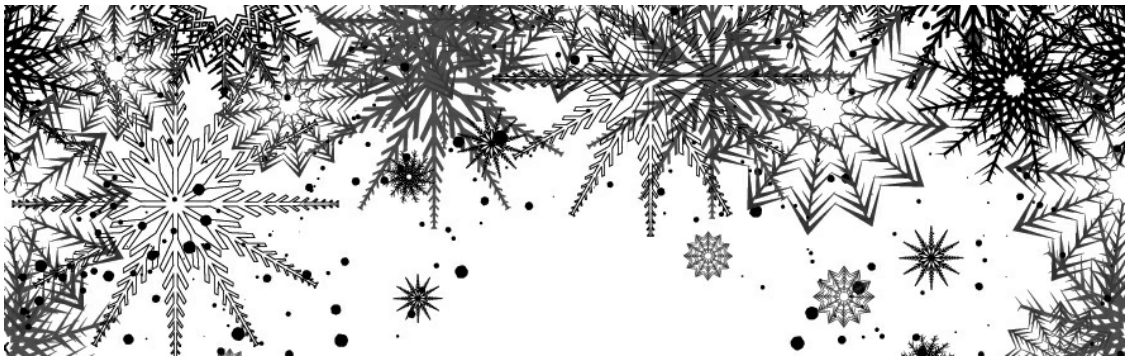
Mientras esperamos la llegada de Modron, solicitamos la presencia de todos los miembros de la corte en el salón del trono mañana al anochecer para debatir sobre nuestra situación y descubrir qué podemos hacer entre todos.

La carta estaba firmada por Moria y Orla. Se me retorció el estómago y el corazón se me salía del pecho.

No sabía si estaba lista para enterarme de qué le había sucedido a Ava, y no confiaba en que Moria llegara a la verdad.

En el fondo de mi ser, sabía que Ava estaba en problemas.

Con cierto arrepentimiento, me di cuenta de que hubiera preferido quedarme en el capullo de la ignorancia con Aeron, solo un rato más.



22

AVA

“En Feéra, congelaré a cualquiera que ame, Ava. Mataré a cualquiera que ame. Con eso me maldijo la reina Mab. Y por eso no puedes venir conmigo, mi niña cambiada”.

Mis ojos se abrieron de golpe y una pena helada se extendió por mi pecho. Seguía acostada sobre las raíces del calabozo, boca abajo. Una vez más, tenía la espalda desgarrada. Habría dormido veinte minutos como mucho en... vaya uno a saber el tiempo que llevaba aquí dentro.

Cada vez que me dormía, volvía a ver a Torin, como si estuviera vivo delante de mí.

“No quiero estar sin ti más de lo necesario”.

Giré la cabeza y miré hacia arriba. Una tenue luz plateada atravesaba el dosel que se alzaba por lo alto.

Esta no era la celda en la que me habían encerrado antes, en la que Torin había cortado una pared. Había menos luz y era más estrecha. Mis ojos se posaron sobre los cinco cuencos de comida que alguien me había dejado. Esta vez me daban de comer, pero yo no me había molestado en probar bocado.

No tenía apetito en absoluto, ya fuera por la infección o por haber matado al hombre que amaba. *Torin.* El recuerdo se sentía como mil rocas que me oprimían el pecho y me aplastaban las costillas.

Mi vida normal parecía haber quedado a un millón de años atrás. Apenas recordaba cómo era Feéra, y mucho menos el apartamento que había compartido con Andrew.

El mundo humano parecía un lejano sueño gris, difuso e irreal. Recordaba débilmente una habitación de paredes blancas y una cocina en el piso de abajo. Un edredón azul. El bar al que iba con Shalini todas las semanas...

Parecía directamente otro planeta.

Mis recuerdos de Feéra eran un poco más vívidos: el imponente castillo oscuro, los valles nevados y las montañas. Pero me dolía pensar en ello. Sobre todo, pensaba en Torin.

El rey seelie y los cuatro muros estrechos que me rodeaban eran mi nuevo universo.

Con una mueca de dolor, me llevé la mano a la espalda. Sentía la piel caliente e hinchada. Se me había infectado otra vez. Me incorporé y me mareé, con el estómago revuelto por las náuseas. Cada centímetro de mí molestaba si algo lo tocaba; mi cuerpo alternaba entre el calor y el frío.

Cerré los ojos, delirante. El cerebro me obligaba a revivir aquellos momentos, con las hojas rojas arremolinándose a nuestro alrededor y las enredaderas que habían cobrado vida, serpenteando sobre las columnas.

Por un momento, mientras combatíamos, había imaginado que las hojas y las enredaderas me respondían, pero debía de haberlo imaginado. Estaba desorientada por el dolor y la fiebre, y había perdido el contacto con lo que era real y lo que no.

El sonido de la cerradura atrajo mi atención y la puerta se abrió con un crujido. El enorme cuerpo de Morgant ocupaba la entrada. Si hubiera tenido la energía y fuerza necesarias, lo habría atacado, pero no sabía si podría mantenerme en pie. Una luz cálida entró en el calabozo, procedente de las antorchas del pasillo. Morgant frunció el ceño al ver la comida en el suelo.

–¿Por qué no comes?

No iba a darle el gusto de responderle, así que me limité a mirarlo fijo.

–¿Intentas morir aquí? –preguntó con tono brusco–. Porque en el reino de Mab, la emperatriz del oscuro Crom tiene el privilegio de elegir cuándo viven y cuándo mueren sus prisioneros. Y ella elige cómo mueren.

Ladeé la cabeza, sin abrir la boca.

Morgant olfateó el aire.

–Algo huele a podrido.

Le esbocé una sonrisa sombría.

–Bueno, Morgant, la del olor a podrido vendría a ser yo. Me doy cuenta de que pensar no es tu mayor fortaleza y que quizás no tengas más de dos neuronas para hacer sinapsis, pero si encierras a alguien en una celda diminuta durante varios días seguidos, empezará a apestar. ¿Y sabes qué, Morgant? Me importa una mierda.

–¿Por qué? –preguntó con brusquedad.

–¿Por qué qué? –le repliqué.

–¿Por qué no te importa?

Lo miré fijo desde el suelo, con la furia que iba en aumento.

–Tú y tu reina han hecho todo lo posible para dejarme en claro que no tengo ningún control. Ustedes controlan cuándo tengo comida o agua. Controlan si vivo o muero. Y me obligaron a

matar a un hombre del que me estaba enamorando.

–Sí tienes control. Tienes magia que te niegas a usar. ¿Sabías que puedes curarte a ti misma? –Se agachó, mirándome como si investigara un espécimen alienígena–. ¿Quieres vengarte?

Ante la pregunta, una chispa diminuta de luz se encendió en mi pecho. Claro que quería vengarme. Quería asesinarlos a él y a su reina, pero no estaba en condiciones de hacerlo. Me mordí el labio.

–¿La reina es tu madre? ¿O eres su consorte? ¿O las dos cosas?

–Es mi madre –respondió Morgant, curvando la comisura de los labios.

–Veo que heredaste las alas negras y el alma retorcida.

–*Todos* tenemos alas negras en la familia real –dijo con tono cortante–. Algunos son demasiado estúpidos para usarlas, y tú no sabes nada de mi alma.

–Bueno.

Morgant olfateó el aire y señaló:

–Otra vez se te infectó la espalda. Te rehúsas a curarte.

Como no respondí, me sujetó por el hombro y me obligó a darme vuelta para poder mirarme la espalda. Tenía puesta la misma ropa negra, mugrienta y ensangrentada de hacía días, y las nulas posibilidades de bañarme explicaban por qué se me había infectado tan rápido. Solté un quejido cuando él me rasgó la camisa para dejar al descubierto el hombro herido.

–¿Puedes tener cuidado? –espeté–. No tratas muy bien a tus pacientes.

–Y sin embargo, aquí no hay nadie más que te ayude, ¿verdad? –dijo con voz tenue.

Cerré los ojos. Si Torin estuviera vivo, me ayudaría. Me tragué el pensamiento amargo mientras Morgant me rozaba los dedos por la piel infectada. El dolor me hizo estremecer, pero en unos instantes, la magia calmante de Morgant me recorrió la piel, limpiándola como agua tibia.

¿Por qué me estaba curando? ¿Qué más quería esa gente de mí?

Cuando terminó, moví el hombro y respiré hondo. Me volví hacia él, con el pelo sucio colgando delante de los ojos.

–¿Por qué estás aquí? –le pregunté.

–Come tu comida –espetó él.

Tomó uno de los cuencos metálicos del suelo, lleno de arroz y vegetales, y me lo puso delante. Me quedé mirándolo, al borde de soltar una carcajada histérica al pensar que esa gente se enorgullecía de ser vegetariana cuando era evidente que se deleitaba con el sadismo.

Esto me pareció otra forma de demostrar que él tenía el poder. Me estaba ordenando que comiera porque me negaba, y quería dejar en claro que el control lo tenía él. Lo miré fijo y volví a quedarme callada.

–Los noseelie no son débiles –dijo con voz tenue.

Ladeé la cabeza y retruqué:

–Y yo no soy de los tuyos. Ustedes me dan asco.

Todo sucedió en un instante: su poderoso brazo salió disparado y me sujetó por el cuello. En un momento, estábamos en el suelo, y al siguiente, él estaba de pie levantándome por el cuello, estrangulándome.

–Tienes más poder del que crees, Perdida, y la única forma de sobrevivir es aprender a usarlo. Quiero que sobrevivas. Pero la fortaleza solo viene a través del dolor. ¿Entiendes?

Me arrojó al suelo y caí con fuerza, lo que me provocó una punzada de dolor que me subió por el sacro.

Lo que no te mata te hace más fuerte.

Así que me había atacado un Nietzsche en forma de fae musculoso.

–Apuñalaste al rey seelie –dijo–. Ahora eres de los nuestros. Cada noseelie tiene magia, pero no nos sirves hasta que puedas invocar la tuya.

Se dio la vuelta. La puerta se cerró detrás de él y oí el pestillo. ¿De verdad pensaban que yo sería parte de ellos? ¿Pensaban que prestaría mi magia a su reino, si conseguía invocarla?

Pero una sola cosa que había dicho Morgant ardía en mi mente. Un pequeño grano de luz en un paisaje de sombras. Un destello de sentido en mi vida.

Venganza.

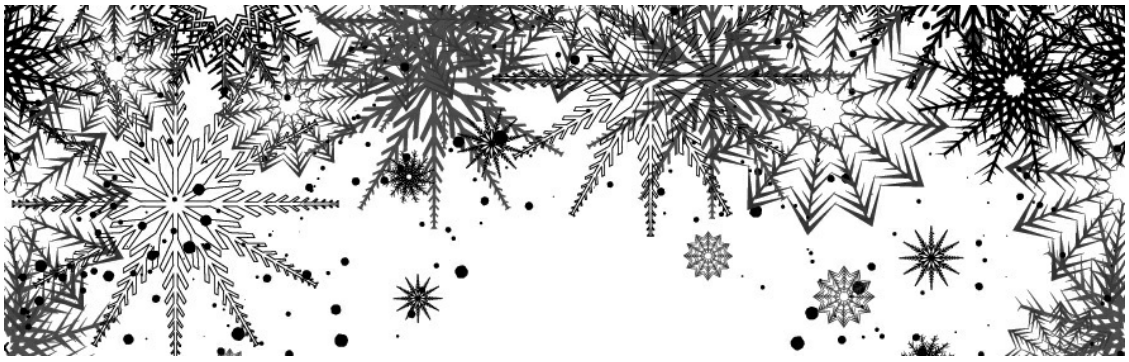
La gente no necesitaba una vida cómoda para prosperar, ni placer; solo necesitaba encontrar un sentido.

Cerré los ojos y el fantasma de la voz de Torin susurró en mi cabeza.

“No quiero estar sin ti más de lo necesario”.

Sus palabras eran una luz destellante que salía de mi pecho.

Cuando volví a abrir los ojos, las hojas rojas del suelo de la prisión se habían elevado en el aire.



23

SHALINI

Tenía las manos con guantes aferradas a una taza de té frío mientras caminaba por el pasillo. A mi lado, Aeron exhaló profundamente, y una nube de aliento helado se extendió alrededor de su cabeza. Se inclinó más hacia mí y susurró:

–Intenté preguntar por el arreglo del trono de Torin. Moria parecía no tener el más mínimo interés en que eso suceda.

–Algo anda muy mal con ella –le dije a Aeron entre dientes apretados.

Entramos en el salón del trono, con el corazón que se me salía del pecho. Él sabía lo nerviosa que estaba por enterarme de qué le había pasado a Ava, así que me había preparado una taza de té con una especie de hierbas soporíferas. Se había enfriado casi de inmediato.

La muchedumbre seelie abarrotaba el salón de punta a punta, cada pasillo y cada alcoba llenos de fae que esperaban saber qué le había ocurrido a su rey. El lugar bullía de ira y tensión; una sensación de desesperación cada vez más fuerte. Era la energía nerviosa de una multitud hambrienta y presa del pánico, y me puso los pelos de punta.

Antes de leer la carta el día anterior, no se me había ocurrido que la gente culpara a Torin por haber desaparecido. Pero claro que lo culpaban. Era su deber cuidar de ellos, y él no aparecía. Cuando más lo necesitaban, había desaparecido. No importaba si tenía una buena razón: en la tierra de los seelie, un rey debe ser fuerte y capaz de proteger a su pueblo. Un rey tenía que defender su corona de todas las amenazas, o no era apto para gobernar.

En ese momento, no me importaba que la gente pensara que era una humana grosera que se había quedado más de la cuenta. Ava era mi mejor amiga y quería saber qué estaba pasando. Así que me abrí paso entre la multitud para acercarme al frente, ignorando sus quejas.

Avancé entre la muchedumbre y divisé el trono roto del rey. El trono de la reina y lo que quedaba del de Torin estaban cubiertos de hielo, y de los arcos de piedra colgaban carámbanos.

Miré a Aeron. Tenía la boca apretada, formando una delgada línea. Percibí que estaba tan nervioso como yo, pero no quería admitirlo.

Por fin, Orla atravesó una puerta de madera detrás de los tronos y subió al gélido estrado arrastrando los pies, con Moria a sus espaldas.

Eran tan diferentes como el día y la noche, y enseguida quedó claro quién estaba al mando en realidad. Orla tenía un aspecto frágil y se veía temblorosa con su abrigo de piel negro. Parecía incluso más pequeña que la última vez que la había visto, como si el estrés de toda esta situación estuviera reduciéndola físicamente.

Moria, en cambio, estaba impávida ante el frío. Llevaba un vestido de seda rojo intenso que dejaba ver su escote de porcelana. Tenía guantes negros largos y los labios pintados de rojo oscuro. Llevaba el cabello bordó recogido, y una capa del mismo color le cubría los hombros. Levantó el mentón y miró a la multitud.

–Gracias a todos por acompañarnos en estos momentos trágicos. Somos el reino seelie, y nuestro pueblo ha gobernado esta tierra durante miles de años. En los tiempos en que nuestros reyes y reinas no han podido gobernar, siempre nos hemos unido, con la guía de las princesas y los demás reyes del reino.

Orla levantó el rostro; los ojos claros no llegaban a encontrarse con los de la multitud.

–Modron ya está en camino y nos ayudará a conocer la verdad. –Su voz sonaba fina y aflautada–. Mientras aguardamos su llegada, Moria pensó que deberíamos escucharlos a ustedes. Por favor, cuéntennos a qué se enfrentan ahora que la escarcha se apodera de nuestro reino.

Todos en el salón estaban callados; el silencio, solo interrumpido por algunas toses y el castañeteo de dientes.

Al cabo de un minuto, alguien gritó desde el fondo:

–Encontré a mi madre tirada en el suelo de su casa. Tenía la piel ennegrecida por haberse congelado.

–Mis bebés no paran de toser y no puedo mantener el calor en la casa –gritó una mujer–. Necesitamos a alguien que se siente en el trono. Yo lo haré si nadie más está dispuesto. De verdad. ¿Puedo sentarme yo?

–Mis hijos se mueren de hambre –bramó un hombre musculoso–. ¿Cuánto tiempo va a durar este racionamiento? Nunca habíamos tenido que racionar la comida. Y perdone la expresión, pero ¿dónde mierda está el rey cuando lo necesitamos? Quizá podría venir y decirles a mis hijos a la cara por qué pueden comer una sola vez al día.

–¡Pongan a alguien en el trono! –El chillido de una mujer resonó en el techo abovedado–. Si el rey no puede cuidarnos, no es nuestro rey.

En rigor, ¿no era esto traición? Torin seguía siendo el rey, y pedir su reemplazo debería constituir un delito grave. Pero él no estaba aquí, ¿verdad?

Moria extendió los brazos y dijo:

–Gracias, amigos seelie. Enfrentaremos esto juntos. En unos días, cuando llegue Modron, ella nos dará respuestas y elaboraremos un plan.

Orla la miró con el ceño fruncido. Parecía insegura, pero no hablaba. Moria la señaló y agregó:

–La princesa Orla y yo queremos enfatizar una vez más que la causa de todo el sufrimiento y la desgracia que nos ha sobrevenido son los demonios y nadie más que los demonios. Sé que están descontentos con el rey Torin, pero fueron los demonios quienes maldijeron a Orla y mataron a sus padres. Fueron ellos los que maldijeron nuestro reino. Ellos son la razón por la que sus hijos mueren de hambre. Ellos son la razón por la que sus padres se están muriendo congelados sobre las piedras frías de las chimeneas. Por favor, guarden su ira para ellos. Los demonios son la razón por la que han tenido que matar a su ganado hasta que prácticamente no queda nada, y por la que sus hijos se debilitan en lugar de crecer fuertes. Siempre les hemos temido. Ni siquiera los llamamos por su verdadero nombre, pero una vez fuimos fuertes, y quizá sean los demonios los que deberían temernos a nosotros. Tal vez no deberíamos tener tanto miedo de llamarlos por su nombre, porque ¿qué tiene de grandioso y aterrador ser un *noseelie*? – Sus palabras borboteaban de veneno.

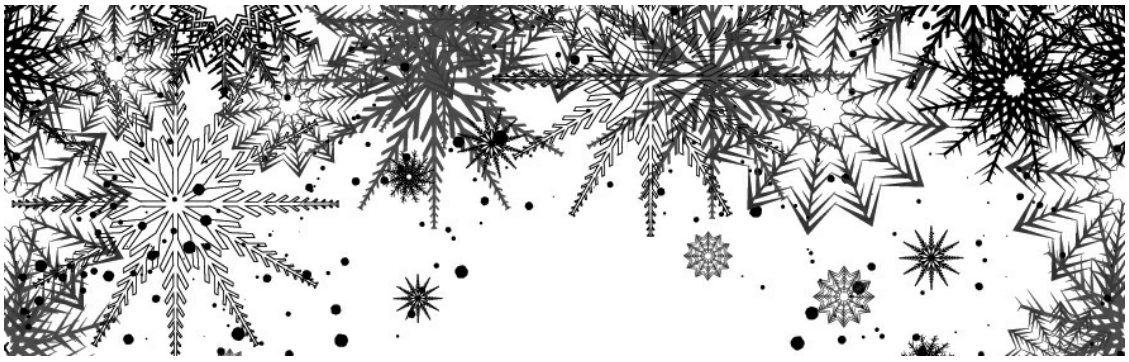
Un murmullo de asentimiento recorrió la multitud. Cuando miré alrededor del salón, la multitud había quedado embelesada por completo. Moria levantó la mano y continuó, paseándose por el estrado congelado:

–Mi hermana, Milisandia, siempre decía que eran los *noseelie* quienes debían temernos. Antes de que desapareciera, me advirtió de que llegaría el día en que tendríamos que luchar contra ellos. Siempre decía que debíamos hacer la guerra a los noseelie y a los aliados traidores que tenían dentro de nuestra corte. Atacaron a nuestra familia real y los maldijeron a todos. Han maldecido nuestro reino durante siglos, cargándonos con hambre, con frío. Así que no culpen al rey Torin si a sus hijos se les notan las costillas y tienen las mejillas demacradas. Puede que él no esté aquí, pero no es un noseelie, ¿verdad? Él no los ama a ellos, ¿verdad? No nos dejaría muriéndonos de hambre a menos que tuviera una muy buena razón. Y debemos mantener la unidad para enfrentar a nuestros antiguos enemigos.

Algo no cuadraba en su discurso. A primera vista, aparentaba que intentaba proteger al rey de la ira que sus súbditos sentían por su ausencia, parecía que quería darles otro chivo expiatorio. Y aquellos a quienes llamaron *demonios* durante cientos de años eran un chivo expiatorio perfecto.

Pero yo sabía que ella odiaba a Torin.

¿Por qué querría proteger al hombre al que acusó de asesinar a su hermana?



24

AVA

Incluso en esta pequeña prisión, las semillas de mi venganza comenzaban a brotar: mi única razón de ser. El sentido que iluminaba mi vida.

No creía que fuera a volver a mi vida anterior, ni que volvería a ver a Shalini. Pero al menos *podía* intentar matar a la reina, y eso bastaba para sacarme una sonrisa.

Además, Morgant tenía razón. Todos los noseelie tenían magia, incluida yo.

Unos rayos de luz atravesaron las hojas en lo alto, salpicando el nudoso suelo de madera con motas de oro. Mientras contemplaba las ramas, imaginé los ojos azules y tristes de Torin, sentado en la cama junto a mí, pensando en su madre. Por alguna razón, mi magia funcionaba mejor cuando pensaba en él.

Sentí que el poder subía por mi cuerpo. Unos zarcillos de calor brotaron bajo mis pies, se enroscaron en las piernas y muslos, y me invadieron el estómago y el pecho. Cuando usaba mi magia, no me sentía sola porque sentía la vida del árbol, su conciencia. Imaginaba que las ramas se movían por encima de mí y dejaban entrar más luz solar.

Podía sentir su alma.

Las ramas que se alzaban sobre mí gimieron, se separaron, y la luz del sol me bañó. Eché la cabeza hacia atrás. Sentir el calor en mi piel era la gloria, un regalo de este árbol que había adoptado como mi nuevo hogar.

Inspiré hondo, absorbiendo los rayos. Un hormigueo me recorrió los omóplatos.

Y sin embargo...

Incluso con este poder, seguía sintiendo como si una parte de mi magia estuviera atrapada dentro de mí. Mi poder era magma encerrado bajo la tierra congelada.

Cuando oí el sonido de metal deslizándose contra metal, volví a guardar la magia en mi interior. Las ramas de los árboles volvieron a su lugar y llenaron la celda de sombras. Algunas hojas cayeron al suelo.

Morgant abrió la puerta y metió en la celda un recipiente de cobre. Lo apoyó en el suelo, junto con un par de prendas limpias y una barra de jabón.

–¿Ha decidido la reina que ahora puedo lavarme? –le pregunté.

–No le consulté.

–Entonces, ¿por qué te ocupas de que esté más cómoda?

–Porque eres una de los nuestros –dijo él.

Me atravesó un rayo de culpa. Era parte de ellos porque había matado a Torin.

–Podrías haberlo curado, ¿no? –pregunté.

Morgant se encogió de hombros.

–¿Quién soy yo para desafiar las órdenes explícitas de la reina?

Apreté los dientes.

–Tu madre y tú tienen una relación muy jodida.

–Los métodos de mi madre pueden parecer brutales –dijo Morgant–, pero ella vela por los intereses de su familia. Los seelie llevan décadas intentando invadir nuestro reino. Torin envió a un asesino que mató a su hijo. Mi hermano. Es gracias a Mab que seguimos siendo un reino soberano. Pero es así porque nos protege sin piedad. Sin mi madre, nos invadirían los seelie.

Se me hizo un nudo en la garganta.

–Ella me dijo que si mataba al rey, me liberarían. Pensé que todos estaban obligados a cumplir sus promesas.

Los ojos ámbar de Morgant atravesaron la oscuridad.

–Tal vez eso es lo que pretendía hacer en ese momento, antes de que intentaras matarla. Pero estás viva por un solo motivo: porque algún día podrías sernos útil.

Abrió la puerta de un tirón y la cerró de un golpe. Oí el cerrojo encajar en su sitio.

Suspirando, me volví hacia las plantas espinosas que trepaban por el tronco del árbol y los muros de piedra. Imaginé a Morgant de pie en el salón, mirando a Torin morir delante de sus ojos.

Bajo mi control, las enredaderas comenzaron a moverse y elevarse. Cerré los ojos, sintiendo que mis pensamientos se mezclaban con los del árbol que ahora era mi hogar, relajándome en la calidez que el sol emanaba sobre su copa. Desde donde estaba acostada, podía sentir las raíces hundiéndose en la tierra, entrelazadas con una delicada red de micelio y hongos que se extendía bajo el reino. Respiré hondo, exultante. Todos los seres vivos estaban conectados, interactuaban. Se comunicaban.

Pero el árbol estaba presionado por una pesada carga. Las piedras le aplastaban las ramas y lo

atrapaban con su peso. Me invadía el poder, pero sentía en el pecho el lastre de las piedras.

Abrí los ojos de golpe y respiré entrecortadamente.

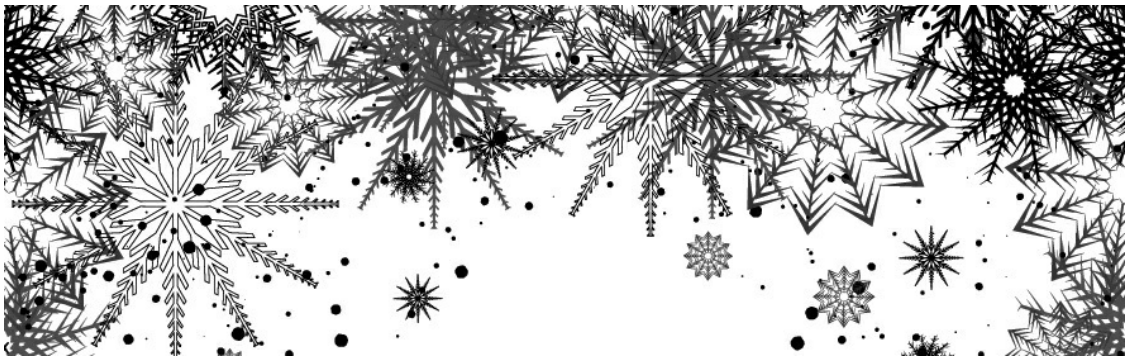
No sabía por qué me importaba, pero no dejaba de pensar en qué habrían hecho con el cuerpo de Torin. Tenía la horrible sensación de que harían un espectáculo de él. Eso es lo que hacían los reyes fae: poner la cabeza de su enemigo en una estaca y colgar su cuerpo de las puertas del castillo.

Un enemigo vencido.

No tenía idea de cómo eran las tradiciones funerarias de los seelie, pero sabía que querrían recuperar el cuerpo del rey y que él se merecía un entierro junto a sus padres. Sentía una opresión en el pecho al pensarlo. ¿Cuántos días habían pasado? No quería recordarlo como un cadáver, pero me sentía responsable de llevarlo a su hogar, a Feéra.

Morgant pensó que podría serle útil. Pero yo tenía otros planes.

Algún día, cuando dominara el control de mi magia, liberaría al árbol y le rodearía la garganta con esas enredaderas espinosas.



25

SHALINI

Mis nervios crepitaban mientras aguardaba en el frente del salón a que Moria subiera una vez más al estrado cubierto de hielo. Modron, la bruja de la verdad, ya había llegado. Nunca se enviaba a los hombres a vivir en cuevas y predecir el futuro, ¿verdad? Eso lo hacían las viejas brujas del mundo, las chismosas y entrometidas sobrenaturales.

El silencio se apoderó del salón, solo interrumpido por el roce de pies y el crujido de capas y pieles. Los ruidos de tos resonaban en el techo. Las sombras proyectadas por las antorchas revoloteaban por la sala. No era el ambiente más festivo.

Mientras esperábamos, unos susurros inquietos recorrieron la sala. Por fin, Moria subió al estrado, con los tacones repiqueteando sobre el hielo. Se abrazó a sí misma como muestra de vulnerabilidad.

–Nos morimos de hambre en Feéra, sin líder, maldecidos por los noseelie. Y si queremos seguir adelante, debemos saber qué le pasó al rey Torin. Hemos convocado a lady Modron para saber por fin qué le ha acontecido a nuestro rey seelie.

El corazón me latía a mil por hora mientras esperaba saber qué le había pasado a mi mejor amiga. Me apoyé contra Aeron, y él me rodeó con el brazo.

Vestida de gris y con un velo de seda sobre el rostro, la vieja chismosa entró en el salón arrastrando los pies, con un brazo enlazado al de Orla. No sabía muy bien quién guiaba a quién. Ambas parecían frágiles y propensas a resbalarse en el hielo.

A través de la delgada tela del velo, vislumbré el rostro blanco y huesudo de Modron. Tenía un extraño aspecto, muy parecido a un cráneo, y un escalofrío me recorrió la espalda. Una de sus manos marchitas sujetaba un bastón retorcido. Las largas uñas plateadas se enroscaban en la

madera, que hacía crujir el hielo con cada golpe que daba al cruzar el estrado.

Por fin se detuvo y Orla se apartó de ella.

A través del velo, alcancé a verle los ojos, grandes y cavernosos.

–Quieren saber qué le ha ocurrido a su rey. Y a su novia. –Su voz era un siseo que, de algún modo, consiguió llenar todo el salón, y me produjo un escalofrío–. Desean ver el pasado. –Una risita grave e inquietante surgió de su pecho–. Yo antes vivía entre ustedes. Ninguno de los que aún viven recuerda aquellos días. Pero antes yo estaba aquí, en la corte. Sin embargo, es más fácil dejarme en la naturaleza, ¿no? Hasta que me necesitan. –Otro gorgoteo de risa.

Ay, vamos, mujer. Demasiada agresión encubierta para lo que necesitábamos en ese momento.

La vieja levantó el velo y nos dejó ver el mentón envejecido y los largos dientes blancos, que inquietaban al verse afilados como cuchillas. Tenía los labios oscuros y brillantes. Sonrió y respiró hondo. Al exhalar, una nube le salió de la boca, una bruma densa que llenó el aire sobre del estrado. Y poco a poco, unas figuras empezaron a tomar forma dentro de la nube.

Una hermosa mujer de cabello blanco estaba sentada en un trono hecho de raíces de árbol, con unas alas negras desplegadas detrás de ella. Y allí, frente al trono, se encontraba Torin, sosteniendo una espada.

Tragué saliva. Torin estaba allí como si la protegiera.

Por unos segundos, no tenía idea de lo que veía. Pero la reacción furiosa de la multitud enseguida me dio una pista.

Cuando di un vistazo a Aeron, vi el horror grabado en sus rasgos. Me acerqué y le susurré:

–¿Noseelie?

Aeron tenía los ojos fijos en Modron mientras asentía con la cabeza.

–No entiendo –dijo, aturdido–. Está ante el trono de la reina Mab.

Se me aceleró el pulso. Percibía el primer indicio del plan que Moria había estado tejiendo, los hilos que había estado entrelazando para formar un monstruoso tapiz de traición.

Ella se quedó boquiabierta ante la imagen y se tapó la boca con la mano.

–¿Qué pasa? –preguntó Orla.

Ay, *por todos los dioses*. Esto era terrible e incómodo. Orla no podía ver la visión, y se quedó allí sin entender nada mientras todos miraban incrédulos a su hermano de pie ante la reina enemiga.

–¡Está con la reina Mab! –chilló Moria, fingiendo conmoción–. Está parado frente a su trono, protegiéndola.

La visión se evaporó en el aire por encima de los tronos, y una nueva tomó forma: un rostro que me hizo palpitar el corazón. Emergieron los bonitos rasgos de Ava, excepto que ahora tenía dos cuernos curvos y cobrizos que le salían de la cabeza. Sus ojos se habían vuelto verdes y estaba reclinada contra Torin. Los dos iban a caballo en una especie de sendero de montaña, y un

bosque de árboles rojos como la sangre se extendía detrás de ellos. Mientras Ava estaba apoyada contra Torin, se podía ver la expresión de embeleso en el rostro de él, que tenía los ojos cerrados mientras saboreaba el momento.

Los gritos de rabia llenaron el aire, gritos de “traidor” y “zorra demoníaca”, y yo quería encogerme y desaparecer en las sombras. ¿Eran reales estas visiones?

Aunque me emocionó ver que los dos se encontraban bien, se me retorció el estómago al ver los cuernos de Ava. Me importaba un carajo si era seelie o noseelie, y al parecer, a Torin tampoco le importaba. Pero la multitud a mi alrededor quería sangre.

Me apoyé en el hombro de Aeron y le susurré:

–¿Estás seguro de que esto es real?

La expresión de asombro en su rostro me dijo que sí. Se había puesto pálido por completo, con los ojos fijos en Modron. Intuí que quería proteger a su rey y a la hermana del rey, pero tampoco quería separarse de mí.

Una corriente escarlata de peligro y violencia zumbaba por todas las piedras del salón, y se me tensaron los músculos.

–¡Nos ha dejado por los malditos demonios! –gritó alguien–. ¿Y vamos a dejar el trono desocupado para este bastardo?

Una sensación espantosa se arrastraba por mi espalda. Moria había preparado sus discursos para este momento, ¿no? Había instigado el furor de la muchedumbre y luego les había mostrado pruebas irrefutables.

Moria se llevó las manos a las mejillas mientras contemplaba las imágenes.

–Pero... esto no tiene sentido, ¿verdad? ¿Por qué nuestro rey se uniría a los noseelie? –Hablaba con un tono más histriónico que el de Hannah G. en la cuarta temporada de *Casadas y cosidas*, cuando fingió haber tenido un aneurisma cerebral para que Cole entrara en su habitación de hotel.

–Mi hermana fue su prometida –continuó Moria–, y nadie odiaba a los demonios más que ella. Es imposible que Torin haya asesinado a Milisandia, ¿verdad?

Por supuesto, yo ya había escuchado lo que ella pensaba sobre ese asunto.

–¡Modron! –gritó–. ¡Por favor, dinos qué le pasó a Milisandia! Por favor.

Era una actuación con toda la sutileza de una niña de trece años cantando canciones a viva voz en un musical malo, pero esta gente nunca había visto algo así y no podían darse cuenta.

–No –gritó Orla–. No estamos aquí para eso.

Pero Modron no escuchó a la princesa Orla. Con un sonido bajo y traqueteante, la vieja soltó otra nube al aire, y la bruma gris tomó forma encima del estrado. En la niebla apareció una hermosa mujer con el pelo rojo como la sangre que caía sobre una capa blanca. Estaba de pie en un templo en ruinas cubierto de nieve. Una lágrima corría por su mejilla y la cara parecía

agonizante.

En la niebla gris, Torin tomó forma a su lado, con expresión adusta. Y cuando él se apartó de golpe, ella lo sujetó del brazo. Torin giró hacia ella, horrorizado. El hielo se extendió de su cuerpo al de ella, congelándola desde el punto en que sus cuerpos entraron en contacto.

Moria gritó y el sonido llenó el salón.

–¡No es lo que piensan! –Orla gritó–. ¡No es lo que piensan!

Lo gritaba una y otra vez pero, sin explicaciones, no era muy útil.

Una profunda confusión me embargó los pensamientos mientras observaba lo que Modron nos mostró después: el rey en persona, enterrando un cuerpo en el Templo de Ostara. Abriendo la tierra invernal con una pala.

Moria se volvió hacia Orla.

–Tú sabías esto, princesa. –Su voz escupía veneno–. Lo sabías antes de que lo mostrara. ¿Qué más sabías? ¿También te aliaste con las ratas noseelie?

Pero todo lo que Orla pudo decir fue:

–No puedo hablar de eso. –Se tambaleó sobre el estrado, con aspecto frágil.

¿Por qué no daba explicaciones?

La multitud le gritaba a Orla, con voces histéricas. Ella volvió a subir al estrado. Unos guardias vestidos con uniformes azules, como Aeron, se pusieron delante de la princesa. Pero ahora parecían inseguros, como si no debieran protegerla.

El cuerpo de Aeron se tensó contra mí, y él se inclinó para susurrar:

–Sal de aquí, rápido.

La furia brillaba en los ojos bordó de Moria.

–Torin es el único de su familia que no ha sido maldecido. Tal vez los noseelie lo perdonaron porque podían usarlo –sugirió ella.

Esto había salido demasiado perfecto para Moria, ¿no? Todos los hilos escabrosos se habían entretejido ante nosotros y daban lugar a la visión que ella quería que viéramos.

Tal vez Modron decía la verdad, pero eso no significaba que fuera toda la verdad. Después de veinticuatro temporadas de *Casadas y cosidas*, me daba cuenta de si alguien editaba contenido a propósito.

Se habían seleccionado las visiones.

–Jamás imaginé que descubriríamos que nuestro rey nos ha traicionado –gritó Moria, con la voz cada vez más desaforada–. Jamás imaginé que había asesinado a mi hermana para proteger a los noseelie.

Una clara mentira. Ella ya lo había acusado de asesinar a su hermana. Pero ¿quién iba a creerme a mí, la amiga humana de la “zorra demoníaca”?

–Milisandia quería declarar la guerra a los demonios, y él no quería eso. –Recorrió el estrado,

adoptando un temblor en la voz que, a decir verdad, sonaba desquiciado–. Ahora vive con ellos. Con su reina. Y por eso debemos estar alerta. ¿Quién más de nosotros simpatiza con los noseelie? ¿Quién sabe si alguno de nosotros intenta destruir nuestro reino desde adentro?

Pero yo había leído el diario de Milisandia, y ella no había dicho nada acerca de los noseelie. Solo hablaba de lo hermoso que era Torin, y que él no podía tocarla. Había una parte sobre la premonición de Moria de que él la mataría y enterraría su cuerpo en el Templo de Ostara. Moria había sabido que esto sucedería incluso antes de que sucediera.

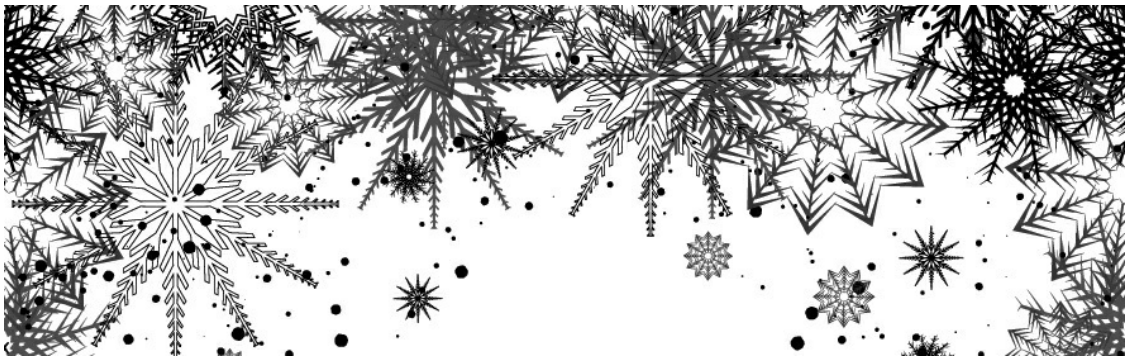
Apreté los dientes.

No sabía qué estarían haciendo Torin y Ava, pero sí sabía que Moria estaba llena de mentiras.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la multitud se había vuelto hacia mí, con los ojos entrecerrados por la sospecha. Aeron me rodeó con el brazo, y la otra mano se dirigió a la empuñadura de la espada.

A mi alrededor, la multitud coreaba el nombre de Moria mientras Aeron me sacaba del salón, con su poderoso brazo rodeándome como un escudo.

–Escóndete, Shalini –susurró–. Necesito ponerte a ti y a Orla a salvo.



26

AVA

Estaba echada boca arriba, con la garganta seca como la arena. Quién sabe por qué, pero Morgant se había rendido y había dejado de traerme comida y agua hacía varios días.

Debajo de mí, las raíces yacían retorcidas y nudosas. Cerré los ojos, intentando hacerlas moverse un poco. En mi cabeza, me metí en la mente del árbol, sintiendo el calor glorioso de la luz del sol sobre una corona de hojas tocadas por el fuego. Absorbí el poder de la luz que alimentaba al árbol. Cuando me fundí mentalmente con el árbol, dejé de tener sed.

Bajo la espalda, las raíces crujían, estirándose. Me quedé mirando las ramas oscuras en lo alto, deseando tener el poder de invocar la lluvia.

La última habilidad que había desarrollado era oír las vibraciones a través de las raíces y el micelio. Ahora podía oír el ruido de las pisadas en el castillo, unos movimientos que enviaban leves golpeteos por las raíces y me avisaban cuando un grupo de guardias marchaba por encima.

Por las marcas que había hecho en la piedra, tenía la certeza de que llevaba encerrada en esta celda más de un mes. Cada día que pasaba, mi magia se hacía más fuerte y controlada. Podía invocar enredaderas a voluntad, hacerlas cortar el aire como cuchillas. Podía retorcerlas hasta convertirlas en un lazo. Podía obligar a las ramas de los árboles a abrirse, crujientes. Cuando llovía, podía separarlas para que me cayera más agua.

Todo el día y toda la noche, conversaba con Shalini y Torin. A veces, parecían tan reales que me daba la sensación de que estaban aquí.

Casi podía oír a Torin en la celda conmigo, llamándome “niña cambiada”.

Me rugió el estómago. La falta de comida me tenía cada vez más aletargada.

A veces soñaba que estaba de regreso en casa, en la casita de las afueras de la ciudad con mi

madre. Cuando empezaban los sueños, tenía una sensación de calma total, de estar envuelta en un capullo de amor. Esa era la vuelta a casa que tenía en mente cuando caí por el portal y pedí regresar a mi hogar. Quería ver películas con mi madre o sentarme con ella a la mesa de la cocina, tranquilas, en silencio, mientras ella leía el periódico. Pero en los sueños, ella siempre se iba a otra habitación. Iba a la cocina para preparar la cena y, poco a poco, la sensación de paz se volvía áspera y espinosa y mi corazón se iba acelerando. Poco a poco, me daba cuenta de que nunca volvería y se me abría un agujero en el pecho.

Los sueños con Torin parecían peores. En ellos, me encontraba junto a él en Feéra, en el Templo de Ostara o en el acantilado con vista al valle y el lago helado. En cada uno de esos sueños, yo me volteaba para ver su bello rostro. Siempre en esos sueños, tenía un atisbo de esa actitud vulnerable y desprotegida que yo había visto brevemente en la cabaña, un raro momento en el que se le cayó la coraza de poder y control del rey.

Y entonces, contra mi voluntad, mi propia mano le clavaba una daga en el corazón y yo gritaba.

Oí que se abría la cerradura de la puerta y me incorporé. No quería parecer desesperada por beber agua ni que Morgant supiera lo contenta que estaba de verlo, pero era difícil ocultar mi alivio.

Pero cuando lo vi de pie en el umbral de la puerta, lo encontré con las manos vacías. Arqueé una ceja.

–Veo que me estás matando de hambre otra vez.

–Fueron órdenes de la reina.

–¿Por qué?

Una línea se formó entre sus cejas.

–Dijo que si no tienes magia, no le sirves de nada.

–¿Entonces a qué viniste? –pregunté con tono brusco.

–La reina planea arrojarte desde lo alto de la torre.

Me levanté con las piernas temblorosas, mirándolo fijo.

–Prometió liberarme si mataba a Torin.

Morgant se había quedado inmóvil, como una bestia rapaz, y los ojos color ámbar se habían oscurecido hasta adquirir un tono caramelo.

–Te liberará, como prometió. Pero antes, te arrojará de la torre.

La oscuridad me recorrió por dentro, y los ojos azules de Torin ardieron en mi mente, enmarcados por las pestañas negras.

–¿Qué hiciste con el cuerpo de Torin?

Si pudiera descubrir cómo volver a Feéra, tal vez podría envolverlo en una manta y devolver al rey derrotado a su hogar.

–Lo hemos dejado donde todos pudieran verlo –dijo Morgant.

Una violencia ardiente se retorció en mi interior.

Detrás de la cabeza de Morgant, las enredaderas espinosas se torcían y serpenteaban sobre los muros de piedra.

Los ojos de Morgant se desviaron enseguida al captar el movimiento y sus músculos se tensaron. No le di ni un segundo para pensar.

El amor nos hace hacer cosas terribles...

Moví la muñeca, y los afilados zarcillos se cerraron alrededor de su garganta e hicieron brotar sangre. Curvé el labio hacia dentro y revelé mis dientes mientras enviaba las lianas hacia arriba.

Morgant pateaba en el aire, y yo retrocedí. Un río de magia fluyó por mi cuerpo, emanada de las raíces del árbol, extinguiendo la fatiga de mis brazos y piernas.

–Morgant, pienso hacer que esto te duela hasta que me digas lo que quiero oir. Y si me dices las respuestas que busco, te dejaré vivir. ¿Dónde está la Espada de los Susurros?

Su rostro se había vuelto rojo como el betabel y los pies golpeaban contra las piedras. Moví la muñeca y desenrollé las enredaderas para que cayera al suelo. Se desplomó con *fuerza*, con un crujido.

–Mis técnicas de interrogatorio las aprendí de ti, Morgant. Gracias. –Lo dije con tono ácido. Las lianas volvieron a enroscarse en su garganta–. ¿Cómo salgo de la Corte de las Angustias?

Él tosió y se llevó la mano a la garganta sangrante. Volví a apretarle el lazo alrededor del cuello, estrangulándolo hasta que la cara empezó a ponerse morada.

–Una oportunidad más, Morgant. ¿Cómo salgo de este reino?

Cuando las lianas se aflojaron lo suficiente para dejarlo hablar, dijo:

–La Vieja del Velo, Cala, puede decírtelo. Está aquí, en el castillo. La Espada de los Susurros también está aquí. Todo lo que quieres está en el castillo. Cala está en la Torre del Crepúsculo, al oeste. –Su sangre se derramó por el suelo–. No somos como los seelie. Ellos viven para el placer. Nosotros vivimos para el deber. Nuestra fuerza viene del amor.

Fue una declaración tan inesperada que no me atreví a terminar el trabajo de dirigir las plantas para partirlo al medio.

O tal vez fue la pequeña generosidad que me había mostrado al traerme agua y jabón para limpiarme.

Pero ese momento de vacilación le dio la oportunidad de levantarse del suelo y tratar de alcanzarme. Sucedió casi sin darme cuenta de lo que yo hacía. La tierra comenzó a temblar y las piedras se desprendieron de las paredes. El enorme árbol que formaba la mitad de mi celda crujía, se movía. Las paredes imponentes retumbaron a nuestro alrededor, y las piedras se fueron desplomando. Morgant alzó los brazos para protegerse.

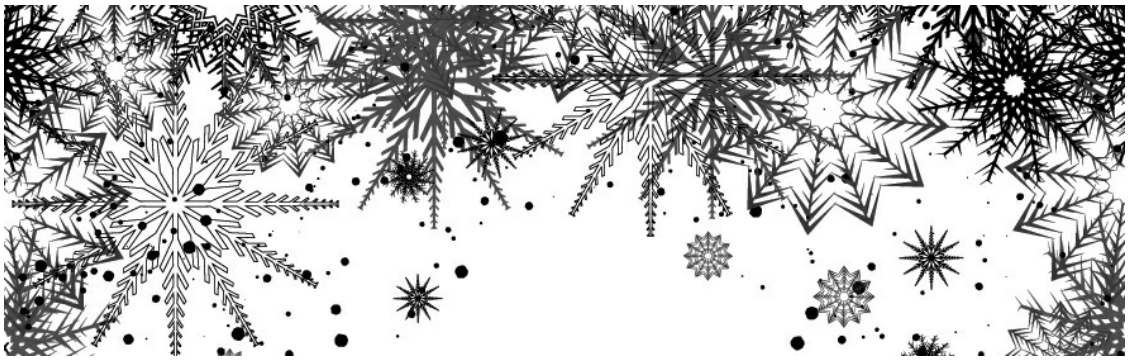
Ese fue todo el tiempo que necesité para escabullirme de él y adentrarme en los túneles del

castillo, para saborear la libertad en mis labios.

Respiré hondo y corrí por el pasillo del calabozo.

Esperaba estar preparada para esto porque aún sentía que la mayor parte de mi poder estaba sepultado por rocas, desesperado por liberarse.

Una sensación de calor y hormigueo me recorría los omóplatos.



27

SHALINI

El hielo y la nieve se aferraban a los árboles que rodeaban la cabaña. En el bosque remoto, todo mi entorno estaba cubierto de blanco. La nieve convertía los árboles en montículos deformes como fantasmas congelados. Y el hecho de que había empezado a hablar con los fantasmas congelados parecía buen indicio de que estaba pasando demasiado tiempo sola.

En la cabaña, seguía imaginando que los muertos congelados me rodeaban. Unos carámbanos largos colgaban de las ramas de los árboles como espíritus harapientos. Brillaban a la luz del sol, haciendo que las ramas se doblaran bajo su peso, hasta que una ráfaga helada se abría paso y hacía que se estrellaran contra el suelo con un ruido sordo. Cada vez que eso ocurría, me sobresaltaba.

No había tenido mucho tiempo para preparar mi viaje hasta aquí. Moria enloqueció rápidamente y había salido a cazar a cualquiera que pudiera ser leal a Torin. Ahora estaba atrapada aquí, me gustara o no. La única forma de salir de Feéra era con el permiso de un monarca, y la reina Moria me ejecutaría antes que dejarme ir. Al parecer, yo era una “amante de los demonios”.

Hacía un mes, Aeron me había llevado a esa casa remota para refugiarme. Orla estaba en otro lugar; Cleena en otro más. Éramos, creo yo, objetivos de “alto perfil”. La princesa Cleena había sido la mejor amiga de Moria, pero la detestaba desde que Moria había intentado asesinarla en la última prueba. Es curioso cómo eso puede estropear de verdad una amistad.

Ahora, me hacían compañía el fuego crepitante, un único libro y mis amigos espíritus congelados. La idea de que antes estuviera aburrida por haber dejado de trabajar joven ahora me parecía extraña y absurda.

Un aullido salvaje sopló en el viento y me abracé fuerte, estremeciéndome. Los vientos invernales llevaban el lúgubre aullido de la banshee.

Tragué saliva. Alguien iba a morir. Y si Cleena no conseguía controlar su grito de banshee, podría acabar siendo ella.

Aeron no lo había dicho explícitamente, pero creo que la idea era saber lo menos posible de las demás personas escondidas. De ese modo, si capturaban a alguna, no podrían sacarnos respuestas si nos torturaban. Cada vez que pensaba en esa idea inquietante, recurría a mis amigos espíritus congelados y les pedía que me mataran con sus manos de témpano antes de que me capturaran.

¿Acaso me estaba volviendo loca?

Sí.

Lo mejor de mi día era sentarme frente al fuego. El buen Aeron me había dejado un encendedor automático, y mientras yo estaba sentada en la cabaña, él iba de una casa a otra para ver cómo estábamos las personas escondidas, y nos llevaba comida como podía. Cada vez que alguien de la ciudad terminaba manchado con el mote de "amante de los demonios", él intentaba ponerlo a salvo antes de que lo capturaran.

No me hablaba de los que no pudo salvar, ni de lo que veía junto al castillo, y con eso supe que la situación era por demás sombría. Después de todo, esta era una cultura en la que la gente decía como si nada cosas como: "Ah, sir Durian, sí, decapité a su hijo en un duelo" o "y luego matamos a los sacrificios humanos después de la fiesta".

Me castañeteaban los dientes. Al principio, cuando Moria asumió el trono, todos pensamos que llegaría la primavera. Ese era el puto propósito de tener una reina en el trono. Esperábamos que llegara el calor, el deshielo, pero Moria se resistía a poner su lindo trasero en la piedra.

La cuestión era que, como todo buen tirano, Moria sabía que si la gente estaba feliz y cómoda, ella perdería su control del poder. Necesitaba que las personas sintieran rabia y miedo para que no empezaran a cuestionar su legitimidad. "Un momento, ¿por qué eres reina…?".

Si la gente estaba cómoda, tal vez recibiría bien a Torin si regresaba. Quizá todos se olvidarían de estar enojados con los demonios. Pero ella los necesitaba completamente unidos contra un enemigo común, uno al que solo ella podría derrotar.

La única forma de ejercer este control era mediante la amenaza constante de un ataque de los noseelie, así que cuando la gente le preguntaba por qué seguía congelándose en la cama y por qué el frío nos calaba hasta los huesos, ella seguía teniendo un chivo expiatorio. La culpa era de los demonios, y de todos los traidores que los apoyaran.

Me volví hacia el fuego chisporroteante y me arrodillé, frotándome las manos y echándoles aliento para entrar en calor. Aeron me había traído otro regalo sorprendente: había conseguido sacar de contrabando un libro de la biblioteca del castillo, un romance gótico del siglo XVIII

titulado *El monje maldito*. Considerando que tenía siglos de antigüedad, me sorprendió lo obsceno que era, y me pregunté si él lo habría elegido a propósito. Después de todo, Aeron era una especie de monje que había hecho un voto de castidad. Era difícil leer algunas de las escenas más picantes del libro sin pensar en lo que podría suceder si él por fin renunciaba a ese voto.

El crujido de la puerta me hizo girar la cabeza, y entró un torbellino de nieve que rodeaba la figura envuelta en pieles de Aeron. La fría brisa que se colaba en la sala me hizo sentir pinchazos en la piel, y él se volvió para cerrar la puerta.

–Te traje pan y queso.

Me estallaba el corazón al ver a Aeron, que se había enfrentado a las gélidas temperaturas solo para que yo pudiera comer un sándwich.

Se le notaba el rostro angustiado, y no sabía si quería enterarme de todo lo que había visto junto al castillo.

–Debes tener cuidado, Aeron. ¿Cómo estás consiguiendo esta comida sin que nadie te vea?

Me entregó un paquete envuelto en papel, y yo saqué el bloque de pan congelado para calentarlo junto al fuego.

Aeron se sentó a mi lado en la chimenea y se puso a atizar el fuego con un palo mientras la tenue luz de la hoguera le calentaba las mejillas.

–No lo hago yo solo, Shalini. Hay una pequeña red de personas que no confían en la reina, que le son leales a Torin porque lo amaban. Personas que saben que ella podría haber acabado con este invierno hace un mes. Una especie de resistencia. La gente está muriendo de hambre, y algunos creen lo que ella dice, que todo es culpa de los demonios; pero Moria está perdiendo el control sobre esas personas. No está haciendo lo que una reina debe hacer. Y cuanto más control pierde, más represalias toma.

–¿Qué está haciendo ahora? –pregunté, tragando saliva.

Con los ojos clavados en el fuego, me contó:

–Tiene un dragón, conocido como el Sinach, y lo usa para cazar gente. Después los quema. Quiere que pensemos que es la versión femenina del Caerleon. Él dejó un reguero de cadáveres a su paso.

–Ah. –Se me cayó el alma a los pies.

Aeron se inclinó hacia atrás y se sentó con las piernas cruzadas frente a las llamas oscilantes. Se veía exhausto, y yo quería envolverlo y cuidarlo para que no le pasara nada. Pero no estaba en su naturaleza esconderse en una cabaña mientras destruían su reino.

–Este frío –agregó– ya no parece tanto una estrategia política calculada sino más bien una venganza. Creo que está furiosa con nosotros. Su hermana murió, y a ninguno nos importó ni nos dimos cuenta. Todos pensábamos que Milisandia había desaparecido, pero no lo investigamos. Y luego resulta que la culpa fue del rey al que tanto queríamos todos.

–¿Todavía no sabes lo que pasó?

Él negó con la cabeza, contemplando las llamas.

–Fuera cual fuera su razón, sé que habrá sido válida. Lo conozco. Quizás estaba tan loca como su hermana. No lo sé. Tal vez fue un accidente. –Posó sus ojos en mí–. Sé que ha enviado asesinos a la Corte de las Angustias para matar a la reina Mab y a la familia real como venganza por lo que ella hizo. Mandó a matar a uno de los hijos de Mab. Sé que no se ha aliado con ellos. Me cuesta creer que haya sobrevivido, que la reina Mab no lo haya matado de inmediato. Pero solo se me ocurre que lo mantendrá con vida el tiempo suficiente para atormentarlo con la mayor brutalidad posible.

–Bueno. –Me estremecí–. Modron no nos mostró todo, ¿no? Solo lo que Moria quería. –Me calenté las manos junto al fuego–. Si consiguen regresar a Feéra, ¿podría Torin reclamar el trono?

–Él no tiene magia. –Se pasó una mano por el pelo–. Moria ha apostado soldados alrededor del trono de Torin para impedir que quienes lo apoyan encuentren la forma de arreglarlo. Si regresa, no tendrá ningún poder con el que luchar. –Se volvió para mirarme; sus ojos brillaban con la luz del fuego–. No entiendo cómo acabaron en la Corte de las Angustias. ¿Conoces bien a Ava? ¿Confías en ella, a pesar de que es noseelie?

–Para mí, todos ustedes son fae y nada más. –Le di un codazo–. ¿Son los seelie realmente mejores? Porque en este momento, estamos escondidos en el bosque helado para que no nos encuentre una reina que quiere prender fuego a la gente con su dragón.

–Tienes razón –reconoció él, ladeando la cabeza.

Una punzada de anhelo se me retorció en el pecho.

–Aeron, ¿sabes lo que daría por llevarte a algún antro de mi ciudad? Estaba tan desesperada por irme de allí y ver Feéra… Ava me advirtió que no todo serían mariposas y arcoíris, pero tenía que verlo. ¿Sabes lo que daría por ver un partido de básquetbol contigo en un bar? ¿Bebiendo cerveza? Ni siquiera me gusta el básquetbol. –Mi voz salía entrecortada e histérica.

A él se le suavizaron las facciones antes de decir:

–Cuando esto acabe, puedes llevarme a ese antro.

–¿Has comido alguna vez una salchicha con chili?

Aeron me miró como si hubiera empezado a hablar en lenguas desconocidas.

–No, en absoluto.

–Los martes por la noche están a mitad de precio en el Trébol Dorado. Creo que hasta ahora no me había dado cuenta de lo increíbles que son. Una salchicha con chili y queso fundido... –Ya se me hacía agua la boca–. Sé que la gente critica a los estadounidenses, pero ¿a quién más se le habría ocurrido esa genialidad? Es una genialidad, Aeron. –Creo que estaba gritando.

Afuera, un estruendo parecido al de una avalancha retumbó en el horizonte, y cuando miré por

las ventanas, la nieve caía de las ramas agitadas. Por un momento me pregunté si lo había provocado yo con mi entusiasmo por las salchichas con chili. Pero un segundo después, el alarido de un dragón me hizo sentir una sacudida de miedo en los huesos.

Me dio un vuelco el corazón.

Quería meterme debajo de las sábanas y quedarme escondida… porque, vamos, no tenía destreza alguna para luchar contra dragones… pero Aeron me sujetó por el codo.

–No podemos quedarnos aquí. Quemará la cabaña.

Aeron me llevó hacia la puerta tan rápido que casi pierdo el equilibrio. En cuanto puse un pie afuera, sentí los pinchazos del frío en la piel. Por suerte, nunca me quité la capa.

Afuera, en la nieve, me volví para ver al dragón descendiendo en picada por los cielos, con las escamas que le destellaban bajo el sol invernal, de un negro estigio que terminaba en un granate intenso en la cola, los colores del hollín y la sangre seca. La criatura se abalanzó sobre nosotros y soltó una llamarada de fuego que se elevó hacia el cielo gris. El calor abrasó el aire y los carámbanos salieron disparados de las ramas y se clavaron en la nieve que nos rodeaba. Mientras el dragón daba vueltas, Aeron me llevó hacia el norte. Corrí por la nieve; olía a almizcle de dragón y a robles ardientes.

Sentía como si tuviera una serpiente enroscada en el pecho, robándome el aliento.

Mientras Aeron me apresuraba a correr, la nieve derretida se metía entre el cuero delgado de mis botas y me hacía sentir pinchazos en los dedos de los pies. Él me sujetaba la muñeca con una fuerza de hierro y yo sabía que lo estaba frenando. Pero mis músculos se sentían plomizos, temblorosos. El pavor se apoderó de mí por completo hasta que dejé de entender lo que Aeron me decía.

El dragón formó un arco encima de nosotros y soltó un torrente de fuego sobre los árboles del sur. Los troncos estallaron en llamas y el bosque ardió como un ejército de antorchas gigantes. Un muro de fuego hizo erupción ante nosotros, impidiéndonos el paso.

Aeron giró de repente y me llevó en la otra dirección. El cuerpo me vibraba de miedo. Muy en el fondo, tapado por el pavor descontrolado de mi mente, solo me quedaba esperar que Aeron tuviera un plan.

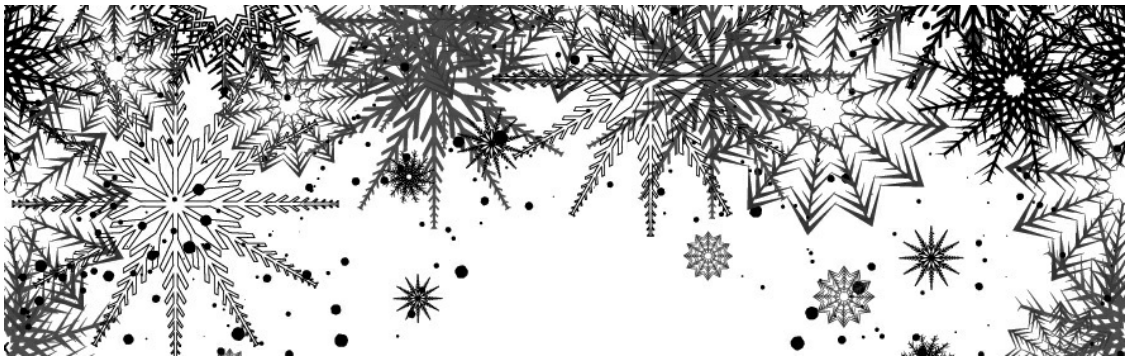
Detrás de nosotros, las alas del dragón se batían en el aire, y este volvió a dar vueltas, avivando las llamas con las alas, emitiendo un ruido atronador que se mezclaba con el rugido de mis oídos y ahogaba todos mis pensamientos. La nieve se arremolinaba a nuestro alrededor, mezclándose con las cenizas.

Ya no me quedaba aliento para preguntar a dónde íbamos y si había algún plan. Nuestros pies crujían sobre la nieve, y la criatura soltó otro rugido.

Sin embargo, seguíamos vivos. El dragón ya podría habernos matado diez veces.

¿Por qué tenía la inquietante sensación de que nos llevaba exactamente adonde quería que

fuéramos?



28

AVA

Avancé sigilosamente por el enorme túnel, con paredes hechas de musgosas raíces azules y el suelo cubierto de líquenes. Por los muros redondeados serpenteaban unas enredaderas negras y retorcidas, con hojas de color clarete. Mientras caminaba de puntillas, tenía el corazón hecho una bestia salvaje.

Bajo el castillo, mis ojos se adaptaron a la oscuridad, mientras el corazón me palpitaba con fuerza. A mi alrededor las sombras oscilaban, danzando por los túneles boscosos como espíritus inquietos.

A través de las raíces nudosas bajo mis pies, sentí las vibraciones de unos fae que se dirigían a algún lugar cercano. Cuando cerré los ojos, pude verlos: un grupo de soldados que avanzaban a toda velocidad, directo hacia mí. Desde luego, la conmoción que había causado al liberarme debió de alertar a todo el palacio, aunque no creía que sospecharan que había decidido adentrarme en el propio castillo.

Me quedé inmóvil, y resonó en el aire el sonido de los cuernos: la alarma de los noseelie.

Escudriñé el pasaje hasta que encontré una grieta grande y oscura en las raíces añiles. Me acurruqué en la fisura de roble y pedí a las ramas y enredaderas que me cubrieran y envolvieran en la sombra.

Cuando las pisadas se oyeron más cerca, contuve la respiración. Protegida por las plantas, vi pasar al grupo de guardias que se dirigían a la celda donde yo había enterrado a Morgant bajo una pila de piedras.

En cuanto los soldados desaparecieron al doblar una esquina, dejé que se apartaran las enredaderas. Eché a correr, con ganas de poner la mayor distancia posible entre la celda y yo.

Cuando llegué a una estrecha escalera de caracol, me apresuré a subir. Necesitaba luz y ventanas para orientarme y saber hacia dónde quedaba el oeste. Pero a medida que subía, no tardaron en empezar a dolerme los músculos. Estaba sumamente deshidratada, y solo me impulsaba la energía de la adrenalina.

En el primer piso, la corteza azulada de los árboles se fundía con la piedra del mismo color. Escondida detrás de una columna, traté de espiar el salón. Las sombras se acumulaban bajo los imponentes arcos del pasillo. La gente iba de aquí para allá, moviéndose entre las columnas, bajo las altas bóvedas de piedra. En este piso, a mi izquierda, las ventanas con vidrios en forma de rombos se extendían hasta el techo. Afuera, la luz se filtraba por las hojas rojas, tiñéndolas de coral y oro. En el otro extremo del pasillo, un lejano destello diminuto de luz rosa y dorada se colaba por las ventanas.

Mi cerebro delirante se paralizó por un momento, tratando de decidir si el sol salía o se ponía. Pero casi no me quedaban dudas de que estaba anocheciendo, y la luz reflejaba el rubor del atardecer sobre los suelos fríos. Así que ese era el oeste.

Era el crepúsculo, cuando se disolvía el velo entre los mundos y las sombras parpadeaban entre los vivos y los muertos. Imaginé que podía oler el aroma a roble de Torin y oír el timbre aterciopelado de su voz.

La soledad me abrió un agujero en el pecho, y la sensación fue tan dolorosa que casi pierdo el equilibrio. Respiré hondo e intenté concentrarme.

Con la luz del oeste entrando a raudales, sabía a dónde tenía que ir. Pero no podía llegar al otro extremo del pasillo con toda esa gente yendo y viniendo. Las alarmas seguían aullando, y casi todos estarían buscando a la prisionera fugitiva.

Desde mi escondite en la escalera, me sujeté a las piedras para estudiar el pasillo en busca de una forma de llegar al otro lado. Lo que necesitaba era una distracción.

Me arrodillé y, apretando las yemas de los dedos contra el suelo arbóreo, cerré los ojos. Visualicé el castillo entero: las piedras azules que parecían surgir de raíces nudosas, las ramas con motas de color rubí que se enroscaban alrededor del edificio en actitud protectora, como el abrazo de una madre. En mi mente, había trazado el recorrido de cada una de las ramas. Me embargó una oleada de poder cuando sentí que todo el castillo era presa de mi magia. Ahora controlaba este lugar. Respiraba junto con él.

Hacia el norte, visualicé que una de aquellas enormes ramas negras como la noche se movía apenas un poco y luego se estrellaba contra las ventanas de aquel lado.

Los suelos del castillo temblaron y el ruido de los vidrios al quebrarse resonó por los pasillos.

Mi magia, vibrante, subió por el árbol y entró en mi cuerpo. A lo lejos, sentí las vibraciones de los vidrios rompiéndose. Al moverse el árbol, afuera llovieron hojas rojas como amapolas y los pasillos de piedra se llenaron de órdenes vociferadas en la lengua de los noseelie, supuse que

para dirigir a los soldados hacia el tumulto.

Reinaba el caos, lo que me produjo un tenebroso estremecimiento de emoción. Mientras la anarquía invadía el castillo, mi mente se calmó.

Después de todo lo que nos habían hecho a Torin y a mí, un costado despiadado de mi ser quería dejar este lugar en ruinas. Quería arrancar el árbol para liberarlo de las piedras que lo agobiaban y enterrar a la reina bajo un montón de escombros.

Pero tenía que contenerme. Mi trabajo no estaría terminado hasta que tuviera el cuerpo de Torin.

Volví a esconderme en el hueco de la escalera, apoyando la cabeza en las piedras frías. Escudada allí, entré en ritmo con las vibraciones del castillo, y se me aceleró el corazón al oír la marcha acompasada que azotaba el suelo de piedra. Las pisadas de los guardias se aproximaban a toda velocidad, con los cuerpos cubiertos de acero repiqueteando por los pasillos. Se me cortó la respiración. Si dudaba demasiado, terminaría muerta.

Me arrodillé de nuevo y rocé con las yemas de los dedos la corteza áspera, dejando que mi mente se adentrara en el mundo del árbol, sintiendo la vida que este extraía de los rayos del sol poniente. Con una ráfaga de magia, la savia corrió por sus venas a una velocidad vertiginosa y goteó de sus hojas. Moví las ramas hacia mí, a través del muro del lado sur, y estas se estrellaron contra las ventanas de la torre, haciendo añicos los cristales.

Cuando me asomé al pasillo, los soldados de Mab habían salido disparados, desenvainando las espadas mientras llovían savia y vidrios. ¿Qué creían que iban a hacer con esas espadas, matar al árbol? Curvé los labios e invoqué a las ramas del árbol para que se enroscaran alrededor de los soldados y los sacaran por las ventanas rotas. Sus gritos llenaron el aire, junto con el olor cobrizo de la sangre.

El pasillo ya estaba casi despejado, pero unas estruendosas pisadas subían por las escaleras y venían en mi dirección. Contuve la respiración, y el árbol respiró por mí.

Con las yemas de los dedos tocando el suelo, obligué al árbol a exhalar hasta que el aire se llenó de oxígeno puro, suficiente para que la gente se mareara y se tambaleara como si estuviera borracha. Cuando el primer soldado noseelie subió arrastrándose por las escaleras, sujetándose de las paredes, bastó una patada en el pecho para que toda la tropa se desplomara de espaldas por el hueco de la escalera.

El árbol exhaló mi aliento. Aun así, empezaba a sentirme mareada. Cuando me puse de pie, la euforia me nubló la mente.

Me apoyé en el marco de la puerta, aliviada al ver que el pasillo seguía despejado. Solo había una mujer que avanzaba hacia donde yo estaba, una cosita de nada. Estaba pálida, aterrorizada. Llevaba un delicado vestido blanco y una corona de flores, y caminaba con cautela sobre los vidrios rotos y la savia, que brillaban como granates bajo los ardientes rayos del sol. El mundo

era un lugar sangriento y hermoso, en especial en la Corte de las Angustias.

Retrocedí hasta el hueco de la escalera y contuve la respiración, esperando a que la mujer estuviera a tan solo unos centímetros de la puerta.

Con un movimiento de muñeca, unas enredaderas de hojas rojas se enroscaron alrededor de su cuello y la boca, y la arrastré hacia la escalera mientras pataleaba y se agitaba. Un oscuro instinto de supervivencia se desplegó en mi interior, y apreté un poco más las enredaderas alrededor de su cuello hasta que se le cerraron los ojos y su cuerpo se relajó. No sabía si tenía el control suficiente para asfixiar a una persona manteniéndola con vida. Sin embargo, ante el peligro de mi propia muerte, prefería arriesgarme con la de una desconocida. Cuando se le aflojaron los músculos, solté las enredaderas y la miré con una punzada de culpa.

Parecía de unos cuarenta años, de complexión delicada, pelo negro y tatuajes en las mejillas. Quizás era la madre de alguien. Su pecho aún subía y bajaba, lo que me calmó los nervios. Era una cosa menos que me quitaría el sueño si conseguía salir de aquí. En el hueco de la escalera, me quité la sucia ropa de prisionera. Con el corazón galopante, me puse el vestido blanco de la mujer y me acomodé la corona de flores en la cabeza para ocultar los cuernos cobrizos. Empujé su cuerpo inconsciente hacia un rincón de la escalera e intenté cubrirla un poco con mi ropa. También le quité los zapatos, que me quedaban tan solo una talla más grande.

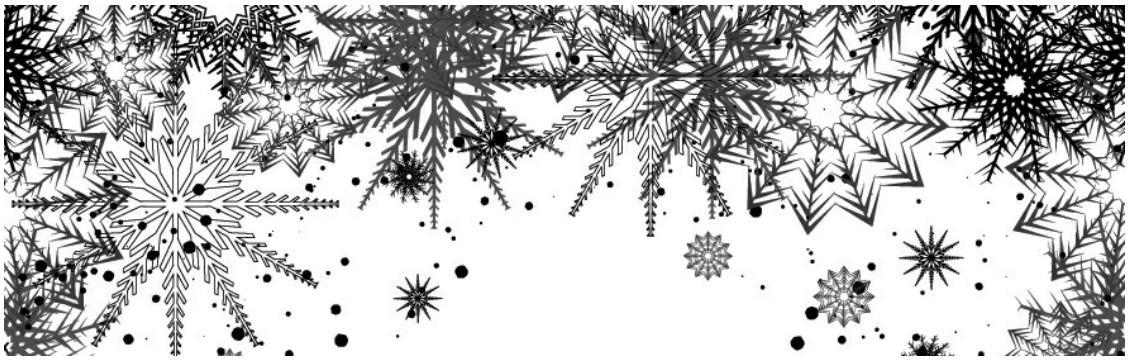
Con mi nuevo disfraz, me dirigí hacia el extremo oeste del castillo. Los vidrios rotos crujían bajo los zapatos robados. Caminé hacia el oeste, hacia la luz, apresurándome hacia la Torre del Crepúsculo.

Ya estaba a tan solo unos metros...

Alguien me sujetó por el pelo y me tiró hacia atrás.

–Aquí está –me gruñó al oído–. La Reina Mab te ha estado buscando. Quiere arrojarte de la torre.

Ya tenía una espada en la garganta, apretándome la piel.



29

AVA

Al oír hablar de la reina Mab, me invadió la furia, una ira tan ardiente que me hizo temblar las piernas, una rabia afilada como espinas que me liberaría.

Lo vi en mi mente mientras sucedía. A mis espaldas, una enredadera atravesó el cráneo del fae. Se le aflojaron los músculos y cayó al suelo. Di un giro y vi a otros dos noseelie de pie, boquiabiertos. Apenas se habían formado las palabras en mi mente, apenas me atrevía a reconocer el monstruo en que podía convertirme. Una violencia hecha llamas, ardiente como una forja, quemó todo pensamiento racional en mí. Mis enredaderas espinosas atravesaron a los otros dos fae y les separaron la cabeza del cuerpo.

La sangre salpicó a mi alrededor y me manchó el nuevo vestido blanco.

Mi cuerpo se estremeció. *Soy la muerte.*

El primer fae que había matado estaba irreconocible, con el rostro hecho trizas, coronado por una larga cornamenta plateada. Aparté la mirada de los otros dos, intentando bloquear los gritos de los soldados que se oían afuera, atrapados en las ramas.

Temblando, me volví hacia la escalera.

¿De qué era capaz?

Tal vez los habitantes de la Corte de las Angustias deberían haber pensado en eso antes de decidirse a averiguarlo. Tal vez deberían haberlo pensado antes de encerrarme en una prisión y obligarme a matar a quien amaba. Quizá toda esta sangre y los gritos eran culpa de *ellos*.

Cuando llegué a los niveles superiores de la torre, solo pensaba en aniquilación. Desde la escalera, la sala de la torre brillaba con una luz ardiente.

Atravesé el arco y, cuando entré en la Torre del Crepúsculo, la luz empezó a cambiar: fue

oscureciéndose hasta convertirse en una mezcla de bígaro y violeta que se colaba por las ventanas.

Me quedé sin aliento al ver a tres enormes lobos plateados sentados alrededor de una silueta en el centro de la sala, protegiéndola. Frente a ella, ardía una fogata en un brasero de piedra, iluminando a la mujer encorvada y sus lobos. Un velo azul peltre le cubría el rostro y le colgaba sobre la tela plateada del vestido. Estaba inmóvil como una roca. Lo único que se veía de ella eran las manos pálidas y arrugadas y los enormes cuernos plateados que sobresalían de su cabeza. Tuve la clara impresión de estar invadiendo un lugar que no comprendía del todo.

Uno de los lobos levantó la cabeza, me miró con los ojos entrecerrados y gruñó por lo bajo. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Un movimiento ínfimo me llamó la atención. No había vidrios en las altísimas ventanas; solo el aire libre y las enredaderas que serpenteaban desde afuera. Cuando di otro paso hacia la sala de la torre, las plantas se agitaron.

–Isavell –murmuró la mujer.

El nombre encendió una chispa de recuerdo en mi mente. Ya me habían llamado así antes.

–Necesito su ayuda. Por favor –imploré–. Quiero saber cómo salir de la Corte de las Angustias.

–¿Así es como llamas a nuestro reino? –Habló sin moverse, y tuve la inquietante sensación de que sus palabras procedían del interior de mi cabeza.

Inspiré hondo, invadida por una profunda frustración que ardía como una brasa.

–Por favor, dígame cómo volver a Feéra.

–Volverás a Feéra en el río Avon. Allí, en un templo abandonado de la diosa de las cenizas, encontrarás un espejo colgado de la pared, que puede abrir un mundo con solo nombrarlo. –Unas pequeñas chispas de la fogata danzaron a su alrededor–. Al este del castillo, junto al río. Allí se encuentra el templo.

Cerré los ojos, tan aliviada que quedé al borde del llanto. Pero una sensación perturbadora me recorrió la nuca. Esto parecía demasiado fácil.

–¿Por qué me ayuda a escapar?

Su cabeza se arqueó hacia atrás en un gesto brusco, y a los lobos se les erizó el pelo y mostraron los colmillos.

–Yo solo predigo el futuro –retumbó la voz de la mujer–. Y nada ocurre en este castillo sin el consentimiento de la reina. Todo ocurre como ella quiere. Tu idea de control no es más que una ilusión. –Las llamas se alzaron ante ella.

La miré fijo y, pese al fuego creciente, un terror me heló los huesos.

–Así que nada de lo que decida importa en realidad –señalé.

–Tienes otra pregunta para hacerme.

–¿Dónde encuentro el cuerpo de Torin? –Mi respiración se había vuelto superficial.

–¿Ardes por él? ¿Él arde por ti?

No era esa la respuesta que buscaba.

–¿Dónde está su cuerpo?

–Lo encontrarás en la sala del trono.

–¿Lo dejaron allí? ¿Por qué?

–Predigo el futuro, no el pasado –dijo la mujer entre dientes–. Ahí es donde lo encontrarás. Y sus soldados están viniendo a buscarte. Si no te marchas ahora mismo, te capturarán. Y si no comes ni bebes algo pronto, morirás.

–Creí que no importaba lo que hiciera porque la reina lo controla todo –repliqué.

–Te arrojará de la torre.

El corazón me dio un vuelco. Sentí las vibraciones que subían por el hueco de la escalera, el ruido metálico de los guardias con armadura que ascendían a toda velocidad por las curvas de piedra.

Mi mirada se desvió hacia la ventana abierta, por donde se metían las enredaderas para aferrarse a las piedras. Cuando extendí las manos, las plantas añiles se desplegaron y me rodearon las muñecas. Me elevaron en el aire. Aterricé contra la pared, con las piernas flexionadas para amortiguar el impacto, y salí por la ventana, al lateral de la torre. El viento nocturno me envolvió, haciendo que el pelo tapara mi cara. Para protegerme, las plantas se deslizaron alrededor de mi cintura, como un arnés de hojas de color clarete.

Bajo el cielo estrellado cada vez más oscuro, bajé arrastrándome por el exterior de la torre hasta llegar al piso inferior, y luego descendí hasta el tercer piso.

Me quedé pensando en lo que había dicho la vieja bruja: en última instancia, la reina Mab controlaba todo lo que ocurría en el reino. Pero ¿de qué me servía saber eso? ¿Y quién sabía si era cierto? Lo único que podía hacer era seguir avanzando.

Me dirigí hacia el este por la superficie del castillo, evitando las ventanas.

Cuando eché un vistazo a la tierra abajo a lo lejos, se me paró el corazón. *Mierda*, estaba muy alto. Un mareo me nubló la mente. La vieja bruja tenía razón. Si no conseguía agua pronto, todo esto se acabaría.

Las enredaderas oscuras me llevaron por el muro del castillo, bajándome hacia el piso con las ventanas destrozadas. Debajo de mí, algunos de los guardias aún colgaban de los escombros. Pataleaban en el aire, sacudiéndose y gritando. Busqué una abertura lo más alejada posible de los soldados atrapados. Las enredaderas me bajaron y luego me subieron y me pasaron por la ventana hecha añicos. Mis zapatos crujieron contra el cristal y eché a correr.

Avancé a los tropezones por los pasillos hacia el salón del trono, con una creciente sensación de temor que se esparcía por mí como veneno.

Porque… por los dioses, no sabía si quería hacer eso. No sabía si podría soportar verlo muerto. El horror podría terminar destrozando lo que quedaba de mi mente hecha añicos, y ya me estaba convirtiendo en un monstruo.

Sin embargo... otra vez me parecía sentir su presencia, el poder salvaje y masculino del rey seelie. Aún pensaba que podía olerlo, que no podía irme de aquí sin él...

Se me encendió el olfato al sentir el aroma, hasta que desapareció de nuevo, reemplazado por una aguda sensación de pérdida. Y después, algo más: una punzada en el vientre.

Sentí el aroma a verduras cocinándose y el penetrante olor del carbón, que avanzaban ondulantes por los pasillos abovedados. Al inspirar, olí comida. Y algo más: carbón ardiendo, acero derritiéndose. Pero era la comida lo que necesitaba.

Al doblar una esquina, la luz de la luna se colaba por las ventanas rotas. Unas plantas del color del fuego trepaban por las paredes cobalto, y aún flotaban algunas cenizas ardientes en el aire. Mis piernas no dejaban de temblar. La vieja bruja tenía razón. Necesitaba agua con urgencia, y no sabía si podría atravesar el resto del castillo sin ella. No lograría volver a Feéra con el cuerpo de Torin a menos que bebiera algo. Si tan solo pudiera alimentarme de la luz como lo hacía el árbol…

Seguí el olor de la comida hasta que llegué a una cocina. Era del tamaño del salón del trono, y me asomé por la esquina. Divisé un gran hogar, de más de dos metros de altura y hecho de las mismas piedras azuladas. En el centro burbujeaba una olla de metal negro, una especie de caldero que desprendía un aroma delicioso. Ya no sentía un hambre normal, sino un incandescente instinto de supervivencia que me gritaba a todo pulmón. Sin comida ni agua, pronto me derrumbaría.

Por desgracia, aunque el resto del castillo se había vaciado, la cocina bullía de sirvientes, todos ellos vestidos con delantales y gorros blancos. Los cocineros cortaban verduras y cargaban sacos de harina afanosamente. Mi mirada se detuvo en un montón de zanahorias que tenía muchas ganas de arrebatar, pero un hombre corpulento con una carretilla se acercaba a mí.

Salí corriendo al pasillo y esperé a que el hombre saliera, tirando de la carretilla.

Se quedó inmóvil al ver las manchas de sangre en mi vestido, pero unos espinosos zarcillos azules le rodearon la garganta y lo silenciaron. La carretilla cayó al suelo con un estruendo, y tomé una hogaza de pan humeante, tan caliente que me quemaba los dedos. Con la otra mano libre, tomé una jarra de agua que estaba cerca del vano de la puerta y me fui a buscar un lugar tranquilo donde comer y beber, aferrándome a mi nuevo tesoro como una especie de ave carroñera harapienta. Detrás de mí, las enredaderas se deslizaban por el pasillo, protegiéndome.

Avancé sin detenerme, hasta que encontré un arco abierto, en un lugar que parecía un templo vacío. Cerca de la entrada, descubrí un nicho oscuro cubierto de plantas. Me acurruqué en un rincón y recorrí el templo con la mirada para asegurarme de que no había nadie.

Al otro lado, había un altar con una chimenea en el centro, flanqueado por columnas. Un templo a la diosa de las cenizas, tal vez, que escupía cenizas ardientes al aire. Unas espadas relucientes sobresalían del arco de roca, encima de las llamas. De la forja humeante salían volutas de humo.

Acurrucada en mi rincón, me llevé la jarra a la boca y bebí el agua con avidez. Se me aflojaron los músculos al tiempo que saciaba mi sed. Nunca en la historia del agua había tenido un sabor tan increíble. La bebida me chorreaba por la comisura de los labios.

Solo después de beber la mitad, me di cuenta de que no era agua, sino ambrosía. Me pasé la lengua por los labios y sentí el sabor dulce. Mierda. Podría bebérmela toda, pero me emborracharía enseguida. El cuerpo ya me zumbaba con la magia seductora de sus efectos; sentía como si el aire a mi alrededor me acariciara la piel y la delicada seda del vestido.

Me obligué a dejar de beber la ambrosía y le di un mordisco al pan caliente, cerrando los ojos ante los sabores intensos. Después de unos bocados, empecé a comer más lento para no vomitar.

Inhalé hondo, respirando el aroma a roble quemado y carbón. Las brasas flotaban en el aire como motas ardientes. La ambrosía me hacía sentir en paz con todo lo que me rodeaba, con el propio castillo formado a partir de la tierra, con el aroma metálico y caliente del acero fundido. Las palabras “el amor es una forja” se formaron en mi mente como una señal al rojo vivo.

Era hora de seguir buscando a Torin, y la euforia de esta ambrosía quizás me ayudaría a sobrellevar el espanto de ver su cadáver.

Pero mientras masticaba, sentí las sutiles vibraciones del suelo, el eco de las pisadas en el pasillo. Desde las sombras, contuve la respiración al observar a una mujer vestida de gris entrando al templo. Me mantuve oculta por un momento y luego me volví para verla avivando las llamas de la forja del altar. Me asomé y la vi bañada por una luz de color rosado, con las empuñaduras de las espadas iluminadas por una danza de tonos anaranjados.

Tomó un trozo de acero, lo calentó en el fuego y levantó un martillo para empezar a darle forma. Los golpes metálicos resonaron a mi alrededor. Pero mi mente regresó a las empuñaduras de las espadas que pendían sobre ella, y tardé unos segundos más en darme cuenta de la razón.

Se me aceleró el corazón al ver una espada en particular, una con empuñadura de obsidiana. La Espada de los Susurros pertenecía al rey seelie, y no me iría sin ella.

En unos instantes, mis enredaderas rodearon a la sacerdotisa, se enroscaron en su cuello y la durmieron. Solté el pan y pasé con cautela por encima de su cuerpo.

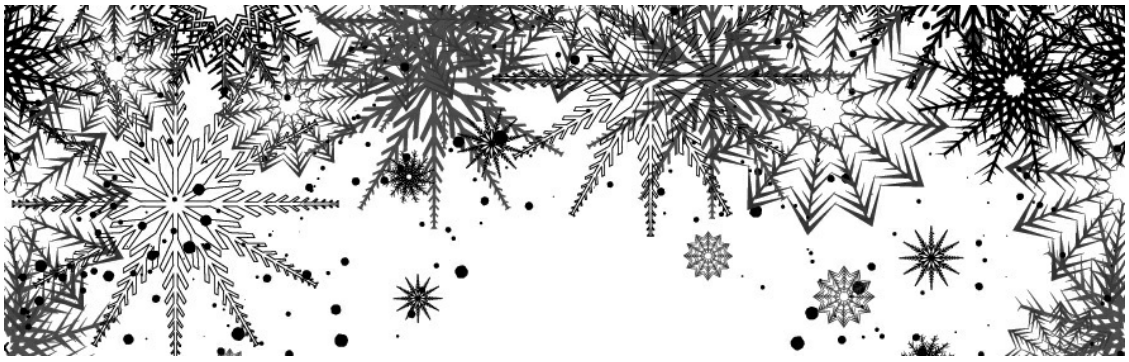
Tuve que subirme al altar, donde el calor me abrasaba la piel, para alcanzar la espada. La empuñadura estaba caliente al tacto, pero no tanto como para quemarme.

Cuando la tomé, oí el susurro de las voces de los dioses y la potente voz de Torin que retumbaba por los pasillos.

El corazón me dio un vuelco.

¿Me estaba volviendo loca o de verdad era su voz grave la que se escuchaba desde el salón donde yo lo había matado?

Eché a correr.



30

SHALINI

El aire congelado me punzaba la garganta y sentía que el hielo me quemaba los pulmones. Por un segundo pensé que debía gritarle a Aeron y decirle que se pusiera delante de mí, pero aunque pudiera reunir el valor para hacerlo, no tenía aliento para chillar.

Eché un vistazo rápido hacia atrás. El dragón volaba en círculos, conduciéndonos hacia el castillo. Cada vez que intentábamos desviarnos, el monstruo de mierda encendía el camino con un calor incendiario. El mundo a mi alrededor era mitad glaciar, mitad tormenta de fuego.

Aeron se volvió hacia mí y nunca lo había visto tan asustado. Tenía los ojos muy abiertos y la cara pálida. Me rodeó con los brazos para protegerme.

–No podemos seguir avanzando, mi amor –dijo entre jadeos–. Esa cosa trata de llevarnos de vuelta a Moria. Tal vez ella quiera un juicio.

Me aferré a Aeron, con el corazón que me retumbaba como una estampida. No creía que hubiera forma de escapar de esto. Que Aeron hablara de "juicio" parecía un eufemismo, un acto de bondad final de su parte para mantener viva la esperanza hasta mi último aliento.

Pero ambos sabíamos que Moria no pensaba dejarnos vivir.

Un rugido retumbó en el horizonte, y el dragón se precipitó sobre nosotros, lanzando a nuestras espaldas una tormenta de fuego que quemaba el aire. Con un gruñido, Aeron volvió a agarrarme del brazo y tiró de mí con la desesperación frenética de un moribundo.

Sentía pinchazos en los dedos de los pies por la nieve helada.

¿En qué carajo se había convertido mi vida?

Apenas podía hilvanar un pensamiento coherente: solo volutas destrozadas, llenas de pavor, sobre si era mejor arriesgarnos a la justicia de una reina malvada más adelante o arder vivos en

ese momento. ¿Podría haber una muerte peor que quemarse vivo? Tenía la inquietante sensación de que iba a averiguarlo aquí, en Feéra. El mundo se incineraba detrás de nosotros. Delante, brillaba cubierto de hielo.

El fuego del dragón nos obligó a acercarnos al castillo y el humo invadió el aire, haciéndome toser. Las cenizas se mezclaban con la nieve, y el edificio de torres puntiagudas apareció ante nuestra vista, junto con una legión de soldados con armaduras plateadas. La luz blanca del sol se reflejaba en ellos mientras marchaban, con una intensidad casi cegadora.

Mi mente se quedó en silencio.

Ya no podía respirar, el humo me punzaba los pulmones y el bosque ardía a nuestras espaldas. Mi cerebro se balanceaba en el filo entre el pánico y la supervivencia, y el pánico estaba ganando, lo que me hacía pesar las piernas. Cuando aminoré la marcha, Aeron me soltó el brazo.

No sé si fue el agotamiento o el miedo, pero mi cuerpo ya no se movía, los músculos se bloquearon.

Caí de rodillas sobre la nieve. Aeron giró y me sujetó por las costillas, como si fuera a llevarme a un lugar seguro. Y por mucho que lo quisiera por hacer eso, sabía que no teníamos a dónde huir.

–¡Lo siento! –le grité a Aeron.

Me carcomía la culpa. Si yo no hubiera estado aquí, él habría conseguido escapar.

Se oyeron unos gritos cuando los soldados vestidos de plateado se abalanzaron sobre nosotros y arrancaron a Aeron de mi lado. Sus ojos llenos de pavor se clavaron en mí cuando sentí la bota en la espalda y terminé boca abajo en la nieve. Unas manos ásperas me aprisionaron las muñecas con unos grilletes de hierro helado, y luego me pusieron otro alrededor del cuello.

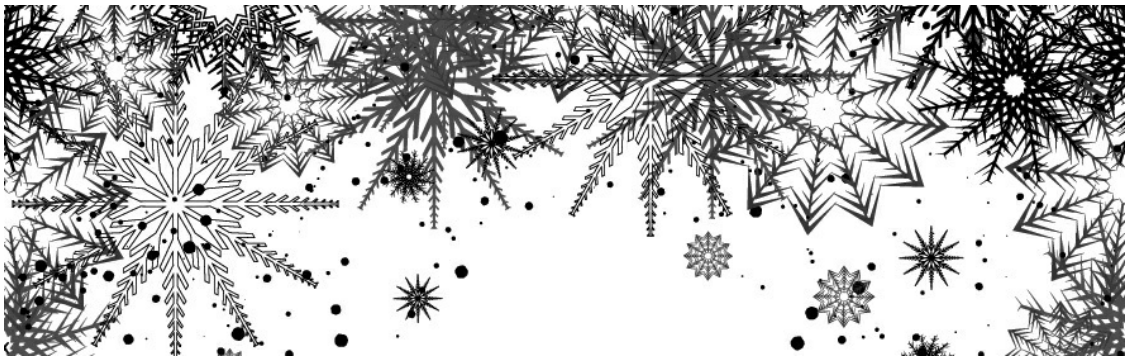
Cuando el soldado volvió a levantarme de un tirón, sentí que se me iban a salir los brazos del cuerpo.

Temblaba sin parar, caminando con dificultad por la nieve. Los soldados nos conducían al castillo. A medida que nos acercábamos, una intensa punzada de horror me atravesaba el pecho.

De los muros del castillo colgaban unas jaulas con largas cadenas de hierro. En una de ellas, vislumbré la figura pálida y temblorosa de la princesa Orla. Debía de estar muerta de frío.

Me quedé mirándola, con los ojos llorosos. Me pregunté si habría estado gritando y cuándo habría dejado de hacerlo.

¿Y las demás jaulas? Tuve la horrorosa sensación de que estaban vacías, esperándonos a nosotros.



31

TORIN

La reina me había hecho una especie de trono de un follaje denso, lleno de espinas y hojas del color de la sangre que me ataban a una piedra.

Y hoy, reinaba la anarquía en la Corte de las Angustias. Desde mi trono pequeño y pinchudo, había oído gritos y chillidos. Vidrios rotos. Sentí el olor acre del pánico que embargaba todo el castillo. Olí la sangre en el aire.

No tenía idea de lo que estaba pasando, pero me gustaba.

Flexioné los bíceps y los antebrazos, tratando de debilitar las plantas. Los zarcillos oscuros de la reina cobraban vida a sus órdenes y me desgarraban la piel cada vez que intentaba liberarme.

Impulsado por pura rabia y determinación, hasta ahora los había roto cuatro veces en distintos intentos de llegar a Ava. Cada vez, las putas plantas me marcaban la carne con laceraciones sangrientas. Y cada vez, me capturaban de nuevo a los pocos minutos, me estrangulaban con cuerdas de plantas llenas de espinas y me arrastraban de vuelta al trono. Las enredaderas estaban por todas partes, oscuras como magullones salpicados de rojo. Y la reina las controlaba todas; eran lazos vivos que se extendían a mi alrededor. Ya las aborrecía.

Cada vez que lograba escapar, incrementaban el número de soldados en guardia. Ahora debía de haber unos treinta, mirándome fijo, con los dedos siempre listos en la empuñadura de la espada. Incluso cuando el caos se apoderaba del castillo, ellos montaban guardia, sin dejarme salir. Aun así, estaba seguro de que volvería a liberarme.

Cada vez había valido la pena. En los breves momentos de huida, había conseguido matar a trece soldados de la reina, y cuando estaba sumido en el más profundo aburrimiento, recordaba su muerte con cariño. De hecho, lo mejor del último mes había sido el momento en que había

logrado robarles una espada. Durante varios segundos gloriosos, volví a sentirme como un dios. Me había sentido vivo, como si tuviera de nuevo la Espada de los Susurros. Eufórico, había atravesado la cabeza y el cuerpo de siete soldados, asesinando a todos los que pude, hasta que la maníaca reina alada regresó con su prisión de enredaderas.

No tenía ni la más puta idea de por qué seguía vivo. Al principio, claro, lo había entendido. Ella le había ordenado al idiota de su hijo Morgant que me curara, y me había puesto aquí como una estatua rota, una exhibición triunfal del rey seelie al que había conquistado.

Pero ¿cuántas semanas habían pasado ya? Seis, seguramente.

Mis brazos estaban llenos de magullones, y las enredaderas escarlatas de la reina me arañaban la piel. Curiosamente, ella había dejado en el suelo la marca de cuando la espada de Ava me había atravesado el corazón: una mancha bordó que se extendía sobre el musgo y la piedra. Todo formaba parte de su ostentación, una demostración de poder.

Pero ¿qué habían hecho con Ava?

La reina había prometido que si Ava me mataba, la dejarían libre. Ese había sido su juramento. Esa había sido la razón por la que me había puesto frente a la espada de Ava, para que ella pudiera volver a su vida normal como si nunca me hubiera conocido, como si nunca la hubiera sacado del mundo seguro de los humanos y metido en el brutal y sangriento mundo de los fae.

Pero a medida que pasaban los días, empecé a dudar de la palabra de Mab. No sabía por qué, pero aún podía sentir la presencia de Ava, un soplo de vida en un mundo estéril.

A veces, imaginaba que podía oírla, olerla. Ahora mismo, sentía su presencia cada vez más cerca.

¿Mera fantasía? Tal vez, pero grité:

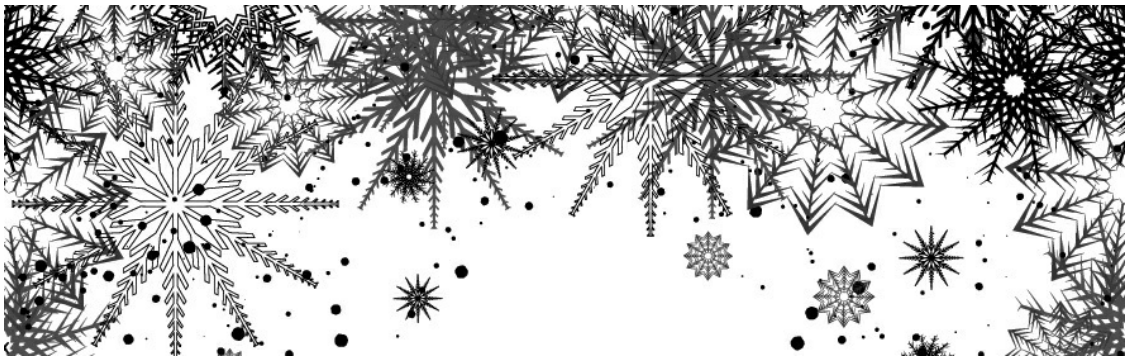
–¡Aquí estoy!

Pero ¿dónde mierda estaba la reina mientras alguien iba por su hogar destrozándolo y haciéndolo añicos? Porque ella controlaba cada pequeña cosa que ocurría en su reino.

Se me empezó a acelerar el corazón y rompí las plantas, sin importarme que me estuvieran cortando la piel. Pero los soldados habían dejado de vigilarme, y ni uno solo se dio cuenta. Desenvainaron las espadas y se miraron los pies.

Y mientras estaban distraídos, era el mejor momento para matar a todos los que pudiera.

Pero seguramente estaría delirando. Porque habría jurado que oía a la Espada de los Susurros hablándome desde el otro lado del salón.



32

AVA

Desde un nicho frondoso, donde nadie me veía, observé el salón. La reina Mab tenía un pequeño ejército custodiando el cuerpo de Torin, más de veinte, seguro. Podría ahorcar a cada uno de los soldados con facilidad, pero mi magia ya no funcionaba.

Oculta en el nicho, había estado intentando controlar las enredaderas oscuras y violáceas que colgaban de todas las columnas y los muros del gran salón. Pero era como si estuvieran bajo el control de otra mente siniestra. Cuando intenté infiltrarme en la conciencia de las plantas, sentí que ya había allí un poder oscuro y perturbador, una sensación que me puso los pelos de punta.

Pero supuse que no tenía por qué ceñirme a las plantas, que eran fáciles. Cada piedra estaba viva, llena de la magia del bosque, del poder proveniente del árbol que daba vida. Y tal vez había otra forma, menos obvia, de quitar a esos soldados de mi camino.

Eché un vistazo a las losas, y mis ojos se posaron en las hierbas diminutas que crecían entre las grietas, frágiles, con hojas delicadas. Las obligué a crecer, más altas, más grandes, y las hice enroscarse alrededor de los pies de los soldados. Se deslizaban hacia arriba como manos que se levantan de una tumba, tratando de arrastrar a los vivos bajo el suelo para llevarlo con los muertos.

Mi mirada se dirigió hacia un hombre de cabellera larga y plateada. Sus alas blancas se batían con furia en el aire. Mis hierbas treparon por él, un torniquete de raíces, y lo tiraron al suelo, lo atraparon. Se deslizaron alrededor de su vientre, las costillas y las alas, inmovilizándolo. El soldado caído llamó a su reina.

Las espadas se precipitaban al suelo con un estruendo mientras las hierbas ponían a los soldados de rodillas. Cada vez que cortaban una planta con la espada, crecía otra, un capullo de

vegetación que les envolvía los muslos y les arrancaba la espada de las manos.

Mi concentración se vio interrumpida por un ataque a uno de los soldados: unas manos le sujetaron el cráneo y le partieron el cuello con un crujido nauseabundo.

Cuando el soldado cayó al suelo, alcé la mirada hacia el rostro del fae más hermoso que jamás había visto, y el mundo se detuvo.

Era Torin, que se movía, respiraba, encarnando a un dios de la venganza, con los ojos azules centelleantes y el cuerpo destrozado por la batalla. Le corría sangre por los brazos y la camisa blanca desgarrada. Se me estrujó el corazón.

¿Acaso me había emborrachado con la ambrosía?

Por un momento, no pude moverme. Desde las sombras, permanecí inmóvil, casi sin respirar, mientras él se vengaba de los soldados de Mab. Un calor ardiente resquebrajó el hielo bajo mis costillas.

Fui apenas consciente de que gritaba su nombre cuando salí de mi escondite, empuñando su espada. Y mientras corría hacia él, Torin se volteó para verme y nuestras miradas se encontraron.

La sonrisa en sus labios era de una belleza desgarradora. Con sus profundos ojos azules clavados en los míos, retrocedió tambaleándose, alejándose de los soldados atrapados por mis hierbas. La sangre me palpitaba en las venas y me martilleaba la cabeza. Salté por encima de los hombres y choqué con el pecho duro como el hierro de Torin.

Con ternura, él me quitó la espada de la mano y me rodeó con los brazos, estrechándome en un fuerte abrazo. Me apreté contra su pecho empapado de sangre, sintiendo el estruendo de su corazón bajo la delgada tela blanca de su camisa. Deslicé la mano hacia arriba, sintiendo ese hermoso latido, su calor.

La voz de Torin retumbó en su pecho al decir:

–Aquí estás. Te he estado buscando.

–Morgant te curó. –Apenas salió como un susurro quebrado. Desde luego, había un millón de cosas más que quería decir, sobre los poderes que había desarrollado y los estragos que había causado, sobre el plan para escapar de este lugar e ir a buscar el espejo en el templo abandonado. Pero mis pensamientos eran una maraña de palabras que no podía desentrañar, perdida en la euforia del aroma vivo y perfecto de Torin. La sensación de su cuerpo contra el mío hizo que el resto del mundo se desvaneciera; sentía sus músculos moverse contra mí mientras me abrazaba con fuerza.

–He estado tratando de encontrarte –me dijo, besándome la cabeza.

Me aferraba a él con la intensidad de las ramas de los árboles que se enroscaban en los muros del castillo. Parecía tan increíblemente tangible y concreto, y no quería separarme de él, jamás.

Pero incluso mientras me fundía en sus brazos, un pensamiento espantoso se coló en mi mente...

¿*Por qué* la reina lo quería vivo? ¿Por qué ordenó a Morgant que lo curara?

Un hielo lúgubre se deslizó sobre mi corazón. “Nada ocurre aquí sin el consentimiento de la reina...”.

Como si oyera mis pensamientos, los músculos de Torin se pusieron rígidos y él se apartó de mí, mirando por encima de mi hombro.

Extendió la mano en señal de protección, para que me apartara.

¿Necesitaba que me protegieran? Había dejado un rastro de sangre a mi paso.

Giré poco a poco y vi a la reina.

Al otro lado de los soldados atrapados, la reina Mab entraba lo más campante el salón. Una corona de hiedra y joyas descansaba sobre su cabeza, y el pelo blanco caía encima de una capa de piel. Arqueó una ceja al ver las hierbas que sujetaban a sus soldados de uniforme azul.

–Veo que no liberaste a Ava, como prometiste –dijo Torin con tono amenazante.

La reina dejó de caminar al llegar al otro lado de la fila de soldados.

–No dije *cuándo* la liberaría. Tampoco dije si primero la arrojaría de la torre o no. Y creo que hice otra promesa, ¿no? Que si ibas a ver a la noseelie perdida la noche antes del torneo, habría consecuencias.

Mis ojos se dirigieron a las enredaderas que estaban encima de ella, pero no podía entrelazar mi magia con su fuerza vital: ya las poseía una magia distinta.

–¿Ves, Perdida? –La reina irradiaba luz–. No eres la única que puede controlar la vegetación que nos rodea. –Mab sonrió, con los dientes blancos como huesos blanqueados–. Desde luego que no iba a matar a Torin tan pronto. Mencioné que iba a castrarlo, creo, y aplastar lentamente lo que quedara de él dentro de un árbol. Isavell, ¿sabes lo que le hizo a mi hijo?

Tragué saliva. No era una pregunta que quisiera responder, pero Torin sí.

–Nunca envié a mis asesinos tras tus hijos. Los envié a matarte a ti.

–Mis hijos darían la vida por protegerme, y yo haría lo mismo por ellos. Esa es la carga del amor, digamos. Pero tú no has conocido el dolor exquisito de perder a un hijo. Nunca has conocido el dolor de sentir la muerte de otro como si fuera peor que la tuya. A mí me ha pasado dos veces.

Comenzó a acercarse con cautela a los soldados atrapados, y en ello, salió disparada una de las gruesas enredaderas violáceas de las paredes, apuntando a la espada de Torin.

Torin la cortó de un solo movimiento, y así con la siguiente y la que vino después. Me di cuenta de un nuevo horror: la magia de la reina era como la mía.

Pero no tuve tiempo de pensar en esta conexión entre nosotras porque ahora ella enviaba sus armas espinosas a buscarme. Torin giró y la Espada de los Susurros las atravesó, una por una. No sería capaz de repeler este ataque implacable para siempre.

Aún sentía como si unas piedras congeladas encerraran un poder infernal en mi pecho. Si tan

solo pudiera desatar un torrente de poder, podría arrebatarle el control a la reina.

Me alejé un poco de Torin, intentando pensar con claridad, mientras el corazón me golpeaba las costillas.

En casi todos los seres vivos que me rodeaban, sentía la mancha de la magia venenosa de Mab, tiñendo las fibras vivas, excepto las hierbas fuertes y espinosas que se enroscaban en los soldados. Aún las controlaba con mi mente y podía hacer que se estiraran hacia ella: unas largas manos que se extendieran para capturar a la reina.

Ella se adentró en el salón con aire despreocupado y se volvió para mirarnos.

–Ah, me temo que eso no es suficiente. Pero ¿Isavell? Quería contarte lo que hicieron sus padres. Prometieron que nuestras familias se reunirían. Prometieron que comerciaríamos entre los reinos, después de todos estos años. Que compartiríamos magia y comida, que nos uniríamos contra la creciente amenaza de los mortales. Y nunca supuse que un fae de la realeza mentiría. *Aquí* no mentimos. Pero fue una emboscada. Cuando los vi traer la cabeza de toro cortada, supe que me habían traicionado. Me exigieron que levantara la maldición de la escarcha. Pero no fueron los noseelie quienes los maldijeron, ¿verdad? –Su voz ganó intensidad. La sonrisa desapareció de su rostro y la furia le crispó las facciones–. Los noseelie no son responsables de la escarcha en Feéra –rugió–. Eso es culpa tuya, Torin.

La furia de Mab era como una niebla tóxica que colmaba el salón y me hacía temblar las piernas. Una ira que solo podía ser igualada por la mía.

Ladeé la cabeza, haciendo caso omiso del ruido y el caos que me rodeaban, hasta que solo sentí las losas bajo mis pies y la brisa fantasmal que agitaba las hojas de mis hierbas.

Cerré los ojos y les ordené que crecieran, que brotaran de las grietas. Un poder salvaje y primitivo manó de mi cuerpo, una magia tan feroz que el hielo de mi pecho se llenó de grietas ardientes. Debajo de mí, el suelo de piedra se abrió de un estallido con la potencia de las plantas. Las hierbas quebraron las losas y rompieron el suelo bajo nuestros pies.

Sentí que me precipitaba en picada, con piedras y polvo lloviendo a mi alrededor, hasta que aterricé con fuerza en el suelo de madera de abajo. Echada boca arriba, sentía las raíces nudosas del árbol contra la columna, y encima de mí, estaban unos músculos de acero cubiertos por una camisa desgarrada y empapada en sangre. Torin arqueó el cuerpo, cubriéndome como un escudo, llevándose la peor parte de las piedras que caían por todos lados. Nos rodeaban unas plantas enormes y serpenteantes.

La calidez se colaba a través del polvo, que le cubría el pelo oscuro, las cejas, las pestañas. Cuando miré por encima de su hombro, alcancé a ver el agujero que mis plantas habían abierto en el suelo, de al menos seis metros de ancho.

La reina y yo estábamos de acuerdo en algo: lo daríamos todo con tal de proteger a los que amábamos.

Alcé la mano para tocarle un segundo el costado de la cara, y la comisura de su boca se curvó con una leve sonrisa.

Pero esta era nuestra oportunidad de escapar. Torin extendió el brazo encima de mí, tomó la espada que tenía cerca y me levantó del suelo. A nuestro alrededor, los soldados comenzaban a moverse y a empujar las piedras caídas.

Torin empezó a correr, pero lo tomé de la mano para que se detuviera un momento.

Rápidamente inspeccioné la red de túneles de roble que nos rodeaba. A través de la red viva del árbol, supe qué túnel conducía a una noche iluminada por la luna.

–Por aquí –susurré, empezando a trotar. El aire polvoriento me nublaba los pulmones. Allí abajo, las sombras devoraban el túnel oscuro.

–¿Eras tú? –preguntó Torin en voz baja–. ¿Tú controlabas esas plantas?

La respiración se me entrecortaba, pero intenté responder igual.

–Parece que tengo magia, después de todo.

Dejamos en el aire la pregunta implícita, el inquietante hecho de que mi magia fuera similar a la de la reina Mab.

Si nos acercábamos lo suficiente a las paredes exteriores, podría intentar desplazar las enormes raíces y abrir un hueco para pasar, aunque no sería la forma más sutil de escapar.

–¿Por qué te pusiste delante de mi espada? –pregunté con brusquedad.

–Ella prometió liberarte.

–Ella no miente, pero eso no significa que sea digna de confianza, ¿no? Siempre encuentra algún tecnicismo.

–Ava. –Su voz profunda se elevó un poco de más–. No teníamos muchas opciones.

Por supuesto, Torin tenía razón, pero me di cuenta de que aún estaba profundamente enojada con él. Como si me hubiera abandonado por maldad y no para salvarme la vida. Parecía que mi lado vacío y solitario no veía la diferencia ni tampoco le importaba: solo sabía que me había dejado.

–Torin, creo que puedo sacarnos de aquí. Encontré a Cala, la Vieja del Velo. Junto al río, hay un templo abandonado de la diosa de las cenizas. Al este del castillo, me dijo. Allí hay un espejo, y puede llevarte a donde quieras.

Las palabras se me escapaban de la boca y sabía que el esfuerzo de hablar me estaba costando velocidad, pero tenía que decírselo. Por alguna razón, si yo no salía con vida de la Corte de las Angustias, tal vez él sí podría regresar a su hogar.

–Aquí aman a la diosa de las cenizas –murmuró–. El amor es una forja –dijo en tono burlón.

En cuanto las palabras salieron de su boca, miró a nuestras espaldas.

Él se llevó un dedo a los labios, y entonces las sentí: las vibraciones de los soldados que corrían hacia nosotros. Volví a mirar por encima del hombro y se me retorció el estómago al ver

las antorchas que rebotaban en lo alto, corriendo hacia nosotros a una velocidad que yo ya no podía igualar. Los meses de cautiverio no me habían hecho muy fuerte que digamos.

Pero lo que sí tenía era el poder de esconderme.

Tomé a Torin del brazo y lo metí en una grieta detrás de mí, una abertura formada por varias raíces grandes entrelazadas. Con la magia rozándome la piel, ensanché el hueco y formé un arco por el que ambos pudiéramos pasar.

Empujé a Torin hacia la apertura, captando un brillo de sorpresa en sus ojos. Luego entré yo, dando unos pasos hacia atrás e invocando una cortina de enredaderas para ocultarnos. La mano de Torin se deslizó alrededor de mi cintura, un poderoso antebrazo que me rodeó los abdominales, sus dedos justo por encima de uno de los huesos de la cadera. Al tenerlo tan cerca, podía sentir sus músculos flexionándose de la tensión. Sin dudas, aún me quedaba un poco del calor de la ambrosía latiendo en las venas, porque la cercanía de Torin era una tremenda distracción, y su aroma terroso me envolvía como una caricia. A través de la tela de la camisa, su corazón latía contra mi espalda. A medida que los soldados se acercaban, apoyé la cabeza en él, justo en el pliegue del cuello.

Torin bajó un poco el mentón, como si quisiera susurrar algo, pero los soldados estaban cerca y no dijo nada. Aun así, sentí en la cara la calidez de su aliento, como la luz del sol en la copa del árbol. Cuando su pulgar recorrió mi cadera con una caricia lenta y distraída, cerré los ojos y me fundí con él.

Maldita sea. ¿Cómo podía ser tan sexy en un momento así? No quería soltarlo jamás, no quería que volviera a haber ni un centímetro de espacio entre nosotros.

Pero tenía que soltarlo. Cuando regresara a Feéra y encontrara una nueva esposa...

Una grieta helada se extendió sobre las brasas de mi pecho.

Mejor no pensar en eso ahora.

Mejor pensar en intentar vivir y nada más. Mejor pensar en cómo salir de la Corte de las Angustias con el cuerpo y la mente intactas.

Cuando las pisadas de los soldados se callaron, sentí los músculos de Torin flexionándose detrás de mí. Se inclinó y susurró:

–Te extrañé, niña cambiada.

–Voy a sacarte de aquí, Torin –le susurré.

–¿Me estás salvando? –Una pizca de diversión apareció en su tono grave.

La verdad era que sí, lo estaba salvando.

Corrí el velo de enredaderas y llevé a Torin al pasillo oscuro. Caminamos unos minutos más hasta que pude sentir las raíces del árbol bañadas por la luz de la luna. La libertad estaba al otro lado de esas raíces.

–Por aquí –le susurré a Torin–. Cuidado con los escombros que caen.

Mi cuerpo zumbaba de ambrosía mientras rozaba la yema de los dedos sobre las raíces nudosas. Con la mano apoyada en la corteza, sentí el viento que corría entre las hojas de sus ramas.

El mundo a nuestro alrededor retumbó, y empezó a caer tierra y polvo desde el techo hasta que las raíces se movieron y se separaron, abriendo paso a una bóveda de estrellas que se extendía en el mundo exterior.

En cuanto se abrió un espacio lo bastante grande entre las raíces, Torin me tomó de la mano y salimos corriendo, adentrándonos en la noche. Respiré el aire fresco y agobiante de la Corte de las Angustias.

La euforia y la sonrisa cegadora de Torin me iluminaron.

Aquí afuera, sentía la fuerza del aire en la piel. Nada más teníamos que llegar al río y encontrar el templo en ruinas.

Mi mirada se posó en el prado, donde los caballos permanecían quietos y tranquilos bajo la luz de la luna, ajenos al caos del castillo.

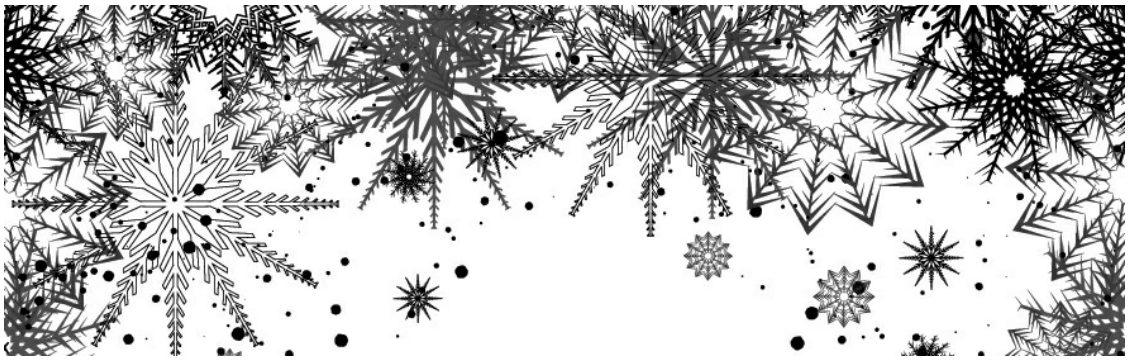
A lo lejos, un resplandor rojo iluminaba el cielo, una chispa de rubí recortada contra las sombras. Tardé un momento en comprenderlo. El volcán había entrado en erupción. Esta noche, la diosa de las cenizas bullía de furia.

Luego de avanzar unos seis metros por el pasto, oí el crujido del árbol que se movía detrás de mí. Se me cayó el alma a los pies.

Cada vez más invadida por el pavor, giré y vi las oscuras enredaderas de la reina serpenteando desde las paredes de piedra.

Me quedé sin aire en los pulmones.

Solo tuve tiempo de gritarle una breve advertencia a Torin antes de que las enredaderas me rodearan la cintura, apretadas como un lazo, y me arrancaran del suelo para levantarme en las alturas.



33

SHALINI

Estaba de pie ante el escenario de un salón que nunca había visto, escuchando los murmullos de la multitud que me rodeaba.

Los dientes me castañeteaban sin control. Aquí dentro no hacía mucho más calor que afuera, y un hierro frío me sujetaba las muñecas detrás de la espalda. Miré a mi izquierda y sentí un nudo en el pecho al ver a Aeron. El pelo rubio le colgaba de la cabeza inclinada, y ahora ni siquiera me miraba.

Detrás de mí, una hilera de soldados con armadura empuñaban sus espadas. Encima de ellos, se alzaban unas grotescas figuras de gigantes talladas en la piedra de la entrada, con balanzas de la justicia en el medio. Porque esa sería la actuación de hoy, ¿no? Inspirada en la estética de la justicia, pero no en el concepto real de justicia; de eso estaba segura.

Este lugar se llamaba el Salón del Comercio, y no tenía dudas de que los altos techos estaban pensados para intimidar, junto con el resto del diseño. Aeron me había dicho que en este salón se reunían los comerciantes de la ciudad para discutir sus asuntos, pero también era donde se celebraban los juicios importantes, como los juicios por traición.

Una alfombra de color rojo sangre se extendía desde el fondo del salón hasta el escenario. Unas estrechas ventanas con vitrales llegaban al techo, y las arañas de luces proyectaban un resplandor vacilante sobre la gente que se agolpaba en la sala para ser testigos de nuestra condena. Ya sabíamos el resultado: no iba a terminar yéndome de este lugar ni llevando a Aeron a algún antro.

Aeron me miró y se le crispó un músculo de la quijada.

–Saldremos de esta –dijo con voz tenue.

Estaba siendo amable, y yo asentí, fingiendo creerle.

La única forma de mantener la cordura en este momento era imaginar con lujo de detalles mi pequeño apartamento y el Trébol Dorado. En esta situación, mi mundo de fantasía no era el mundo de los cuentos de hadas. Era un bar con manchas de cerveza y nachos mediocres. Ese era mi paraíso. Y mantendría vivo en mi imaginación ese mundo reconfortante todo el tiempo que pudiera.

Cuando Moria subió al escenario, con el vestido arrastrándose por la alfombra roja, supe que estábamos ante otro espectáculo. El pelo bordó le caía sobre una capa blanca como la nieve, y la corona que llevaba en la cabeza brillaba cual témpano.

–Me duele –comenzó– que debamos seguir luchando contra el flagelo de la traición en nuestro reino. Pero aún pasamos hambre, aún nos congelamos en Feéra. Porque incluso teniendo una reina, mi magia no puede competir con las maldiciones que nos lanzan los noseelie y sus aliados. Aquí, en Feéra, los noseelie tienen agentes malvados que hacen su voluntad. Apoyan a Torin después de su traición.

Caminó por el escenario como Lady Macbeth, con las manos en el estómago, como si no estuviera diciendo una enorme montaña de mentiras. Dio un giro exagerado para mirarnos, y me pregunté cómo funcionaría el sistema legal en Feéra. No parecía que fuéramos a tener la posibilidad de contar con representación legal.

Mientras Moria parloteaba sobre la traición y los espías demoníacos secretos, Aeron levantó la cabeza. Apretó los dientes, y sus ojos brillaron con ferocidad.

–Todo lo que dice es mentira –gruñó–. El rey Torin no nos ha traicionado. Tú nos has traicionado al no sentarte en el trono. –Me dio un vistazo, con los ojos enardecidos–. He pasado semanas con Shalini. Lo que ella tiene de espía, yo lo tengo de princesa.

Mi corazón se aceleró ante su intento de defenderme, pero sabía que era inútil. La defensa de Aeron se vio interrumpida cuando los soldados lo sujetaron de los brazos y lo sacaron a rastras.

El pavor me carcomía las costillas. Grité su nombre cuando se lo llevaban del salón. Alguien me tapó la boca con fuerza y me obligaron a mirar a la reina. Traté de resistirme a mi atacante; los brazos me dolían por tenerlos estirados detrás de la espalda.

Los labios de Moria formaban una delgada línea roja.

–¿Ya terminaste con la rabieta? –preguntó. Alzó la vista al techo, y le destellaron los iris color granate–. Cuando era niña, si me portaba mal, mi padre, el rey de los dearg due, me daba tiempo para pensar en lo que había hecho, afuera del castillo, en una jaula. Allí, bajo la mirada burlona de los campesinos, aprendí el valor de la obediencia. –Volvió a contemplar a la multitud, con los ojos brillantes–. Él quería que yo fuera fuerte, como el rey Caerleon en los viejos tiempos, el líder más fuerte de los seelie. Y mientras estaba afuera en esa jaula, fortaleciéndome, solo mi hermana mayor acudía en mi ayuda. Me daba comida en secreto y me llevaba agua. Me

alcanzaba algo para limpiarme e intentar conservar parte de mi dignidad. ¿Y qué consiguió ella con su generosidad, con su debilidad? El rey la enterró bajo la tierra congelada.

Se volteó en dirección a nosotros, con las lágrimas que le corrían por las mejillas. Por primera vez, pensé que la emoción que mostraba era real.

–En este mundo –continuó–, las mujeres no pueden ser débiles. Todos esperan que seamos blandas y maleables, y si somos así, nos destrozan con los dedos, como un niño que aplasta una flor. Por eso tienen ante ustedes una reina de hierro, tan fuerte y despiadada como un rey.

Alzó un puño, y las mejillas se le pusieron rosadas.

–Solo yo puedo protegerlos de los demonios que quieren hacerles daño. Solo yo puedo protegerlos de los demonios que quieren matar de hambre a sus hijos. Solo yo tengo el temple y el espíritu fuerte para hacer lo que hace falta, incluso si lo que hace falta es desagradable. Solo yo puedo hacer el trabajo sucio porque sé lo que sucede si una mujer es débil –gritó–. Eso lo aprendí con mi hermana. –Se dio la vuelta, caminando por el estrado–. Ella fue la única persona en la que he confiado, la única persona a la que he amado. Y todos ustedes se olvidaron de su existencia.

Su voz resonó en los arcos congelados que se alzaban por lo alto, y pareció darse cuenta de que se había salido del guion. Se volvió hacia nosotros, con los ojos enloquecidos.

–No pude protegerla del rey Torin y su perversidad, pero los protegeré a ustedes. No volveré a cometer el mismo error.

La percibía a mi alrededor: la energía de la multitud, que se tragaba todas las palabras que ella decía. Todos los ojos bullían de odio.

Le di un mordisco al dedo que me tapaba la boca. Necesitaba por lo menos un minuto para defenderme, para dar una explicación, para tratar de convencerlos de que Aeron y yo no tuvimos nada que ver con el congelamiento del reino.

Los soldados comenzaron a llevarme, y yo le grité a la multitud que Moria podía sentarse en el trono y poner fin a todo ese sufrimiento. Podía traer la primavera. Tenía ese poder.

Pero nadie me escuchaba, y los soldados me sacaron a la rastra, con más brusquedad que antes. Tenía la mente inmersa en el pánico, y apenas podía respirar.

La muchedumbre me empujaba, me zarandeaba de un lado a otro, y me preguntaba si llegaría a las jaulas de afuera o si estaban a punto de matarme a golpes ahí mismo en el suelo.

Pero los soldados se pusieron a mi alrededor. Agradecí su breve protección, aunque sabía que me mantenían viva nada más que para colgarme en una jaula helada, así moría en público, como una advertencia para los demás.

El miedo se convirtió en un rugido en mi cabeza, hasta que prácticamente sentí que me separaba de mi cuerpo. Me parecía que todo eso le pasaba a alguien más, a la distancia, a una pobre mujer que era llevada a los empujones por los pasillos, hasta quedar a la intemperie helada.

Una muñequita rota metida en una jaula de hielo. Sabía que ella podía sentir el frío punzante en la piel, pero no lo sentía yo. A lo lejos, oía el ruido de unas cadenas que raspaban la piedra mientras levantaban la jaula por los muros oscuros del castillo.

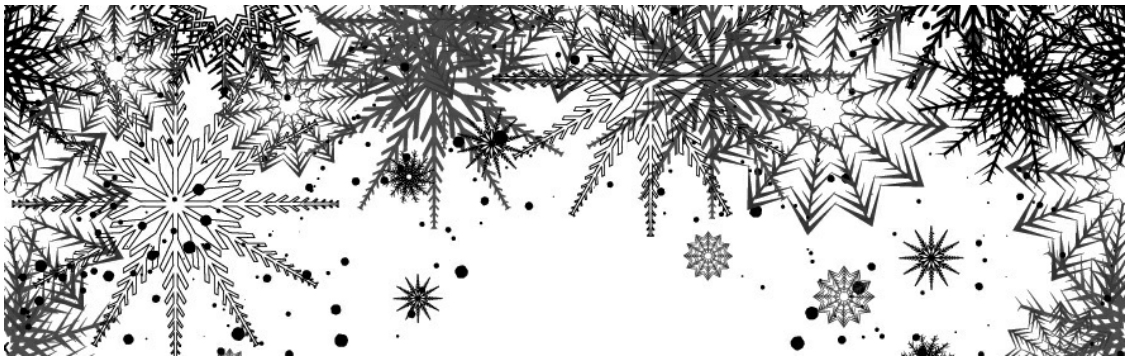
Allí, la mujer se congelaría, como advertencia para los demás, un mensaje para tener el reino a raya.

Cuando las cadenas dejaron de moverse contra las piedras, volví a entrar de golpe en mi mente, con el horror frío que me quitaba el aliento. Me azotaba un viento penetrante que me sacudía el pelo.

Un fae podía sobrevivir allí afuera una semana o tal vez dos, pero ¿una humana como yo? No pensaba que me quedara mucho.

Al menos me habían quitado las esposas, y me tapé con el abrigo todo lo que pude, tratando de proteger la cara y las manos bajo la lana gruesa.

Desde una jaula más arriba, pude oír a Aeron, que gritaba mi nombre.



34

AVA

La reina me tenía suspendida en el aire con unos lazos espinosos; mis pies colgaban a unos centímetros de los muros del castillo.

Con su poderosa magia, hizo que las enredaderas me apretaran, sujetándome los brazos contra el pecho. El miedo me arañaba con sus garras. El poder de la reina era más fuerte que el mío, y no sabía si lograría librarme de este lugar. El pavor me aplastaba las costillas.

Giré la cabeza de golpe, buscando a Torin, pero no vi señales de él.

Bañada en plata, la reina Mab se mostraba victoriosa. Su hijo, Morgant, estaba de pie a sus espaldas, con los músculos y la ropa hechos jirones por los pinchos de mis enredaderas, y el cuerpo surcado por la sangre. Las alas negras le colgaban inmóviles. Tenía los ojos color ámbar clavados en mí, y el mentón bajo.

El viento jugaba con el pelo de la reina mientras yo luchaba por liberarme de su jaula de zarzas. Me costaba respirar mientras ella se acercaba.

–Intentaba contarte algo, Isavell, pero destrozaste el suelo que nos sostenía.

–Ese es mi nombre, ¿no?

A medida que se aproximaba, notaba que no se sentía tan victoriosa como me había parecido. Tenía la frente en alto y la espalda derecha, pero los labios apretados. Y ya de cerca, alcancé a ver la tensión de los hombros encorvados.

La reina estaba asustada. Pero ¿a qué le tenía miedo? Di un vistazo a Morgant, y percibí en él la misma postura rígida, los puños apretados y las venas que sobresalían de los antebrazos.

–Antes de que te arroje de la torre, debes saber lo que ocurrió. –Se le quebró un poco la voz. ¿Acaso me tenía miedo a mí? Se le crispó la comisura de la boca–. Se suponía que debíamos ir

con nuestra familia para hablar sobre una futura alianza. La madre de Torin propuso celebrar un compromiso entre nuestros herederos. Yo siempre había querido ver a mis herederos noseelie en el trono de Feéra. Desde luego, acepté –dijo con tono cortante, como si yo la reprendiera por esa decisión–. Pero después me pidieron que quitara la maldición helada del reino. –Mostró los dientes–. No me correspondía a mí quitar la maldición. Le correspondía a Modron, la que ve el pasado. Ella es la que detesta a los seelie.

–¿De qué hablas?

–Nadie quería tenerla cerca –dijo la reina Mab, haciendo caso omiso a mi pregunta–. Era entendible. La mujer era veneno; contaba los secretos de todos. Hace mucho tiempo, el rey la desterró de la corte, y ella lanzó el manto helado del invierno sobre el reino. Envió a los Erlkings y los dragones desde su hogar en el bosque para atormentar a los seelie. Deben matarla a ella para terminar con la maldición. No tiene nada que ver conmigo.

Apreté los dientes, buscando señales de Torin en las almenas sumidas en sombras.

–¿Por qué me cuentas esto?

–En el banquete, la reina seelie había tomado a mi hija en brazos, haciendo de cuenta que iba a mimarla –siseó–. La reina se la dio a la niñera para que la sostuviera. Alguien trajo la cabeza cortada de un toro negro. Una amenaza primitiva, ¿no? Intenté correr para recuperar a mi hija, pero el rey seelie me congeló, y me quedé mirando mientras la niñera asesinaba a mi heredera ante mis ojos. La estrelló contra las rocas. Así que cuando maldije a la familia real seelie, créeme que lo tenían bien merecido.

Me quedé mirándola; ya no entendía nada.

–¿Mataron a tu hija?

–Al parecer –respondió, arqueando una ceja–, la niñera era una maestra de la ilusión. Tal vez no pudo soportar las órdenes que le dio el rey. Porque aquí estás, Isavell. Viva.

Ya lo había sospechado, pero al oírlo quedé mareada, desorientada. Sentí ganas de vomitar. Con razón había dejado un reguero de sangre a mi paso, y por eso matar me resultaba tan natural. Me había parido un verdadero monstruo.

El viento jugueteó con el cabello blanco de la reina.

¿Sabía ella que la fuerza plena de mi magia ya estaba muy cerca de la superficie? ¿Sabía que prácticamente podía saborear las cenizas en la lengua? Antes, ella había sido más fuerte que yo. Pero ¿ahora? Mi magia era un río de fuego embravecido que corría debajo de las rocas frías, y estaba lista para entrar en erupción.

El amor es una forja.

Inspiré hondo; me hervía la sangre. ¿Esto pensaba ella que era el amor?

–¿Entonces así es como recibes a tu propia hija, a quien lloraste por muerta? ¿Encerrándola en un calabozo? ¿Golpeándola? ¿Matándola de hambre? Mi verdadera madre me cuidó bien.

–Tu madre humana te dejó débil –acotó Mab con los ojos centelleantes.

Morgant apartó la vista de mí, y percibí que quería desaparecer entre las sombras.

Mientras lo observaba, las piezas fueron encajando en mi mente. Él no supo quién era yo hasta que Mab le ordenó que curara a Torin. Le habrán surgido preguntas después de eso. Ahí fue cuando empezó a traerme jabón, a darme las pistas que necesitaba para aprender a sobrevivir.

La reina Mab entrecerró los ojos y dijo:

–Esto no es lo que yo quería, Isavell. Quería una heredera noseelie. Una hija con magia. Con alas. Porque sin esas cosas, no eres mi heredera. Es cierto, has conseguido invocar un poco de magia. Te has lucido destruyendo mi hogar.

–Yo solo hice lo que quería el árbol –repliqué, arqueando una ceja–. Quiere liberarse de las piedras. De tu corte asfixiante.

–¿Crees que tú conoces mejor mi propio hogar? *Yo* soy el árbol. El castillo es un hijo que llevo en brazos. Supongo que nadie jamás te ha dicho que la maternidad puede ser una carga espantosa.

Ahogué un grito, mientras se me retorcía el corazón. Puede que Chloe me hubiera dejado "débil", pero jamás me había tratado como una carga. La ira amenazaba con asfixiarme.

–¿Qué quieres de mí?

–Quiero una heredera que no esté dañada, Isavell, hija mía. Y todas esas muertes no significan nada si los noseelie no conseguimos lo que merecemos: el reino de Feéra.

Se abrió una puerta de la torre, y salieron tres soldados arrastrando a Torin de las muñecas, con unas esposas de denso follaje que se le enroscaban, apretadas. Sus ojos, claros y acongojados, se encontraron con los míos.

–Suéltalo –gruñí.

Una sonrisa oscura encorvó los labios de Mab.

–No quiero hacer gritar a mi hija, pero una reina hace lo que debe. Ava, lo que voy a hacer ahora me dolerá más a mí de lo que te dolerá a ti.

Se me cayó el alma a los pies, y miré a Morgant. Parecía estar buscando algo en mis ojos. Me rogaba. Me resonaron sus palabras en la mente…

"Todos tenemos alas negras en la familia real. Algunos son demasiado estúpidos para usarlas".

–Ya tienes sangre en las manos. –Por un segundo, Mab bajó las enredaderas hasta que quedé a su alcance, y levantó la mano para tocarme la mejilla. Le centellearon los ojos–. Eres mi hija, y esta dolerá más que las demás. Pero a veces me pregunto: ¿qué más da otra muerte si ya me atormenta un mar de sangre de mi pasado, si es todo por la gloria de nuestro reino?

Apreté los dientes. Unas lenguas encendidas de mi magia atrapada lamían el hielo de mi pecho, derritiéndolo.

–La muerte de Torin –susurró Mab– no me pesará en absoluto en mi alma. Después de todo, él

mató a mi hijo. Voy a asfixiarlo.

Deslicé la mirada hacia Torin una vez más, sintiendo que se me carbonizaba el alma. Las enredaderas de la reina treparon y le rodearon el cuello, enroscándose en la garganta. Me embargó el terror al verlas apretarse, cortándole el aire. Sus ojos se abrieron de par en par, y el pavor me perforó el pecho.

La reina monstruosa me había dado a luz.

–Entonces arrójame de la torre, majestad –chillé–. Has prometido que lo harías desde la primera vez que nos vimos.

El corazón se me salía del pecho.

–Muy bien. –Con un gesto sombrío, Mab sacudió la muñeca, y la enredadera se disparó en medio de la noche ventosa, muy por encima de las rocas del suelo. Ahogué un grito, y la enredadera se desenroscó.

El viento me azotó; el suelo se acercaba a toda velocidad.

Mientras me desplomaba, el tiempo se volvió más lento. En los recovecos de mi mente, vi a Torin, coronado de niño después de la muerte de sus padres. A pesar de su edad, su actitud era de una seriedad absoluta, con el pequeño ceño fruncido.

El viento me sacudía el pelo mientras caía, y mis recuerdos pasaron delante de los ojos: Chloe preparándome avena para el desayuno, la intensa soledad de su funeral. Shalini, riendo tanto que soltó un resoplido. El día que conocí a Torin en el Trébol Dorado…

El aspecto que tenía aquella noche en la cabaña en la que me habló de su madre.

La helada roca de mi pecho se partió, y una magia ardiente estalló por fin. Sentí un cosquilleo caliente en los omóplatos.

Un poder virulento explotó de mi cuerpo, y se desplegaron mis alas rasgando la delgada tela del vestido. Solté un grito ahogado, llena de júbilo.

Batí las alas por instinto, una parte de mí innata. Revoloteé no muy lejos del suelo, a una distancia a la que alcanzaba a ver las piedritas azules del camino y las nubes de polvo que se formaban por el movimiento de ellas.

Vaporosas y oscuras se agitaban en el aire, y los músculos se movían y flexionaban contra mis omóplatos. Como el latido de un corazón, tenían un pulso rítmico, automático. La sensación del viento que corría por los huesos delicados de mis alas me disparaba euforia por las venas.

El corazón me aporreaba el pecho, y me estallaba el cuerpo de poder. Nunca en la vida me había sentido tan fuerte.

Alcé la vista y vi a Morgant, revoloteando encima de mí, con los brazos extendidos. A tan solo centímetros de distancia. Me quedé mirando al príncipe, al viento que le sacudía el cabello blanco. Había estado listo para atajarme. Esbozó una sonrisa torcida y dijo:

–Debes irte de aquí, Isavell. Lleva a tu rey seelie a su hogar antes de que le pase algo.

Inspiré, temblorosa. ¿En serio me permitiría hacer esto?

Batiendo las alas contra el aire, me dirigí a las almenas del castillo. La magia me crepitaba por las piernas y los brazos mientras volaba por encima de la torre, avistando a la reina. Con un gruñido, tomé el control de las enredaderas y les ordené que la enroscaran, formando un ataúd de hojas que la dejara atrapada. Mientras las plantas se deslizaban en su dirección, ella me mostró los dientes.

Con un movimiento de la muñeca, le quité las enredaderas a Torin y lo liberé. Él empezó a dar boqueadas, tomándose la garganta con las manos.

Volé hacia él y le rodeé la cintura con los brazos. Torin hizo lo mismo, sujetándome firmemente.

Inhalé su aroma, la tierra y el bosque mezclados con su sangre, y lo alcé en el aire. El esfuerzo de levantarlo casi me dejó clavada en las almenas, y sentí un intenso dolor en la parte superior de las alas al despegar. El viento soplaba mientras lo llevaba por encima del muro, y el peso de Torin no nos dejaba subir.

Ahora podía volar, pero mis alas no estaban hechas para cargar a un hombre grande y musculoso. Las torcí para caer más lento, con la esperanza de aterrizar sin golpearnos.

No lo conseguí. Nos dimos un golpazo contra el suelo, y terminamos hechos una maraña de brazos, piernas y alas.

Hice una mueca de dolor y miré a Torin. Manchado de tierra y sangre, arqueó una ceja y me disparó una sonrisa torcida.

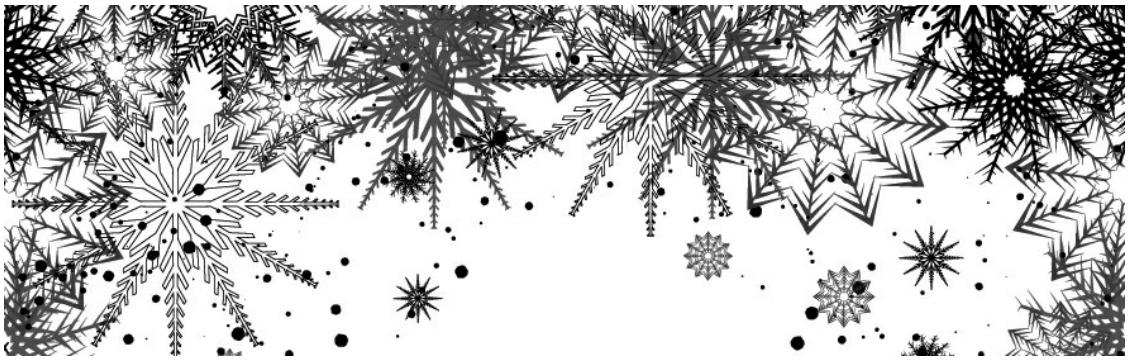
–Qué grácil.

–Vayamos a buscar a los caballos, Torin.

Me mordí el labio, volteándome hacia el castillo. Podría destrozarlo. Podría usar el árbol para desmembrarlo, piedra por piedra, y enterrar a todos los noseelie que estuvieran allí, para no tener que preocuparme de que nadie nos siguiera.

Pero no tenía idea de cuántas personas mataría, y los ojos obsesionados de la reina brillaron en mi mente. Tragué saliva.

Solo necesitaba que mi hermano la mantuviera inmovilizada el tiempo suficiente para que pudiéramos escapar.



35

AVA

Los cascos del caballo aporreaban las rocas, levantando polvo a su paso. Habíamos cabalgado durante horas.

Cuando aterrizamos a los pies del castillo, mis alas habían vuelto a desaparecer. Ahora, estaba apoyada contra Torin. Él me sujetaba con fuerza mientras cabalgábamos hacia el este, con el brazo que parecía una barra de hierro que me rodeaba la cintura.

Después de tanto tiempo, de todas esas semanas en la celda reproduciendo su muerte en mi cabeza hasta quedar al borde de la locura, costaba creer que él estuviera allí conmigo. Tangible a mis espaldas, sólido como la tierra a nuestros pies.

Un mes de oscuridad, y ahora parecía que el sol me iluminaba por dentro. Incluso después de varias horas, el martilleo constante de mi corazón no había reducido la velocidad. El viento se deslizaba sobre nosotros, llevando el aroma de las rocas fundidas y las cenizas.

–Si vuelvo al apartamento de Shalini –suspiré–, ¿cuántas posibilidades habrá de que también encuentre a Aeron allí?

–Unas cuantas, me imagino. Suponiendo que Orla gobierna en mi ausencia.

–¿A qué te refieres? –Me mordí el labio.

–Solo el o la monarca de Feéra puede dar permiso para que alguien se vaya o regrese. –Su voz grave le retumbaba en el pecho–. Y no he estado allí para darles permiso.

–Entonces, si quiero pasar a visitarte, ¿primero te tengo que preguntar?

–Ava, mi amor –dijo con voz ronca, entrecortada–. No podrás visitar Feéra. La maldición no tiene efecto aquí, pero sí lo tendrá en mi reino. No puedes acercarte a mí en Feéra.

Sentí como si unos fragmentos de vidrio me perforaran el pecho. Lo que más entendía en ese

momento era que no estaba lista para que eso llegara a su fin.

–Claro.

–Pero si regresas a tu hogar, Ava, y te dan ganas de que alguien atraviese la garganta de Andrew con una espada, avísame, ¿sí? Creo que puedo matarlo sin sufrir consecuencias.

–Gracias. Pero ahora puedo ocuparme yo de matar a otros. –Mi voz sonaba débil, y sentía una pesadez en el pecho–. ¿Oíste lo que dijo Mab? Dijo que están todos malditos por culpa de una amargada vieja bruja seelie. Modron… la que ve el pasado. Dijo que si la matas, se terminaría la maldición.

–¿Le crees?

Respiré hondo antes de responder:

–Mab es espantosa. Pero estoy segura de que no miente.

Para cuando llegamos al templo en ruinas junto al río, los rayos de luz de la mañana se colaban entre las hojas, encendiéndolas con el primer rubor del alba. Unas motas de luz color miel danzaban sobre las ruinas del templo, unas columnas de piedra y un techo desmoronado, abierto al cielo.

Torin tiró de las riendas del caballo, para que se detuviera fuera del templo. Él descendió primero, y luego me sujetó de la cintura para bajarme.

Me miré el cuerpo sucio y manchado y me zambullí en el río para quitarme la suciedad, la sangre y vaya una a saber qué más. Bebí unos cuantos tragos del agua limpia. Jamás volvería a dar el agua por sentada. Pero no tenía mucho tiempo que perder, así que volví a salir.

Me encendió la esperanza cuando entramos al templo. Al otro extremo de las columnas truncas, se alzaba un altar. Tal como había dicho Cala, pendía un espejo por encima de una forja vacía, destellando con los rayos de luz de la mañana. Se me alivió el pecho al verlo. Por fin iba a liberar a Torin de este lugar.

Me volví hacia él, cuyas facciones perfectas estaban bañadas por la luz del alba. Fue en ese momento que finalmente tuve lugar para pensar en el significado de lo que iba a pasar, y se me hizo un nudo en la garganta. Esta sería la última vez que nos veríamos. O al menos la última vez que nos tocaríamos, hasta algún momento futuro, cuando ya no sintiéramos el calor incandescente del amor.

–Vamos –dije con voz áspera–. Nada más di el nombre del lugar al que quieres ir.

Torin se volvió hacia el espejo y apoyó las manos en los costados. Se me partió el corazón, y respiré hondo.

–Deberías ir tú primero. –Se volteó hacia mí.

–Ve –respondí, negando con la cabeza. Porque aún quería hacer una cosa más, y no sabía si él la aceptaría.

Torin levantó una mano hacia mi mejilla y dijo:

–Esta es la última vez que podré tocarte, Ava. Sé que debemos irnos, pero necesito un poco más de tiempo.

Se me empezó a acelerar el corazón, y traté de percibir en el suelo las vibraciones de caballos o soldados que se aproximaran. No sentí nada.

–Claro que me pareciste hermosa desde el primer momento en que te vi –dijo él–, pero se convirtió en algo más cuando te vi en el torneo, cuando dejaste que Eliza te atacara solo para salvar su honor. Apenas la conocías, y los seelie no te habían dado la mejor de las bienvenidas… Fue en ese momento que supe que estaba perdidamente enamorado de ti. Y debería haberlo dejado ahí. Debería haber terminado con todo, suspendido la boda.

Se me hizo un nudo en la garganta.

–No tiene sentido castigarte por las decisiones que tomaste en el pasado, Torin. Solo se puede ir hacia delante. Estamos los dos vivos, y eso parece un milagro.

–No puedo irme sin besarte una última vez. –Un dejo de tristeza le atravesaba la voz.

Torin se inclinó, y su boca rondaba cerca de la mía. Me pasó una mano por el pelo, entrelazándolo entre los dedos. Apretó los labios contra los míos, y mi espalda se apoyó contra la fría pared de piedra.

Una última vez…

Las palabras zumbaban en mi corazón como una balada agridulce. Un último beso, un último abrazo.

Su lengua entró de repente cuando el beso se hizo más profundo, y el deseo me invadió el cuerpo. Su poder primitivo, cálido y vibrante, me rozaba la piel, y tenía que consumirlo todo porque esta sería la última vez. La idea de perderlo me abría un agujero en el pecho, y quería devorarlo por completo.

Mi cuerpo estaba mojado por el agua del río, y cada centímetro de mí se sentía vivo, abrazado por el intenso aire del bosque. Era sumamente consciente de cada lugar en que el vestido mojado se me pegaba a la piel.

Con una mano en mi pelo, Torin bajó la otra a la cintura. El modo en que me besaba, con un calor exquisito, como si quisiera memorizar mis labios, era señal de que estaba tan desconsolado como yo por tener que separarnos.

Poco a poco, se apartó, y los ojos azules le ardían con la posesividad de un rey.

–Quisiera poder llevarte conmigo.

Levanté la mano hacia su camisa maltrecha y empecé a desabotonarla. ¿En serio esta sería la última vez en que mis dedos recorrieran sus abdominales esculpidos y las espirales de tatuajes de su piel?

–Yo también, Torin. No te das idea.

Aunque por dentro me retorcía de dolor, el deseo que sentía por él se desprendía de mi piel

como vapor.

Con ternura, él bajó una parte de mi vestido, dejando mi seno al descubierto. Levantó la mano para acariciarlo, y el pezón se puso duro como piedra contra su palma.

Bajó la boca hasta mi cuello y lamió el agua del río.

Traté de memorizar su aroma, respirándolo, el aroma musgoso y mágico de un bosque encantado. Era el último momento en que me envolvería con su magia terrosa y primitiva. Necesitaba memorizar cómo lo sentía a él, cómo olía. Porque cuando se fuera, iba a quedarme en un mundo de sombras.

Arqueé la espalda, y mi seno sintió la presión de la palma de su mano. Todas y cada una de mis terminaciones nerviosas estallaban por una extraordinaria verdad: que yo era suya, y él era mío. Con o sin maldición, nuestro destino era estar juntos, unidos por la más profunda conexión. Y la idea de que este era nuestro último momento juntos era insoportable.

Sentía el calor de un beso lento y excitante tras otro en el cuello, donde sus labios se encontraban con mi piel. Torin se movía a un ritmo pausado, conteniéndose, pero me daba cuenta de su desesperación con cada beso ardiente: la tensión de los dedos sobre mi cuerpo, la rigidez de los músculos. El rey seelie luchaba consigo mismo por tener el control.

Encorvé el cuello, apoyando la cabeza contra el muro del templo. Torin era el hombre más hermoso que había visto en mi vida, y un deseo líquido latía en mi interior. Entrelacé los dedos en su cabello negro, dispuesta a memorizar la sensación al tocarlo.

¿Cómo podría dejarlo ir después de todo esto?

No creía que alguna vez me hubiera sentido viva de verdad hasta ese momento. Cada centímetro de mi piel ansiaba sentir las caricias de la suya, y saboreaba el roce de sus labios, tratando de grabar cada instante en mi corazón para toda la eternidad.

–Sabes que nuestro destino es estar juntos, ¿no?

–Sí. –La palabra se oyó como si se la hubieran arrancado en contra de su voluntad.

Su mano pasó de mi seno a la cintura, con unos movimientos lánguidos que me exasperaban. Que me exasperaban mucho, considerando que podrían descubrirnos en cualquier momento; y si volvían a capturar a Torin, quedaría destrozada.

–Torin, no quiero que esto se termine –susurré–. Pero no quiero que vuelvan a ponerte un dedo encima.

–No puedo apresurarme contigo. Si esta es la única vez en que podremos estar juntos… –Me sujetó con fuerza, mientras su voz se apagaba. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, levantó la cara y acercó los labios a mi boca para darme un beso sensual.

Se me encendió el cuerpo.

Deseaba sentir sus manos, y un dolor sordo me invadió el ápice de los muslos. Acerqué la mano a la cintura de sus pantalones y deslicé los dedos por debajo de la tela. Él respiró hondo.

–El vestido. Se va. –La voz áspera de Torin tenía un dejo de urgencia, y empezó a quitármelo.

Debajo de la prenda estaba totalmente desnuda y llena de deseo por él. Una pequeña chispa en el fondo de mi mente era consciente de que quizá tuviéramos que saltar por el espejo en cualquier momento, y volvería a casa como llegué al mundo. Pero en buena parte eso no me importaba en absoluto, y cada caricia de Torin incineraba todo pensamiento racional.

Torin me recorrió el cuerpo con la vista y se quedó rígido, como si me viera desnuda por primera vez. Sus ojos, por lo general tan fríos, ardían de pasión. Le tembló la quijada, y me di cuenta de que estaba perdiendo la batalla con su propio control.

–Ava –dijo casi como un ruego–. Quería tomarme mi tiempo contigo, para recordarte, pero… –Se le volvió a apagar la voz, y respiró hondo.

Plantó una mano en mi cadera, clavándome contra el muro de piedra húmedo por el rocío, exactamente donde me quería. Con la otra mano, me acarició entre las piernas, con una ligereza atroz. Su control comenzaba a debilitarse, porque cuando me tocó donde yo estaba mojada, soltó un gruñido por lo bajo. Irradiaba calor, y él me mantenía inmóvil con una sola mano.

Cada centímetro de mi piel desnuda tenía una sensibilidad exquisita, anhelaba su tacto. Cuando dos dedos se deslizaron entre mis piernas, me encendí con un placer de fuego.

El rey seelie disfrutaba de mi cuerpo, con el riesgo de lo excitada que estaba. Alimentaba mi lujuria y la llevaba a un estado salvaje y primitivo.

Abrí más las piernas. Inhalé hondo, con los senos desnudos palpitantes y enardecidos.

Me acarició dando círculos, provocándome hasta tensionarme por completo y llevarme a la desesperación por liberar mi deseo.

–Torin –susurré–, necesito más.

–Sabía que un día lograría que gimieras mi nombre, niña cambiada.

A pesar del peligro, a pesar de su evidente excitación, parecía que no se apresuraría por nada. Me provocaba, deleitándose con los ruegos que salían de mi boca, hasta que al fin me acarició por el contorno, y me estremecí por completo. Mi clímax hacía que me moviera contra su mano, jadeando su nombre. Tenía los dedos enredados en su pelo oscuro, y poco a poco los fui soltando.

Resollando, le desabotoné los pantalones y liberé su miembro erecto. Por la diosa de las cenizas, antes lo había sentido, pero ahora no me quedaba duda alguna de que los hombres fae estaban bien dotados en todos los sentidos.

Ya con más urgencia, llevó las manos por debajo de mi trasero, y me abrió los muslos a la vez que me levantó las piernas por encima de su cadera. Quedé con la espalda contra la pared, y él se detuvo antes de entrar. Moví la cadera contra la punta, y después, poco a poco, con cuidado, me penetró. De a un centímetro a la vez, fue moviéndose dentro de mí, con los ojos clavados en los míos. Un lento entrar y salir, con una ternura que rozaba la reverencia. Mis uñas subieron por su

espalda, hasta el pelo, y acerqué su cara a la mía.

–Ava. –Mi nombre en su boca fue un gemido ronco que me prendió fuego la sangre–. Sería capaz de destrozar mi reino por ti si con eso lográramos estar juntos.

Apretó la boca contra la mía en un beso devorador. Destrozaría su reino por mí… Esas palabras me destrozaron. Me arruinaron. Porque nunca pensé que lo oiría decir eso, y mi amor por él me llenó por completo.

Torin se movía despacio dentro de mí, una caricia profunda que disparaba una oleada de placer por mi cuerpo. Le arañé la espalda, instándolo a ir más rápido, más adentro. Me rozó la lengua con la suya mientras apretaba la cadera contra mí. El cuerpo se movía y contoneaba exactamente donde lo necesitaba. Entró una y otra vez, y el fuego abrasaba mis pensamientos. Por fin, una ráfaga de placer me recorrió entera, y me tensé junto a él, arqueando la espalda, clavándole las uñas. Mientras él alcanzaba el clímax, susurró mi nombre con una desesperación que me rompió el corazón. Cerró los ojos, y observé el éxtasis de su rostro mientras las réplicas del placer me hacían estremecer.

Los músculos de Torin se relajaron, y él se inclinó contra mí, sin aliento. Otro extenso beso, alargando el placer. Cuando se apartó, me miró a los ojos.

–Ava, me has deshecho de todas las formas posibles. Arruinado, regreso a mi reino. Pero contigo, no tengo alternativa. Eres una orden a la que no me puedo negar.

–Y sin embargo, nunca nos volveremos a ver.

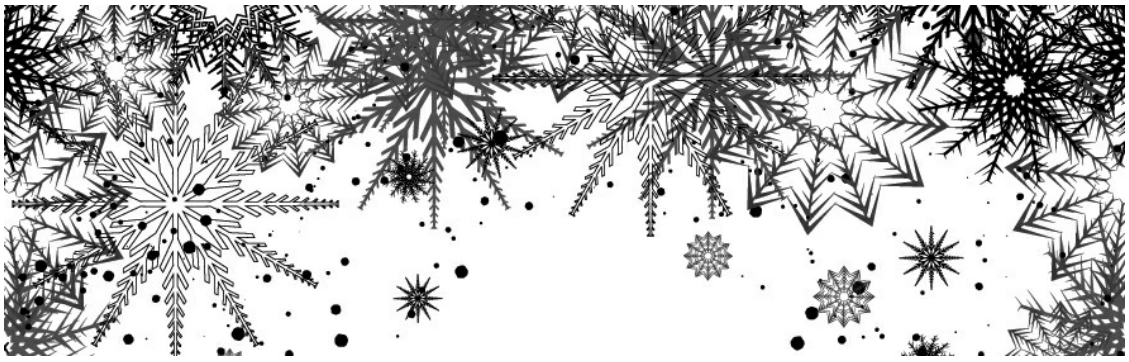
–Es para que sigas con vida –suspiró él.

–La maldición no tiene efecto aquí. ¿Cómo sabes si tendrá efecto en el reino humano?

–Porque solo podría probarlo de una manera, niña cambiada. Ya morí por ti una vez, y lo haría de nuevo… Haría trizas los reinos para volver contigo. Pero no te pondré en riesgo.

Nuestros cuerpos brillaban con el rocío de la mañana, y nos desplomamos el uno contra el otro, relajados. Él levantó una mano hacia el costado de mi cara y volvió a besarme, con ternura. Un beso de veneración.

Teníamos que irnos antes de que fuera tarde, antes de que nos encontraran, pero parecía que ninguno quería ser el primero en soltar al otro.



36

AVA

Un amanecer nacarado y coralino dibujaba rayas en el cielo.

Torin tomó su espada y yo me puse el vestido húmedo, escurriendo un poco el agua. En ese momento, sentí las lejanas vibraciones de los cascos que golpeaban los senderos del bosque. Se me aceleró el corazón y me alisé el vestido, cuya tela seguía manchada de sangre ajena.

–Torin. –Intenté que mi voz sonara tranquila–. Tienes que irte ya. Los dos tenemos que irnos ya.

Él se volvió hacia mí por unos segundos, luego apoyó la frente contra la mía. Un último beso, un roce de sus labios contra los míos.

–Están por llegar, Torin.

Él ya no podía mirarme a los ojos cuando se apartó y volvió al espejo enmarcado por espirales plateadas, colgado sobre la fragua vacía. Torin tocó el vidrio con la punta de los dedos. Inspiró hondo, tembloroso, con la voz ronca. En cuanto terminó de decir “Feéra”, una luz plateada estalló a su alrededor, tan brillante que apenas podía ver. Me tapé los ojos. La magia vibró sobre mi piel y chisporroteó en las gotas de agua que me cubrían.

Cuando volví a abrir los ojos, Torin había desaparecido, con espada y todo.

Me quedé mirando el lugar donde acababa de estar, con la sensación de que me había quedado el pecho sin nada. Mis emociones oscilaban entre el alivio de saber que estaba a salvo y el cruel vacío por su ausencia.

Una lágrima rodó por mi mejilla y la enjugué con la palma de la mano. ¿Por qué me costaba tanto respirar?

Casi sin aliento, me acerqué al espejo y tragué saliva.

La cuestión era que no podía dejar que Torin fuera el único con el poder de decidir si yo podía

volver a Feéra, ¿no? Estaba empeñado en sacrificarse para expiar lo que le había hecho a la hermana de Moria. Confiaba en Torin para casi todo, pero no confiaba en que se cuidara a sí mismo.

Tenía ante mí una herramienta mágica que podía abrir los reinos, que podía crear portales entre mundos. No podía dejarlo aquí. Así que apreté los dientes y di un puñetazo en la esquina inferior izquierda del vidrio.

En cuanto el dolor se me disparó por los nudillos y los trozos de cristal me cortaron la piel, me di cuenta de lo estúpida que fui por no haber roto el espejo con una piedra. Pero lo hecho, hecho estaba. El espejo se astilló en la esquina izquierda, y arranqué un fragmento triangular.

Ahora, las vibraciones de los soldados se sentían cada vez más fuertes y cerca. Con el trozo de vidrio en la mano, me quedé mirando los restos del espejo en la pared. La superficie mágica brillaba y se ondulaba.

Con el corazón galopante, pronuncié el nombre de mi ciudad. Una luz clara se encendió a mi alrededor y me sentí caer, sujetando con firmeza el trozo de espejo mientras me precipitaba al vacío. Aterricé de golpe, con los pies descalzos sobre el pavimento. Me había vuelto a poner el vestido, pero me había dejado los zapatos robados en la Corte de las Angustias.

Me tambaleé, intentando recuperar el equilibrio, y en mis oídos resonó un extraño ruido, como una ráfaga. Sentí soplar una brisa fresca.

Desorientada, miré a mi alrededor.

Estaba en el centro de la ciudad, junto a la estación de autobuses. Estaba amaneciendo. Un autobús salía de la terminal, arrancando y deteniéndose, liberando pequeñas nubes negras del caño de escape.

Unos periódicos daban vueltas por la calle, zarandeados por el viento. ¿Por qué el espejo mágico de los noseelie había elegido esta estación de autobuses? Quizás porque era el centro de la ciudad y nuestro principal medio de transporte público.

Mis pensamientos se fueron desvaneciendo.

Se acercaba una anciana con unas bolsas de plástico en los pies, empujando un carrito de compras. Me miró con el ceño fruncido y murmuró:

–No necesitamos a los de tu especie por aquí.

Alcé la mano para tocarme los cuernos y descubrí que aún me sobresalían de la cabeza. Al menos no tenía las alas desplegadas.

Cuando miré hacia abajo, me percaté de que llevaba un vestido blanco empapado con agua de río y sangre, y se me transparentaba bastante. Tenía los pies descalzos, con tierra pegada, y en la mano sostenía un trozo de vidrio afilado que podría considerarse un arma. En resumen, parecía una verdadera pesadilla.

Me rugió el estómago y eché un vistazo al McDonald’s de enfrente. Maldita sea, qué delicia

sería comer eso, pero no tenía dinero y lo más probable era que llamaran a la policía.

Empecé a caminar. Desde ese punto, mi antiguo apartamento quedaba a unos dos kilómetros, pero allí vivía Andrew. De ninguna manera aparecería allí como si hubiera tenido un ataque de nervios. Como si me hubiera derrumbado, incapaz de soportar la vergüenza de las fotos desnuda que él había revelado.

La casa de Shalini quedaba a un kilómetro más. Empecé a correr, con la esperanza de llegar allí antes de que algún policía me detuviera y me hiciera preguntas incómodas. Sentía la acera fría y mugrienta bajo los pies descalzos, e intenté no pensar en lo que estaba pisando.

Por los dioses, ya echaba de menos a Torin. Mi mente volvía una y otra vez a la sensación de mis dedos sobre su pecho, a su glorioso aroma.

Al llegar a las calles más vacías cerca del apartamento de Shalini, aminoré un poco la marcha para recuperar el aliento. Las únicas personas que salían a esas horas de la mañana eran algunos corredores que se esforzaban por mirarme a los ojos.

No miren a la mujer semidesnuda.

Antes me divertía corriendo por las calles. ¿Y ahora? No creo que lo haga más. ¿Qué sentido tenía correr si podía volar?

Por fin, giré hacia la calle de Shalini y se me hizo un nudo en la garganta.

Gran diosa de las cenizas...

Allí estaban, vestidos con unos pulcros conjuntos deportivos grises, casi a juego: Andrew y Ashley. Habían salido a correr por la mañana.

Me detuve en seco, quedé prácticamente inmóvil. Ashley le sujetó al brazo a Andrew y se puso pálida.

Yo ya sabía que parecía un monstruo.

¿Por qué este encuentro me resultaba más espantoso que un mes en el calabozo de los noseelie?

Hice una mueca de dolor y saludé a Andrew con la mano. Por desgracia, la feliz pareja estaba delante de la entrada al apartamento de Shalini.

Me aclaré la garganta y señalé la puerta a sus espaldas.

–Voy a casa de Shalini. –No quería acercarme, quería evitar que me inspeccionaran por completo y preguntaran por qué estaba cubierta de sangre.

Andrew tenía la nariz fruncida y los ojos entrecerrados, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

–Ava, ¿qué te pasó? En las secciones de chismes dijeron que habías tenido un ataque de nervios después de que te abandonaron. ¿Te dio… como… un brote psicótico?

–¿Eso dijeron? –Apreté los dientes.

Los ojos de Andrew se dispararon a la parte superior de mi cabeza.

–¿Fueron los cuernos? No sabía que los fae tenían cuernos. –Se le curvaron los labios con evidente repulsión–. ¿Fue por ellos que te dio el ataque?

Ashley llevaba el pelo rubio recogido en una coleta tan apretada que le tironeaba la cara. Aún tomada del brazo de Andrew, ladeó la cabeza, con el ceño fruncido.

–¿Estás... *bien*? –Su voz sonaba rara, aguda, y pronunciaba las palabras despacio, como si le hablara a una niña confundida–. ¿Quieres que llamemos a alguien para que venga a buscarte?

–Estoy bien. No puedo contar lo que estaba haciendo –aventuré a decir–. Son cosas de fae. Magia. Ultrasecreto. No lo entenderían. –No me di cuenta de lo descabellada que sonaría aquella explicación hasta que las palabras ya habían salido de mi boca–. No importa –dije, cortante.

–¿Qué tienes en la mano? –preguntó Andrew–. ¿Por qué estás...? ¿Dónde está tu ropa? ¿Y los zapatos?

–No es asunto tuyo, en realidad, ¿no? –espeté.

–Casi me arruinas la vida, ¿sabes? –dijo Andrew con tono brusco–. Todo el mundo simpatizaba con la pobre fae abandonada. Me despidieron.

–Y entonces vendiste fotos mías desnuda. –Inspiré hondo–. ¿Sabes qué? La verdad es que ya no me importa. Nada de esto.

Andrew se encogió de hombros, con las mejillas ruborizadas.

–Pero quizá la gente debería saber cómo eres en realidad –dijo–. Por qué no puedo estar con una fae. Quizás entonces lo entenderían y se compadecerían un poco de que yo solo quisiera una vida normal.

–Sabes, a Torin no le caes nada bien –señalé, entrecerrando los ojos.

A Andrew se le crispó la boca.

–Pero no es tu novio, ¿verdad? Dijeron que en realidad no te vas a casar con él. Dijeron que desapareciste después de que te rechazara en el altar. –Bajó la mirada, observando mi estado andrajoso–. Ava, deberías buscar ayuda.

Por un momento cegador e incandescente, me imaginé corriendo hacia él y clavándole el trozo de espejo en el hombro. No alcanzaría para matarlo, pero sí para que se arrepintiera de todas las decisiones que había tomado hasta entonces.

Pero ahora estaba en el mundo humano. Y aquí, no apuñalábamos a la gente. De hecho, me gustaba eso de este lugar. ¿Verdad?

Bueno, en algún momento me había gustado.

Apreté los dientes y me apresuré a pasarle por al lado.

Cuando los dejé a los dos atrás, llegué a las rejas negras de hierro forjado del edificio de Shalini, que en realidad estaban de adorno, porque nunca las había visto cerradas. Contemplé el jardín delantero con begonias y ásteres, pensando en lo ordenado que estaba en comparación con la Corte de las Angustias. Bonito y civilizado.

Me paré frente al exterior de ladrillos del edificio y toqué el timbre de su apartamento.

Esperé unos minutos, sintiendo que se me apretaba un poco el pecho.

La brisa me pellizcaba la piel, y me abracé a mí misma.

¿Se habría quedado en Feéra?

Si no estaba en su apartamento a las seis de la mañana, era de suponer que se había quedado en Feéra. Pero ¿habría sido por elección propia? ¿Se habría congelado todo el reino cuando Torin se fue sin dejar una reina? No tenía idea, pero una sensación nauseabunda empezaba a subirme por las tripas.

Toqué el timbre de otro apartamento, luego el de un segundo, hasta que por fin alguien contestó, con voz molesta y somnolienta.

–¿Qué?

–Perdón –dije, imitando a Shalini lo mejor que pude. Giré la cabeza hacia otro lado por si había alguna cámara–. Soy Shalini. ¿Podrías abrirme? Me olvidé las llaves. –Sin mediar palabra, el desconocido me abrió con el portero automático y empujé la pesada puerta de madera.

Subí las bonitas escaleras de baldosas hasta su apartamento. No tenía llave, por supuesto, pero lo que sí tenía en ese momento era una terrible falta de paciencia y la tremenda fuerza física de una fae.

Tras tocar varias veces a la puerta y gritar el nombre de Shalini, di tres patadas, bien potentes, hasta que la madera se astilló justo encima de la manija.

Hice un hueco en la madera astillada por el que metí la mano y abrí la puerta desde dentro.

En cuanto entré, sentí un intenso olor a basura y moho. Carraspeé con una creciente intranquilidad. Al entrar en la cocina, apoyé el trozo del espejo mágico sobre la mesa.

Allí encontré una caja de donas, cubiertas por completo de moho gris y verde. Fruncí la nariz y las tiré a la basura.

Me imaginé que debería comer algo. Abrí las alacenas y saqué una caja de cereales, luego llené un vaso con agua del fregadero.

En la mesa de la cocina, comí como una niñita, metiéndome los cereales secos en la boca. Mientras masticaba, mi mente repasaba las posibilidades de lo que podría haber ocurrido.

Shalini debía de saber que yo había desaparecido, y era la amiga más leal que había conocido. Tal vez no quiso irse de Feéra sin antes saber qué me había pasado. Tal vez, cuando Torin regresara a su reino, la enviaría a casa.

Volvería corriendo, aliviada, quizá con un nuevo novio a cuestas, y nos abrazaríamos, beberíamos vino y nos contaríamos todo lo que había pasado en las últimas semanas. ¿O en los últimos meses? ¿Cuánto tiempo había pasado en realidad? En cierta manera, parecían años y horas a la vez. Bajé los cereales secos con agua fría del grifo. *A la mierda.* ¿Nunca me había dado cuenta del sabor increíble del agua del grifo? Era el néctar de los dioses, y se podía tomar

cuando uno quisiera. Era lo único que aún me gustaba de este lugar.

Cuando me llené el estómago y bebí todo lo que quise, me dirigí a la habitación de Shalini. Como era mi mejor amiga, no creí que le importara prestarme algo de ropa.

Abrí los cajones y saqué unos leggins oscuros y una camiseta de manga larga, y luego me metí en el baño de azulejos color crema.

Abrí la ducha y dejé que el lugar se llenara de vapor. A medida que la ducha se calentaba, me iba sintiendo aturdida, escuchando el zumbido reconfortante del agua que golpeaba contra los azulejos. Me quité el vestido manchado de sangre y lo tiré a la basura. Desnuda, entré en la ducha y el agua caliente me azotó la piel. Tomé un frasco de jabón líquido y me limpié. La suciedad de los pies se juntaba en el desagüe, un pequeño remolino de barro.

¿Qué estaría haciendo Torin?

Salí de la ducha con aroma a vainilla y civilización. Me sequé el pelo con una toalla y me puse la ropa limpia; luego fui a la sala de estar y me desplomé en el sofá. ¿Cuánto tardaría Shalini en volver cuando se diera cuenta de que estaba aquí?

Me mordí el labio, con la mirada perdida. Shalini volvería a casa, ¿verdad? Con el permiso de Torin, podía entrar y salir de los distintos reinos. Pero en el fondo, sentía una molesta preocupación.

Me aclaré la garganta mientras mis pensamientos nerviosos ganaban intensidad. La verdad es que no tenía idea de lo que había pasado después de que me fui del reino. Torin se preguntaba si su hermana había ocupado el trono, pero era imposible saberlo. Tal vez nadie lo ocupó y todos murieron de hambre. Tal vez Moria se hizo cargo, o la bruja amargada que maldijo el lugar.

Me puse de pie y comencé a caminar de un lado a otro. ¿Cuánto tiempo iba a esperar antes de rendirme y usar ese trozo de espejo mágico?

Una voz masculina, vacilante y preocupada, se metió en mis pensamientos.

–¿Hola?

Levanté la cabeza de golpe y miré hacia la puerta.

En el umbral había alguien, un vecino de Shalini, supuse: un hombre vestido con una camisa azul claro y el pelo castaño muy corto.

–¿Está todo bien por aquí? Parece que han entrado a robar. Perdón, ¿quién eres?

Me froté la frente. Necesitaba que la gente me dejara en paz. Y parecía que había olvidado cómo comportarme normalmente en la Corte de las Angustias, porque murmuré esas palabras en voz alta.

–¿Se supone que debes estar aquí? –preguntó.

–Soy la compañera de cuarto de Shalini –dije–. Me mudé hace poco.

–Hace tiempo que ella no viene –replicó él, mirándome los cuernos con nerviosismo.

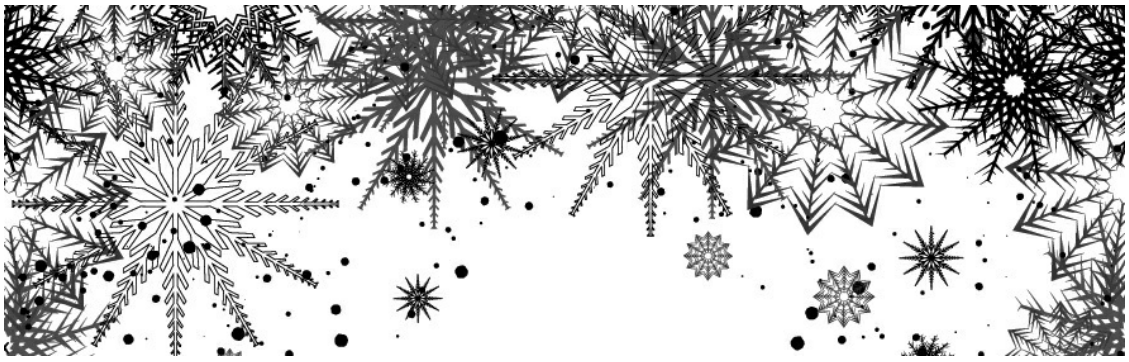
Deseaba que hubiera una forma de cerrar la puerta, pero la había roto demasiado. Me fui

acercando al hombre.

–No hace falta tu ayuda aquí. –Le mostré los dientes con un gruñido–. Y te aconsejo que te vayas. No sabes lo que puede pasarte si te cruzas con una oscura Crom.

Oí el eco de mi hermano en mi amenaza.

El desconocido se puso blanco como la leche, se dio media vuelta y bajó las escaleras a toda prisa.



37

TORIN

El portal me expulsó y caí sobre un frío suelo de piedra. Una luz helada se filtraba por una ventana con parteluz, y en el aire se respiraba un frío que calaba hasta los huesos. Estaba de vuelta en mi castillo, por alguna razón, en la habitación de Orla. El espejo me había enviado aquí.

Pero Orla no estaba.

Mientras contemplaba la habitación de mi hermana, un escalofrío me recorrió la espalda. Hacía aún más frío que cuando me marché, y el aire desprendía un leve aroma a humo y azufre. ¿Acaso la desolación de este lugar se debía a mi separación forzosa de Ava?

No, no era por eso. Unos gritos provenientes del exterior atravesaron los muros de piedra. En lugar de la serena quietud que solía haber en el castillo, una aguda tensión se enroscaba en el ambiente, arrastrando sus frías garras sobre mi piel. Me quedé inmóvil. Una voz flotó en el aire, una voz que reconocí.

Orla.

Desde algún lugar, me estaba llamando. ¿Había sentido mi regreso? Si ella hubiera abandonado el reino, estado a punto de morir y regresado de nuevo, lo sentiría en mi sangre.

Pero sus gritos...

Aquí arriba, el castillo parecía vacío, embrujado. El aliento me envolvía la cabeza en una bruma helada. Crucé el pasillo. La oscuridad se cernía sobre las paredes, a pesar de que era de día. Unas profundas sombras grises se retorcían sobre las piedras.

Sujeté la empuñadura de la espada. Hoy, el castillo parecía una tumba de roca.

La Espada de los Susurros me cantó. “Tú eres la muerte. Eres la gélida soledad que llega con

el último aliento”.

Las paredes exudaban una presencia maligna, y ya no me sentía bienvenido aquí. La magia no había vuelto a mi cuerpo, lo que significaba que mi trono seguía destrozado. Aquí, en Feéra, me sentía como un rey vacío caminando por estos pasillos, despojado del poder que una vez había corrido por mis venas.

Cuando oí el lejano golpeteo del calzado de los soldados sobre las piedras, volví a escabullirme entre las sombras de una alcoba vacía. Necesitaba ver a quién servían los soldados antes de enfrentarme a ellos, para saber si me consideraban enemigo en mi propio reino. Con la Espada de los Susurros, podría acabar con ellos en un combate, uno a uno. El arma cantaba en mi mente con cada respiración que daba, hambrienta de sangre.

Pero esta no era la fortaleza de los noseelie. Estos eran mis soldados, parte de un ejército que había comandado. Conocía a la mitad de ellos por su nombre, aunque ahora fuera un intruso. No podía asesinarlos a todos y ya.

Mientras permanecía de pie detrás de la puerta, pensé en lo que había sentido al tener a Ava apretada contra mí, moviendo la cadera hacia atrás, cuando nos habíamos escondido en aquel hueco entre las raíces del árbol... La única chispa de calidez en toda esta pesadilla era la idea de que Ava ya estaba en su casa, a salvo del despiadado mundo de los fae al que la había arrastrado. La imaginaba acurrucada en una cómoda cama, con la panza llena de comida caliente.

Desde la rendija de la puerta, vi pasar a los soldados. El corazón me dio un vuelco cuando posé la vista en el sigilo de la realeza dearg due: unas espirales blancas y llenas de espinas sobre un fondo rojo sangre.

¿Moria? ¿Le había arrebatado el control a Orla? Pero si ella tenía el control, eso no explicaba el frío glacial del invierno que se extendía por el reino. Una reina podía traer la primavera con solo sentarse en el trono.

Entonces, ¿qué mierda había pasado aquí mientras yo no estuve?

Cuando los soldados doblaron una esquina y desaparecieron de mi vista, volví a salir.

La oí de nuevo: Orla me llamaba, su voz atravesaba el cristal de las ventanas desde el este. Eché a correr hasta que llegué al ala este, y los gritos provenientes del exterior perforaron las ventanas estrechas. Me embargó una terrible preocupación.

Este lugar era antiguo; se había construido mucho antes de que los cristales de las ventanas pudieran abrirse, así que rompí el vidrio con la Espada de los Susurros. Asomado al frío álgido, contemplé el abrupto precipicio negro de los muros del castillo.

El horror y la repulsión me golpearon como un puño en la garganta. Unas cadenas descendían por el lateral del muro, y sostenían unas jaulas heladas que colgaban justo por encima del suelo nevado. Se balanceaban un poco con los vientos glaciales. Recordé haber leído que el rey Caerleon había hecho esto a algunos de sus enemigos.

Conté diez jaulas en total.

Desde muy abajo, la voz de Orla flotaba en el viento.

Apreté los dientes mientras hacía unos rápidos cálculos mentales. Podía intentar arreglar mi trono y recuperar mi poder, o podía correr por el castillo y acercarme a las jaulas desde abajo. Pero el castillo era enorme. Si me desplazaba por trechos largos, corría el riesgo de terminar encarcelado y muerto a manos de la nueva monarca. Y entonces, Orla viviría sus últimos momentos congelándose en la jaula.

La otra opción... la otra opción era simplemente bajar por las cadenas con la Espada de los Susurros hasta la jaula de Orla. Los prisioneros estaban colgados en el ala este, que no tenía rastrillo ni portón. No vi a ningún soldado patrullando abajo. ¿Para qué patrullar una jaula cerrada?

Dejé escapar un largo suspiro, que formó una nube alrededor de mi cabeza y se congeló en el aire. La opción más segura para que Orla lograra sobrevivir era que yo fuera directamente a ella. En ese lugar. En ese instante.

Me azotó una ráfaga de viento helado, y trepé a la ventana para salir entre los cristales rotos, espada en mano.

Me hice algunos cortes en las palmas y las piernas con los vidrios, pero no les presté atención. Tampoco al viento gélido que me golpeaba.

Sentía la nieve contra la piel expuesta, por los agujeros de mi ropa hecha jirones. No tenía funda para la espada, así que la llevaba en una mano, y bajaba por la cadena ayudándome con las piernas y el otro brazo. Las paredes de piedra helada me pinchaban los pies descalzos. Las cadenas congeladas se me pegaban a los dedos, así que cada minuto cambiaba de mano. Descendí en rápel por el costado de mi propio castillo, azotado por los vientos de nieve.

Cuando un rugido retumbó a mis espaldas, el pavor me hizo un nudo en el estómago. Me volteé lentamente, y vi un dragón negro y rojo surcando los cielos.

En el lomo del dragón había una mujer vestida de rojo, con el pelo bordó que le ondeaba como un estandarte ensangrentado.

Moria. Ava me había advertido que era terrible... pero no creí que lo fuera tanto.

La criatura soltó una llamarada de fuego, anaranjada y ardiente contra un cielo del color de las cenizas.

Otro pensamiento horrible se apoderó de mí.

En los viejos tiempos del rey Caerleon, él había incursionado en la magia maligna. En concreto, había usado un dragón negro y rojo conocido como el Sinach para prender fuego a sus enemigos. Y allí estaba ella, una reencarnación del peor tirano de Feéra: un rey Caerleon con vestido.

Me apresuré a bajar por las cadenas. En cualquier momento, el Sinach podría atacar este muro

de jaulas, derretir las cadenas, derretirme a mí, abrasar vivos a los prisioneros. Se me habían empezado a congelar los músculos, pero me obligué a moverme tan rápido como me lo permitía el cuerpo.

Con el frío cortante, creí que se me caía la piel de los dedos mientras bajaba por la cadena congelada. Había descendido unos cuantos pisos, y miré hacia abajo. Al ver las jaulas desde esa distancia, atisbé un brazo que sobresalía de una de ellas. Era un brazo que pude reconocer, delgado y delicado; la piel clara, azulada por el frío.

Me inundó la ira por completo.

Orla volvió a decir mi nombre, agonizante. Esta vez, le grité:

–Ya voy, Orla. –No pude evitarlo. Necesitaba que supiera que intentaba sacarla de este infierno.

Cuando volví a mirar por encima del hombro, se acercaban Moria y el Sinach.

La jaula de Orla estaba justo a la derecha de la cadena por la que había bajado, y estaba desesperado por llegar a ella primero.

Cuando estaba a seis metros por encima de la jaula más cercana, solté la cadena y salté. Aterricé con fuerza, y el impacto me hizo temblar las piernas. La jaula se sacudió por mi caída, pero mantuve el equilibrio. Desde allí, salté tres metros por el aire helado hasta la jaula de Orla.

Miré hacia el suelo. La nieve estaba a unos cinco metros nada más.

–Sujétate –grité contra el viento.

Me incliné sobre el borde metálico y miré hacia dentro. Orla yacía acurrucada y congelada, sin siquiera la mínima misericordia de poder abrigarse con una capa. Tenía las pestañas espolvoreadas de nieve, que también se le había pegado al pelo. Los labios se le habían puesto azules.

–Torin –dijo–. Moria se ha vuelto loca. Está usando los dragones, está usando a Modron. Quiere matarnos a todos. Ha convencido al ejército de que trabajas con Mab.

No necesitaba escuchar más.

Giré la Espada de los Susurros para abrir la cerradura. La puerta oxidada se abrió, con el crujido de la bisagra.

–¿Puedes saltar? –grité.

Ella asintió y se acercó a la entrada de la jaula, con el cuerpo temblando violentamente.

–El suelo está a unos cuatro metros, Orla. Aterrizarás en la nieve y luego tendrás que llegar al bosque. Te ayudaré en cuanto pueda.

Para Orla, este salto sería más difícil que para los demás. No podía ver el suelo. Pero ella siempre hacía lo que tenía que hacer sin quejarse. Se lanzó desde la jaula y aterrizó con fuerza en la nieve, dando tumbos. Unos segundos después, ya estaba de pie y corría hacia el bosque, con el viento que le sacudía el vestido.

Salté a la siguiente jaula, donde reconocí la voz grave de Aeron.

–Torin –gritó–, te matarán.

Me incliné sobre el costado de la jaula, sintiendo los pinchazos del metal congelado a través de la ropa.

Hice un agujero en la cerradura con la espada. Le ordené a los gritos que fuera con mi hermana. Él saltó, giró hacia mí y señaló otra jaula a mi derecha.

–Shalini –exclamó. Y con una intensa punzada de horror, me di cuenta de que Moria había capturado a una humana en una de esas jaulas, alguien que podía morir fácilmente de congelación.

Con el corazón galopante, salté hacia su jaula y rompí el metal de su cerradura. La puerta crujió al abrirse y Aeron gritó su nombre una y otra vez, con la voz desesperada. Me asomé a la jaula y la vi arrastrando los pies, medio gateando, hacia la puerta abierta. Parecía tener el cuerpo rígido por el frío bajo la capa. Prácticamente cayó de la jaula a los brazos abiertos de Aeron. Él la llevó como a una novia hacia el bosque, siguiendo los pasos de Orla.

Me agaché, listo para saltar a la siguiente jaula, pero algo me detuvo. A la vuelta de la esquina, marchaba una fila de soldados vestidos de rojo, con arqueros entre ellos. El corazón me latía como un tambor de guerra al verlos arrodillados en la nieve, apuntándome con las flechas.

En aquel momento no estaba seguro de muchas cosas, salvo de que últimamente me habían disparado demasiadas flechas. De eso sí no tenía dudas.

Uno de los soldados dio la orden de disparar. Me preparé, esperando a que volaran las flechas.

Solo sentí el castigo del viento. Tal vez, en este entorno infernal, comprendieron que su nueva reina no velaba por sus intereses.

–¡Ustedes me conocen! –grité contra el viento y la nieve–. Soy su rey. Y más allá de lo que haya pasado mientras estuve atrapado en las tierras enemigas, más allá de lo que hayan dicho de mí, ustedes saben quién soy en realidad. Saben que siempre he hecho todo lo posible para proteger a Feéra, para cuidarlos a todos. Algunos de ustedes sirvieron conmigo durante años. Y nunca pasó esto cuando yo era rey, ¿verdad?

Posé la vista en un hombre de pelo azul y piel bronceada al que reconocí.

–¡Lonan! Tu familia cenó conmigo para celebrar el nacimiento de tu hermana menor. –Desvié la mirada hacia otro, uno de rizos dorados cuya familia tenía una granja ganadera–. Maloe, ayudé a resolver el conflicto entre la granja de tu familia y la del vecino, cuando su valla se estaba cayendo encima de tus campos.

Desde lo alto, el Sinach descendió en picada con Moria en el lomo. Estaba a unos treinta metros por encima de nosotros.

La criatura soltó una llamarada debajo de las nubes grises como el hierro. Los soldados miraron por encima del hombro el estallido de las llamas, y la tensión que los embargaba se les

clavó como garras. Con la espada en alto, les dije:

–Todavía sostengo la Espada de los Susurros. Los antiguos dioses aún me han bendecido como su rey. La reina noseelie Mab me tuvo cautivo en su reino, contra mi voluntad, y luché con uñas y dientes para volver con ustedes.

Encima del Sinach, la corona de Moria brillaba como brutales fragmentos de hielo. Ella le gritó a la tormenta.

El dragón giró sobre sí mismo, acercándose aún más, y el olor pernicioso del miedo invadió el aire. El Sinach batió las alas, a tan solo unos metros por detrás de los soldados. De su boca salió una explosión abrasadora de llamas que hizo estallar la nieve a sus espaldas.

Uno de los arqueros lanzó una flecha y yo la bloqueé con mi espada. La segunda flecha también. Los soldados estaban aterrorizados por el dragón y hacían lo que su reina les ordenaba. ¿Qué más iban a hacer? Nadie quería morir quemado.

La sangre me rugía en los oídos.

Con el reino sumido en el terror, Moria tenía un férreo control sobre él. Mientras el dragón lanzaba sus llamas, las flechas seguían volando hasta que ya no pude bloquearlas todas. Una se clavó en mi estómago, otra en el bíceps. El dolor me desgarró por dentro y la fuerza de la segunda flecha me hizo caer de la jaula.

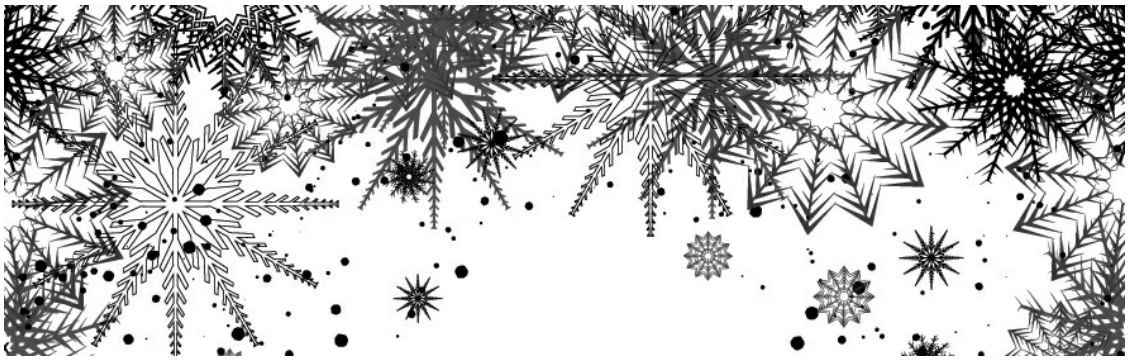
Me estrellé contra la nieve, y el golpe contra el hielo me sacudió la columna. Mientras mis soldados me sujetaban las muñecas y la garganta con cadenas, me susurraban sus disculpas. Susurraban que no sabían la verdad, que bien podía ser amante de los demonios, pero percibía la duda en su voz.

Siempre había hecho frío, pero esto… el Sinach, las jaulas, el terror palpable… era una verdadera pesadilla.

Me arrastraron por la nieve helada y me subieron a un carro. Miré con una mueca de dolor las puntas de flecha que me desgarraban la carne.

Cuando el carro emprendió la marcha, rebotando sobre la tierra helada, sentí cada sacudida. No era la bienvenida que esperaba, la verdad.

¿A dónde mierda me llevaban?



38

AVA

Me quedé mirando el trozo de espejo. Apenas me había movido en la última hora. Una cosa que había aprendido en la Corte de las Angustias era que tenía que estar preparada para escapar en cualquier momento, y esa sensación de urgencia me cosquilleaba la columna. Con el fragmento del espejo en la mano, me eché en el sofá de Shalini.

Esperé, con la mirada perdida en el gris ceniza del mundo humano.

En una mesa junto al alféizar de la ventana, había una planta de aspidistra, con las hojas marchitas y marrones por la ausencia de Shalini. Se me tensaron los músculos. Sentí su sed, la soledad, la proximidad de la muerte. Ladeé la cabeza e invoqué vida para devolvérsela a la planta, y la magia que me invadió se sintió como la cálida luz del sol sobre mi piel. La planta brilló con una luz dorada, y sus hojas reverdecieron.

Me levanté y acaricié las hojas cerosas con la yema de un dedo. Una planta típica de humano, dócil y civilizada.

Pero Shalini también tenía un lado salvaje, y por eso había terminado en Feéra.

Junto a la planta, un libro verde descansaba sobre la mesa. Bajo los restos de hojas muertas, leí las letras doradas: W. B. YEATS.

Volví a echarme en el sofá y hojeé las páginas. Mis ojos se posaron en un poema, y el corazón empezó a latirme con fuerza.

"*Hadas, vengan a sacarme de este mundo aburrido,*
porque quisiera montar el viento con ustedes,
correr por encima de la marea alborotada
y danzar como una llama sobre las montañas".

La sangre me corría con fervor. Estaba destinada a danzar como una llama sobre las montañas.

A los fae nos forjaron en los fuegos de una diosa de las montañas, para correr por los cielos salpicados de estrellas. No nacimos para ser civilizados. No nacimos para comer unos cereales de mierda.

Y no podía quedarme allí sin saber si mis amigos estaban bien. Después de todo lo que había pasado, no volvería a dar por sentada la seguridad de nadie.

Torin me había dicho que mientras su trono estuviera destrozado, no tendría poder alguno. Así que al regresar, ¿habría vuelto como rey? ¿O alguien le habría usurpado la corona?

Considerando lo que sabía de los fae, que éramos despiadados y sanguinarios, tenía la fuerte sospecha de que se trataba de lo segundo.

No me quedaba casi nada en ese momento, pero lo que sí tenía era una tremenda falta de paciencia y una determinación total y absoluta de proteger a mis seres queridos.

Salí disparada al armario de Shalini y tomé su abrigo de invierno más grueso y un par de botas hasta la rodilla.

Vestida por completo, me miré en el trozo de espejo y grité la palabra “Feéra”.

TORIN

Tenía las muñecas sujetas con unas esposas heladas y un collar de hierro alrededor de la garganta. Miré la sangre que manaba de mi cuerpo y las flechas que sobresalían de la carne. La sangre se había congelado en la ropa.

Mis soldados me habían encadenado a un poste en el centro del anfiteatro de piedra. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de hielo.

Moria y Modron estaban donde yo había presidido los duelos durante las pruebas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Ava había ganado en este estadio? Me parecían siglos. Al pensar en ella, el dolor me partió en dos, una fría sensación de pérdida porque jamás volvería a verla.

¿Este ya era el final, entonces?

El frío me roía la piel y las sombras parecían volverse más densas a mi alrededor, danzando sobre el hielo como espíritus congelados. Moriría separado de mis seres queridos.

Aturdido, recorrí el anfiteatro con la mirada, contemplando la multitud que ocupaba los asientos de piedra. Sentía el susurro de la ira sobre la piel. Iba a ser la ejecución pública de un rey conquistado.

En la plataforma de piedra estaba Moria, con unos largos guantes blancos y un manto bordó oscuro, a juego con su cabello. Una sonrisa le curvaba los labios.

Modron estaba a su lado. La vieja bruja llevaba una capa gris oscuro como el humo. Pensé en lo que Mab le había dicho a Ava: si mataba a Modron, todo terminaría.

Un viento helado sopló por el estadio, arrastrando ráfagas de nieve. Nadie me había dicho aún cómo iba a morir, pero me imaginaba que sería algo más creativo que morir congelado, seguramente a la altura de algunas de las amenazas que Mab ya había proferido: eviscerado, castrado o encerrado en un árbol congelado. Puede que los humanos hayan creado bellas obras de arte, pero los fae eran de lo más creativos cuando se trataba de métodos para matar.

Los seelie se agolpaban en las gradas, abrigados con pieles.

Moria se subió la capucha bordó. Con elegancia, bajó del estrado y cruzó por el campo del estadio lleno de nieve. La observé, invadido por un odio hirviente, mientras caminaba por el hielo con el viento sacudiéndole la capa. Si tuviera mi magia, esto acabaría en cuestión de minutos.

Ella se detuvo a unos metros de mí y me dedicó una sonrisa que me heló aún más la sangre.

–¿Vas a dejarme morir congelado, Moria? –le pregunté–. ¿Ese es tu plan: mostrarle a todo el mundo que el rey ya no tiene ningún poder?

Moria parpadeó, agitando sus largas pestañas. Bajo la capucha, su corona brillaba como el hielo bajo la luz pálida.

–Ah, no, querido, no te vas a congelar. Eso es lo que le hiciste a mi hermana antes de enterrarla en el templo. Congelarte es demasiado generoso. Quiero que mueras aterrorizado, gritando y totalmente fuera de control. Quiero que mueras presa del horror absoluto.

Sé que quería que le preguntara qué iba a hacer, que rogara para que me perdonara la vida, pero no iba a hacerlo, porque ella nunca me la perdonaría.

Moria señaló a la multitud que llenaba las gradas y anunció:

–Están aquí para presenciar lo que le haré a un amante de los demonios. Verán hasta dónde estoy dispuesta a llegar para proteger al reino de aquellos que prefieren matarlos de hambre.

La ira me robó el aliento. Por eso había dejado que el reino se enfriara. Era mucho más fácil salirse con la suya cuando el reino estaba en guerra. Lo único que tenía que hacer era culpar a los traidores.

–No serás reina por mucho tiempo –dije–. Verán que estás obligando a la gente a sufrir. Encontrarán a otra, una reina que les dé la primavera que necesitan.

Moria se acercó a mí y me susurró, presionando los labios color vino contra mi mejilla:

–Pero Torin, todo esto es culpa tuya. Los he ayudado a entenderlo.

–¿Por qué haces esto, Moria? –Mi tono ya era violento.

Ella se inclinó hacia atrás, y su sonrisa se desvaneció.

–Ya no puedes llamarme así. El término correcto es “su majestad”.

Algo brilló en su cadera bajo la capa, y la ira me embargó el pecho al ver la Espada de los Susurros. Moria ya era una tirana, pero esa espada la convertiría en un monstruo completamente desquiciado.

–¿Por qué hago esto? –dijo entre dientes–. Porque me quitaste lo único que amaba. Mi padre me enseñó a castigar a mis enemigos. Me crio para ser fuerte como el rey Caerleon y los poderosos reyes de antaño.

–Caerleon no era fuerte. Era un sádico paranoico y sediento de sangre, y vas por el mismo camino.

–Su corte era respetada. –Miró hacia atrás por encima del hombro–. Sin embargo, tengo una nueva amiga, Modron. Estaba muy sola, ¿sabes? Estuvo durante siglos sola junto al río. Y ahora me tiene a mí. –Me miró con una sonrisa tímida–. Ella puede controlar el río, ¿lo sabes? El Avon. Puede hacer que crezca.

Ah. Planeaba ahogarme. Menos creatividad de la que había anticipado.

Cuando Moria sonrió esta vez, asomó los colmillos y lamió uno de ellos.

–Antiguamente, los dearg due bebían sangre. Pero hoy en día eso se considera vulgar, ¿no? Nuestra sociedad se ha ablandado. –Se le frunció el ceño–. Yo estaba destinada para este momento. Está escrito en las estrellas. Por eso pasé por un infierno de niña. Por eso los dioses me maldijeron con la agonía de perder a la única persona que amaba. Todo fue para este momento. Este es el destino, Torin. Todo esto me ha hecho fuerte.

No, te ha vuelto demente.

Se dio la vuelta y volvió a subir la escalera.

Mientras yo tiraba de mis cadenas, ella dio un discurso que resonó sobre las piedras del estadio. Era un discurso lleno de propaganda, sobre cómo amaba a los demonios y había estado conspirando para destruir mi propio reino. Al parecer, me había seducido una mujer descarada llena de maldad, con cuernos, mitad animal.

Mientras hablaba, los obreros estaban sellando las entradas de los túneles al estadio.

Mi mente volvió a Ava. No importaba lo que pasara aquí, al menos ella estaba a salvo. Sabiendo eso, podía morir feliz. Orla también tenía una oportunidad de sobrevivir. Aeron cuidaría de ella. Eso era lo mejor que podía esperar, ¿no? Morir con la esperanza de que las personas que amaba estuvieran a salvo.

Cerré los ojos y pensé en Ava durmiendo profundamente en una cama cómoda. Cuando se había dormido a mi lado en la Corte de las Angustias, le oí un ligero ronquido. Me imaginaba su pecho subiendo y bajando, y la idea me hizo doler el mío.

Un gran crujido de piedra me sacó de mi visión, y ahogué un grito cuando unos géiseres helados estallaron de las piedras que me rodeaban y el agua del río comenzó a inundar el estadio.

Brotaron riachuelos a mi alrededor. El agua turbia entraba por cada rincón del anfiteatro y me helaba los pies.

Modron cantaba con un raro gesto de éxtasis en la cara. Del cuerpo le salían unas volutas de magia oscura que subían al cielo de carbón.

El agua fría me roía la piel hasta que se me entumecieron los dedos de los pies. En lo alto, el dragón se abalanzó desde el cielo tormentoso, y unos murmullos de miedo recorrieron la multitud.

–El Sinach ayudará a ejecutar a este traidor –bramó Moria–. Solo cuando el amante de los demonios esté muerto, cuando su traición sea eliminada de la tierra, la primavera volverá a nuestro reino.

Cuando el dragón aterrizó a su lado en la tarima de piedra, sentí que se me apretaban las entrañas. El frío no me asustaba, no, pero el fuego era otra cosa. La mente se me había vuelto lenta por culpa de mi cuerpo helado, como si incluso mi cerebro estuviera envuelto en hielo. Con ese letargo mental, no podía descifrar lo que estaba sucediendo. ¿Qué sentido tenía el agua del río si pensaba usar el Sinach?

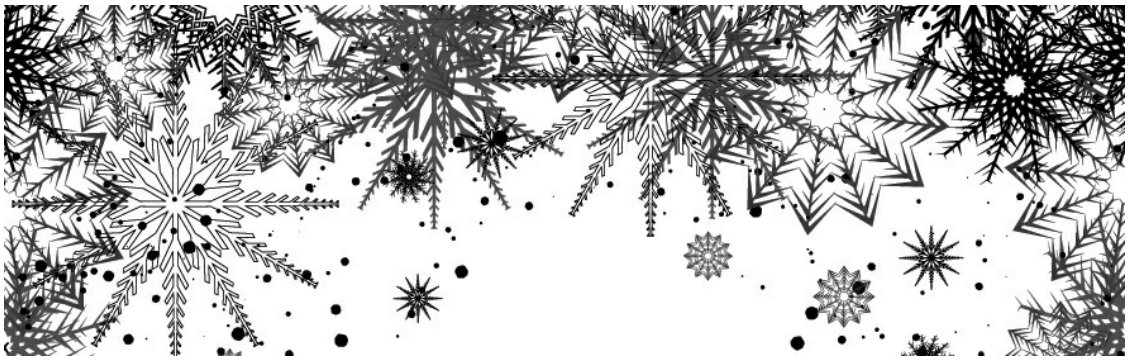
El agua ya me llegaba a la cintura. ¿Quería quemarme de la cintura para arriba?

Cuando Moria gritó una orden tajante, el corazón me dio un vuelco.

En la plataforma de piedra, el Sinach se levantó y lanzó una llamarada al agua. Los espectadores estallaron en gritos. Nadie quería ver aquello.

Poco a poco, en medio de la niebla de mi cerebro helado, até cabos. Ella no iba a ahogarme.

Iba a hervirme vivo.



39

AVA

El espejo me dejó al este del castillo, y enseguida me di cuenta de tres cosas: una, el fragmento mágico no había pasado conmigo; dos, llevarme el abrigo de Shalini había sido una de las mejores decisiones que había tomado en la vida porque debía de hacer como treinta grados bajo cero; y tres, el lugar se había convertido en un infierno absoluto.

Eso indicaba que Torin no había recuperado su magia.

Sentí el susurro del pavor en el cuerpo. De las paredes del lado este del castillo, colgaban jaulas con prisioneros. Algunas estaban abiertas, pero en la mayoría había personas congeladas y medio muertas. Se me retorció el estómago. Si el trono de Torin estuviera intacto, si él hubiera recuperado su magia, nunca habría permitido eso.

Estudié las jaulas con desesperación, buscando a Shalini. Ni rastro de ella. Un atisbo de buenas noticias.

En una de las jaulas, una mujer se arrastró hasta los barrotes.

Tenía el pelo negro y las orejas puntiagudas cubiertas de nieve.

–Ayúdame –suplicó con voz ronca–. Estamos aquí porque fuimos leales al rey. Por favor, ayúdame.

–¿Quién gobierna aquí ahora?

–Moria. Se llevó al rey. Se lo llevó al anfiteatro. –La histeria se apoderó de su voz–. Ayúdame, por favor.

Sentí que el horror me golpeaba las entrañas.

–¿Al anfiteatro? ¿Por qué?

–¡No lo sé! –chilló la mujer–. Libérame y podré pensar con más claridad.

Agitada, inspiré una repentina bocanada de aire helado, y mis pensamientos se partieron por la mitad. Podía correr hacia el anfiteatro en ese instante o podía intentar arreglar su trono. Si le devolvía el poder sobrecogedor del rey seelie, tal vez podría salvarse.

Retrocedí en la nieve, tapándome los cuernos con la capucha de Shalini.

Cuando miré a mi izquierda, vislumbré a dos soldados marchando a lo lejos. Con los uniformes de color granate, parecían gotas de sangre sobre un paisaje blanco.

¿No era ese el color preferido de Moria?

A lo lejos, oí el gemido acongojado de una banshee que se retorcía en el aire. Cleena, tal vez.

Un escalofrío recorrió mi columna. Alguien iba a morir.

Volví a mirar hacia las jaulas e invoqué vida de la tierra helada. Aquí era mucho más difícil hacer crecer plantas que en la Corte de las Angustias. En Feéra, una gruesa costra de hielo cubría la tierra, atrapando el mundo vivo bajo el invierno. En los recovecos de mi mente, me conecté con las plantas bajo el suelo y sentí cómo luchaban por liberarse del hielo.

Cerré los ojos y pensé en las llamas de la diosa de las cenizas que danzaban en lo alto de la montaña en la Corte de las Angustias y en el calor seductor del reino de los noseelie. Pensé en Torin, besándome profundamente en el templo abandonado de la diosa de las cenizas. “El amor es una forja...”.

Apreté los dientes, y mis manos formaron puños. Las enredaderas martilleaban el hielo, luchando por liberarse.

Abrí los ojos. Unas plantas brotaron de la tierra invernal, se elevaron y se enroscaron alrededor de las puertas de las jaulas.

Con un movimiento de muñeca, las enredaderas abrieron las puertas de hierro oxidado. Eché el abrigo de Shalini a la nieve para que lo usara una de las víctimas y liberé mis alas. Estas brotaron de mi espalda, rasgando la camisa de Shalini, y me elevé en el aire. Los soldados oyeron el ruido de las jaulas al abrirse y vinieron corriendo.

Volé en picada hacia el lado norte del castillo, atravesé el rastrillo abierto y avancé bajo los imponentes techos.

A mis espaldas se oían gritos, pero me movía con rapidez, y la sala del trono no estaba lejos de la puerta principal. Detrás de mí, algunos arqueros lanzaron flechas, pero pasaron volando sin hacerme daño.

Batí las alas en el aire mohoso del castillo y me abalancé a la sala del trono. Un brillo de hielo y escarcha resplandecía en las piedras y un escalofrío me recorrió la espalda.

Cinco soldados vestidos con pieles negras custodiaban los tronos con las espadas a la cintura, pero, al igual que en la Corte de las Angustias, crecían pequeñas hierbas entre las grietas del suelo. Los soldados corrieron hacia mí, pero invoqué unas enredaderas gruesas y espinosas. Las plantas serpentearon alrededor de los guardias y sus espadas se estrellaron contra el suelo.

Atrapados entre las cuerdas de plantas, gritaron pidiendo refuerzos. Por detrás, una flecha pasó demasiado cerca de mí.

Di un giro. Al ver las pequeñas hierbas que había junto a la puerta, las hice crecer y entrelazarse hasta que formaron una barrera que me protegía de las flechas.

Con el corazón palpitante, volé por encima de los soldados caídos y aterricé detrás del trono de Torin. La luz invernal entraba por los vitrales, bañando el trono destrozado en profundos tonos dorados y azules.

Me dispuse a pasar las yemas de los dedos por las gélidas piedras e imaginé que el trono volvía a unirse. Una magia cálida me rozó el cuerpo, besando mi piel.

Poco a poco, crecieron raíces entre los fragmentos, tirando de ellos y uniéndolos. La magia zumbó y vibró por mi espalda, acelerando mi corazón y haciendo brillar mi cuerpo. Pieza a pieza, el trono se unió, las raíces se apretaron y se hundieron en las piedras hasta que quedó mitad piedra, mitad raíz, como el castillo de Mab. Como un trono noseelie...

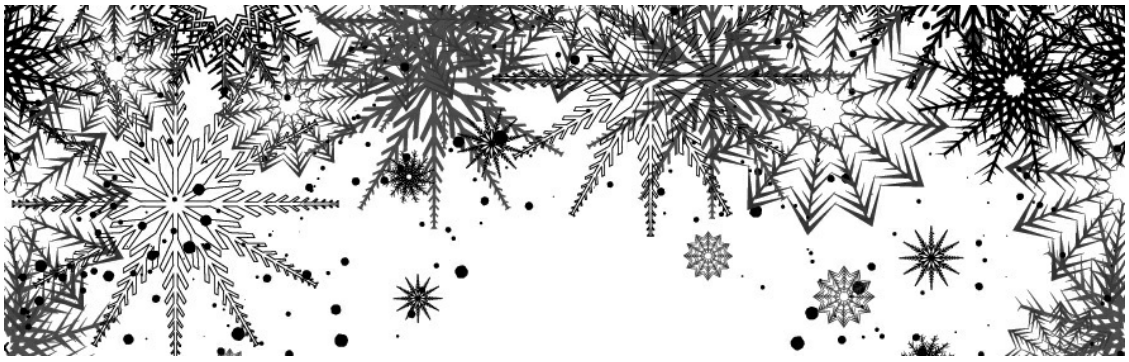
Creció musgo entre las grietas hasta que, por fin, se alzó un trono vivo, de forma un poco despareja, pero intacto.

Al otro lado de mi escudo vegetal, los soldados cortaban la barrera.

Giré, y mis alas me elevaron en el aire. Con una bota atravesé un vitral y salí al pleno invierno. A mi alrededor estallaron cristales que reflejaban luces de colores.

Un viento helado me azotó al salir volando. Oí unos gritos traídos por el viento. Me concentré en el ruido, con la adrenalina que me chispeaba por los nervios.

¿Qué horrores estaba perpetrando Moria?



40

TORIN

El fuego del dragón estalló sobre el agua. Al principio, parecía un baño caliente, un alivio del frío del hielo. Se me descongelaron los dedos de los pies y se me relajaron los músculos. Luego, se convirtió en un baño de castigo, de esos que le gustaban a Ava. El agua se fue calentando hasta convertirse en cómo imaginaba que sería un lago volcánico. Mediante la magia de Modron, ya me llegaba a los hombros, con espirales de vapor que se enroscaban a mi alrededor y formaban una niebla espesa.

Hice una mueca, preparándome para más calor. Pero justo cuando pensaba que me iba a escaldar la piel para siempre, me invadió un poder helado. La magia de hielo corrió por mis venas y mi sangre se llenó de fuerza. Tenía la mente colmada de una euforia salvaje.

Cuando se había roto el trono, la pérdida de mi magia había sido como perder uno de mis sentidos. Ahora, impactaba contra mí con más intensidad que nunca. Su poder era casi abrumador y vibraba en mis huesos. Una magia fría brotó de mi cuerpo, enfriando el agua humeante del río.

¿Acaso me habían bendecido los dioses?

Rompí las cadenas que me sujetaban las muñecas, manteniendo las manos ocultas bajo el agua. En cuanto Moria se diera cuenta de que estaba libre, me rodearía con el Sinach y me prendería fuego.

La bruma me envolvió. Cuando el agua me llegó al cuello, me arranqué el collar que me ataba al poste.

Me sumergí bajo la superficie turbia y comencé a enviar corrientes heladas que manaban de mi cuerpo. Nadé a través del agua turbia: algunas corrientes rebosaban de calor, otras estaban

heladas por mi magia. Pero al mezclarse el hielo con el fuego del dragón, el calor era soportable.

Cuando estuve cerca del estrado, salí del agua y la escarcha brotó de mí con un estallido. Se disparó de mi cuerpo una ira glacial. Este era mi reino y lo protegería de esos monstruos, de las sombras de pesadilla que lo invadían.

El Sinach rugió y me lanzó fuego, pero lo bloqueé con hielo. Un rayo brutal de escarcha surgió de mi pecho, extinguiendo las llamas del dragón. La escarcha onduló sobre las escamas de la criatura, que retrocedió.

Moria saltó sobre el lomo del dragón, y este despegó hacia los cielos con las escamas negro granate brillando por el hielo. Mientras subía al estrado, busqué a Modron. La vieja bruja ya había desaparecido. Los espectadores de las gradas corrían en busca de las salidas.

La Espada de los Susurros resonaba dentro de mi cabeza. Necesitaba poner la mano en su empuñadura.

Bajé corriendo las escaleras exteriores del anfiteatro, siguiendo al Sinach a pie. Corrí descalzo por la nieve, pero el frío ya no me afectaba.

Salí disparado en medio del viento, con la ropa blanca hecha jirones. A mi izquierda, los árboles oscuros y pelados bordeaban los campos cubiertos de nieve, y el castillo era una pequeña sombra recortada contra el extenso fondo blanco.

Avanzaba agitando los brazos, y las piernas me ardían por el esfuerzo. Iba a toda velocidad, levantando la nieve a mi alrededor. Podía correr rápido, pero no lo suficiente para seguir el ritmo del Sinach.

¿Qué había pasado para que recuperara mi poder? Tal vez había sido Aeron.

No tuve tiempo de pensar en eso porque Moria y el Sinach volvían a dar vueltas; las escamas escarchadas del dragón brillaban bajo el apagado cielo invernal. Al igual que el rey Caerleon, ella intentaría quemarme vivo.

Excepto que ahora no sería tan fácil matarme.

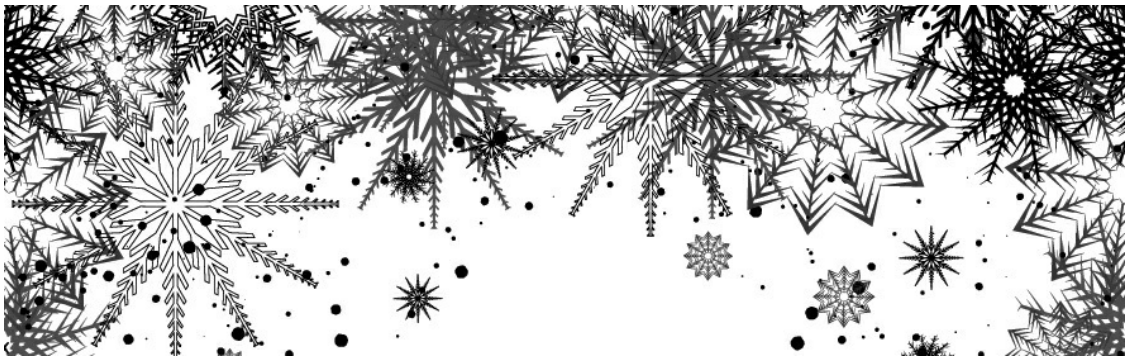
El Sinach se acercó, abrasando la tierra con un fuego devorador. Contraataqué con una ráfaga de aire helado que sofocó las llamas. Las oscuras alas del Sinach se batieron en el aire y la criatura abrió la boca para rugir, con los colmillos que le brillaban en la pálida luz invernal.

Otro estallido incendiario de las fauces del dragón carbonizó el aire, pero sentí las chispas de mi magia subir por la espalda y brotar de mi pecho. La escarcha se disparó sobre las escamas de la criatura, volviéndolas blancas y vidriosas. Los movimientos del Sinach se tornaron espasmódicos e irregulares.

Moria apartó a su dragón de mí y regresó al castillo. Volví a seguirla a pie, golpeando la nieve al correr.

Mientras avanzaba hacia el castillo, atisbé una figura con alas negras como las de una mariposa nocturna. Se me cayó el mundo.

Ava, amor mío, ¿qué mierda estás haciendo?



41
AVA

Abajo, el mundo era un mar blanco interrumpido solamente por la hilera de árboles desnudos a mi derecha. De sus ramas oscuras y puntiagudas colgaban témpanos.

Mientras volaba, recordaba lo que había dicho Cala. “Nada ocurre aquí sin el consentimiento de la reina...”.

Si eso era cierto, ¿cómo había podido escapar?

Pero la reina me había dicho claramente lo que quería, ¿no?

Poco a poco, las piezas del rompecabezas fueron encajando en mi mente.

Todo lo que había sucedido en la Corte de las Angustias había estado bajo su control. El encarcelamiento, el duelo, las reglas de no vernos bajo pena de una muerte horrible, las muchas promesas de arrojarme de la torre...

Todo lo que había ocurrido allí había sido una prueba, con el propósito específico de descubrir si la reina podía conseguir lo que quería.

El sonido de unos gritos lejanos me disparó el miedo por la nuca, interrumpiendo mis pensamientos. Cada centímetro de este lugar, cada roca y pendiente de nieve, cada hoja afilada de hielo, todo destilaba una brutalidad amenazadora. Cuando había llegado para competir en el torneo, Feéra me había parecido siniestra. ¿Y ahora? La tierra fría y rocosa respiraba violencia.

El olor a azufre y ceniza flotaba en el viento. Y cerca del anfiteatro, una forma monstruosa surcaba los cielos. Un escalofrío gélido bailó por mis terminaciones nerviosas.

Un dragón se elevaba bajo las nubes grises, batiendo las alas bajo un cielo invernal. Sobre el lomo había una silueta vestida de carmesí, una mancha de dulcamara recortada contra un fondo de tinta y hueso.

Se me cayó el alma a los pies. Mi magia vegetal era increíble, pero no servía de mucho contra un verdadero infierno de fuego. Y con las gruesas capas de hielo que tapaban la tierra como una tumba, necesitaba detenerme y concentrarme para lograr sacar las plantas.

Volé hacia los árboles esqueléticos para ocultarme entre ellos. Al girar, el dragón se acercó, abrasando el aire con una ráfaga de viento solar que me chamuscó la piel expuesta y las alas.

Un zarcillo de pánico se me enroscó en las entrañas mientras me precipitaba hacia los árboles, inclinando las alas para ganar velocidad, pero sacrificando el control. Aterricé en un revoltijo de alas, ramas y nieve. Me dolían los huesos de las alas y me estremecí. Pero no tuve tiempo de curarme porque el dragón se abalanzaba sobre mí.

El miedo encendió mis pensamientos como un relámpago.

Me encontraba en el límite de un bosque, con árboles negros y pelados que sobresalían de la tierra blanca como cornamentas. Este era mi ejército, los árboles, mis soldados. Cuando el dragón se acercó, listo para lanzar otra llamarada, las ramas afiladas se extendieron por encima de mí como manos que trataban de alcanzar al dragón. Los témpanos cayeron sobre la nieve cuando las ramas se movieron y se enroscaron alrededor de la garganta de la criatura.

El monstruo se estrelló contra el suelo congelado, y la fuerza del impacto sacudió la tierra. Una nube de nieve brillante se esparció alrededor del dragón, cubriéndolo de escarcha. La nieve me salpicó el cuerpo.

Me rugió la sangre con la emoción depredadora de un cazador que derriba a su presa, y los árboles formaron una jaula alrededor del dragón.

En la nube de nieve, perdí el rastro de Moria.

Me puse de pie, con una mueca de dolor por las alas magulladas. El invierno me rozaba la piel.

El dragón estaba a tan solo unos quince metros de mí. La criatura me daba la espalda, pero si no ponía suficiente distancia entre nosotros, el monstruo podría girar y prenderme fuego.

Flexioné las alas, una, dos veces. Mi plan era volar cerca de los árboles para evitar al dragón, pero con mis alas heridas, no estaba segura de si lo lograría.

Cada vez que golpeaban el aire, un dolor agudo me punzaba la izquierda. La nieve me azotaba la cara y yo apretaba los dientes, intentando volar más alto, más rápido. Logré despegar unos metros del suelo, pero sentía un ala pesada y volaba de forma irregular y serpenteante. Desesperada, quería llegar hasta Torin. ¿Le había devuelto su poder? Eso esperaba. ¿Y si Moria ya lo había matado? Después de todo, ella se estaba *alejando* del anfiteatro, como si acabara de lograr su cometido.

Una tormenta de pensamientos oscuros y desbocados me invadió la mente. No podía volver a perderlo.

Me palpitaba el corazón mientras luchaba por despegar, con los ojos llenos de lágrimas, hasta

que mi mirada se posó en otra figura que se unía al enfrentamiento. A lo lejos, entre los remolinos de nieve, vi a alguien vestido con unos harapos blancos manchados de sangre. Se me partió el corazón al ver a Torin corriendo descalzo por la nieve, una silueta minúscula en medio del vasto paisaje blanco. El alivio que sentí me hizo derramar lágrimas tibias por las mejillas.

Pero antes de que pudiera emprender mi vuelo lento e irregular hacia él, una mano me sujetó con fuerza el tobillo y Moria me arrancó del aire.

Aterricé de espaldas y sentí un dolor atroz en los huesos de las alas. El miedo me subió por la garganta. Ahora sí que no podría escapar de ella volando.

Con los ojos clavados en mí, me mostró los colmillos. Desesperada, intenté apoyarme en los codos para levantarme, pero un segundo después, sus colmillos vampíricos me desgarraban la garganta. Me embargó el terror cuando una toxina corrosiva comenzó a penetrar en mi cuerpo, inmovilizándome los músculos. Me quemaba y me carcomía por dentro.

Mi mirada se desvió hacia los árboles oscuros que se alzaban sobre nosotras. Invoqué una de las ramas. Esta se extendió por el aire, un dedo irregular que se enroscó alrededor de la cintura de Moria y la apartó de mí. Me llevé la mano a la garganta, sintiendo el veneno que corría por mi sangre.

Moria gruñó, tratando de combatir las ramas. Mi sangre goteaba por su cuerpo y caía en la nieve, salpicando el blanco mientras luchaba contra la rama enroscada a su alrededor.

–¡Demonio!

Aturdida, intenté ponerme en pie. Desde la herida de mi cuello, unas gotas escarlatas cayeron a la nieve, y no sabía si tenía fuerzas para mantenerme en pie por mucho tiempo.

–Soy responsable –gritó Moria– de proteger a mi reino de los demonios. ¿Acaso la gente cree que una mujer como yo no puede hacer eso? Soy responsable de demostrarles que puedo. ¡Mi Sinach! Quema a los traidores.

Se me apretó el pecho.

Donde yacía atrapado, el dragón levantó la cabeza. Me tambaleé hacia atrás, preparándome para el fuego, pero la criatura no me estaba mirando a mí.

Los ojos rojos y brillantes del dragón estaban puestos en Torin.

Grité su nombre e intenté levantar vuelo de nuevo. Un dolor punzante me atravesó el ala, y caí de espaldas sobre la nieve, mareada por la pérdida de sangre.

El fuego del dragón abrasaba el aire, un calor ardiente que podía sentir desde donde estaba, pero Torin respondió a la llamarada con un vendaval helado que rasgó el paisaje blanco. Su magia me hizo sentir pinchazos en la piel. Me castañetearon los dientes y clavé las manos en la nieve: dos huellas rojas contra el blanco inmaculado. La sangre brotaba de mi garganta desgarrada.

Moria se liberó de las ramas y llamó a Modron a los gritos, con la voz invadida por la histeria.

Inclinándose contra el viento implacable, se ciñó la capa y se dirigió hacia Torin.

Yo tenía que luchar contra ella. Torin no podía combatir a dos monstruos a la vez. Pero apenas podía mantenerme en pie. Mareada, volví a pararme con dificultad.

Sin embargo, mi magia era poderosa. Debía poder curarme. Eso me había dicho Morgant.

Me toqué la garganta destrozada y cerré los ojos, imaginando la belleza absoluta del rostro de mi hermano, tanto sanador como quebrador de huesos. Tal vez yo no podía curar a los demás como él, pero debía poder curarme a mí misma. Se me nubló la vista.

Me miré la palma de la mano manchada de sangre y nieve e imaginé la magia que Morgant hizo en mi espalda. Cuando me quitó la infección de los omóplatos, sentí como si me cayera agua tibia por la piel. Al recordar aquella sensación, percibí las cosquillas de la magia por mi cuerpo. Poco a poco, la fuerza me latía en los músculos y la piel de mi garganta se cerró.

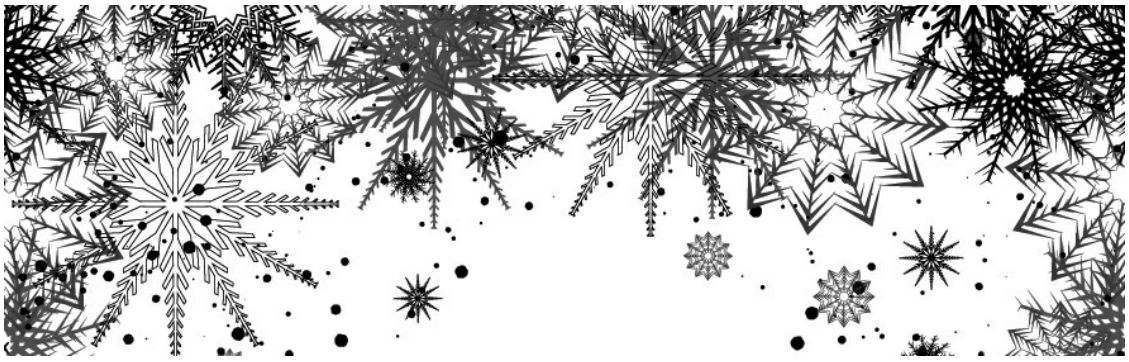
En mi mente, vi el nudoso árbol azul donde nací, con las ramas cargadas por el peso del castillo.

Todo había sido una prueba. Mab había querido asegurarse de que yo tuviera la fuerza suficiente para matar a mis enemigos. El amor era una forja: tremendamente doloroso, pero nos hacía más fuertes.

Ardo por él.

Sentí el poder corriendo por mi sangre mientras se me curaba la herida del cuello y disminuía el dolor del ala rota.

Busqué a Torin en medio de la tormenta de nieve y se me paró el corazón. Moria había saltado sobre él y tenía los colmillos hundidos en su garganta.



42

AVA

El dragón bramó, atrapado por las ramas oscuras. Interrumpí su rugido con otra espiral de árboles y enredaderas que se enroscó alrededor de su garganta y le impidió volver a abrir la boca.

Mis alas se batieron en el aire. Todavía estaban doloridas y agrietadas, pero se habían curado lo suficiente como para conseguir emprender vuelo. Las plegué contra la espalda, inclinándolas para planear a través del vendaval. El viento invernal me arrastraba y, con cada respiración, el aire helado me punzaba los pulmones.

Con la adrenalina a tope, aterricé detrás de Moria.

La sangre de Torin manchaba la nieve y tironeé del pelo de Moria para quitárselo de encima. Ella giró hacia mí, con los colmillos ensangrentados al descubierto y el cuerpo reluciente de sangre. Con la fuerza de una reina del oscuro Crom, le di un puñetazo en la garganta. Cayó de espaldas sobre la nieve. Torin trató de sentarse, pero le brotaba sangre del cuello.

Intenté invocar una enredadera del interior de la tierra helada para envolver a Moria, pero las plantas estaban atrapadas bajo el hielo. Ella se sujetaba la garganta, con los ojos desorbitados mientras luchaba por respirar.

–Torin –grité entre los dientes apretados–, ¡el hielo!

Un destello en sus ojos indicó que me había entendido. Una magia azul pálido surcó el paisaje y el suelo empezó a retumbar. Sujetándose la garganta sangrante, Torin partió el hielo, y una gran grieta se abrió en la tierra, revelando el pasto que yacía seco un metro más abajo.

Con las manos en la garganta, Moria cayó en la grieta y se precipitó sobre el pasto congelado. Me asomé al borde del hielo y la miré. Seguía luchando por respirar.

–Demonio –dijo con la voz ronca.

Mis pensamientos se sumieron en el silencio; mi mente, una medianoche atormentada y silenciosa… hasta que un único pensamiento incandescente iluminó la oscuridad: *matar a la reina*.

Moria intentó levantarse en el abismo, con la Espada de los Susurros brillando en su cadera. El tiempo pareció ralentizarse mientras un antiguo poder me recorría el cuerpo, un poder que olía a bosque y pasto fresco. Mi cuerpo vibraba de vida y me zumbaba la piel. Y cuando el pecho se me llenó de una luz dorada, arqueé la espalda y lancé mi magia contra la reina.

Una enredadera de filosas espinas emergió del pasto y la atravesó por las costillas. Solté un suspiro largo y tembloroso, contemplando mi obra.

El cuerpo de Moria colgaba suspendido en el aire sobre el barranco, y su sangre goteaba sobre el pasto congelado.

Las sombras susurraban a través de mí. Mab no había querido liberarme hasta tener la fuerza necesaria para matar a los monstruos. ¿Y ahora?

Yo era un monstruo.

Di un giro, y me rugió el pulso al ver la garganta herida de Torin. Se había sentado en la nieve por un momento, pero estaba perdiendo sangre. Se desplomó en el suelo y me arrodillé a su lado, apretando la mano sobre su cuello para detener la hemorragia.

Torin había recibido una espada en el corazón por mí, y yo podía correr el riesgo de congelarme al tocarlo.

–Torin –grité, con la mano en su cuello–, estás a salvo. Moria está muerta. Cúrate con tu magia.

Se encontró con mi mirada por un segundo, y un rayo de electricidad pasó entre nosotros. Sentí que su frío poder me recorría el cuerpo, pero no me congeló. Mantuve la mano en su garganta, sintiendo el gélido zumbido de su magia que latía por toda mi piel.

Mientras se curaba, Torin quedó boquiabierto al darse cuenta de que nos estábamos tocando. Reemplazó mi mano por la suya.

–Me tocaste. Ava –dijo con brusquedad–, ni siquiera deberías estar aquí. Te dije que no vinieras.

Tragué saliva y señalé:

–La maldición desapareció, Torin.

–¿Cómo es posible que lo sepas? –preguntó, mirándome fijo.

–Porque la reina Mab me dijo lo que quería. Tardé un poco en atar cabos, pero ahora todo tiene sentido.

La tierra volvió a temblar, y las sombras parecieron alargarse a nuestro alrededor, haciéndose más densas. En lo alto, el cielo grisáceo se agitaba y retorcía, revolviéndose por nubes de tormenta.

Un rugido retumbó en el horizonte y, de entre las nubes de nieve blanca, se acercó una figura oscura, acechando; una sombra sobre un paisaje del color de los huesos blanqueados. Su capa le envolvía el cuerpo desgarbado como un humo oscuro y la capucha le ocultaba el rostro. Se acercó a la hilera de árboles y desapareció en el bosque, pero yo podía sentir su poder maligno desde aquí.

Modron nos estaba dando caza.

–¿Qué creían que iba a pasar? –chilló. Su voz sonaba disonante y en capas, como diez personas desesperadas que gritaban a la vez–. ¿Qué pensaron que haría cuando los seelie me exiliaron? ¿Cuando el rey Finvarra se hartó de la verdad? ¿Creyeron que me iría sin hacer nada?

Torin se puso de pie. Su garganta ya estaba curada; una oscura línea roja era todo lo que quedaba de su herida. Se tambaleó por la nieve hasta llegar al cadáver de Moria y tomó su espada. Unos susurros resonaron en el aire, un sonido perturbador, como un coro de muertos.

Torin sujetó la empuñadura de su espada. Nos quedamos en el lugar, separados de Modron por la grieta.

Una sensación de inquietud me subió por la columna al oír un profundo estruendo bajo la tierra, como un volcán en erupción.

–Vete de aquí –gritó Torin–. Vuela.

–Ni lo sueñes. Pero voy a ver qué pasa.

Mis alas magulladas se batieron en el aire nevado, y me elevé hacia el cielo para tener una mejor vista. Mientras subía por encima de los árboles, el miedo me invadió el pecho.

Desde el este, donde desembocaba el río Avon, se acercaba un tsunami, rugiendo sobre la nieve y consumiendo el bosque. La ola tenía unos veinticinco metros de altura, una torre de agua turbia que mataría a todos a su paso.

Me costaba respirar. Aquella ola monstruosa nos ahogaría a todos. Arrasaría las aldeas, inundaría el castillo. Se llevaría por delante todas las casas y granjas del reino.

Mi mente parpadeaba, electrizada por el pánico mientras intentaba pensar en cómo detenerla.

–Viene un tsunami, Torin –grité–. Necesitamos una grieta más grande. Haz que rodee el castillo, la ciudad. Necesitamos murallas.

Torin actuó de inmediato, y el hielo se partió con un fuerte crujido, como si un gran dios tallara un arco alrededor de la ciudad y las aldeas.

Aterricé sobre el pasto a su lado y propuse:

–Está a menos de un kilómetro. Si trabajamos juntos, creo que podremos construir un muro más rápido.

Escudriñé el paisaje blanco pero ya no podía ver a Modron. De todas formas, podía sentir su magia fluyendo por el suelo.

Apreté las botas contra la nieve, sintiendo mi conexión con la tierra. El latido de la primavera

palpitaba en las profundidades y la luz irradiaba sobre mi cuerpo, un dorado pálido que me bañaba las extremidades y las puntas de los dedos, calentando el mundo que me rodeaba.

Mi cuerpo vibraba con poder, un calor intenso que se resquebrajaba bajo la superficie helada. Pasto, plantas y raíces brotaron del suelo, entrelazándose y disparándose hacia el cielo.

A medida que crecía mi muro, Torin le echaba hielo, dejándolo sólido como una roca. Tenía varios metros de grosor, una barrera de hielo y primavera que se elevaba hacia los cielos tormentosos.

Soy la heredera del oscuro Crom, forjada en las montañas de la diosa de las cenizas, y protegeré a los que amo.

Mi mente estalló con un poder ancestral como llamas danzando sobre las rocas oscuras, un cielo nocturno teñido de rojo fuego. Kilómetros de enredaderas y zarzas retorcidas salieron disparadas de la tierra mientras el poder tronaba por mi cuerpo. Ya no era Ava. Era un instrumento de la diosa de las cenizas.

Un círculo de vida se alzó alrededor de la ciudad, y el hielo de Torin cubrió las plantas, rellenando las grietas. La magia de los seelie y los noseelie se entrelazaba, como en los viejos tiempos. La imagen de Mab destellaba en mi mente mientras las plantas rodeaban Feéra. Le había dicho a Torin que éramos el uno para el otro, y aquí estaba la prueba.

La primavera me invadió, una corriente de calidez.

Cuando terminamos, me temblaba el cuerpo, ya sin fuerzas. Con náuseas, intenté dejar de tiritar.

Torin se volvió, escrutando el horizonte nevado.

–Modron. –Escupió su nombre como una maldición.

Levanté la mirada y la vi salir del bosque. Intentaba escabullirse como humo en el viento. Torin la siguió, acechándola.

Al mismo tiempo, el tsunami se estrelló contra la muralla, sacudiendo el suelo nevado de tal forma que me hizo caer de rodillas.

Me di vuelta, con el corazón desbocado al ver que se estaban formando unas grietas enormes en algunos de los muros de hielo. Rebuscando en mi interior, invoqué más magia y rellené los agujeros y las grietas con musgo y raíces.

El agua retumbó contra las paredes, haciéndolas temblar.

Me volví para ver a Torin abrir otra grieta a tres metros delante de Modron.

No hacía falta que él dijera nada. Ahora conocíamos el ritmo del otro y yo sabía qué hacer. Con el último siseo vaporoso de mi magia, invoqué un muro de zarzas para atrapar a Modron.

La vieja bruja tropezó al encontrar bloqueado su camino y giró hacia nosotros.

–Lo único que he hecho fue decir la verdad –bramó a través de la nieve–. Pero los seelie prefieren vivir con mentiras. ¿No es cierto?

Los susurros de la espada de Torin resonaron en el aire en una sinfonía embrujada. Atravesó con su espada el cuello de Modron, y la capa gris oscuro cayó a la tierra, vacía. Solo quedó su cabeza, rodando sobre la nieve. Me quedé mirando la escena espantosa, sujetándome el estómago. Mis reservas de magia se habían acabado por completo y me consumía el agotamiento.

Me arrodillé en la nieve; Torin soltó la espada y corrió hacia mí. Me rodeó con sus brazos y me apoyé en él.

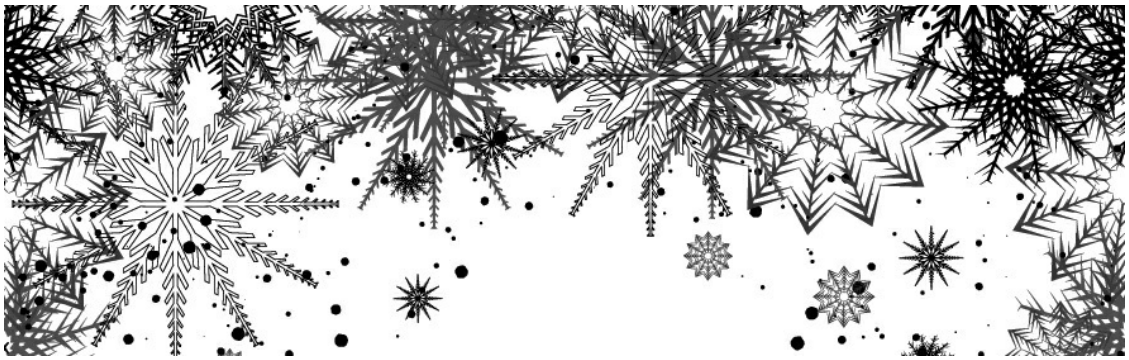
–Los muros –murmuré contra su pecho. Pero incluso cuando las palabras salieron de mi boca, ya percibía el deshielo en el aire. El calor que besaba mi piel no era solo de Torin. Se asomaba el sol detrás de las nubes.

–Su magia ha desaparecido –dijo Torin, con voz ronca. Me levantó y empezó a cargarme hacia el castillo–. La ola está retrocediendo.

Me recosté contra Torin mientras los rayos de luz doraban el paisaje blanco y se reflejaban en los muros helados. Miré por encima de mí, a las oscuras nubes de tormenta que se disipaban y el cielo que florecía de azul. Nuestros muros helados comenzaron a brillar.

–¿A dónde me llevas? –pregunté, escuchando el rítmico latido de su corazón.

–Nuestros enemigos están muertos, mi amor –respondió con un suspiro–. Los seelie viven para el placer, no para la guerra. Y con eso en mente, niña cambiada, he soñado durante mucho tiempo con darte de comer manzanas en mi habitación.



43

AVA

Me desperté enredada en las sábanas de Torin y respiré hondo, estremecida. Llevaba dormida unas horas, creo, y había soñado con Torin poniéndose delante de la espada. Había soñado que yo caía de la torre, pero las alas no me salían de la espalda. Y luego había soñado con Moria, con su cuerpo colgando sin vida de aquella enredadera y la sangre derramándose debajo de ella.

Me estremecí, y dirigí la vista al techo de cristal bañado por el sol que había sobre la cama de Torin. La luz color durazno se colaba entre las hojas del árbol de su habitación, tiñéndolo todo de coral.

Ya todo había terminado, ¿no?

Al menos, eso esperaba. La preocupación arañó la superficie de mis pensamientos. Aún no tenía idea de dónde había estado Shalini cuando llegó la ola. Sentía un nudo en la garganta.

Me levanté, y mi mirada recorrió el manzano que crecía en el centro de la habitación. Torin me había traído aquí y me había dicho que comiera todas las manzanas que quisiera. En lugar de eso, simplemente caí en un profundo sueño atormentado por pesadillas.

Arranqué una manzana roja del árbol y la mordí. El sabor explotó en mi lengua. Por los dioses, esto era el paraíso. Torin dijo que pensaba que el árbol había estado muerto hasta que matamos a Modron.

Volví a meterme en su cama, comiéndome la manzana. Cuando levanté la vista hacia el techo de cristal, el corazón me dio un vuelco de alegría al ver de nuevo la puesta de sol. Nunca había visto una tan hermosa en Feéra.

Mientras terminaba mi manzana, Torin abrió la puerta de la habitación, mostrándome una sonrisa torcida mientras se quitaba los zapatos.

–Ya te despertaste.

–¿Encontraste a Shalini y a Orla? –pregunté, con el pulso acelerado.

–A las dos, de hecho. Y a Aeron. Las estaba llevando a una cabaña en el bosque cuando comenzó la inundación, pero estaban dentro de nuestra muralla.

Solté un largo suspiro.

–¿Están bien?

Torin se metió en la cama junto a mí, con la luz del sol que lo bañaba desde lo alto.

–Van a estar bien, pero Moria los colgó en jaulas. Necesitan tiempo para recuperarse.

Mis ojos se abrieron de par en par, y una furia fría me crepitó en el pecho.

–¿Shalini también? ¿Qué diablos pudo haber hecho Shalini?

–Nada, por supuesto. Es solo que era tu amiga, y por lo tanto, amante de los demonios.

Supuse que era bueno que la persona a la que quería asesinar ya estuviera muerta. Me ahorraba el esfuerzo.

–¿Y está bien?

–Había sufrido un poco de congelación, pero le curé las heridas. En cierto modo, parece estar mejor que Orla. Creo que Orla estuvo en la jaula más tiempo. Parece muy afectada por todo esto. –Se pasó una mano por el pelo–. No para de hablar del frío, como si no pudiera entrar en calor.

Me estremecí; unas sombras revolotearon por mis pensamientos.

–Debió de ser horrible. ¿Puedo ver a Shalini?

–Está durmiendo, pero pronto. Desde luego. –La luz del sol se colaba por el techo, iluminando sus rasgos con toques dorados.

Me volteé para acostarme sobre el pecho de Torin, y él me acarició con un dedo la parte baja de la espalda. Me lamí los labios, que sabían a manzanas dulces y ácidas. La luz me abrigaba la piel y sentía como si me alimentara de ella, igual que los árboles.

Mis músculos palpitaban de agotamiento. Después de haber consumido toda la energía de mi cuerpo, la fuerza volvía poco a poco a mis miembros. Aun así, quería dormir durante días, envuelta en los brazos de Torin.

Pasé las yemas de los dedos por la cicatriz roja de su garganta.

–¿Ves? Sigo viva. –Arqueé una ceja–. No hay maldición.

–Sigo sin entenderlo. –Me tomó el dedo con la mano–. ¿Cómo estabas tan segura?

No estaba segura al cien por cien, pero no tenía por qué mencionarlo ahora. Me puse boca arriba y me acurruqué en su brazo.

–Mab me dijo varias veces que lo que quería era tener herederos en el trono de Feéra. Con nosotros, podría conseguirlo. –Mi boca se curvó en una sonrisa al sentir el corazón de Torin contra mi brazo. Durante mucho tiempo, había pensado que estaba muerto. Nunca daría por sentada la sensación de su corazón latiendo.

–Sí... ¿pero por qué nos torturaron, entonces?

–Todo lo que pasó allí fue una prueba –respondí con un suspiro–. Primero, querían ver si había ido como espía. Pero en realidad, lo que ella quería saber era si me amabas, y si yo tenía la fuerza suficiente para ser reina. Me sacaste de la celda, y con eso demostraste que yo era importante para ti. Cuando nos capturaron de nuevo, querían saber si me amabas tanto como para hacerme reina. Mab profirió unas amenazas espantosas, diciendo que te castraría si ibas a verme. Y me viste de todos modos. Ella podría haber evitado que eso sucediera, estoy segura. Podría habernos puesto en lados opuestos del castillo, vigilados. Pero eso era parte de la prueba. Quería saber si arriesgarías tu propia vida. Porque si hacías eso por mí, yo tal vez podría terminar en el trono de Feéra. Incluso siendo noseelie, con cuernos y todo.

–El combate era para ver si me sacrificaría por ti –dijo Torin, arqueando una ceja–. ¿Acaso le importaba si me amabas?

–Creo que sí –respondí, asintiendo lentamente–, porque me decían que la fuerza de la magia de los noseelie provenía del dolor del amor. Tal vez de la desesperación por querer proteger a los seres queridos. Ella quería que yo fuera fuerte. Sin magia, sin mis alas, no sería una reina del oscuro Crom. Así que la siguiente prueba fue para ver si podía ser su heredera, si podía acabar con mis enemigos, como hicimos hoy.

–El amor –dijo él, vacilante–. Su versión del amor es bastante retorcida.

–No es un amor tierno y reconfortante. Adoran a la diosa de las cenizas. Su amor es una forja que los quema a ellos y a todos los que los rodean. Es un amor por el que una madre lanza a su hija desde un lado de un castillo para ver si puede volar.

–¿Eso es amor? –Torin parecía incrédulo–. Se parece más a lo que hacía el padre de Moria, que la dejaba afuera en una jaula para fortalecerla.

–Puede ser. –Me senté y estiré los brazos sobre la cabeza–. Pero ella era una niña, y se supone que yo soy una guerrera. Todavía no sé si Mab quería que Morgant volara detrás de mí para protegerme, o si él lo hizo por su cuenta. Pero supongo que nada sucede sin el consentimiento de Mab, ¿verdad? Todo salió como ella esperaba, y se llevó la maldición. Ahora puede tener lo que quiere, una heredera del oscuro Crom en el trono de Feéra.

–No vas a convencerme de que le esté agradecido.

–Ni lo soñaría. –Nos envolvió una brisa invisible, cargada del aroma de las manzanas. Me lamí los labios, pensando en comer otra–. Me sorprende lo adictivas que son esas manzanas, Torin.

Sus claros ojos azules se alzaron hacia el árbol que se encorvaba sobre la habitación.

–Sí. Se llaman manzanas Sangre del Avon. Son de color rojo brillante, y su nombre proviene de la brutal batalla del río Avon, ocurrida hace siglos entre los seelie y los noseelie. Estuvimos a punto de aniquilarnos mutuamente. Las manzanas casi nunca crecían en nuestro reino debido a la

maldición. Necesitan una temperatura muy precisa, la luz solar adecuada y se debe alimentar la tierra con sangre. Si no, crecen retorcidas y llenas de espinas.

–Espera. ¿Qué?

Torin me pasó la mano por el pelo y dijo:

–Ava, creo que sé por qué Finvarra desterró a Modron.

Parpadeé, intentando librarme de la imagen de Torin llevando un balde de sangre a su dormitorio.

–¿La desterró porque era una verdadera pesadilla?

–Cuenta la leyenda que antes los seelie y los noseelie convivían en estas tierras. Y entre ellos vivían dos gemelas, antiguas como la tierra misma. Cala y Modron. También he oído que el rey Finvarra tenía cierta debilidad por las mujeres noseelie y no dejaba de favorecer a sus amantes. Les daba más tierras y títulos. Creo que Modron le contó a todo el mundo lo que él hacía. Les mostró, incluso, lo que sucedía tras las puertas cerradas del rey. Así que Finvarra la desterró, y estalló una guerra entre las dos facciones.

–¿No eres pariente directo de él? –pregunté–. La debilidad por las mujeres noseelie debe de correr por la sangre.

–No tengo debilidad por las mujeres noseelie. Solo por ti.

Rodeé su cintura con un brazo.

–¿Crees que los seelie llegarán a aceptar a alguien como yo?

–Llevará tiempo. Incluso a mí me sigue chocando la idea de que los seelie y los demonios estén destinados a convivir.

–Nunca vas a dejar de llamarme demonio, ¿verdad?

–Lo siento, niña cambiada. –La yema de un dedo me acarició el cuerno, provocándome escalofríos por todo mi ser.

–No sé si los seelie y los demonios están destinados a convivir. Pero tú y yo sí. Aunque tengo mis dudas de que tus súbditos lo acepten.

–Ya lo aceptarán. Cuando todos entiendan que la maldición se ha ido para siempre y que ayudaste a salvar el reino, no les importará si tienes alas o cuernos. A la gente solo le importa alimentar a su familia y que estén bien. Si les damos unos meses, te querrán igual que yo. –Sus ojos danzaron bajo la luz del sol y esbozó una sonrisa pícara–. Bueno, *igual* que yo no.

Yo también sonreí.

Cuando llegué a este lugar, me habían parecido despiadados y poderosos como dioses. Y lo eran. Pero una persona, incluso un fae, era como estos árboles de Sangre del Avon. Podían ser deliciosos y bellos, aunque se alimentaran de sangre. Pero si les faltan elementos importantes que necesitan para prosperar, crecen retorcidos y llenos de espinas.

Tragué saliva, recordando que a Moria la habían puesto en una jaula, que Milisandia era la

única persona que le había mostrado una pizca de bondad. Cuando su hermana murió, comenzó la podredumbre.

Deslicé las yemas de los dedos bajo la camisa de Torin y rocé sus tatuajes. Apenas esta mañana, al amanecer, había pensado que no volvería a verlo. Antes de eso, en el calabozo de la Corte de las Angustias, tenía la certeza de que su corazón no volvería a latir.

Y aquí estábamos, abrazados.

Este era mi lugar. Aquí, en Feéra, el humo emanaba de las ruinas de una antigua guerra. Reinaba la paz, aunque las pesadillas nos atormentarían por un tiempo.

A los fae los habían forjado en los fuegos de una diosa de las montañas para que vivieran vidas salvajes e incandescentes. Pero no necesitábamos derramamiento de sangre. Los noseelie vivían para el deber; los seelie, para el placer.

Y ahora, no tenía dudas de que mi mayor deseo era entregarme al mundo de los seelie.

Pero mientras me recostaba en la cama de Torin, una magia conocida me rozó la piel, el poder cálido y líquido que había sentido cuando mi hermano me había curado.

Me levanté y me acerqué a una de las imponentes ventanas. Afuera ya había florecido la primavera: en tan solo unas horas, la nieve se había derretido. Los muros helados seguían en pie, pero también se estaban descongelando con rapidez. La hierba verde se extendía desde el castillo, y una alfombra de campanillas azules se estiraba para alcanzar los rayos del sol poniente.

Pero me quedé sin aliento al ver dos siluetas de alas oscuras en el límite del bosque, con sus largas sombras que se estiraban sobre el pasto. El crepúsculo, cuando el límite entre los mundos se diluía...

Morgant y Mab contemplaban mi ventana, bañados en una luz rosada. Se me aceleró el corazón, y tuve la sensación de estar viendo fantasmas. Los miré fijo y levanté una mano.

A lo lejos, mi hermano me devolvió el saludo.

–¿Qué crees que harás aquí, cuando seas reina? –preguntó Torin.

Me volví hacia él, con el corazón galopante. Acostado boca arriba, Torin entrelazó los dedos por detrás de la cabeza.

Cuando volví a mirar afuera, Mab y Modron habían desaparecido. Se me estrujó el corazón, y exhalé lentamente.

–¿Quién dice que planeo ser reina aquí? –pregunté con la voz temblorosa.

–En rigor, tenemos un contrato –respondió él, con una sonrisita.

Me llevé las manos al pecho y exclamé:

–Qué romántico. Por cierto, también me debes cincuenta millones.

–No te vas, ¿verdad? –Se había quedado inmóvil.

Como si hubiera alguna duda. Volví a meterme en la cama junto a él, sintiéndome como si

acabara de despertar de otro sueño.

–Supongo que podría abrir mi bar aquí. Chloe. En realidad, eso es lo que siempre he querido hacer.

–El rey seelie y su novia demonio –dijo él, rozándome el brazo con los nudillos.

–Podemos casarnos, pero en la boda, no voy a permitir sacrificios. Deberíamos tener sexo alrededor de hogueras y en el bosque. Alguien me prometió una fiesta así cuando llegué.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios.

–¿En una boda, niña cambiada? Ay, vamos.

–Una boda de Beltane. –Sonreí–. ¿No recuerdas que me prometiste un Beltane? "Tenemos sexo desenfrenado contra los robles" –empecé a recitar, con mi mejor imitación de su voz–, "desgarrando el aire del bosque con los sonidos de nuestro éxtasis. Gozamos alrededor de las hogueras, bañados en sus llamas. ¿Cuándo fue la última vez que te perdiste en un placer tan intenso que olvidaste tu nombre, que olvidaste tu propia mortalidad? Porque eso es lo que significa ser fae. Podría hacerte doler de placer hasta que olvidaras el nombre de cada humano que te hizo pensar que tenías algo malo".

Torin se quedó mirándome, con las pupilas oscuras dilatadas. Sus ojos me provocaron una excitación ardiente y eléctrica, y el poder de su magia me acarició la piel.

–Lo recordaste palabra por palabra.

–Lo tengo grabado en la memoria y pienso grabarlo en tu lápida.

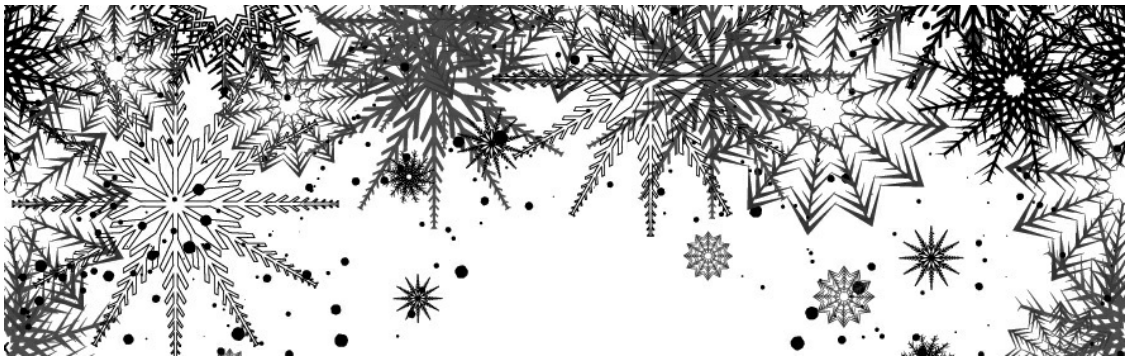
–¿Ya estás tramando mi muerte?

–Solo te recuerdo lo que me prometiste.

–¿Quién soy yo para decirle que no a la reina demonio?

Me acarició con delicadeza uno de los cuernos, estremeciéndome. Deslizó la mano en mi pelo y apretó los labios contra los míos, atrapando mi boca con la suya. El beso empezó con ternura, luego se hizo más feroz, más hambriento. Desesperado. Como si pudiéramos disolver las pesadillas de la muerte con la magia sensual de un beso.

Si alguien poseía ese tipo de magia, sin dudas ese era mi rey seelie.



44

SHALINI

Seis meses después.

Respiraba entrecortadamente, con el cuerpo enroscado al de Aeron. Acomodé la cabeza en su cuello e inhalé el aroma perfumado del baño. El vapor del agua de la tina se enroscaba en el aire, a la luz de la ventana.

Nos habíamos mudado a una casa nueva, no muy lejos del castillo, con ventanas que daban a los nuevos jardines de Feéra. No al castillo. *Odiaba* el castillo y no quería volver a verlo jamás.

Bajo la ventana, crecían rosas a lo largo de senderos empedrados, e hileras de manzanos se extendían hacia el bosque. Desde allí alcanzaba a ver una brisa que agitaba los árboles iluminados por el sol.

Aeron salió de la tina con el agua goteando del cuerpo esculpido. Nunca me cansaría de verlo desnudo.

–Aún no me has llevado a tu antro, Shalini –me dijo–. ¿Te acuerdas? Querías llevarme a comer salchichas con chili.

Me levanté de la tina y vacié el agua.

–Bueno, quizá no necesitemos volver al Trébol Dorado. Ahora tenemos Chloe.

Tomé una toalla. Esta noche sería la inauguración del nuevo bar de Ava, el primero en Feéra.

–¿No te parece raro que la futura reina noseelie abra una taberna? –señaló Aaron, secándose el pelo–. Y nada menos que en el castillo.

Me sequé los brazos y las piernas, tratando de no imaginar los muros helados del castillo ni los

carámbanos que colgaban de los barrotes de hierro de la jaula donde estaba segura de que moriría.

Me quedé mirando por la ventana.

Como si leyera mis pensamientos, Aeron preguntó:

–¿Estarás bien, Shalini, si vuelves allí?

–Creo que sí –respondí, asintiendo con la cabeza–. No puedo perderme la inauguración. Siempre ha sido el sueño de Ava.

–Ser camarera en una taberna.

Puse los ojos en blanco y me fui a nuestra habitación. Esta noche era el primer evento de muchos que organizaría Ava, con cientos de invitados cada vez, hasta que todos tuvieran la oportunidad de ser agasajados por la futura reina.

–No creo que sea como un bar humano. Creo que la idea es que funcione como una forma de invitar a los seelie plebeyos al castillo, para darles comida y bebida. Es para que se sientan parte de su historia. Ella lo hace para la gente que tú llamabas los fae comunes. La gente que Moria llamaba “campesinos”.

–Entiendo. –Entró en nuestra habitación y abrió el armario.

–Los fae comunes sin magia constituyen la mayoría en tu reino, y es a ellos a quienes quiere impresionar. Nunca los han invitado a algo así en la casa de la realeza, ¿no? A menos que fuera como soldados o sirvientes. Es una idea brillante, la verdad. Y tiene que esforzarse mucho si quiere que Feéra acepte a una reina con alas y cuernos.

–Tiene sentido. Nunca se me habría ocurrido. Nuestras tradiciones cambian tan deprisa que es difícil seguirles el ritmo. –Me sonrió, con las gotas de agua que destellaban en su piel, y me besó en la frente–. Y eso es bueno, en realidad; si no, seguiría atado a mi tonto juramento de castidad.



Mi mirada se elevó por las paredes del castillo y sentí que se me oprimía el pecho. Entre los ecos de mis pensamientos, oí el rugido del dragón.

Como hacía meses que no me acercaba al castillo, no tenía idea de lo que me iba a encontrar. Me sentía fantástica con mi vestido dorado claro con un tajo hasta el muslo, pero por dentro me costaba respirar. Ataviado con un traje oscuro y aterciopelado, Aeron pasó su brazo por el mío y me acarició el antebrazo.

–Estaré contigo, amor. –Gracias a los dioses por Aeron.

Unas antorchas iluminaban el sendero afuera del castillo, y seguí a una fila de invitados que iban ingresando, la mayoría con vestidos de gala o trajes de etiqueta aterciopelados como el de

Aeron.

Entramos en el castillo. Las antorchas de las paredes iluminaban el camino, proyectando una luz cálida y danzarina sobre las piedras y los arcos. Mientras avanzábamos por el salón, tragué saliva con fuerza, tratando de desterrar el recuerdo de cuando me arrastraron hasta aquí, encadenada. Seguía odiando ese lugar.

Pero esa noche, todo el lugar parecía transformado, y eso me ayudó a relajarme un poco. Unos capullos serpenteaban por las paredes y el aire olía a flores.

Los mayordomos nos guiaron hasta una enorme puerta abovedada con el nombre CHLOE tallado en la piedra, rodeado de grabados de enredaderas.

Del brazo de Aeron, crucé la puerta y entré en un salón mitad de piedra, mitad abierto al cielo nocturno. Me quedé sin aliento al contemplar la escena.

Por las columnas y los muros de piedra trepaban enredaderas de color azul añil con puntas rojas, que parpadeaban con unas lucecitas blancas. En lo alto de las columnas oscuras, ardían hogueras como brillantes llamas volcánicas recortadas contra el cielo nocturno. La música flotaba en el aire y los sirvientes traían bandejas con comida y copas con bebidas de colores. Una de estas noches, ellos también serían invitados.

Desde el otro lado del pasillo, Ava me llamó la atención. Se acercó a toda prisa, con una sonrisa que le iluminaba la cara. La piel le brillaba.

–Qué increíbles se ven. Shalini, estoy muy feliz hoy.

–Ava. –Me llevé la mano al pecho–. Esto es mucho, mucho mejor que el Trébol Dorado.

Ella me dedicó una sonrisa pícara.

–Pero les estoy presentando las salchichas con chili y los nachos, y les *encantan*. Les parecen muy sofisticados. –Se inclinó hacia mí, susurrando–. No le digas a nadie que son vegetarianos.

Arqueé una ceja, susurrando:

–¿Desde cuándo eres vegetariana?

–Es algo de los noseelie –respondió, encogiéndose de hombros.

Aeron tomó dos tragos ámbar de una bandeja y me dio uno.

–Entonces esto no es en realidad una taberna. No cobras por nada de esto.

Ava abrió los ojos de par en par.

–No. No necesitamos el dinero. Solo quiero que la gente finalmente se divierta aquí. Además, para ser sincera, quiero que me acepten. ¿Y cuál es la mejor manera de caerle bien a la gente?

Asentí, levantando mi trago.

–Bebidas gratis.

Torin se acercó a nosotros, con paso despreocupado y las manos en los bolsillos. Estallaba de orgullo por el trabajo de Ava. Ella sonrió y dijo:

–Así es como acabé besando a Steve, el del trío, la noche que conocimos a Torin. Me compró

una jarra de margaritas.

–Sin embargo –señalé, entrecerrando los ojos–, no creo que eso sea justamente lo que buscas aquí, ¿no? Porque aquello dio más miedo.

–Buen punto.

Torin se llevó un dedo a los labios, frunciendo el ceño.

–¿Podemos volver un momento a lo que acabas de decir, Ava?

–El pasado es el pasado –dijo Ava, agitando una mano–, y vinimos a divertirnos. Eso es lo que hacen los noseelie, ¿verdad? Bailaremos, beberemos y nos amaremos hasta la muerte.

La palabra "muerte" resonó en mis pensamientos más de la cuenta, pero respiré hondo y contemplé los rostros de mis hermosos amigos. Una brisa fragante se deslizó sobre nosotros.

Las pesadillas seguían atormentándome: la sensación del frío royéndome la piel y la certeza de que iba a morir. El rugido del dragón y el calor abrasador de su fuego.

A veces, aún me atormentaba el recuerdo de los fantasmas congelados que se retorcían frente a mis ventanas.

Pero ahora estaba aquí, acompañada de las personas que amaba. Con ellos a mi alrededor, el invierno había empezado a retroceder, el terror se descongelaba… igual que Feéra.



Índice

1. Resumen
2. Ava
3. Torin
4. Ava
5. Ava
6. Ava
7. Ava
8. Torin
9. Ava
10. Ava
11. Ava
12. Ava
13. Ava
14. Torin
15. Ava
16. Ava
17. Ava
18. Ava
19. Ava
20. Torin
21. Shalini
22. Ava
23. Shalini
24. Ava
25. Shalini

26. Ava
27. Shalini
28. Ava
29. Ava
30. Shalini
31. Torin
32. Ava
33. Shalini
34. Ava
35. Ava
36. Ava
37. Torin
38. Ava
39. Ava
40. Torin
41. Ava
42. Ava
43. Ava
44. Shalini



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

www.tiktok.com/@vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

Título original: *Ambrosia*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de portada: Franziska Stern
Armado de interior: Florencia Amenedo
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2023 C. N. Crawford
© 2024 VR Editoras S.A. de C.V.
www.vreditoras.com

Publicado bajo acuerdo con Jabberwocky Literary Agency, Inc, a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

ISBN 978-607-637-110-7

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editorasmexico

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre C. N. Crawford
Portada
Dedicatoria
1. Resumen
2. Ava
3. Torin
4. Ava
5. Ava
6. Ava
7. Ava
8. Torin
9. Ava
10. Ava
11. Ava
12. Ava
13. Ava
14. Torin
15. Ava
16. Ava
17. Ava
18. Ava
19. Ava
20. Torin
21. Shalini
22. Ava
23. Shalini
24. Ava
25. Shalini
26. Ava
27. Shalini
28. Ava
29. Ava
30. Shalini
31. Torin

32. Ava
33. Shalini
34. Ava
35. Ava
36. Ava
37. Torin
38. Ava
39. Ava
40. Torin
41. Ava
42. Ava
43. Ava
44. Shalini
Índice
Créditos